

## CAPITULO IX

# Tres frailes en el camino real de Nicaragua

*—Transición social entre dos siglos. —La primera geografía. Crónicas de un holandés. —Pueblos y gentes observados a lo largo del camino por un franciscano, un carmelita y un dominico renegado. —Importancia etnológica, económica y social de las narraciones.*

No ha sido posible encontrar nuevas crónicas sobre los viajes y descubrimientos en los 40 años que siguieron a la exploración del río San Juan. El espíritu aventurero de los primeros tiempos de la conquista había perdido su impulso, las novedades sobre la tierra conquistada estaban agotadas y las turbulentas disputas sobre la posesión de territorios e indígenas fueron calmándose en la medida en que envejecía el siglo XVI.

Para entonces un buen número de los primeros conquistadores de Nicaragua se había marchado en busca de tierras más prometedoras; también habían fallecido aquellos pioneros que se establecieron en León o en Granada, dejando el lugar a los pocos hijos criollos, descendencia española nacida en el país, así como al creciente número de mestizos que fueron los primeros frutos de la fusión de ambas razas.

Los indígenas cambiaron igualmente, obedientes a los nuevos amos y sumisos a las leyes y creencias impuestas. Nuevas ordenanzas vinieron a suavizar el trato y garantizar la sobrevivencia de la raza nativa. Aunque tardías, lograron detener el caudal de abusos de los primeros

años de la conquista, pero dejando siempre a la población indígena sometida a la dependencia hispánica.

León y Granada permanecieron como las únicas poblaciones hegemónicas de la provincia de Nicaragua, disputándose desde entonces el poder español; la primera como sede del gobierno y la segunda como puerto lacustre de cierta relevancia comercial, con vía directa a las otras

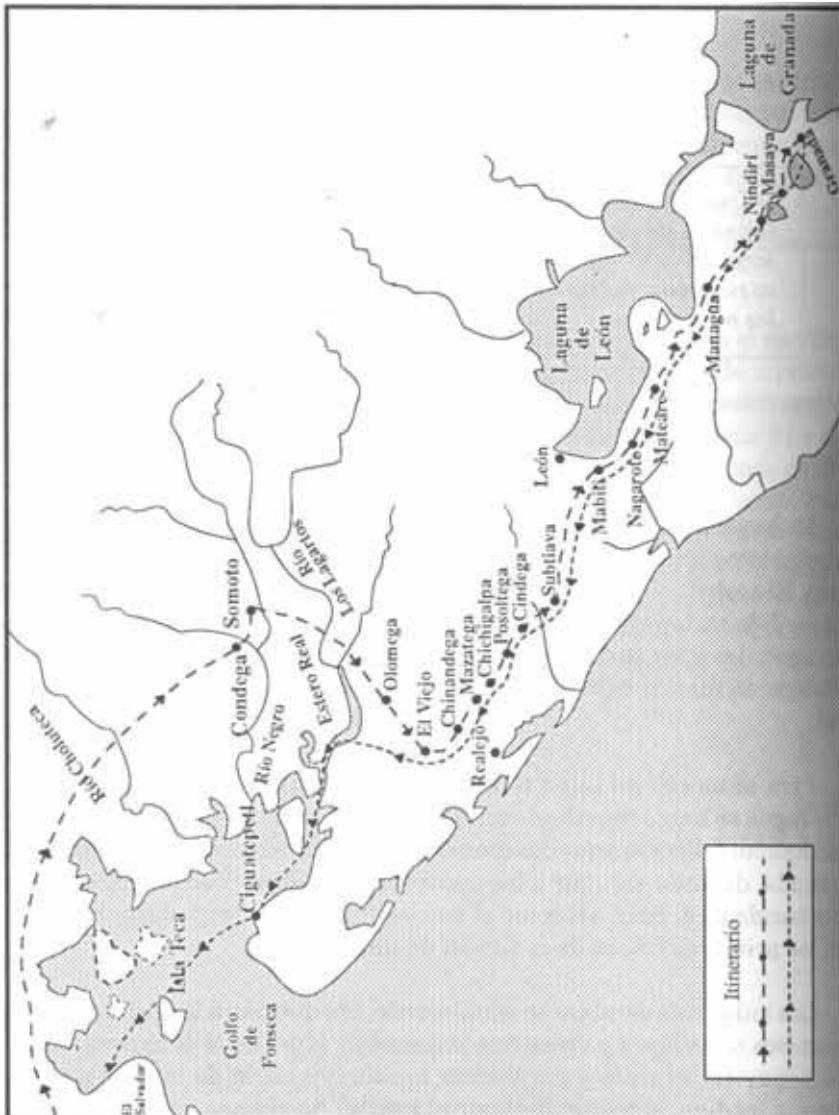


Figura 25. Itinerario de Fray Alonso Ponce por Nicaragua en 1586.

poblaciones españolas alrededor del Caribe. La incipiente administración de la provincia descansaba sobre una simbiosis conveniente entre los poderes civil, militar y religioso.

Con la introducción del ganado vacuno y de otros productos traídos del viejo mundo, además de los cultivos nativos, se hizo necesario que algunos colonos españoles tuviesen que relacionarse con la vida rural, pero sin renunciar a su condición de amos y terratenientes por un supuesto derecho heredado por sus antepasados durante la conquista. De este modo quedó institucionalizada una relación de dependencia social y económica con la población indígena y aún con la mestiza, relación que se prolongaría por los siguientes siglos en favor de sus descendientes legitimados.

La población hispánica en Nicaragua a finales del siglo XVI no sobrepasaba de 500 habitantes, según lo anota Juan López de Velasco en su *Geografía y Descripción de las Indias*. Casi toda estaba confinada en los dos pueblos hegemónicos, con algunas excepciones en las minas de Segovia, en Nueva Jaén y el puerto de El Realejo. La gran mayoría eran encomenderos, los demás tratantes, mineros, armadores, etc. La crianza de



Figura 26.- El Camino Real cerca de Nagarote, recorrido y dibujado por Squier en 1849-1850.

ganado estaba confiada a los mestizos, como la labor de la tierra y las artesanías a los indígenas que pagaban tributos en especies.<sup>1</sup>

La expansión geográfica para colonizar el interior del país no disponía de gente y no pareció tener justificación más allá de controlar, en la región del Pacífico y en los otros puntos mencionados, los territorios tan tenuemente asegurados, confiando en la sumisión de los indígenas, una tarea casi siempre encomendada a los frailes. Por otra parte, no valía la pena correr el riesgo de poblar las regiones montañosas donde habitaban los temidos Chontales, con mucho menor razón las impenetrables selvas, de gran peligro y poco oro, que se extendían hasta la Mar del Norte. Aún el mismo celo religioso, ansioso por rescatar tanta alma infiel, no se sintió estimulado sino hasta las postrimerías del siglo, o principios del siguiente, para buscar conversos más allá de los pueblos originalmente conquistados.

Una excepción fue la exploración del vecino territorio de Costa Rica, cuyo acceso quedó facilitado con la apertura de la vía fluvial del San Juan. Una nueva frontera de conquista y aventuras se abrió, en efecto, durante la segunda mitad del siglo XVI hacia Costa Rica, hasta entonces un territorio ignorado y remoto, de donde procedían rumores de gran riqueza de oro. La conquista inicial la había echado a perder su primer gobernador, el codicioso Diego Gutiérrez, al extremo de suscitar el odio de los indios en cuyas manos pereció en 1545.

León y Granada se constituyeron en los centros de apoyo y aprovisionamiento para la conquista de la provincia vecina. De ahí partió en 1560 Juan de Cavallón, Alcalde Mayor de Nicaragua, en sociedad con el ex-fraile Juan Estrada de Rávago, habiendo retornado con poco provecho en relación a los gastos y esfuerzos que empeñaron en la empresa. Otros gobernadores de Nicaragua, Juan Vázquez de Coronado en 1570 y Diego de Artieda poco después, obtuvieron sendas capitulaciones para emprender la conquista definitiva de Costa Rica y dejando sus posiciones en León se aventuraron al sur del río San Juan, pero sus acciones escapan del marco geográfico de Nicaragua.

## Pueblos de la provincia a fines del siglo XVI

El cosmógrafo Juan López de Velasco logró compilar entre 1574 y 1596 la más completa relación sobre el estado de las provincias españo-

<sup>1</sup> Dan Stanislawski: *The Transformation of Nicaragua: 1519-1548*. Ibero-Americana. Vol. 54. University of California Press, 1983.



*Figura 27.- La laguna y el volcán de Masaya eran vistas obligadas para los viajeros que transitaban por el Camino Real a la salida de Nindirí. (Squier).*

las del Nuevo Mundo. En su libro, mencionado atrás, dedica varias páginas a inventariar la de Nicaragua, resumiendo los datos más relevantes que de ella logró obtener por mandato del Consejo de Indias.

Para entonces los términos de la gobernación de Nicaragua se extendían desde el golfo de Nicoya hasta el río Choluteca, cerrando por el norte y el este con el río de Segovia (Coco) y la Mar del Norte, quedando abierto el límite por el sur, “[...] a causa de no estar muy descubierta la provincia de Costa Rica”.<sup>2</sup>

López de Velasco afirma, refiriéndose a León, Granada, Nueva Segovia, Nueva Jaén y la villa de El Realejo que: “Hay en esta gobernación cinco pueblos de españoles, y en todos como trescientos cincuenta vecinos españoles, y cantidad de pueblos de indios, aunque de los que son no se tiene relación entera”. En efecto, enumera este cronista 202 asentamientos indígenas que pertenecían a las jurisdicciones de León y Granada, en una lista donde aparecen algunos pueblos con nombres similares, aún dentro de la misma jurisdicción.

<sup>2</sup>Esta y las siguientes citas son tomadas de la obra de López de Velasco.

Sobre el clima y producción del país el mismo autor señala que aquel era de caluroso temple por su vecindad al Mar del Sur, aunque en ciertas partes hacía frío. Casi todo el territorio era llano, surcado de caminos que se volvían intransitables en tiempo de lluvias. Menciona que la tierra era fértil y muy abundante en maíz, cacao, algodón y toda suerte de alimentos, salvo el trigo que no se daba y algunas frutas de España, pero sí higos, granadas y hasta buenas uvas. La vid se cultivaba en Granada—hasta dos cosechas al año, según el obispo García Pelaéz de Guatemala— y las uvas eran tan buenas que competían con las viñas peruanas.<sup>3</sup>

La ganadería vacuna estaba floreciendo y se criaban también muchos puercos, pero no cabras ni ovejas. Sobre el comercio de la provincia López de Velasco señala: “[...] provéese de mercaderías y cosas de España, por la mar del Sur, de Panamá, y también, aunque no tanto, por el Puerto de Caballos, (en la costa norte de Honduras), y por el Desaguadero: del Nombre de Dios para Granada, tiene en la mar del Sur cinco puertos”.

León seguía siendo sede de la gobernación, sirviéndose de El Realejo, distante doce leguas, como puerto. En aquella población vivían 150 españoles, la mayoría encomenderos, según López de Velasco, y unos 5,500 indígenas repartidos en un centenar de pueblos dentro de su jurisdicción. Contaba además con Gobernador, Caja Real, Iglesia—catedral, (eregida en 1537), y el monasterio de La Merced; el resto, “[...] casas razonables de tapias y adobes, porque no hay piedra ni cal, aunque hay mucha madera”. El temple de la comarca lo describe como cálido, la tierra toda montosa, con muchos ríos y lluvias, cultivándose principalmente el maíz, el cacao y el algodón. Los españoles se servían también de los abundantes pescados en el lago y se entretenían en la costa cazando lagartos.

A 16 leguas al este de León se encontraba la más próspera población de Granada, que contaba con 200 vecinos españoles y 7,000 indios tributarios, repartidos en otro centenar de pueblos circundantes. Entre sus producciones se mencionan el maíz, cacao, algodón, miel, cera y “[...] otros mantenimientos y comidas”, además de la rica pesca en el lago. La tierra era más caliente que fría pero fértil y abundante en cultivos.

La maldición que supuestamente pendía sobre León después del asesinato del obispo Valdivieso, el traslado de la silla episcopal a Granada, los sismos que la asolaron en 1578 y 1594, favorecieron a esta última po-

<sup>3</sup> Los vecinos de Granada protestaron contra las ordenanzas de 1595 que prohibían el cultivo de la vid, la mora, el olivo, el lino y la crianza de ganado lanar en las colonias.

blación. Gozaba Granada además del auge comercial que le daba su salida al mar del Norte a través del lago y el río San Juan. Barcos procedentes de Nombre de Dios atracaban frente a su costa lacustre, “[...] a donde van y vienen con fragatas, que se hacen muchas en esta laguna, aunque la navegación della hasta la Mar del Norte no se tiene por muy segura”, escribe Velasco. Para entonces el pirata Drake y otros corsarios merodeaban por la desembocadura del San Juan.<sup>4</sup>

El tráfico de Granada, sin embargo, no suplantó al realizado a través del puerto de El Realejo, que tenía un acceso más directo a Panamá y Perú, lugares que se abastecían de los hilados, mecates, cueros, sebos, miel, resinas, etc., procedentes de Nicaragua.

De menor importancia eran los establecimientos de Nueva Segovia y Nueva Jaén, también mencionados por López de Velasco. El primero distaba 30 leguas de León y de Granada; estaba fundado en la confluencia de los ríos Coco y Jícaro, en medio de un terreno montañoso y de clima templado. Su población era de 40 vecinos españoles, dedicados enteramente al lavado del oro en los playones arenosos de dichos ríos. El pueblo fue así bautizado para halagar la vanidad del segoviano Rodrigo de Contreras, bajo cuyas órdenes Diego de Castañeda lo fundó en 1544.

Este mismo capitán también había fundado Nueva Jaén a orilla del lago de Nicaragua, en el lugar donde inicia su curso el río San Juan, (según lo confirman el cronista Antonio de Herrera y el mismo López de Velasco), como resultado de la exploración que el gobernador Contreras hiciera al río, cuando fue en busca de Calero cierto tiempo atrás. Parece que la población no fue muy floreciente, no obstante su posición estratégica; vivían allí muy pocos españoles en tiempos de Velasco, quien añade además, “[...] cógese en ella algún cacao”.<sup>5</sup>

La quinta población mencionada era la villa de El Realejo, donde habitaban unos 30 españoles dedicados principalmente al negocio de la contratación del puerto y del astillero. López de Velasco escribe al respecto:

“Tiene a una legua el puerto que llaman de la Posesión, y comúnmente del Realejo... el cual es de los más seguros puertos que hay en la mar del Sur y acuden a él muchos na-

<sup>4</sup> Por aquel entonces la piratería iniciaba sus primeras correrías como una jugosa actividad privada. En 1572 el famoso Francis Drake desembarcó en el istmo de Panamá y asaltó el cargamento de oro y plata del Perú. En 1578 dio la vuelta por el estrecho de Magallanes, infestando las aguas del Pacífico, lo cual obligó a las autoridades españolas acantonadas en León a fortificar también el puerto de El Realejo.

<sup>5</sup> Tanto el geógrafo francés Pablo Levy como el historiador nicaraguense José Dolores Gámez, ubican equivocadamente Nueva Jaén en poco más al norte, entre los ríos Oyate y Tepenaguaasapa, un lugar poco apropiado para controlar la entrada al río San Juan. Posiblemente confundieron el pueblo con la hacienda ganadera La Jaén, ubicada entre ambos ríos sobre la costa de Chontales, que fue muy próspera en el siglo XVIII.

víos de Nueva España, Guatemala y Panamá, por donde se sacan gallinas, maíz y miel: hácese asimismo en el dicho puerto navíos para la seguridad de él y aparejo de madera que hay para ellos”.

Para ingresar al puerto, los barcos procedentes de México rumbo al Perú lo hacían por diferente sitio, según descripción de Torquemada.<sup>6</sup> Las naves echaban anclas en la hermosa bahía de Jagüey (hoy de Corinto) y embarcaciones menores realizaban el trasbordo al pueblo, que se encontraba al final de un estero a dos leguas tierra adentro. También afirma el mismo cronista que los navíos construidos en el puerto eran mejores y más valiosos que los de Vizcaya, teniendo algunos capacidad para cargar más de noventa caballos.

En su *Geografía* López de Velasco menciona finalmente a Nicoya, situada a 44 leguas de Granada, “[...] en los confines de Nicaragua y Costa Rica”. En verdad no constituía una población española, pues no contaba con ningún vecino, salvo los que iban de paso para embarcarse en uno de los puertos del golfo. La población indígena estaba encomendada a los vecinos de Granada, pero tributaba a la caja real de León. En sus alrededores se cultivaban mameyes, plátanos, jocotes, aguacates, piñas, además de maíz, frijoles y algodón. La cera y miel de Nicoya eran muy apreciadas. A falta de ganado vacuno se “criaban” dantas y sahinós, según Velasco, quien concluye su reporte con la siguiente observación:

“Son los indios de este pueblo leales y obedientes a las justicias, pero muy pobres porque son haraganes y amigos de holgar; tienen por grangería hacer cantidad de chicuvites de palma, que son unos vasos pequeños con sus tapadores, todos pintados de negro, y muchas jícaras pintadas; tributan maíz y de las otras cosas que hay en la tierra, y telas blancas de hilo y algodón”.

### La pintoresca descripción de un holandés

Jan Huygen van Linschoten, (el aventurero holandés mencionado en el capítulo referente a la zoología), dedica varios párrafos a la provincia de Nicaragua en su libro sobre viajes a las Indias Orientales y Occidentales publicado en Londres en 1598.<sup>7</sup>

Su desconocimiento de Nicaragua —por cuya costa caribe posiblemente merodeó— se pone de manifiesto cuando habla del país como “rugoso e intransitable”, en una época cuando los españoles estaban asen-

<sup>6</sup> Fuentes y Guzmán, escribiendo a finales del siglo XVII, menciona que la entrada a la bahía se verificaba al principio entre la isla del Cardón y la punta Castañones, pero que un terremoto había desplomado rocas sobre esa entrada, obligando a los barcos a utilizar el acceso actual.

<sup>7</sup> Ver Huygens en el Capítulo VII, así como la cita en la Bibliografía correspondiente.



tados en las espaciosas planicies aledañas a los lagos. Para escribir su libro, por cierto en un estilo muy atropellado, reunió posiblemente la información de varias fuentes, copiando las observaciones ofrecidas por el viajero italiano Jerónimo Benzoni que había visitado el país algunas décadas antes.<sup>8</sup>

Huygen contribuye con ciertos párrafos relativos a la curiosa fauna de Nicaragua —mencionada en un capítulo anterior— aunque a veces raya en el mundo de la fábula, y en algunos casos parece dar crédito a las creencias afro—antillanas.

Más como documento curioso que por su valor auténtico, se ofrece a continuación la traducción literal de la versión inglesa en parte —donde Huygen se refiere a los aspectos geográficos y étnicos— respetando los defectos transcritos en los nombres geográficos que cita y poniendo entre paréntesis alguno que otro dato aclaratorio:

“Partiendo de Hondura y pasando los bordes de Chiuluteca, se llega a la Provincia de Nicaragua que se extiende hacia el mar del sur, la cual no es muuy grande, pero rica, productiva y placentera, si no fuera por su calor irracional que en tiempo de verano no se soporta en el día, pero sí en la noche. Llueve allí por espacio de 6 meses enteros, comenzando en Mayo. Los otros cinco meses son excesivamente secos, siendo el día y la noche de igual longitud. Miel, cerámica, algodón, maíz y bálsamo se dan en gran abundancia y muchas clases de frutas que no se encuentran en otras provincias, en la Hispaniola, ni en otros lugares. Entre ellas figura una clase de manzana, de forma como de pera, (el agua-cate), con una nuez redonda adentro, casi dos veces más grande que nuestras castañas pero de sabor dulce y placentero; el árbol es grande aunque de hojas pequeñas. Hay muchos cerdos, traídos de España para criarlos en el país. Está lleno de villas indias, todas con casas pequeñas hechas de caña y cubiertas de paja. No tienen metales, aunque cuando entraron por primera vez los Españoles los habitantes tenían cierto oro corriente, que traían de otros lugares. Tienen muchos loros, que hacen mucho daño a las semillas y harían más si no se les espantara con hondas y otros medios. Cuando los Españoles arribaron a estos países, los llamaron Paraíso de Mahoma por la gran abundancia de todas las cosas. Aquí hay muchas gallinas de Guinea y cierta fruta llamada cacauate, que usan como moneda; crece en un árbol grande y solamente en lugares cálidos y húmedos, pues se marchita cuando el sol les da, por lo que se siembra en bosques debajo de árboles más altos y en forma apretada para defenderse del calor solar. La fruta es como almendra y se extrae de su cáscara delgada y oscura que se divide en dos o tres por ciertas venas de color gris y café. La substancia extraída tiene sabor amargo. Para preparar la bebida se secan las semillas poniéndolas en una vasija al fuego y se muelen entre piedras; luego se les pasa por una criba, o pote con agujeros, mezclándola con agua y agregándole un poco de pimienta y así se bebe. Esta bebida es algo amarga, refrescante al cuerpo, sin embriagarlo; por todo el país se estima como la más preciada, que se ofrece a gente de gran estimación, como nosotros con el licor de Hipócrates.

“Los modos de esta gente no difieren de los de México; comen carne humana; sus ropas y ornamentos sin encajes. Encienden el fuego friccionando dos palos entre sí, que es costumbre muy común en Indias y aunque tienen mucha cera, utilizan astillas de pino en lugar de candelas para alumbrarse. Su lenguaje es diverso, pero el habla mexicana es la

<sup>8</sup>Ver Girolano Benzoni en: *Nicaragua en los Cronistas de Indias*. Serie Cronistas No.1. FPCBA.

mejor y la más divulgada, de modo que usándola los hombres pueden viajar por el país más de 1500 millas y es muy fácil de aprender. Cuando bailan lo hacen de una manera extraña, porque se juntan tres o cuatro mil, a veces más según el número de los habitantes, en el sitio donde van a danzar. Limpian el lugar, luego algunos se ponen adelante para encabezar el baile, girando de un lado a otro al compás de flautas y tambores, cantando ciertas tonadas, que los que le siguen recitan; algunos portan abanicos en sus manos o sonajas que contienen piedras; otros danzan coronados con penachos de plumas y otros con brazos y piernas ligados de colgantes; algunos se estiran, otros se encojen, girando los cuerpos, abriendo o cerrando las piernas; ciertos se hacen pasar por sordos, otros por ciegos; algunos lloran, otros gruñen, con muchas muecas extrañas. Se mantiene el festival todo el día hasta la noche, bebiendo nada más que cacahuete.

“Los barcos que navegan por el mar del sur a Nicaragua, pasan por un estrecho corriente que penetra unas 25 millas tierra adentro hasta llegar a un puerto llamado Realegio, con chozas de caña, habitadas por Españoles, donde los barcos anclan por razones de buen cielo y por las maderas. Unos caminos salen con rumbo a Legio o León. El Obispado de Nicaragua se encuentra junto al lago de Francisco Fernández (?), así como Granaten y otros pueblos españoles junto al mismo lago, a unas 50 millas el uno del otro, en el otro extremo donde el lago desagua en la mar del norte. Los dos pueblos tiene escasamente unas 80 casas, en parte hechas de cal y canto y parte de caña y paja. A 35 millas de León está un cerro (Masaya) que despide fuego, con tal abundancia que en la noche lanza 100,000 chispas al aire. Algunos Españoles son de la opinión que puede ser oro que le da al fuego su esencia continua, mientras han buscado muchos medios para sacarlo pero en vano y por lo tanto necesitan de alguien que lo intente.

“El lago de Nicaragua no está lejos de la mar del sur y dista unas cien millas de la mar del norte, desaguando por un río lleno de barcos, que los Españoles llaman Desaguadera, es decir por donde sale el agua. En los alrededores de ese río hay muchos cocodrilos, que ponen huevos en las riberas arenosas; son de tamaño como los de los gansos; pueden ser apachurrados con una piedra pero nunca se parten, y en tiempos de hambre los comen los Españoles, su sabor es como de “Moschu” semipodrido, y según los indios es excelente comida.

“El país de Nicaragua es rugoso y áspero, a causa de sus espesos bosques y cerros disparejos donde nadie habita, pues es intransitable y requiere tremendo esfuerzo y sufrimiento transitarlo. En este país hay ciertas tortugas que viven en el mar y por espacio de cuatro meses salen a la costa donde ponen sus huevos en arena como los cocodrilos. Con el gran calor del sol empollan las tortuguitas. La carne de estas bestias es fresca y rica de comer.

“Del cabo Gracias a Dios hasta el Río Grande o Desaguadera (como se dijo antes) hay 20 millas (?) y de Desaguadera a Corobaro (Bocas del Toro) hay 40 millas (?). De Corobaro a Nombre de Dios 50 millas, entre los cuales está Veragua y el río Suerús (Suerre). Estas 90 millas están sobre el grado 9 y medio. Del punto de Iucatan hasta Nombre de Dios hay 500 millas.

“Hablando de las costumbres de los indios Suerús y los que habitan en Veragua, no difieren mucho de las del resto del país, salvo que no son caníbales”.

Claramente se nota que cuando Huygen escribió su relato, la conquista de Costa Rica no se había consolidado, razón por la que este autor salta a describir la provincia de Nombre de Dios una vez que concluye con la de Nicaragua.

Huygen y Benzoni parecen haber sido los únicos cronistas no españoles que trataron sobre Nicaragua en el siglo XVI. Como a menudo sucedía, la descripción del paisaje, de la gente y las costumbres del país, tanto en las postrimerías de dicho siglo como en las primeras décadas de la siguiente centuria, fue realizada por los viajeros que ocasionalmente solían transitar por Nicaragua o pasar junto a sus costas, siendo rara vez el producto del interés de algún vecino o autoridad residente en la provincia, cuyas plumas más se emplearon como dardos, escribiendo denuncias y rencillas, que en ofrecer una clara descripción del país en que vivían.

Por otra parte, ni López de Velasco, Antonio de Herrera o Juan de Torquemada, tres relatores que vivieron en la transición de ambos siglos, fueron testigos oculares de todo lo que describieron, histórica y geográficamente, sobre Nicaragua. En cambio, en el lapso de medio siglo transcurrido entre 1586 y 1637 viajaron por el país, siguiendo una misma ruta, tres frailes-cronistas: Antonio de Cibdad Real, (franciscano); Antonio Vázquez de Espinosa, (carmelita); y Thomas Gage, (dominico). Un trío que por diferentes motivos dejaron sus huellas y memorias impresas desde el golfo de Fonseca hasta el lago de Nicaragua. Sus valiosos testimonios permiten ahora conocer el escenario étnico de los pueblos que visitaron y las costumbres que había adoptado la gente nativa con la que toparon durante el primer siglo de la colonización española.

### Inicia el viaje el fraile-comisario

La *“Relación Breve y Verdadera de algunas cosas de las muchas que sucedieron al Padre Fray Alonso Ponce en las Provincias de la Nueva España, siendo comisario de aquellas partes”*, fue escrita por fray Antonio de Cibdad Real, quien acompañó al Padre-Comisario como secretario en su viaje a la América Central. Esta jornada, o mejor dicho cabalgata, abarcó desde México hasta Granada, incluyendo el regreso, en el mismo año de 1586.

Fray Alonso Ponce había llegado a México como Supervisor General de la orden franciscana en el Nuevo Mundo. Habiendo tenido diferencias con el provincial de México, protegido del Virrey, fue forzado a abandonar aquella ciudad, circunstancia que aprovechó para visitar las provincias de Guatemala y Nicaragua.

Durante el recorrido pasó por varios pueblos, guiado por indígenas que lo encaminaban por trechos. Uno o dos religiosos lo acompañaban, o salían a su encuentro a lo largo del trayecto. Su compañero de viaje, Cib-

dad Real, anotaba con pulcritud el diario progreso del recorrido, el cual —salvo un par de semanas de estadía en Guatemala— fue realizado con mucha prisa, por caminos enlodados y casi siempre bajo torrenciales aguaceros. No fueron insensibles a los ojos del cronista los variados por menores y circunstancias que sucedieron a lo largo de la travesía, que hoy constituyen información de innegable valor geográfico, étnico y de historia natural para la región.

Tras fatigosas jornadas, subiendo y bajando por los cerros, vadeando ríos y ciénagas infestados de lagartos, pernoctando donde la noche les cogía, comiendo lo poco que les ofrecían al paso, madrugando para esquivar el sol ardiente y empapados continuamente por las lluvias que en mayo se derraman torrencialmente sobre las planicies de la América Central, hicieron los frailes su camino hasta Granada, donde llegaron el 31 de mayo, unos tres meses después de haber salido de México.

Una vez dejando México pasaron por Puebla, Oaxaca, Tehuantepec, Soconusco y Guatemala. El 5 de mayo abandonaron esta última ciudad en un viaje salpicado de interesantes anécdotas y curiosidades, como la vez que encontraron una plaga de langostas que los indígenas trataban de ahuyentar con gritos, flautas y tambores. En el río Ahuachapán fueron rociados con los orines de un zorrillo que los dejó aturdidos. En la tierra de los Pipiles cruzaron entre manantiales de agua caliente y presenciaron la cacería nocturna de ciertas hormigas que se vendían como alimento en los tiangués indígenas. Sobre los pobladores de la región comenta Cibdad Real lo siguiente: “Estos indios mejicanos pipiles es gente muy devota de nuestros frailes y de las cosas de la iglesia, son dóciles, domésticos y llegan desde el pueblo de los Esclavos hasta el río Lempa”.<sup>9</sup>

Un poco más adelante de San Salvador los viajeros fueron mordidos por vampiros. La cruzada del anchuroso Lempa la hizo el Padre Comisario en una canoa, donde también se montaron las cabalgaduras para librarlas de las voraces fauces de los lagartos. Al otro lado del río se iniciaba el territorio de los indios Potones, que cultivaban cacao, algodón y maíz y tenían al cuidado varias estancias de ganado. En las sabanas de los alrededores abundaban las palomas, perseguidas tan tenazmente por los indios que, acosadas por el cansancio, caían las aves agotadas entre las hierbas, donde eran fácilmente capturadas.

En la vecindad de San Miguel llamó la atención a los frailes los numerosos pueblos potones cuyos nombres geográficos llevaban la terminación “tique”, indicativa de la estrecha relación lingüística de esta gente con los Lencas de la vecina Honduras.

<sup>9</sup> Esta cita y las siguientes son presentadas por Cibdad Real en su Relación. (Ver Bibliografía).

El empinado volcán San Miguel dominaba el paisaje. En la base se regaba un amplio parche de lava petrificada que los españoles llamaron “malpais”:

“Dicen los indios viejos que aquel mal país, que es de una piedra requemada que parece escoria de herrero, se hizo de la reventazón del volcán, y que toda aquella piedra y otra mucha salió de él, y con ésto fingen que a vueltas de la piedra salió también una gran sierpe, la cual se fue volando y se metió en una laguna”.

Esta última leyenda hace posiblemente alusión a una gran correntada de lava que penetró antiguamente en la laguneta vecina de Jocotal.

### El vado de las sartenejas

Los días que vinieron a continuación fueron de mucha lluvia como corresponde a la entrada del invierno, estación que se inicia a mediados de mayo en aquellas latitudes. Los suelos al contorno del golfo de Fonseca son de arcilla negra o *sonsocuite* y se convierten una vez saturados de agua en peligrosos atoladeros para hombres y bestias. Tales ciénagas son llamadas “sartenejas” por el cronista Cibdad Real: “En uno de aquellos mesones se hundieron todas las bestias hasta las barrigas, pero todas salieron, excepto dos, que para que saliesen fue menester salir dellas los que las llevaban y embarrarse muy bien”.

A ambos lados del río Goascarán, que fue cruzado en canoa, los viajeros encontraron dos pueblos de filiación chorotega: Nicomongoya y Nacarahego, atendidos por los frailes de Nacaome. Como el río de este último pueblo estaba muy crecido, los indígenas se prestaron para cargar al fraile comisario en una plataforma, pasándolo al otro lado de la corriente sin contratiempo. Antes de alcanzar Choluteca llegaron a la villa llamada Ola, la primera de indios Ulúas. Vadearon el río sin peligro, no obstante la fuerte corriente y la presencia de lagartos. El sendero proseguía entre ciénagas hasta los otros pueblos ulúas llamados Colama, Lamaciuy (Namasigüe) y Zazacalí, entonces en los límites de la diócesis de Guatemala.

Vale aclarar acá que los Chorotegas o Cholutecas fueron los primeros pobladores procedentes de México que ocuparon la cuenca del golfo de Fonseca, conocido al tiempo de la conquista como bahía de los Chorotegas. Ocupaban también el territorio junto al golfo los Potones y Ulúas, que como sus vecinos los Matagalpas (llamados genéricamente Chontales en las crónicas españolas), parece tenían filiación directa con los Lencas del centro de Honduras. Los nombres de Cirama, Colama,

Condega y Zazacalí, mencionados en la Relación como ubicados en territorio ulúa, se repiten en la región central y norte de Nicaragua.

El 19 de mayo salieron los viajeros de Zazacalí; en el camino les sorprendió una tormenta —de esas violentas turbonadas que se desatan a menudo en el contorno del golfo— seguida por torrencial aguacero, que los dejó “hechos una sopa de agua”, y a juicio del cronista:

“[...] el más terrible y espantoso que hasta entonces en aquel viage se había visto; duró casi una hora, y venía tan recio, y eran las gotas tan recias y caían con tanta furia que parecían piedra o granizo, no dejaba andar las bestias el agua, así la que caía del cielo con la furia del viento que la traía, como la que corría por aquellas laderas por el mismo camino, y junto con esto eran tantos y tan espantosos los truenos y relámpagos que ponían grandísimo miedo”.

El camino proseguía dejando a la derecha esteros y manglares, entre los que brotaban algunas fuentes termales. Más adelante cruzaron el río de Condega (hoy Guasaule), donde observaron por vez primera a los famosos “cuatrojos”, peces de ojos saltones que nadán en la superficie, brincando con frecuencia fuera del agua.<sup>10</sup>

La villa de Condega, con sólo siete u ocho casas, estaba poblada por indios Ulúas y era la primera en la jurisdicción eclesiástica de Nicaragua. Allí pernoctaron los frailes, con mal albergue, cansados y con los hábitos empapados.

Prosiguió la cabalgata a la salida del sol y pasada una legua llegaron al bonito pueblo ulúa de Zomoto (hoy Somotillo), visitado por padres mercedarios. Más adelante vadearon el pedregoso y peligroso río de Fuego, (actual río Negro). Con el lodo del camino hasta las cinchas alcanzaron otro río grande, el de los Lagartos, (Aquespalapa o río de Villa Nueva), que aunque más hondo que el anterior tenía un lecho limpio.

Un poco más allá, el indígena que servía de *tayacán* a los viajeros descubrió una hermosa iguana, a la que persiguió hasta cazarla de un certero flechazo: “Fue tanto el contento deste indio por haberla así muerto —comenta Cibdad Real— que daba saltos de gozo, y aún le dió una risa tan grande y tan de propósito, que en un gran rato nunca cesó de reír de puro contento y alegre”.

A mediodía cayó otro aguacero que empapó a los viajeros y recrudenció el paso por las ciénagas. Cruzaron luego por dos esteros, (confluencia

<sup>10</sup> Corresponde a la especie *Anableps dowii*, de curiosa visión bifocal, común en los ríos de la cuenca del golfo.

del Tecomapa y Estero Real), y arribaron a una villa indígena llamada Olomega. Encontraron amparo en una casa pajiza conocida como La Brea, porque ahí pasaba el cargamento de resina extraída de un bosque de pinos a 14 leguas de distancia, (montañas de Cusmapa), rumbo al astillero de El Realejo para el calafateo de barcos. Un español con varios negros que estaban a cargo del negocio les brindaron asilo en aquella tarde y noche, pues no cesaba la lluvia. Les dieron además tortilla con tajajos de carne salada, la única comida que probaron en la jornada de aquel día.

Arrancando antes de la salida del sol y después de cabalgar seis leguas dejando a la izquierda los volcanes Maribios, llegaron los viajeros al pueblo de El Viejo, “[...] donde fué muy bien muy bien recibido, con mucho amor y devoción, con música de trompetas y algunos arcos y ramadas”. Allí el padre-comisario descansó por cinco días, enviando mensajes a los frailes de Honduras y Costa Rica, citándoles para tener congregación en Granada y elegir nuevos guardianes en los conventos franciscanos.

El Viejo, según Cibdad Real, era de mediana vecindad con casas de madera y techos de paja. Llamábanse sus habitantes *nauhuatlats*, porque hablaban la lengua mexicana corrupta, aunque muchos se esforzaban por hablar el castellano y vestir como los españoles. Durante la estadía de los frailes sucedió un temblor que hizo estremecer el convento, entonces una casita de paja con aposentos bajos y paredes de cañas embarradas. El cronista confirma que el nombre del poblado lo recibió del último cacique, quien lo gobernó hasta llegar a la ancianidad. Posiblemente se refería a Agateyte, visitado medio siglo antes por Fernández de Oviedo en su plaza de Tzoatega, nombre aborigen del pueblo.

### En el Camino Real de Nicaragua

Es probable que todas las provincias indígenas de Nicaragua, alineadas como estaban al pie de los volcanes y junto a los lagos, tuviesen un *Otli*, o camino principal que las comunicaba, corriendo desde la occidental Mistega hasta la original Nicaragua. Ese mismo camino fue transitado después, a caballo, por los españoles que viajaban entre León y Granada, y aún más allá, en dirección a los pueblos de El Viejo y El Realejo por un lado y hasta Nicoya por el otro.

Una vez abierta la ruta del Desaguadero, el lago y el río sirvieron como prolongaciones acuáticas para alcanzar Nombre de Dios o Cartagena. En el otro sentido, la ruta que salía de El Viejo se comunicaba a la vez

con el anchuroso Estero Real, que conducía al golfo de Fonseca y más adelante a las provincias de El Salvador y Guatemala.

La importancia de este eje vial persistió durante la época colonial y la independiente, a juzgar por los itinerarios de los muchos viajeros que luego visitaron el país. En época reciente la línea férrea y las carreteras han seguido o paralelizado en su mayor trecho aquella ruta prehispánica, como la mejor opción para unir a los pueblos principales sobre el largo corredor del Pacífico de Nicaragua. Estaban, casualmente, fray Alonso Ponce y sus acompañantes entre los viajeros que transitaron tal ruta, dejando el primer registro histórico de su recorrido, al menos hasta Granada.

La comitiva se puso en camino en la mañana del 26 de mayo, quedando atrás el convento y pueblo de El Viejo. Pasaron por Chinandega donde los indígenas también hablaban el náhuatl y los esperaban con arcos, trompetas y repiques de campana. Luego de atravesar un arroyo llegaron a Mazatega, primer pueblo de indios Maribios; después pasaron a Chichigalpa, muy a tiempo para librarse de un aguacero que se avecinaba. La lluvia continuó por el resto de la tarde y la noche, obligando a los viajeros a pernoctar en casa de un fraile mercedario, acomodándose en camastros, petates y hamacas. Cibdad Real señala al respecto:

“Son estas hamacas unas camas que usan en estas partes los indios y aun muchos españoles en las tierras calientes, especial cuando caminan, comunmente las hacen de red de cañamo de la tierra (cabuya), aunque algunas son de manta de algodón... hacen poco embarazo porque las cogen y llevan los indios a cuestras cuando van de camino, y adonde quiera que los toma la noche, aunque sea en el campo, las cuelgan de los árboles... y en ellas duermen”.

Al día siguiente continuó la marcha por otros pueblos maribios, dejando al norte la hilera de los volcanes con alguno que otro monte lanzando humo. En Posoltega observaron a las indígenas usando *huipiles* como las mexicanas. Continuaron por Miauagalpa (Posolteguilla) y cuatro poblados llamados Cindega (al sur de Quetzalguaque) y otro, Yacacoyaua, donde se hablaba *tacacho*, un dialecto diferente del maribio y del mangué.<sup>11</sup>

Muy fatigado por el calor de la mañana, empapado por la lluvia de la tarde, decidió el padre comisario pernoctar en Xutiaba (Sutiaba), habitado por indios Maribios según el censo de 1581; (Mangues indica erróneamente Cibdad Real), donde se recogió sin poder dormir, hasta las dos

<sup>11</sup> Mazatega, Cindega y Yacacoyagua no existen actualmente. No obstante estar poblados por Maribios y anteriormente por Tacachos, (Chontales), dichos pueblos tenían nombres en náhuatl cuando los visitó fray Alonso Ponce.



de la madrugada cuando prosiguió el viaje. Existía en adelante un buen trecho sin poblaciones de importancia. El guía —hijo del cacique de El Viejo— erró el camino en aquella oscura noche y después de algunas horas de andar perdidos volvieron a tomar el Camino Real que conducía a León (Viejo). En el trayecto pasaron por varias estancias de ganado; después de haber recibido la acostumbrada remojazón vespertina llegaron a los pueblos de Mabite (Imabita) y Nagarote donde no encontraron comida salvo algunos huevos, tortillas y zapotes.

En el trayecto a Granada los viajeros dejaron a un lado la población de León. Ciudad Real, sin embargo, hizo el siguiente comentario de paso:

“Váse arruinando y despoblando León de tal suerte, que la casa que se cae nunca más la levantan ni reedifican, vánse los vecinos disminuyendo y apocando cada día, unos por muerte y otros que se van á morar á Granada, y dicen todos que es esto juicio grande de Dios y castigo de su mano, por la muerte que dieron los años pasados en aquella cibdad dos hermanos al Obispo que entónces era de Nicaragua”.

Madrugando una vez más, los frailes dejaron atrás Nagarote y prosiguieron por tres leguas hasta llegar a Matiare (Mateare), donde desayunaron hermosas mojarras del lago. La tarde hizo buena y al ponerse el sol entraron a Managua, población de indios nahuatles. Ahí encontraron un indio ciego, con sus tres hijos montados en el mismo caballo y su mujer en otro; se encaminaban hacia El Viejo en busca de comida. Había mucha hambre de ahí en adelante pues las sementeras estaban tier-nas. En Managua se daba la grana en polvo.<sup>12</sup>

El 30 de mayo salieron de madrugada y llegaron a la salida del sol a Nindirí “un bonito pueblo de indios mangués”. En el camino contemplaron el famoso volcán de Masaya, del cual dejó Ciudad Real el siguiente comentario: “Háse ido consumiendo y gastando poco á poco, y ya no echa de sí sino muy poca lumbre y resplandor, pero despide de sí mucho humo: no es volcán muy alto, mas tiene muy grande boca, está como media legua del camino real por donde á ida y vuelta pasó el padre Comisario”.

Obviamente el volcán estaba en una fase de intensa fumarola, la cual se acrecienta durante la estación lluviosa. También se admiraron los frailes de ver a las indígenas bajando por el acantilado que encierra a la laguna vecina. Utilizaban para ello unas escaleras de bejuco, cargando cántaros y a veces hasta sus hijos a cuestras, “[...] que espanta decirlo, pero mucho más verlo”.

<sup>12</sup> Se refiere al polvo carmín extraído de la cochinilla, un insecto que se “cultivaba” entre las hojas de los nopales.

Poco después los viajeros arribaron a Masaya, también de filiación chorotega, donde parecía camppear el hambre. No hubieran probado bocado de no ser por una devota matrona que les brindó su mesa y por el bizcocho y pan de Castilla que les trajo el guardián de Granada.

Al día siguiente madrugaron por el camino de Las Lomas, (ladera norte del cráter Apoyo), quedando perdidos entre las cañadas. Felizmente toparon con un indio mangué que por señas entendió lo que pasaba y les señaló el verdadero camino a Granada. Después de cuatro leguas adicionales arribaron a la ciudad, meta del viaje, donde fueron recibidos por el vicario, el alcalde y otros españoles que los acompañaron hasta el convento de los franciscanos.<sup>13</sup>

### En Granada y de regreso

La población de Granada tenía en 1586 unos doscientos vecinos españoles, según estimaba Cibdad Real. La mayoría de las casas estaban fabricadas sobre un zócalo de piedra y ladrillos encalados, sobre el que se alzaban paredes de tabla y el techo de tejas. Las construcciones eran por tanto livianas, previendo los terremotos que con frecuencia asolaban la región. Casualmente, durante los quince días que fray Alonso permaneció en aquel lugar, aconteció un temblor tan fuerte que hizo a los frailes correr despavoridos a la calle, cayendo el encalado, tierra y palos de las paredes del convento.

Los pobladores se dedicaban a la explotación de sus encomiendas; algunos poseían haciendas de ganado, otros traficaban o comerciaban, aprovechando la circunstancia de estar Granada junto al lago, tener acceso al Desaguadero por un lado y encontrarse no lejos de la Mar del Sur por el otro:

"[...] dista el mar del Sur desta laguna cinco leguas por donde ménos, de manos que si estas se rompiesen podria comunicarse un mar con otro ...Dánse en esta laguna mojaras, aunque no tantas ni tan buenas como en la de León, ni son tan fáciles de tomar, porque como es tan grande anda más revuelta y alterada que la de León, hállanse también en ella tiburones y otros pescados y aun lagartos muy perjudiciales".

Cibdad Real también describió las curiosidades en los alrededores del pueblo: "el volcán tan renombrado de Bombacho", que pocos años antes había reventado y lanzado un destructivo alud de fango y piedras so-

<sup>13</sup> La provincia franciscana de Nicaragua, llamada de San Jorge, fue organizada por fray Pedro de Betanzos, a instancias del obispo Antonio de Zayas en 1575. Originalmente comprendía 17 conventos repartidos entre Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

bre una población indígena.<sup>14</sup> También cita el interesante sitio llamado La Tembladera, a cinco leguas de Granada, (posiblemente situado a orillas de la laguna de Tisma), así llamado por la inestabilidad del terreno donde se hundían y perecían las bestias, “[...] y ha habido hombre que con curiosidad hincó una vara de veinte palmos... y vió que poco a poco se fue hundiendo la vara hasta que toda se sumió”, según comenta el cronista.

En el aspecto religioso el pueblo estaba servido por una bonita iglesia a cargo de los franciscanos, interesados también en levantar su propio templo y convento de cal, teja y ladrillo con el apoyo de los devotos feligreses.

La festividad de *Corpus Christi* fue celebrada con gran pompa. La custodia, aunque de madera, estaba engalanada con piezas de oro y algunas esmeraldas; venía alumbrada con velas de cera nativa, negra, a falta de la blanca que llegaba de España a gran costo. La procesión recorrió las calles, donde se habían erigido altares adornados con ramas “[...] verdes como naturaleza las crió”. La gente rociaba a los clérigos con agua de azahar. Los cánticos se interrumpían por las descargas de pólvora, activada con el tizón de fragua del herrero. Como era la tradición, no faltaron los promesantes enmascarados bailando frente a la procesión:

“Hubo muchas danzas y bailes de indios y una de mozos españoles bien aderezados, cubierto los rostros con tocas de red muy menudas, los cuales danzaron y bailaron muy bien sin cesar, desde que se comenzó la procesión hasta que se acabó, que para tierra tan caliente fué mucho: llevaban mucho del caxcabel, y iba entre ellos un mulato con una saboyana parda hasta en piés, un paño blanco por pretina, barbas y caperuza de bobo, el cual con unas sonajas hizo aquel día maravillas”.

Tuvo pues el Padre-Comisario congregación con sus cofrades de Nicaragua, Honduras y Costa Rica; veinticinco religiosos procedentes de 12 conventos. Al respecto anota Cibdad Real: “La lengua que hay en esos conventos y sus visitas es la mangue en la mayor parte de Nicaragua, aunque también hay indios nauales; y en la isla de la Laguna (Ometepe), se habla otra lengua particular, (corobicí, posiblemente), en Costa Rica otras y otras, pero por toda esta tierra corre la mexicana”.

El 16 de junio emprendió fray Alonso Ponce el regreso a Guatemala en compañía de cinco frailes. Tomó el mismo Camino Real por donde había ingresado. Las lluvias siguieron cayendo sobre los viajeros, tornando resbaladizas las cuestas y barrancas. En una de ellas situada a la salida de Managua, (hoy Cuesta del Plomo), cayó uno de los frailes con todo y bestia al tratar de superar la subida en medio de la oscuridad de la

<sup>14</sup> Sobre el derrumbe de las paredes del Mombacho, véase el capítulo V.

noche, salvándose milagrosamente de morir en un precipicio que corría al lado.

Los viajeros continuaron cabalgando en su regreso, soportando aguaceros, fatigas y desvelos hasta alcanzar de nuevo el pueblo de El Viejo, donde esperaba a la comitiva un fraile de Nacaome con la no menos desalentadora noticia que las ciénagas de Zomoto y Condega estaban im- pasables a consecuencia de las lluvias, “[...] y los ríos iban de monte a monte”. No les quedaba a los viajeros otra opción que la de embarcarse y cruzar el golfo de Fonseca hasta las islas de la Teca, (Meanguera y Conchagüita, frente a la costa de El Salvador), para cuyo efecto el fraile recién llegado había previsto unas canoas que esperaban en el Estero, a tres leguas de El Viejo.

### Navegando por el Estero y en el Golfo

Estero Real es un ancho y serpentino estuario del golfo de Fonseca. Penetra varias leguas por una llanura tan baja que el flujo de la pleamar se hace sentir bastante tierra adentro. Extensos suelos fangosos y salinos lo rodean; en sus riberas crecen los manglares en profusión. Al acercarse al golfo se divide en varios ramales, midiendo el principal unos dos kilómetros de ancho en la desembocadura.

Los seis frailes se embarcaron en tres canoas provistas de toldo para librarse del sol y la lluvia; cada una iba impulsada por ocho remeros. Las embarcaciones estaban excavadas de un solo tronco, fuerte y resistente para soportar los tumbos y porrazos del mar. Velas de algodón o de petate eran desplegadas a los vientos con frecuencia para imprimirles velocidad.

“Ordinariamente las llevaban á remo, aunque algunas veces les ponen velas de mantillas de algodón ó de petates... Reman los indios en pié, sin mudarse de un lugar, pero mudan muy á menudo los brazos todo á un punto, y de esta manera no se cansan tanto y hacen ir volando la canoa, especial si el viento los ayuda”.

Las canoas se dejaron llevar por la vaciante marea en las primeras seis horas de navegación. Al fallar ésta, fueron acercadas a la orilla junto a los manglares, donde “no había cosa enjuta en qué poner los pies”. Los indígenas se las ingeniaron para hacer un colchón de varas secas y ramas verdes sobre el fango para que los frailes pudieran caminar y estirar un poco el cuerpo.

A eso de las tres de la tarde volvió a reanudarse el viaje, costeando por el Estero Real. Con buen tiempo salieron al golfo, en cuyas orillas vieron algunos lagartos “tan grandes y tan largos como grandes vigas”. Remando por otras seis leguas, con la luna creciente, arribaron a una isla llamada Cihualtepetl, (“cerro de las mujeres”), donde saltaron a tierra para dormir sobre la playa arenosa, no obstante los mosquitos que los fastidiaban. Obviamente aquella “isla” no era sino la península de Cosigüina, según se deduce del siguiente comentario de Cibdad Real: “Aunque comúnmente se llama isla aquella, no lo es en rigor sino tierra firme, porque está cercada de mar por las tres partes, y por la otra de manglares, ciénagas y pantanos que la hacen casi inaccesible”.

Señala también el cronista que allí existió antes un pueblo de indios nahuatles pero, estando tan aislados, la gente fue trasladada a El Viejo, dejando la península despoblada.

En la mañana siguiente, 21 de junio, se reanudó el viaje, después que los frailes desayunaron unos cangrejos, una hermosa iguana capturada entre los mangles y bebido las aguas de un arroyo que pasaba por ahí.<sup>15</sup>

Dejando atrás una alargada punta, (hoy llamada Rosario o Money-penny), cruzaron el golfo “de alta mar y tumbo” hasta alcanzar la isla de Meangola (Menaguera), o Quetzaltepetl, donde existía un villorrio de indios Potones. Siguieron adelante, sorteando el bravo oleaje que hizo a los frailes padecer de angustias, mareos y bascas. Desembarcaron en la isla de la Teca (Conchagüita), también habitada por los mismos indios, donde fueron obsequiados con pescado fresco, ostiones, lizas y agujas. Allí descansaron por un día, para luego continuar el viaje por el golfo, batallando siempre contra las olas, hasta llegar al puerto de Fonseca (La Unión) en tierra firme salvadoreña.

Cibdad Real concluye el itinerario de 25 leguas a través del golfo afirmando que al tomar fray Alonso aquella ruta marina: “[...] se libró de las ciénagas de Condega y Zomoto, y de las de Olomega, y otras muchas que en tiempo de aguas, como era aquel, son impasables, libróse también de diez ríos caudalosos que aun en tiempo de seca se pasan con dificultad y peligro, y de algunos esteros y otros ríos no tan grandes”.

### La caminata de un fraile descalzo

Otro de los frailes que anduvo los caminos de Nicaragua fue Antonio Vázquez de Espinosa, de la orden de los carmelitas. Estuvo en el Nuevo

<sup>15</sup> El arroyo que fluía en la parte norte de Cosigüina quedó aterrado durante la gran erupción del volcán en 1835, aunque todavía pueden observarse en su antigua desembocadura ciertos charcos costeros de agua dulce, en el sitio llamado Las Pozas actualmente.

Mundo entre 1608 y 1622. Recorrió a pie y en barco las posesiones españolas desde México hasta Chile, dejando una cuantiosa información sobre la geografía, la etnografía e historia natural de las provincias que visitó. Al momento de morir en España en 1630, se imprimía su famoso *Compendio y Descripción de Las Indias*, valioso testimonio sobre observaciones en el nuevo continente a principios del siglo XVII. Por una u otra causa, la obra no fue conocida sino hasta el descubrimiento del manuscrito en la Biblioteca del Vaticano, trescientos años después de su muerte.

De una de las pocas fechas consignadas en el texto se deduce que ingresó a Nicaragua en junio de 1613, haciéndolo por la vía y manera usadas 27 años antes por fray Alonso Ponce, el golfo de Fonseca y las islas de la Teca:

“[...]y los que van a la provincia de Nicaragua suelen atravesar esta bahía en canoas de los indios de la isla, con que ahorran muchas leguas y cansancio, y por gozar de lo barato el año de 613 habiéndoles dicho Misa a los indios de la isla, día de la Santísima Trinidad, la atravesé en 24 horas, y fuí a salir cinco leguas del pueblo del viejo en la provincia de Nicaragua que está a tres leguas del puerto Realejo”.

A diferencia de fray Alonso, quien cabalgó por el Camino Real de Nicaragua, fray Antonio da a entender que realizó su visita a la provincia caminando desde el Golfo de Fonseca hasta el de Nicoya, tal como era costumbre viajar entre los religiosos de su orden. Aunque no describe itinerario—como lo hizo Cibdad Real—la caminata le permitió compenetrarse mejor del país que recorría y observar de paso muchas situaciones que los franciscanos no lograron advertir en su apurado viaje, cuando con frecuencia hincaban las cabalgaduras para alcanzar el próximo pueblo ante la inminencia de algún aguacero.

Con el tiempo a su favor, Vázquez de Espinosa pudo disfrutar mejor del bucólico paisaje nicaragüense y escribir comentarios como el siguiente:

“Toda esta provincia del Viejo y la de Posoltega hasta Sutiaba tiene muchos ríos de aguas regaladas, con muchas florestas y arboledas, que parece un paraíso, y desde Sutiaba hasta Granada no hay en todo el camino río aunque toda la tierra es fértil y abundante, con muchas estancias de ganado mayor y de mulas y obrajes de añil. Y toda es llana hecha una floresta.<sup>16</sup>”

Obviamente, después de 90 años de emprendida la conquista y a consecuencia de la gran reducción de la población indígena, muchas de las

<sup>16</sup> Esta cita, donde se menciona por primera vez la industria del añil en Nicaragua, así como las siguientes ofrecidas por Antonio Vázquez de Espinosa son tomadas del “*Compendio*”, editado bajo la serie Biblioteca de Autores Españoles. (Ver Bibliografía).

áreas antiguamente cultivadas habíanse revertido a bosques, en una extensión mucho más amplia que las mantenidas por los pocos vecinos españoles como zonas de cultivo o haciendas de ganado. Por la misma razón, la fauna a orillas del camino era relevante:

“Hay muchos venados y otro ganado silvestre parecido a liebre llamado Lapa (*tepecuintle*), aunque es mayor; su carne es buena y regalada; el pellejo es pintado a modo del de tigre con manchas blancas y pardas; hay diferencia de ardillas y monas; hay otros grandes bermejós con barbas (*congo*), como hombre...”

Fiel a su devoción, sin embargo, lo primero que anota el fraile es la comprensión del obispado de Nicaragua, que entonces abarcaba también a Costa Rica y era, además, sufragáneo del de Lima. La razón posiblemente radicaba en la activa comunicación que entonces existía entre El Realejo y El Callao, puerto este último donde llegaban los productos de Nicaragua y en especial brea de los pinares segovianos, “por ser tan necesaria para los navíos y viñas del Pirú”. La jurisdicción comprendía unas 150 leguas de este a oeste, (de Somotillo a Cartago), por 70 leguas de ancho. Atendía por tanto las necesidades religiosas de los gobiernos de Nicaragua y Costa Rica, así como las de la Alcaldía Mayor de Nicoya establecida entre ambos.

Las gobernaciones y la alcaldía se regían según nombramiento real. La Audiencia de Guatemala había establecido cuatro Corregimientos en Nicaragua:

[...] que son el de la villa y puerto del Realejo y provincia del Viejo, el de Casalguaque (*Quetzalaguaque*) y Subtiaba, el de Monimbó, Masaya y Managua, el de los Chontales, cuya cabecera es Sébaco; todos ricos y de muchos aprovechamientos, porque la tierra es rica, fértil de frutos de la tierra, de mucho comercio, y se saca de ellos”.

## Producción, comercio e industria coloniales

A principios del siglo XVII la gobernación de Nicaragua producía: maíz, frijoles, legumbres, azúcar, cacao, vainilla, achiote, tabaco, cabuya, añil, cochinilla y gran variedad de frutas nativas e introducidas, entre estas últimas los cítricos y el tamarindo. Como productos animales figuraban las aves de corral, cerdos, el ganado vacuno y caballar. En los lagos, ríos y esteros también se obtenían variados especímenes para la mesa. Hablando de la buena provisión de El Realejo, fray Antonio señala lo siguiente:

“Es esta villa muy abundante y regalada de pescado, como tiene cerca la mar y mucho que se pesca en el estero de todas suertes; hay muy buenas gallinas baratas; vale cada una un real; cómense buenas terneras, y vaca muy gorda y de buen gusto, ganado de cerda, y cerca tiene un ingenio de azúcar...”

Granada y El Realejo eran los principales lugares para la exportación. La primera traficaba con Portobelo, (que sustituyó a Nombre de Dios) y Cartagena. Del puerto salían fragatas cargadas de añil, cochinita, tabaco, maíz, mecates, madera de brasil, cueros, gallinas y otros productos nativos. Las embarcaciones regresaban con mercaderías españolas, vinos, aceitunas y otras cosas. Por El Realejo se enviaba al Perú brea, miel, cera, bateas para lavar oro y lona de algodón. Tenía este puerto buenos astilleros y bosques alrededor para la construcción de embarcaciones, “[...] donde todos los años se echan navíos al agua que se fabrican en ella, en que cargan los frutos de la tierra para el Pirú”. Otros puertos mencionados eran San Juan (del) Sur y Sapoapa (Salinas), que aunque desprovistos de población ofrecían buenas bahías para abrigar navíos.<sup>17</sup>

Según Vázquez de Espinosa, Nicaragua poseía muy buenas maderas, y menciona entre éstas al ébano (?), el brasil o palo de tinte, el cedro y las frondosas ceibas. En el estero de El Realejo abundaban los mangles, “más rescios, durables y pesados que el hierro”, así como una serie de bejucos que se utilizaban para amarrar y asegurar la armazón de las casas. También menciona la caña brava, con unos canutos tan grandes como para almacenar en ellos una botija de agua. Cerca de Posoltega se extraía la cabuya de una planta parecida al maguey, (penca o henequén); de las raíces del copel se fabricaban buenos fustes de lanza.

En las vecindades de El Viejo se cultivaban los tamarindos reales, traídos al trópico americano desde las lejanas Filipinas; el fruto “de sabor agrio dulce suave, es purga excelente y sin riesgos... no la hay en otras partes, que sólo se dan en tierra caliente. El árbol de cacao que crecía en las laderas y contornos del volcán Mombacho, “[...] es lo más grueso y crecido que hay en todas aquellas provincias”. Sus semillas se utilizaban todavía como moneda, pero sobre todo para preparar el delicioso brebaje de gran popularidad en toda la América Central. Vázquez de Espinosa se refiere al cacaotero de la siguiente manera:

“El árbol del cacao es mediano como manzano, de su naturaleza muy delicado y regalado, sólo se cría en tierra caliente y no en otras partes; cuando lo siembran es a la sombra y abrigo de otro árbol grande que llaman madre del cacao, (el elequeme, *Erythrina*; o bien el madero negro, *Gliricidia*), para que le guarde del sol y del aire; ha de estar siempre cultivado con agua y regalo, y de otra suerte se seca”.<sup>18</sup>

Otra planta de gran importancia en la economía colonial era el jiquelite, (*Indigofera*), de la cual se extraía el añil. A principios del siglo XVII los obrajes estaban bien establecidos en las cercanías de El Realejo y de

<sup>17</sup> Según Vázquez de Espinosa una carga de cacao equivalía a tres xiquipiles; cada xiquipil a 200 zontles y cada zontle a 400 semillas, resultando al final 240 mil semillas de cacao por carga.



Subtiaba y entre Managua y Mateare. Las cosechas de Guatemala y Nicaragua era tenidas como las mejores en aquel entonces.

Para preparar el añil —según el mismo cronista— cogen el jiquelite a finales de julio y lo ponen a macerar en unas pilas de agua por 24 horas, hasta que suelte el tinte azul. Luego trasvasan el producto a otra pila donde lo baten hasta sacarle espuma. Decantan el agua mientras la tinta se va al fondo de la pila, sedimentándose con consistencia de lama (alga). Toman ésta, la exprimen en unos coladores para escurrir el agua remanente; del residuo hacen panes que ponen a secar al sol por cuatro a seis días, para finalmente almacenarlos en costales o zurrones. De cada cien cargas de jiquelite se sacaba un quintal de añil.

Otra industria floreciente en la época colonial era la grana, un polvo carmín que se daba muy bien en Managua según el testimonio de Vázquez y de Cibdad Real. El polvo procedía de un hemíptero llamado cochinitilla, el cual se cría entre las tunas. Al respecto escribe Vázquez: “[...] esta tuna colorada es la que cría la grana, porque en las hojas y frutas se crían unos gusanitos debajo de un telilla a modo de telaraña y aquel gusanito está hecho una sangre, y cuando han criado y cuajado bien los quitan y ponen al sol, hasta que se seca y cura, con que queda finísima grana”.

A juzgar por las observaciones del fraile carmelita, Nicaragua había entrado en un período de prosperidad y tranquilidad, uno de esos breves lapsos que gozara a lo largo de su agitada historia.

### Descripción de pueblos y Corregimientos

Una de las más valiosas contribuciones de la visita de fray Antonio Vázquez de Espinosa a Nicaragua es la descripción de los pueblos principales en el comienzo del siglo XVII, en especial de las actividades a las que se dedicaban los habitantes.

La región de El Viejo, según fray Antonio, presentaba muchas arboledas y florestas, surcadas de arroyos y ríos de aguas cristalinas donde acudían numerosos animales y aves. El pueblo era uno de los mayores de la provincia y estaba dividido en once barrios o “linajes”, cada uno con su propio alcalde indígena. En cada barrio había una ermita y se celebraba el santo de la advocación respectiva. También estaba el convento de los franciscanos. La producción parecía que sobraba: “El pueblo, aunque es de temple caliente como toda la provincia es de buen cielo y sanos aires, abundantísimo de gallinas, vaca, ternera y muchas diferencias de frutas de la tierra muy regaladas”.

Existía en El Viejo activo comercio en manos de ciertos españoles. Estos tenían a cargo tambos y mesones, así como la contratación de indios de servicio, aprovechándose de los pasajeros que iban a embarcarse en El Realejo, o los que arribaban del Perú por ese puerto. Algunos de los recién llegados eran “chapetones”, españoles pobres acogidos a la hospitalidad de las autoridades del pueblo, que les proporcionaban alimentos e indios de servicio:

“Hacen de comer tortillas de maíz, que es el pan ordinario de esta provincia y así con poca costa se sustentan, porque con un real compran dos arrobas de vaca, chorreando manteca, y con otro compran dos celemines de maíz con que también tienen pan para muchos días, y para la fruta de que hay grande abundancia de aguacates, plátanos, sapotes, guayabas, chiquisapotes, naranjas, limas, con ocho o diez cacao la compran, y para guisar de comer los indios les traen leña, de que hay cantidad por todas partes”.

Los indígenas de El Viejo eran ladinos según fray Antonio, dando a entender que ya estaban aculturados e imbuidos en las costumbres españolas, especialmente en el uso de la vestimenta, incluyendo zapatos y botas que fabricaban del cuero de los venados, animal muy abundante en los alrededores.

A poca distancia estaba Chinandega, pueblo de muchos indígenas, “[...] abundante de maíz y todas las frutas de la tierra, que parece un pedazo de paraíso”. Llamó la atención al fraile la devoción de los indígenas del pueblo, muy atentos a las cosas litúrgicas, pues mantenían la iglesia bien adornada y cantaban la misa con instrumentos musicales. Los mercedarios del convento de Posoltega atendían también la doctrina en Chichigalpa. En los alrededores de estos pueblos se sembraba el ágave (pencá), cacao, achiote y vainilla. Por todo el corregimiento había ingenios de azúcar y obrajes de añil, productos que eran consumidos localmente o enviados al Perú.

El Realejo tenía unos cien vecinos al tiempo de la visita de Vázquez, con iglesia y tres conventos, (de franciscanos, mercedarios y jesuitas). Había también un hospital y varias ermitas. Aunque las casas del pueblo no estaban a la orilla del mar, éste crecía durante la pleamar en tal forma que embarcaciones pequeñas penetraban por el estero para atracar directamente junto al pueblo. Poseía además varios astilleros surtidos con excelentes maderas, algunas traídas desde Cosigüina, resistentes a la broma que carcomía el casco de las embarcaciones en los cálidos mares tropicales.

El negocio de la brea que cargaban en el puerto rumbo al Perú era muy floreciente. La extraían de los pinos de Segovia a razón de 20 reales por quintal; se vendía en aquel país a más de 12 pesos, ocupándola para calafatear barcos y en la industria de toneles en los viñedos.

El corregimiento de Cuasualguaque comprendía, además del pueblo de Quetzalaguaque, los de Telica, Subtiaba y la nueva ciudad de León. En Subtiaba residía el corregidor; en los alrededores se cultivaba la penca para la industria de la jarca y el velamen, así como el añil. Sobre el Camino Real, “[...] a dos tiros de mosquete de Sutiaba”, se levantaba la nueva León. Cuando fray Antonio pasó por ella, apenas había cumplido tres años de existencia, lo cual explica la brevedad de su comentario: “La nueva ciudad de León tendrá 80 vecinos españoles con iglesia Catedral, que la asisten algunos prebendados, porque el Obispo vive de ordinario en Granada de donde dista 24 leguas; hay en ella convento de Nuestra Señora de la Merced”.<sup>19</sup>

La observación del fraile sobre la destrucción de León Viejo es un valioso testimonio del fin de aquella ciudad, fundada por Hernández de Córdoba. Fray Antonio visitó las ruinas y el aposento donde mataron al obispo Valdivieso. La prosperidad de la nueva ciudad la interpretó como un acto de perdón y de clemencia divina.

Continuó el fraile carmelita su peregrinación a pie y pasó por Nagarote a nueve leguas de León y luego, bajando una cuesta, llegó a Matiare de las Mojarras, así llamado por los hermosos “guapotes” (*Cichlasoma managuensis*) que se pescaban en el lago, de los cuales se compraban 18 ó 20 por un real, “[...] que son tan grandes como besugos”. En esta misma localidad atestiguó el cronista —estando de regreso en Nicaragua en 1621— el infortunado suceso de una indígena tragada por un lagarto, de los que abundaban en las aguas del lago de Managua.<sup>20</sup>

Cinco leguas más adelante llegó el fraile al pueblo de Managua, pasando por tierras planas donde se alternaban bosques y huertos con estancias de ganado y plantaciones de añil. Todo lo que dijo de Managua fue lo siguiente:

“[...] el pueblo es grande de mucha amenidad y regalo; suele asistir en él el Corregidor que provee el presidente de estas provincias. Lábrase en él cantidad de carmín, jarca para navíos; viven en él muchos españoles, y en los tambos o ventas hay mercaderes que llaman quebrantahuesos o mercachifles, por ser sus caudales cortos. Venden entre los indios ropa de la tierra y de España, sombreros, cuchillos y otras menudencias; cacao, que les sirve de moneda, rescatan y truecan unos géneros por otros. Cógese en este pueblo cantidad de maíz, frijoles, con otras semillas y legumbres; hay abundancia de pescado, que pescan de la laguna la cual dista de la grande donde desagua menos de 100 pasos (?), aunque esta laguna tiene más de 25 leguas de circunferencia. Hay en este pueblo muchas frutas de la tierra regaladas, y aunque es de temple caliente es sano de suelo arenisco”.

<sup>19</sup> El obispo Pedro de Villareal apoyó el traslado de la ciudad, en 1609, luego de ser destruida por un terremoto, pero continuó residiendo en Granada. La primera catedral de León Nuevo fue comenzada en 1620 por el obispo Benito de Baltodano. Este templo fue demolido en 1746 para dar lugar a la actual catedral, cuya construcción duró más de setenta años.

<sup>20</sup> El trágico episodio fue referido en el capítulo VII.

Como otro “pedazo de paraíso”, calificó al siguiente pueblo: Nindirí, con su riqueza frutal, donde se fabricaban mecates y lonas de algodón para las velas de los navíos del Perú. Asombró al fraile la forma como sus pobladores y los de Masaya bajaban por agua a la profunda laguna de las inmediaciones. Masaya también gozaba de gran amenidad y regalías de la tierra, dedicándose a la cordelería y fabricación de lonas de algodón. En el negocio “los Corregidores se enriquecen”, señala fray Antonio en una obvia alusión a la máxima autoridad de Monimbó, pueblo vecino y cabecera del corregimiento. Formaban parte de su jurisdicción los pueblos de Niquinohomo, Nicaragua de Los Indios (hoy San Jorge) y otras poblaciones nativas según el mismo autor.

A cinco leguas de Masaya estaba Granada, poblada por unos 250 vecinos españoles cuando Vázquez de Espinosa la visitó, sin contar con “la gente de servicio”, (indios, negros y mulatos), que vivían en el pueblo vecino de Agaltega (Jalteva?). Además de la iglesia mayor Granada contaba con tres conventos, un hospital y varias ermitas. La población gozaba de la misma salud y prosperidad de la provincia, porque además de puerto lacustre con acceso al Mar del Norte:

“La ciudad es abundante de mantenimientos y barata, y aunque por ser de temple caliente no se coge en ella trigo, se traen harinas de la ciudad de Cartago de Costa Rica; hay muy buenas gallinas, vaca, ternera, abundancia de mojarra y otros pescados que se pescan en la laguna, y valen muy baratos, mucho maíz, frijoles y otras semillas y legumbres así de la tierra como de España, y muchas frutas regaladas de la tierra y algunas de las de España”.

En los alrededores de Granada existían ingenios de azúcar, plantaciones de cacao y estancias de ganado mayor. La ciudad comerciaba con Cartagena y Portobelo que la abastecían en intercambio con mercaderías españolas.

## Religiosidad indígena

Los primeros cien años a partir de la conquista española significaron un lapso suficiente para imprimir en las sociedades indígenas de América Central un profundo sentimiento religioso, como consecuencia de la labor cotidiana de los frailes. La conversión evangélica se hizo sentir en aquellas comunidades más directamente sujetas al dominio español. Franciscanos, mercedarios, dominicos, agustinos, carmelitas y jesuitas rivalizaban en el rescate de las almas mientras los conventos florecían en cada uno de los pueblos donde los castellanos tenían representatividad.

Las mismas autoridades civiles hacían mérito en sus esfuerzos por conquistar apartadas provincias, alegando como primer móvil la necesidad de cristianizar a los indígenas infieles, los cuales no siempre aceptaron la imposición española, como sucedió más allá de Segovia y Olancho, donde incluso fueron sacrificados algunos franciscanos a manos de los propios indígenas, a los que se intentó convertir en las primeras décadas del siglo XVII.

Hablando sobre el carácter de los indígenas, Antonio Vázquez de Espinosa los consideraba flemáticos e ingeniosos, con gran facilidad para imitar y aprender todo lo que veían hacer a los españoles, especialmente en el ejercicio de las bellas artes. Aprendieron a cantar música sacra, amenizar con sus flautas, chirimillas, sacabuches y otros instrumentos nativos los oficios religiosos y a celebrar con pompa las festividades señaladas en el calendario católico. Entre las virtudes atribuidas a ellos, fray Antonio señala:

“Son muy diligentes y curiosos en adornar una iglesia y componerla de muchas flores y curiosidades... abrazan los más de ellos de tal suerte las cosas de nuestra santa fe que sólo el mal ejemplo que les damos, es causa que no haya entre ellos grandes santos... Cuando llega el sacerdote a sus pueblos lo reciben con música y fiesta, con arcos de flores y repiques de campanas. Las indias salen con sus niños en los brazos, para que los sacerdotes les echen la bendición; si hay fiesta solemne, salen los principales con ramilletes de flores en las manos, de los cuales hacen presente al religioso o sacerdote que reciben, y todos por donde pasa le echan mucha juncia y flores, que todo es para alabar a Dios”.

Las manifestaciones religiosas de los indígenas, en especial su comportamiento sumiso frente a los frailes, fue interpretado como un acto de adulación y fanatismo estimulado por los mismos religiosos, según un dominico renegado, quien ejerció misión en Guatemala veinte años después que Vázquez de Espinosa visitara la región. El dominico describe el carácter de los indígenas de América Central como cortés y afectivo, aunque de naturaleza timorata; serviciales y obedientes si bien tratados, retrecheros y díscolos si tiranizados. “Gente de entera confianza —escribía— pues no se les conoce por ladrones, sino por la fidelidad a los amos que bien les tratan. Con los curas se muestran zalameros y cuando los abordan lucen sus mejores galas y estudian palabras y lisonjas para mejor agradarlos”.

Criticando a sus antiguos cofrades y sin ocultar las pingües ganancias que por misas y sermones extrajo de los indígenas de su parroquia, el dominico confiesa sin ningún remordimiento, lo siguiente:

“Las iglesias están llenas de imágenes colocadas en sus andas, adornadas y pintadas, para ser llevadas en procesión en su día. De ésto resulta no poca ganancia para los curas, pues en tales festividades el mayordomo celebra una gran fiesta en el pueblo y paga al cu-

ra dos o tres —a veces cuatro o cinco— coronas por la misa y sermón, además de un pavo, tres o cuatro gallinas y tanto cacao como para hacer chocolate hasta la octava”.<sup>21</sup>

Quien así se expresaba era Thomas Gage, fraile de origen inglés que desertó su ministerio en Petapa, un pueblo de indios Pocomanes cerca de Guatemala. Escapó furtivamente hasta Granada en busca de un barco que lo llevase a su patria, donde luego se convirtió en furibundo puritano, en una época cuando en Inglaterra campeaba el fanatismo religioso tan acendrado como en España. Su apostasía fue aún más lejos al denunciar a sus antiguos cofrades, que fueron encarcelados o condenados a muerte en base al testimonio que presentó Gage contra ellos, por el grave delito estatal de haber celebrado misa en Inglaterra.

### El “*Nuevo Examen de las Indias Occidentales*”

Thomas Gage pertenecía a una de las pocas familias católicas de la Inglaterra de principios del siglo XVII. A los trece años fue enviado a un colegio de jesuitas en Flandes, siguiendo la tradición de sus hermanos en busca de una carrera religiosa. Pasó luego a Valladolid donde hizo sus votos como fraile dominico. En 1625 partió para México con otros cofrades, con la intención de misionar en las islas Filipinas. Una vez en el Nuevo Mundo decidió ejercer su ministerio en Chiapas, entonces parte en lo civil y religioso de la provincia de Guatemala, donde en el siglo anterior había sido obispo otro dominico: fray Bartolomé de Las Casas.

Luego de residir por algunos años en el convento de la ciudad de Guatemala (entonces Antigua) ejerciendo doctrina entre los indios Cakchiqueles, fue destacado como párroco de los pueblos pocomanes, viviendo sucesivamente en Mixco, Pinola, Amatitlán y Petapa, donde llevó una vida bastante aislada de españoles y cofrades. Ya para entonces, en 1637, su deseo de retornar a Inglaterra se había incrementado y creyendo que su provincial no le concedería permiso optó por escapar, viajando anodidamente hasta Granada, donde esperaba encontrar transportación para España y luego a Inglaterra.

Cuando Gage logró al fin arribar a su país, se iniciaban las luchas entre católicos, anglicanos y puritanos; la espada de Damocles pendía sobre la cabeza de los curas católicos. Habiendo tenido diferencias con su superior, marchó a Roma a presentar su queja, aparentemente sin mucho éxito. Regresó a Inglaterra frustrado e inquieto, persistiendo en las intrigas, mientras su mente maquinaba la intención de pasarse con ven-

<sup>21</sup> Esta cita al igual que la anterior y las que siguen fueron tomadas del libro de Thomas Gage. (Ver Bibliografía).

taja al bando de los puritanos. Finalmente, en 1642, renunció públicamente al catolicismo para luego participar en una serie de denuncias que llevaron a la horca a cientos de sus anteriores cofrades, incluyendo a su tutor de los días de Flandes.

Las denuncias del apóstata fueron recompensadas con la rectoría en una de las parroquias puritanas de Kent, donde contrajo matrimonio y llevó una vida un poco más sosegada, que le permitió escribir el libro *A New Survey of the West Indies*, (*Nuevo Examen de las Indias Occidentales*). La obra salió a luz en 1648. En ella Gage relata su vida controversial y sus andanzas de fraile por las tierras mexicanas y centroamericanas.

Dejando a un lado los agrios comentarios religiosos que Gage expresa en su libro, propios de una mente asediada por dudas y conflictos, la narración en sí constituye un interesante testimonio sobre el estado y costumbres de los pueblos de América donde ejerció misión, en especial su relación con los indígenas de Guatemala, así como la descripción del entorno geográfico en que vivió o por donde anduvo. El enfoque tiene la gran ventaja de ser la primera versión —no española— de un forastero, de los poquísimos que la corona española permitió residir en sus colonias del Nuevo Mundo.

Refiriéndose a los propósitos que posiblemente animaron a Thomas Gage para escribir su interesante libro, uno de sus críticos —J. Eric S. Thompson— comenta lo siguiente:

“De haber retirado todos los comentarios en contra del catolicismo romano, hubiera invalidado con ello las dos principales razones para escribirlo: Primero, convencer a los puritanos que controlaban Inglaterra, al tiempo que el libro se publicó en 1648, que él había renunciado por completo a sus anteriores ritos y creencias papistas y que, según el espíritu de la época, la mejor forma de demostrar su sincera conversión fue aceptando inculpar gratuitamente a sus antiguos cofrades. Segundo, promover la teoría que las posesiones españolas en la mayor parte de América podían ser fácilmente capturadas por una nación de empresa como era Inglaterra, basándose en la ausencia casi completa de defensas y fuerzas militares en muchas de las partes que visitó, señalando cuidadosamente casos específicos y manteniendo que los indios, negros y mulatos habían sido tan explotados por la iglesia católica romana y por los terratenientes, descendientes de los conquistadores españoles, que saludarían con los brazos abiertos a las fuerzas libertadoras de Inglaterra”.<sup>23</sup>

Entre las razones sugeridas por Gage para apoderarse de algunas colonias españolas el ex-fraile expuso, desde luego, un pretexto religioso: “[...] rescatar América de las manos de los españoles pecadores”, como

<sup>23</sup>Ver *Thomas Gage's Travels in the New World* (Bibliografía). Los datos biográficos de Gage fueron tomados de esa obra.

una obligación sacrosanta de los puritanos ingleses, con el fin de erradicar de esa tierra las depravaciones, “con lo cual Dios sería agrado”. El argumento fue presentado por Gage en una carta que enviara en 1654 al entonces “hombre fuerte” de Inglaterra, Oliver Cromwell. En ella lo alentaba a tomar acciones para liberar América “de los españoles depravados”, sugiriéndole concretamente que Chiapas y Guatemala deberían ser los primeros blancos del poderío inglés.

Pero antes de proseguir con las consecuencias de tales intrigas, es necesario abrir un paréntesis para relatar la “escapada” de aquel inquieto fraile dominico por las tierras de América Central.

### La égira de Guatemala a Nicaragua

En enero de 1637 Gage abandonó furtivamente la parroquia de Petapa, situada a unas cinco leguas al oriente de la ciudad de (Antigua) Guatemala; esperaba llegar a Granada a tiempo para embarcarse en una de las fragatas que lo llevarían a España por la vía de La Habana. La nostalgia por los 23 años de ausencia de Inglaterra, cuyo idioma ya casi había olvidado, pareció ser el motivo de su planificada fuga. Envio adelante sus cofres, cargados de ganancias acumuladas tras largos años de misas y sermones, confiándolos a un sirviente indígena con la instrucción de esperarle en el paso del río Lempa.

Abandonando su parroquia al filo de la medianoche, con la sola compañía de un mulato fiel, cabalgaron en sendas mulas por el camino de San Salvador. El fraile fugitivo se desvió un tanto para evitar la ciudad, donde existía un convento de dominicos y vivían ciertos frailes que podían reconocerle. Al cabo de dos días cruzaba el Lempa y se sintió aliviado. El comentario sobre el río, como límite de la jurisdicción de Guatemala por donde escapaban los que tenían cargos de justicia, permite entrever la subconsciente alegría del fraile cuando hubo alcanzado la otra orilla.

Después de pernoctar en San Miguel decidió Gage cruzar el golfo de Fonseca, enviando nuevamente al sirviente con su preciada carga por el camino de Choluteca, para no exponerla al riesgo de un naufragio, mientras él y su mulato viajaban en canoa a través del golfo.

Una vez reunidos en El Viejo, los tres viajeros fueron a El Realejo con la esperanza de encontrar algún barco. Ahí supo el fraile del posible arribo de un galeón en el plazo de quince días. Encontró también que las fortificaciones del puerto estaban muy mal resguardadas. Sin querer espe-



rar por la embarcación, tomó la decisión de continuar el viaje hasta Granada en busca de otra oportunidad y siguió en su fuga cabalgando por el Camino Real de Nicaragua: “Del Realejo a Granada —escribió después Gage— no observé sino un camino plano y placentero, y en él los frutos y fertilidad de todas las cosas que bien hacen de Nicaragua el Paraíso de América”.

El dominico comenta su llegada a León, que para entonces había cumplido un cuarto de siglo de existencia en su nuevo asiento. Según observó, la nueva ciudad se levantaba junto a un volcán de fuego que en tiempos pasados explotó en la cumbre produciendo mucho daño. Desde entonces la actividad había menguado para tranquilidad de los habitantes, sin más señas que la emisión de un poco de humo.<sup>23</sup>

La ciudad le causó impresión por el gusto y comodidad de sus moradores, a juzgar por el siguiente párrafo:

“[...] está construida en forma muy curiosa, pues el principal deleite de sus habitantes se encuentra en sus hogares, en lo placentero de los alrededores y en la abundancia de todas las cosas para el buen vivir del hombre, más que en cualquier riqueza extraordinaria, que allí no sería tan disfrutable como en otras partes de América. Se conforman con sus bellos jardines, poblados de aves canoras y papagayos, y disponen de carne y pescado suficientes —que son baratos— y de elegantes casas que invitan a una vida deleitosa, de ocio y despreocupación, sin interesarse en el comercio y el tráfico, no obstante tener cerca el lago por donde salen por lo común algunas fragatas todos los años hacia La Habana por el Mar del Norte y del Realejo por la Mar del Sur, pudiendo ser muy cómodo para ellos establecer un rico comercio con el Perú, o con México, si su ánimo les impulsara hasta allí. Los señoritos de esta ciudad son casi tan banales y pretensiosos como los de Chiapas. Debido a los placeres que brinda la ciudad, los españoles llamaron a esta provincia *El Paraíso de Mahoma*.”<sup>24</sup>

Continuaron los viajeros por el Camino Real que enlazaba León con Granada, empleando en el trayecto dos días. Gozaba el fraile con las amenidades del paisaje, pero más con la acariciada idea de verse pronto desembarcado en Dover o ingresando a Londres. Una vez en Granada, procedió a despedir y remunerar al indígena que había escoltado su precioso tesoro, el cual regresó a Guatemala acongojado de no volver a ver a su amo. El otro compañero de viaje, el mulato, se negó a retornar hasta no verle embarcado. Ahí mismo negociaron las cansadas mulas que trajeron de Petapa. De buena gana se hubiera hospedado Gage en la ciudad, de no ser por el temor de ser reconocido por cierta gente que había arribado de Guatemala, conduciendo una recua de mulas con cargamento de

<sup>23</sup> Posiblemente se refería a uno de los dos volcanes, Telica o San Cristóbal, que Gage también confundió con el de Masaya, al atribuirle que fue explorado por un fraile que entró al cráter con un perol de hierro para sacar oro.

<sup>24</sup> Este calificativo aparece la primera vez mencionado por Benzoni, ciertamente mucho antes que se fundara León Nuevo. También se le atribuye a Pedro Pizarro, primo del conquistador del Perú.

añil y cochinilla para ser embarcado en el puerto rumbo a España. Temerosos de ser identificados por alguien de aquella partida decidieron, fraile y mulato, buscar refugio en un pueblo indígena cercano, atentos a la llegada en quince días de las ansiadas fragatas.<sup>25</sup>

### La prosperidad de Granada al descubierto

Granada gozaba en aquellos días de floreciente progreso. Tenía tres conventos muy ricos —según opinión de Gage— ninguno de los cuales era, para su felicidad, de dominicos. La iglesia parroquial era suntuosa, atendida por el obispo de León que residía en Granada. El fraile menciona: “Las casas son mejores que las de León y el pueblo de más habitantes, donde residen varios comerciantes muy ricos, y otros un tanto menos pero pasables, que negocian con Cartagena, Guatemala, San Salvador, Comayagua, y por la Mar del Sur con Panamá y Perú”.

Comenta también el fraile que Granada se convertía en una de las ciudades más opulentas de América en el tiempo de la salida de las fragatas. Los comerciantes de Guatemala preferían este puerto lacustre para enviar sus productos a Cartagena, en lugar de La Habana, en cuya ruta merodeaban piratas holandeses. En varias ocasiones el tesoro del rey y otros tributos para la corona fueron enviados a Cartagena por la vía del lago de Nicaragua y su desaguadero. Para dar idea del activo comercio del puerto, Gage presentó la siguiente observación:

“[...] en un día entraron seis recuas (por lo menos trescientas mulas) de San Salvador y Comayagua únicamente, cargadas con nada más que añil, cochinilla y cueros; dos días después vinieron tres más de Guatemala. Una venía cargada de plata, como tributo de ese país al Rey, la otra con azúcar y la tercera con añil”.

La salida por el río San Juan no era sin embargo tan expedita, según se supo, por las repetidas cargas y descargas que sufrían los barcos al pasar por los raudales, además de los mosquitos y el sofocante calor que extenuaba a los pasajeros.

A los pocos días llegó noticia de Guatemala anunciando que las fragatas habían suspendido el viaje por temor a los corsarios que rondaban por la bocas del río y que el presidente de la Audiencia no deseaba exponer el tesoro del rey en manos de los bucaneros. La noticia cayó como un balde de agua fría sobre el impaciente fraile y afectó también a otros pa-

<sup>25</sup> El pueblo que les sirvió de escondite fue posiblemente Diriá, porque según la descripción de Gage distaba una legua de Granada por un camino de subidas y bajadas, (las lomas de Apoyo), y estaba rodeado de pueblos visitados por mercedarios.

sajeros que esperaban confiados el arribo de los barcos. Gage se despidió del mulato y dándole alguna remuneración lo convenció para que retornase a Guatemala. Luego convino con otros tres viajeros españoles probar una salida por Cartago, habiéndose informado que por el río Suerre (hoy Pacuare), salían de vez en cuando pequeñas embarcaciones a Portobelo.

Una vez decididos a probar suerte por ese lado, dejaron atrás Granada y siguieron el camino costero del lago de Nicaragua por dos días, pasando por “[...] pueblos agradables, el campo sombreado y las frutas abundantes por doquier”. En uno de los charcos que deja el lago en estiaje observaron lo que a primera vista parecía un tronco semihundido en el agua. Al aproximarse, el leño se movió súbitamente, revelando ser un enorme lagarto, que se abalanzó sobre la cabalgadura de Gage. Uno de los viajeros gritó, indicándole que corriera en zigzag para evadir al saurio, (cuyo pesado cuerpo el animal no puede tornar tan presto), escapando así el asustado fraile de las hambrientas fauces del monstruo.<sup>26</sup>

Luego de perder de vista el lago, cruzaron los viajeros un territorio de tortuoso relieve, (serranías de Ostional), y continuaron el viaje entre sabanas desiertas, bosques frondosos y quebradas montañas; en fin, “nada que valiera la pena referir a la posteridad”, según escribe Gage.

Después de sortear muchos peligros arribaron sanos y salvos a Cartago. Marcharon a la desembocadura del Suerre y se embarcaron en una pequeña fragata que llevaba provisiones a Portobelo. La decisión no pudo haber sido peor: apenas salidos al mar fueron asaltados por un capitán mulato al servicio de corsarios holandeses. El avaro fraile palideció de terror y comenta el incidente sin tapujos:

“Ya veo mi tesoro de perlas, piedras preciosas y doblones de oro, que había obtenido tras doce largos años de sermones y misas, listos a perderlos en menos de media hora de loriqueos, como presa segura de éstos que con mayor facilidad que yo lo adquirían y que entre risotadas vinieron a despojarme de todo aquello que yo había amasado con el sonido de las flautas, músicos y órgano por tanto tiempo. Me ví forzado y obligado a entregar a un holandés todas aquellas ofrendas que a los santos ofrecieron los supersticiosos indios de México, Pinola, Amatitlán y Petapa y que por un tiempo me habían hecho rico”.

Obligados a regresar a Cartago con las bolsas vacías, los infortunados viajeros supieron de un barco procedente de Panamá que con frecuencia surtía para cargar sal en la bahía de Salinas sobre la costa del Pacífico. Con algunos doblones que pudo salvar de los piratas, más las limosnas que obtuvo en el pueblo de Nicoya por confesiones y comuniones

\* Este episodio se produjo seguramente en el charco de Ñocarime o Songozama, donde también el cronista Oviedo había observado lagartos un siglo antes que Gage.

de cuaresma, Gage continuó el viaje por barco. Después de otras tantas peripecias sufridas en alta mar, con fuertes vientos alejándola de la ruta, logró la embarcación atracar en Panamá finalmente. De ahí se dirigió Gage a Portobelo atravesando el istmo.

Portobelo era también un próspero puerto, donde anclaban las fragatas de La Habana, Veracruz y Cartagena. Su bahía estaba bien defendida por temor a los piratas que infestaban las aguas del Caribe. En un solo día Gage observó el arribo de 200 mulas cargadas de plata del Perú. La travesía a Cartagena fue muy angustiosa, perseguida la flota española por los bucaneros, que se contentaron con la captura de dos barcos rezagados.<sup>27</sup>

Después de gastar un tiempo en aquel puerto lograron las naves evadir a los corsarios y arribar con seguridad a La Habana. Otra espera fue necesaria, aguardando la flota que venía de Veracruz para zarpar juntas y escoltadas hacia España. En diciembre de 1637, casi al año de haber escapado de Petapa, llegó el fraile a San Lúcar de Barrameda, donde pudo dormir tranquilo después de tantos meses de sobresaltos.

### El legado de Thomas Gage

El libro de Gage puso al descubierto la riqueza y también la vulnerabilidad de las colonias españolas en América. También mostró a los bucaneros el promisorio botín que podrían obtener en Granada, así como la indefensa posición de El Realejo y la vecina ciudad de León, lugares que hasta entonces habían escapado de la rapacidad de los corsarios.<sup>28</sup>

Habiendo asegurado el poder de Inglaterra, Oliver Cromwell se interesó vivamente en el relato y la propuesta de Gage y eligió La Española (isla de Santo Domingo) como el primer blanco de la expansión inglesa en el Nuevo Mundo. A finales de 1654 la flota inglesa conquistadora salió rumbo al Caribe, llevando al apóstata Thomas Gage como capellán.

Las fuerzas en La Española lograron contener el embate de los ingleses, cobrándoles muchas vidas, sin que los negros de isla —que eran la esperanza de Gage— se sublevaran contra sus amos. Mejor suerte tuvo

<sup>27</sup> En tiempos del gobernador Artieda y Chirinos, (1576), los piratas habían capturado un barco español por esos rumbos y castrado a dos frailes que en él viajaban.

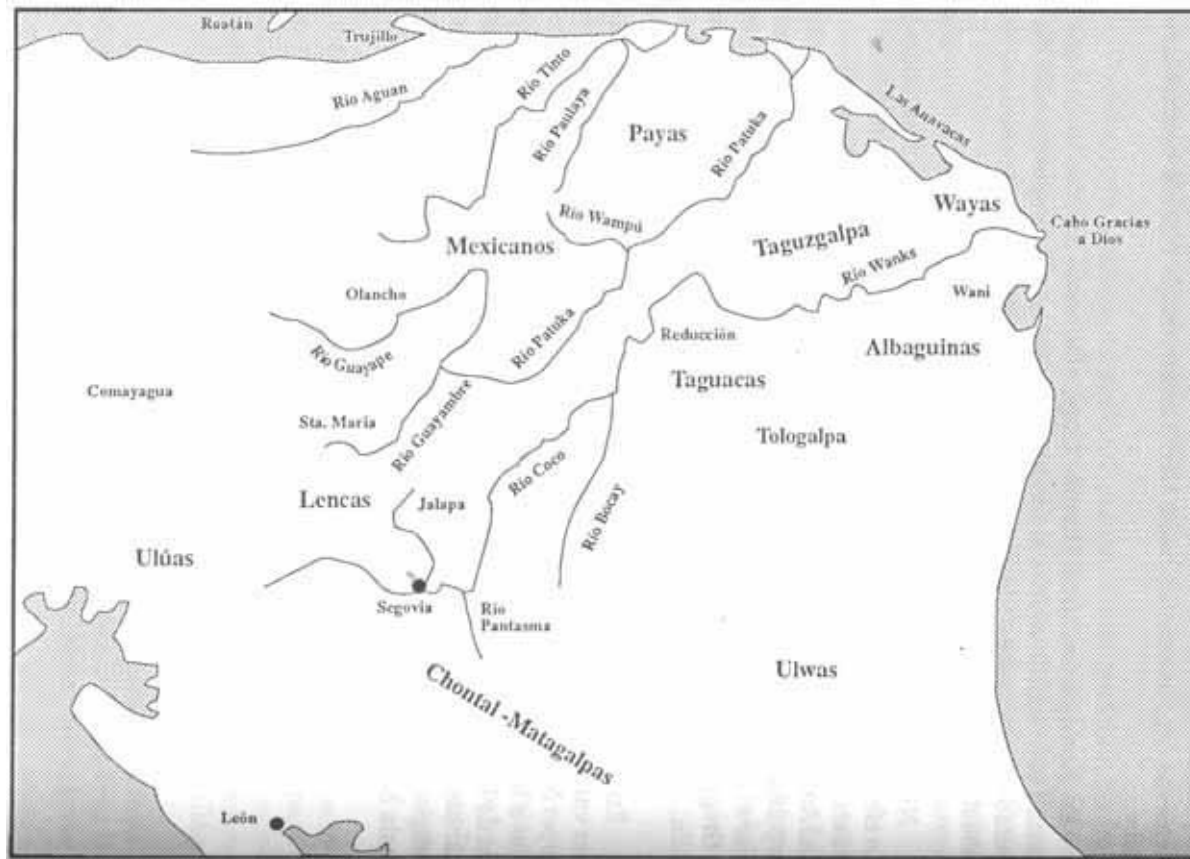
<sup>28</sup> Troy S. Floyd en su compendiado libro *The Anglo-Spanish Struggle for Mosquitia*, página 29, escribe: "El famoso fraile inglés, Thomas Gage, había visto estas riquezas entrando a Granada y sus descripciones sobre la prosperidad y debilidad españolas eran del conocimiento común en tiempos de los bucaneros. Granada resultó ser, en ciertos años, un excelente botín". (Traducción literal del autor).

ron los invasores en Jamaica, a la que capturaron sin dificultad. Con esta acción Inglaterra había asegurado un pie entre las posesiones españolas y obtenido una excelente base de operaciones para lanzar nuevas ofensivas expansionistas hacia tierra firme, desde Florida hasta Maracaibo.

En Jamaica continuó Thomas Gage alentando nuevas incursiones hasta 1656 cuando murió, sin haber presenciado —y seguramente disfrutado— el avance de los piratas, cuya rapacidad había excitado señalándoles el camino entre las páginas de su libro.

Nicaragua se presentó como uno de los objetivos más prometedores. En efecto, en 1654, el mismo año de la ocupación de Jamaica, piratas ingleses subieron por el río Coco y atacaron la ciudad de Segovia, (hoy ciudad Antigua), siendo la primera de varias incursiones vandálicas que esta población tendría que sufrir por los siguientes cien años. Después vinieron los asaltos a Granada por los piratas Davis, Gallardillo, Townley y Grognet, así como a León y El Realejo por parte de Dampier y su pandilla.

En efecto, entre los años 1665 y 1685 se intensificaron las incursiones vandálicas de los piratas, como un legado terrible que dejó a su paso por Nicaragua aquel fraile renegado, intrigante y vengativo, cuyos elogios a la bondad y riqueza de la tierra sólo sirvieron para atizar la codicia de los sanguinarios aventureros. Los corsarios no hicieron más que dar expresión concreta a las ocultas y apasionadas intenciones de aquel religioso controversial, tan hábil en despojar a los indígenas de Guatemala como los corsarios a los españoles de Nicaragua.



*Figura 28.- Lugares, ríos y tribus de la Taguzgalpa y la Tologalpa a principios del siglo XVII.*

## CAPITULO X

### Misioneros en la boca de la montaña

*—Entradas de los franciscanos en las selvas del Patuka y río Coco. —Establecimiento y destino de las misiones. —Primeras referencias sobre las costumbres de las tribus salvajes de Taguzgalpa, Tologalpa, la Pantasma y el Xicaque. —El apóstol peregrino de América.*

En la segunda mitad del siglo XVI el deseo de conquista y cristianización de dos extensas y remotas provincias situadas entre las gobernaciones de Honduras y Nicaragua fue creciendo al extremo de estimular —en el siglo siguiente— el celo evangélico de algunos frailes franciscanos que veían en la conversión de los indígenas de esas regiones hasta entonces desconocidas, un mandamiento divino que tenían que cumplir.

Una de las provincias, la llamada Taguzgalpa o Tagüisgalpa, (vocablo de origen náhuatl que significa “lugar donde hay oro”), se extendía desde el río Aguán cerca de Trujillo, hasta el Segovia, actual río Coco. La otra era la Tologalpa, (“lugar de los tules”); estaba situada entre los ríos Segovia y San Juan, correspondiendo a la presente Costa Atlántica de Nicaragua.

Ambas regiones limitaban por el oriente con el mar Caribe. En sentido opuesto alcanzaban las montañas centrales de Honduras y Nicaragua, una sucesión alternada de serranías y valles que forman cuencas de ríos caudalosos como el Aguán, Tinto, Patuka, Segovia, Prinzapolka, Grande de Matagalpa, Escondido y San Juan. Todas estas corrientes descargan sus aguas en el Caribe después de haber cruzado un territo-

rio selvático donde predomina un régimen de lluvias excesivas y calor sofocante.

Aunque Taguzgalpa y Tologalpa parecían inhóspitas a la población española que moraba en las alturas secas del centro de Honduras y en las planicies volcánico-lacustres del occidente de Nicaragua, estaban pobladas en realidad por tribus semisalvajes que hablaban diversas lenguas o dialectos. Los cronistas españoles de aquél entonces las llamaban genéricamente Lencas, Xicaques o Chontales. Vivían estos grupos en las montañas donde tienen sus fuentes los ríos mencionados, en medio de pinares y encinares. También estaban los denominados Caribes, habitantes de los bosques lluviosos, cuyas costumbres fueron descritas como bárbaras, en especial los Taguacas y Albagüinas, hoy identificados como Sumus. El calificativo de “caribes” que les dieron los españoles obedecía a las costumbres antropófagas que practicaban los indígenas, similares a las de ciertas tribus de las Antillas Menores y costas de América del Sur.

Un tercer grupo que los españoles encontraron habitando la Taguzgalpa era de origen mexicano, de habla náhuatl, posible remanente de las incursiones tardías de mercaderes aztecas que arribaron a los playones de los ríos de Olancho y Segovia para recoger oro, de donde luego se esparcieron hacia territorios vecinos. El cronista Antonio Vázquez de Espinosa menciona al respecto que la provincia de Taguzgalpa era celebrada y famosa en aquellas partes, “[...] donde viven muchos indios mexicanos, de que hay tradición, que por la riqueza de esta tierra enviaba Montezuma por sus tributos de oro y otras cosas preciosas todos los años”.<sup>1</sup>

Fue el conocimiento de la lengua mexicana, y un tanto la lenca, lo que facilitó a los misioneros franciscanos penetrar a esas inexploradas e inconquistadas provincias para predicar el mensaje cristiano.

El cronista de esas misiones fue fray Francisco Vázquez, quien en un tiempo fungió como Custodio de la provincia franciscana de Nicaragua, (llamada San Jorge), y luego como Notario Apostólico del Obispado de Guatemala. En este último lugar escribió en forma elegante y elocuente la *Crónica de la Provincia del Santísimo Nombre de Jesús de Guatemala*, a finales del siglo XVII. Poco antes, en 1674, fue editada en la misma ciudad la narración testifical de otro franciscano, Fernando Espino, nacido en la Ciudad Vieja de Segovia posiblemente a finales del siglo XVI. Su *Relación Verdadera de la Reducción de los Indios Infieles de la Provincia de la Taguisgalpa, llamados Xicaques*, no sólo constituye la primera obra de la pluma de un autor oriundo de Nicaragua sino, tam-

<sup>1</sup> Antonio Vázquez de Espinosa: *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*. No. 709. Biblioteca de Autores Españoles, Vol. 231. Madrid, 1969.



bién, uno de los primeros escritos editados en tierra centroamericana a pocos años de la introducción de la imprenta en Guatemala.

Además de sus valores históricos, tanto la *Crónica* como la *Relación* recogen por primera vez ciertas referencias etnográficas relativas a los indígenas que poblaban la región caribe de Honduras y Nicaragua en épocas tan tempranas como 1610. Algunas de las referencias están basadas en observaciones que misioneros franciscanos realizaron en el área directamente, cierto tiempo antes que los corsarios franceses, holandeses e ingleses hicieran contacto con dichas tribus, cuyas costumbres fueron más tarde conocidas en Europa a través de los escritos de bucaneros—escritores como Olivier (John) Exquemelin y William Dampier; pero las experiencias de los bucaneros con los indígenas no pasaron más allá de las islas y la costa litoral del Caribe.

### Los Chontales y sus congéneres

La presencia de una tribu que ocupaba la parte seca de las serranías centrales de Nicaragua fue reconocida por los primeros españoles que se asentaron en el país y que tuvieron contacto con ella durante las incursiones a los sitios auríferos de Segovia y Olancho. Sobre esta tribu el cronista Fernández de Oviedo menciona al respecto: “Essos chondales es gente más avillanada, é moran en las sierras ó en las faldas dellas”.<sup>2</sup>

Tanto Oviedo como el cronista López de Gómara mencionan la lengua chontal, “[...] grosera y serrana”, como una de las cuatro o cinco habladas en Nicaragua en el tiempo de la conquista. Su pronunciación era un tanto entrecortada, por lo que fue llamada también “populuca” que en lengua náhuatl significa “tartamuda”. En 1895 el lingüista Daniel Brinton identificó esa lengua como “matagalpa”, por la región donde se rescataron los primeros vocablos y agrega: “La gente que usa este idioma parece no haber tenido un nombre colectivo como patronímico. Fueron llamados por los cronistas españoles como Chontales y Populucas... De hecho ambas denominaciones son vocablos del náhuatl que significan respectivamente “extranjero” y “rudo”.<sup>3</sup>

Los Chontales se extendían originalmente más allá del actual territorio homónimo, ocupando también las mesetas de Matagalpa y Segovia, donde crecían como vegetación distintiva las coníferas: “En la goberna-

<sup>2</sup> FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Oviedo*. p. 302. Managua, 1976.

<sup>3</sup> Brinton, Daniel G. : *The Matagalpan Linguistic Stock in Central America*. Proceedings American Philosophical Society. Vol. 34, 1895.

ción de Nicaragua entre los indios chondales, en aquellas sierras hay pinares”, comentaba Oviedo.<sup>4</sup>

El nombre de Chontales se aplicaba igualmente en forma indistinta y en su sentido más amplio a cualquier otra tribu serrana, como los Jicaques de Honduras y los Lencas que vivían en las montañas limítrofes con El Salvador, grupos también considerados como bárbaros por las tribus vecinas de habla náhuatl.

Los Chontales de Nicaragua no constituían una nación, sino más bien grupos dispersos que moraban entre las sierras y valles de la región central. No existen documentos que demuestren que tales indígenas tenían centros poblados de importancia como los establecidos por los Chorotegas, Maribios y Nicaraos en la región del Pacífico, ni cuáles eran las costumbres por las que se les temía, o tenía como gente atrasada. El cronista Vázquez de Espinosa escribe al respecto: “Los indios son los más rústicos de aquellas provincias, en tanto grado, que cuando en las otras se dice alguna pesadumbre a alguno, le dicen que es un Chontal, que es cuanto se le puede decir en razón de bruto”.<sup>5</sup>

No cabe duda que los Chontales de Nicaragua eran un grupo de cercana filiación con los Lencas, a como lo fueron los Jicaques vecinos del norte, los Ulúas alrededor del golfo de Fonseca y los Potones al oriente de El Salvador. El lingüista alemán Walter Lehmann —quien estudió las lenguas aborígenes de la América Central— encontró que el lenguaje de los Chontales, (o sea el “*matagalpa*” de Brinton, o el “*populuca*” de las viejas crónicas), aún se hablaba a principios del presente siglo en los pueblos de Lislique y Cacaopera, cerca de la frontera de Honduras y El Salvador.<sup>6</sup>

Por otra parte, los nombres de los pueblos ulúas por donde pasó el fraile-comisario Alonso Ponce en 1586, tales como Ola, Colama, Lamaciuy (Namasigüe), Zazacalí, Condega y Zomoto, corresponden claramente a la toponimia matagalpa, cuyos vocablos geográficos son todavía abundantes en los actuales departamentos de Nueva Segovía, Madriz, Estelí y Matagalpa. Tanto Cacaoperas, Ulúas y Matagalpas usan —por ejemplo— las terminaciones *cayán* o *carrán* (cerro); *lí* (río); *appa* (peña), etc., con bastante frecuencia en sus topónimos: Goascarán, Yuscarán, Susucayán, Cayanlipe, Danlí, Morocelí, Quilalí, Apalí, Apasupo, Apacunca, etc.<sup>7</sup>

<sup>4</sup> Ver Oviedo, citado en (2). p. 33.

<sup>5</sup> Ver Vázquez de Espinosa: “Compendio...” No. 749.

<sup>6</sup> Lehmann, Walter: *Die Sprachen Zentral-Amerikas*. Vol. II. p. 694. Berlín, 1922.

<sup>7</sup> Incer, Jaime: *Toponimias Indígenas de Nicaragua*. p. 270-272. Editorial Libro Libre, San José, C.R. 1985.

Lehmann va más lejos en la búsqueda de coincidencias, al menos filológicas, entre los Chontales de Nicaragua y algunas tribus de franca filiación lenca. Tal es el caso de un grupo denominado por Oviedo como Guaxenicos que habitaba entre 15 y 18 leguas al norte de León Viejo sobre el camino que conducía a las minas de Segovia y Olancho. En efecto, los Guaxenicos (en náhuatl “frentes aplanadas”) fueron correlacionados por Lehmann con los Potones, grupo lenca de San Miguel en El Salvador, que al igual que los Mayas practicaban la deformación cefálica. En un informe dirigido a Felipe II en 1576 Diego García de Palacio, oidor de la Audiencia de Guatemala, enumera al potón como una de las lenguas habladas en Nicaragua.<sup>8</sup>

Otra prueba de la afinidad Ulúa–Matagalpa–Chontal con los Lencas es la que ofrece el fraile Fernando Espino, natural de Segovia, quien asegura haber aprendido en su juventud el idioma lenca como la lengua que hablaban los indígenas de ese lugar. Ello resultó serle de gran utilidad cuando en 1667 marchó a la reducción de los indios en los valles vecinos de Jamastrán y Olancho. Otro franciscano, Pedro Lagares, redujo poco después a los Parakas “[...] de la nación lenca”, que vivían en el valle de Pantasma, pocas leguas al oriente de Ciudad Vieja de Segovia.

Toda estas correlaciones parecen indicar que los Ulúa–Matagalpa–Chontal corresponden a un solo grupo lingüístico, que ocupaba la región noroeste de Nicaragua y las bajuras alrededor del golfo de Fonseca, de la misma manera como lo eran los Lencas y Jicaques, que vivían en las contiguas montañas centrales de Honduras a principios del siglo XVII. No obstante las diferencias que lingüistas como Lehmann encontraron entre los pueblos que todavía hablaban lenca y matagalpa a inicios del presente siglo, parece que el término “Lenca” fue abusado por los primeros cronistas para referirse a ambos grupos sin distinción. De igual manera, el territorio Xicaque aparece aplicado por los mismos frailes a la provincia de Taguzgalpa.<sup>9</sup>

Además de los grupos lenca–chontal de los valles de Segovia, Jamastrán y Olancho, vivían en la región algunos grupos mexicanos de habla náhuatl, mientras en la selva montañosa junto a los ríos Patuka, Coco y Bocay acechaban los Taguacas y Albatuinas, salvajes indomables que dieron guerra a los españoles y martirizaron a los frailes que se atrevieron a traspasar “[...] la boca de la montaña”.

<sup>8</sup> Ver Lehmann, citado en (5), p 911–12 y García de Palacio, Diego: “*Relación hecha por el Licenciado Palacio al Rey D. Felipe II, en la que describe la provincia de Guatemala, las costumbres de los indios y otras cosas notables*”. Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica. Tomo I. San José. 1881.

<sup>9</sup> Los verdaderos Jicaques, como grupo étnico definido, con costumbres y lengua propias, habitan en la región de Yoro, Honduras.

## El Rey ordena la conquista de la Taguzgalpa y Tologalpa

La escasa población de origen español que ocupó las regiones más accesibles de Honduras y Nicaragua durante el siglo XVI no fue suficiente para intentar la penetración en las remotas provincias de Taguzgalpa y Tologalpa. Estas regiones estaban cubiertas por una densa pluvioselva, surcadas por caudalosos ríos y agrestes montañas, además de pobladas por tribus belicosas. La exploración de ellas se inició cuando los españoles de Trujillo y de León se internaron en los valles de Olancho y Segovia en busca de oro, habiendo sufrido los ataques de los indígenas que moraban en tan apartadas provincias.

En efecto, en 1527 los indios asaltaron Villa Hermosa, un establecimiento minero sobre el río Guayape y poco después las minas de Santa María de Buena Esperanza, en el río de Segovia, las que fueron defendidas por el capitán Gabriel Rojas. La agresión de los indígenas, especialmente de los entonces conocidos como Jicaques, “que salían de la montaña”, continuó por más de dos siglos.

Indudablemente el espíritu indómito de las tribus que vivían a la entrada de las montañas fue la causa de la poca intención mostrada por los españoles en la conquista de tan apartadas regiones. En 1547 el emperador Carlos V se dirigía al presidente de la Audiencia ordenándole “[...] que no se permita a un capitán que había salido de la Segovia, poblar ni conquistar la provincia de Taguzgalpa”, conforme lo dispuesto en las Leyes Nuevas. Se refería el monarca a Francisco Barco, enviado por Diego de Castañeda —una vez fundada la primera ciudad de Segovia— a incursionar por las montañas de Tologalpa, donde este capitán cometió muchos vejámenes con los indígenas.<sup>10</sup>

Una cédula real, emitida en 1560 por Felipe II, refiere que “[...] al tiempo que la provincia de Honduras se descubrió y conquistó, los indios naturales de ella se fueron huyendo a las montañas ásperas”. Una expedición de reconquista al mando de Diego de Espinosa resultó en fracaso por el mal trato que éste infirió a los indios, entre los que hizo “entradas” durante seis años.

En una tercera mención real, la cédula de Felipe de 1594, se menciona a la Taguzgalpa cuya conquista “[...] se ha dejado de efectuar por no ser entera claridad de lo que es aquella tierra”, instando a los vecinos a intentar la penetración en dicha provincia.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Guillén de Herrera, Celia: *Nueva Segovia*. p. 75. Editorial Hospicio. León, Nicaragua, 1945.

<sup>11</sup> Vázquez, Francisco. p. 78–79 (ver Bibliografía del Capítulo).

El presidente de la Audiencia de Guatemala, Alonso Criado de Castilla, fue uno de los que más esfuerzos empeñó para cumplir con las ordenanzas reales durante su mandato entre 1598 y 1611. Organizó incursiones hacia apartadas regiones de Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica con el fin de atraer a los indios. Elogiando su dedicación, el cronista Antonio Vázquez de Espinosa dice al respecto:

“En tiempos de 13 años que gobernó estas provincias el doctor Criado de Castilla, entre otras cosas grandes que hizo con su prudencia y gobierno, para la buena doctrina y enseñanza de los indios, conquistó algunos provincias de ellos, que redujo a la fe, entre las cuales fueron parte de la de Manché, y de los indios Xicaques de Costa Rica, los Tequeguas y Montañeses de Nicaragua, en que le ayudó mucho don Andrés Criado de Castilla, su hijo, caballero de la Orden de Santiago, siendo capitán general de aquellas provincias”.<sup>12</sup>

### Reducciones en la frontera de Segovia, Matagalpa y Chontales

Los “montañeses” de Nicaragua que vivían en el interior de Matagalpa y Chontales aceptaron en forma pacífica el dominio español. Cuando en 1597 el oidor de la Audiencia Pedro de Abaúncia se internó por las cabeceras del río Murra le salieron al encuentro los “montañeses”, (en el cerro Gigatepec, situado entre Boaco y Camoapa), y portando una bandera colorada con cruz en el centro pidieron el bautismo y la reducción al cristianismo. Abaúncia fundó con ellos Boaco (Viejo) y dejó dos frailes para la doctrina de los nuevos conversos. Los indios en cambio le pagaron como tributo cien botijas de miel, cien arrobas de cera, cien de pita, un águila de oro y medio almud de plata.<sup>13</sup>

Por otra parte el capitán Gaspar Romero se internó en la montaña de Segovia en 1603 y conquistó a varios indígenas, con los que pobló El Jícaro, cerca de Ciudad Vieja. Otras poblaciones segovianas reducidas por el capitán Alonso Cáceres, enviado de Criado de Castilla, fueron Poteca, Teotecacinte, Jalapa, Telpaneca, Cacaloaste, Mozonte, Totogalpa, Yalagüina, Palacagüina, Condega, Litelpaneca, Jinotega, Solingalpa y Mologüina (hoy Matagalpa), Guasguallaumbina (Guasgualí), Comalteca y Apagüina, todas pobladas por indios del grupo matagalpa-chontal.

También contribuyó a la reducción de los indígenas un fraile mercedario, Juan de Albuquerque, quien descubrió una fácil entrada por Sébaco, a las montañas de la Tabavaca (Muymuy Viejo, al occidente de Músún). El religioso regresó con seis indígenas —según informara al rey el presidente Criado de Castilla en 1608— que fueron enviados a Guatema-

<sup>12</sup> Ver Vázquez de Espinosa, No. 687. Los Tequeguas no eran de Nicaragua sino de Guatemala; habitaban en la desembocadura del río Motagua y bahía de Amatique.

<sup>13</sup> Guerrero, Julián N.: *Boaco*. p 68. Tipografía Alemana, Managua, 1958.

la para que aprendieran la lengua española y sirvieran como intérpretes en futuras incursiones. Los indígenas, descritos por el presidente, eran gente muy robusta aunque de estatura desigual; afirmaban ser la Tabavaca de muchos habitantes y arboledas de cacao. Volvieron a su tierra con vestidos y regalos, admirados por haber conocido los caballos y las casas de los españoles.

En esta labor también se distinguió el fraile mercedario Francisco de Ribera, enviado por De Castilla a catequizar en las montañas de Matagalpa quien constató el maltrato que los españoles daban a los indios, convirtió y bautizó a centenares de ellos y fundó las reducciones de Santa Cruz y San Juan junto al río Muymuy. Sin embargo estas misiones no duraron mucho, los indios se rebelaron en 1623 y regresaron a la montaña. Poco después fray García de Loaysa los atrajo de nuevo hacia Metapa, mientras fray Juan Godoy fundaba la nueva reducción de San Ramón Nonnato, cerca de Matagalpa, con los indios de la montaña de Caobaca.<sup>14</sup>

En la reducción de la actual región de Chontales jugó rol importante el obispo de Nicaragua Pedro de Villareal, quien en 1608 se internó en la montaña salvaje de los indios Amerrique, convenciendo al cacique para que abandonase la idolatría y pasase a León, donde fue después pomposamente bautizado.

Los indígenas de las regiones de Camoapa, Acoyapa, y Lóvago también fueron reducidos en 1608 por el mismo fraile Rivera, quien los convenció dejar la montaña voluntariamente y prestar obediencia al rey de España. Les prometió que serían exonerados de pagar tributo y que no sufrirían maltrato de los españoles. Al igual que los indígenas de Boaco, ellos pertenecían al grupo de Boa-Ulwas. Quedaron sometidos a la jurisdicción del Corregimiento de Chontales cuya cabecera fue Sébaco por muchos años.

En Lóvago trató el obispo de convencer a los indios para que poblaran las sabanas de Lovigüisca, a cambio de ser eximidos por diez años de pagar tributo a la corona, que consistía en tres piezas de manta, una gallina de Castilla, un quintal de miel y fanega y media de maíz por cabe-

<sup>14</sup> Anónimo: *Colección de Documentos referentes a la Historia Colonial de Nicaragua*. p. 136. Tipografía y Encuadernación Nacionales, Managua. 1921. Ver también Linda A. Newson: *Indian Survival in Colonial Nicaragua*. p. 168. University of Oklahoma Press, Norman and London. 1967. Germán Romero Vargas: *Las Estructuras Sociales de Nicaragua en el Siglo XVIII*. p. 64. Editorial Vanguardia, 1988. Managua.

<sup>15</sup> John Crawford, geólogo norteamericano que vivió en Nicaragua a fines del siglo pasado, encontró en los archivos del obispado en León cierta información sobre el cacique Amerrique y refiere un novelesco romance con una devota española de Juigalpa. (*American Antiquarium*. Vol. 18, 1896).

za. La promesa parece no se cumplió porque los conversos según carta del cura de Lóvago:

"[...] no han podido levantar la iglesia, no tienen imágenes ni campanas y lo que es peor no han perdido su afición a sus sitios de la montaña, a los cuales se irán si se les sigue presionando con tributos y se internarán adentro de la montaña como lo hicieron los indios de un pueblo llamado Guineque (?) que vinieron a poblar junto a los de Camoapán, que escaparon hace dos meses y con hijos y mujeres se metieron a la montaña y no se ha sabido de ellos y para que estos de Caxailolapa, Lobigüisca, Camohapan y Vilana no hagan lo mismo, no pierdan su fe, ni olviden la doctrina, habrá que respetarles los 10 años de gracia prometidos".<sup>16</sup>

No siempre las reducciones prosperaron. Como limítrofes a las regiones salvajes de la Tologalpa eran asediadas por indígenas que resistían el dominio español. Los rebeldes generalmente atacaban las reducciones formadas con indios conversos, atreviéndose en ocasiones a asaltar los establecimientos españoles, como sucedió en 1611 con la Ciudad Vieja de Segovia, fundada en tiempos del gobernador Contreras en la confluencia de los ríos Júcaro y Coco. En tal ocasión, los Jicaques quemaron el pueblo de ranchos pajizos y obligaron a los vecinos a trasladarse a un nuevo asiento, (hoy Ciudad Antigua), donde fabricaron casas de adobe y tejas, más resistentes. A los desplazados se juntaron los habitantes de Olancho Viejo, también amenazado, que en ese mismo año había sufrido lo que posiblemente fue una avalancha del presunto "volcán" de El Boquerón.<sup>17</sup>

A manera de aclaración vale mencionar que la Taguzgalpa comprendía por lo general los territorios selváticos al norte del río Coco (oriente de Honduras) y la Tologalpa aquellos al sur del mismo (oriente de Nicaragua). Sin embargo, algunas crónicas se refieren a la Taguzgalpa o Tagüisgalpa como abarcando ambas regiones.

### Habitantes de las legendarias Taguzgalpa y Tologalpa

Fray Francisco Vázquez menciona en su *Crónica* que las provincias de Taguzgalpa y Tologalpa estaban pobladas en el siglo XVII por varios grupos Lencas, Jicaques, Mexicanos, Taguacas y Payas, además de otras tribus menores. Los primeros son de fácil identificación; el resto puede ser reconocido por la localidad, o más bien el río en cuyas riberas habitaban, como era la costumbre entre las tribus selváticas.

<sup>16</sup> Archivo General de Centroamérica. Guatemala. Documento A1.12.1 (5). 623. Legajo 77. Año 1614.

<sup>17</sup> Helbig, Karl M.: *Áreas y paisajes del Norte de Honduras*. p. 47-48. Publicación del Banco Central de Honduras. Tegucigalpa.

Vázquez señala que los indígenas no conversos de ambas provincias eran tantos que sus congéneres cristianizados los consideraban “[...] más que los pelos que tienen los venados”. La mayoría no estaba organizada en forma jerárquica, salvo algunos “[...] que tiene como república y se gobiernan por señores”, refiriéndose posiblemente a los grupos mexicanos que se habían establecido en aquellos remotos parajes contra la voluntad de los grupos salvajes. El cronista apunta:

“Los nombres de las naciones de que se tiene noticia, y de que son en lo general enemigos, los de una agnación o tribu de los de las otras, son éstos: *lencas, tahuas, alhatuinas, xicaques, mexicanos, payas, jaras, taupanes, taos, fantasmas, gualas, alaucas, aguncualcas, yguyales, cujes, bocayes, tomayes, bucataguacas, quimacas, panamakas, itziles, guayaes, molucas, barucas, apazinas, nanaicas* y otras muchas; y así de éstas como de las otras se sabe que hay muchos blancos y rubios, otros negros más o menos, según las mezclas de naciones y gentes extranjeras, (se refiere a piratas y traficantes), que aportan a sus costas a hacer carne y cambiar bujerías y machetes por mantenimientos y muy buenos granos de oro que cogen en los ríos”.<sup>18</sup>

Según parece, los grupos mencionados atrás ocupaban el curso medio del río Coco o Segovia, incluyendo el vecino Patuka, que en este sector corren paralelos por largo trecho. Hasta allí penetraron algunos franciscanos alrededor de 1610, según Vázquez, para convertir a los indígenas al cristianismo. Los religiosos lograron establecer una reducción, al menos temporalmente, con los mexicanos, lencas y tahuas (*Taguacas*), según refiere más adelante el mismo cronista.

A finales del siglo XVIII otro discípulo de San Francisco, fray Blas Hurtado y Plaza, al redactar el *Memorial de mi Vida*, ubica con más precisión algunos de estos grupos, presentando también un “*Cuadro de la Reducción y Conquista de Paraca y Pantasma*”, sitios donde había misionado con éxito fray Pedro Lagares según lo confirma el mismo Vázquez.<sup>19</sup>

Refiere Blas Hurtado que Paracas y Pantamas, (fantasmas en la lista de Vázquez), eran enemigos, “[...] que con hechizos se mataban”. Hablaban el “lencá”, según fray Fernando Espino, lo que debe de entenderse por el chontal–matagalpa de entonces. Por el río Pantasma, “se entra a la reducción de los Apazinas”, información que parece indicar que este grupo vivía en sus cabeceras, probablemente en el actual valle de Apanás. El río Pantasma—dicho sea de paso— es el primer afluente navegable del Segovia, aguas abajo de la Ciudad Vieja. Representaba en aquel tiempo el comienzo del territorio salvaje y selvático, “[...] la boca de la montaña”, a donde no se atrevían incursionar los españoles y por el cual salían hordas de indios indómitos, (colectivamente llamados Jica-

<sup>18</sup> Vázquez, Francisco. p. 79.

<sup>19</sup> Hurtado y Plaza, Blas: *Memorial de mi Vida*. (Recopilación de Carlos Molina Argüello). p. XCIII. FPCBA. Managua, 1977.



ques), en son de guerra y de pillaje contra los asentamientos cristianizados.

Un poco más adelante —según Blas Hurtado— estaba el río de Camarones, (probablemente el caño Tasajera actual), “[...] donde mantienen los indios canoas”, en las que escapaban después de los asaltos. A partir de este afluente el río Segovia se internaba por la selva, serpenteando entre encumbrados cerros que actualmente rematan en pinares, donde da comienzo el distrito aurífero de Güigüilí.

Revisando el Cuadro, viene a continuación el río de Coá (Cuá), “[...] por donde se va a Uya, camino de Boali y Guamblán”. Este era posiblemente una “picada” que cruzaba entre los macizos montañosos de Peñas Blancas y Kilambé, evitando las peligrosas vueltas del río Segovia y los torrentosos cuellos entre Wamblán y Bocay. Uya es entonces el actual valle de Bocaycito.

Fray Blas ubica seguidamente el río Vocay (Bocay), principal afluente del Segovia, “[...] donde bajan los indios Panamakas, Motucas y Borucas”, tres de los grupos citados por Vázquez que pertenecían obviamente a la tribu Sumu. Solamente los primeros sobreviven hoy en la cuenca del Bocay. En las montañas que encajonan este río habitaban indios “caribes” (léase también Sumus) que faltaban por reducir según fray Blas.

El mismo autor menciona el “[...] Mar del Norte y Río de la Ciudad Vieja por donde entra el inglés a la Nueva Segovia (Ciudad Antigua actual), guiado por indios Guanaes”. Estos eran los Misquitos que acompañaban a los aventureros ingleses en sus penetraciones fluviales para hostigar y asaltar las poblaciones españolas del interior. Los Sumus llaman a los Misquitos *Wayas*, (castellanizado “Guayaes” o “Guanaes” en plural, tal como aparece en la enumeración de Vázquez). Por la otra parte, los Misquitos llamaron a los Sumus como Albagüinas, (“gente esclava”), los alhatuinas o albatuinas de Vázquez.

Entre las tribus referidas por este autor figuraban los *Bocayes* (del río Bocay), *Tomayes* (del Tuma), *Bucataguacas* (Taguacas del Butuk o Patuka), *Taupanes* (Wasabanes del Waspuk) y los *Nanaicas* y *Gualaes* del valle de Pantasma. Sin embargo, los más temidos entre los Sumus eran los Tahuas, *Taguacas* o *Toajcas*, que se opusieron tenazmente a la penetración cristiana de los misioneros franciscanos.

Finalmente, en el valle de Olancho habitaban los *Jaras*, *Quimacas*, *Iguyales*, *Cujes* y *Alaucas*, de posible filiación lenca, (de lengua matagal-

pa-chontal), además de los *Itziles* y *Aguncualcas* (Azacualpas) de habla náhuatl, que completan la lista Vázquez.

Este cronista escribía sobre la ímproba labor que resultó la conquista espiritual de la Taguzgalpa y la Tologalpa, especialmente los intentos emprendidos por los frailes en las primeras décadas del siglo XVII: “[...] por ser tierras de su naturaleza impenetrables y haberse hecho los indios montaraces y vivir en behetrías, rancheados hoy en uno, mañana en otro lugar, sin tenerlo propio, por tener más fácil en todo caso la huida y retiro a los montes más abstrusos y páramos más incultos”.<sup>20</sup>

En efecto, los indígenas salían de las intrincadas montañas, dejaban la selva, para incursionar como vándalos por los valles de Olancho y Segovia. Las crónicas mencionan varios asaltos perpetrados por grupos colectivamente llamados “*xicaques*”, que salían de las sierras vecinas de Jalapa para atacar a los indios cristianizados en Poteca, Teotecacinte y Ciudad Vieja. Utilizaban para tal propósito los ríos como vías de penetración y escape, confiados en sus ágiles canoas. Hostigaban a los vecinos españoles y a los siervos conversos en aquellas fronteras, hurtándoles animales domésticos y a veces mujeres y niños.

Notables esfuerzos de valor y convicción tuvieron que realizar los franciscanos Esteban Verdelete (en 1610–11), Cristóbal Martínez (1622–23), Fernando Espino (1667–68) y Pedro de Lagares (1675–79), cuando se internaron en la Taguzgalpa y Tologalpa para reducir a los indígenas a la religión. Las “Reducciones” consistían en sacarlos prácticamente de las montañas y selvas, atrayéndoles con obsequios y chucherías, convenciéndoles para que formasen pueblos donde los religiosos pudieran ejercer más fácilmente su misión evangelizadora.

Pero la inclinación de los indígenas a la vida dispersa, motivada por su adecuación ecológica al ambiente selvático, donde los suelos no son aptos para una agricultura fija y sustentable, dependiendo más bien de las actividades nómadas de caza y pesca, transformó en imposible la misión de los religiosos. Por otro lado, más tardaban los frailes en enseñar el catecismo que los nuevos conversos en desertar las reducciones para volver a sus antiguas creencias. Todo intento de atraerlos resultaba inútil, ante la competencia de los *sukias* o brujos, cuyos encantamientos e influencia sobre la tribu eran difíciles de contrarrestar. Si acaso regresaban los indios era en son de guerra: “[...] sin ley ni rey sino que andan a manadas como fieras salvajes, aprendiendo de ellas crueldades y consul-

<sup>20</sup> Vázquez, Francisco. p. 79–80.

tándose en sus agorerías y supersticiones”, termina diciendo el cronista Vázquez.<sup>21</sup>

### Primeros contactos con las tribus selváticas

Esteban Verdelete, oriundo de Valencia, siendo guardián del convento de Comayagua, fue el primer franciscano que se interesó vivamente por la conversión de los indígenas de la Taguzgalpa. En 1604 en compañía de otro fraile, Juan de Monteagudo, marchó a Segovia con la intención de penetrar montaña adentro en busca de “infieles”. Una vez en la selva, posiblemente más allá de Pantasma, los religiosos fueron abandonados por los indios que les servían de guías. Perdidos, hambrientos y desconcertados lograron sobrevivir, alimentándose de hierbas y frutas silvestres. Orientándose por el curso del sol y las estrellas salieron avances de aquella encrucijada, después de afrontar muchos peligros, regresando sanos y salvos a Comayagua.

Tres años más tarde fray Esteban viajó a España donde obtuvo permiso y apoyo de Felipe III para internarse nuevamente por aquellas regiones inhóspitas. Volvió a Guatemala con 28 frailes, reclutados con la intención de fundar varias reducciones en la Taguzgalpa. En octubre de 1609, una vez pasadas las aguas del invierno, salió con su inseparable compañero Monteagudo. Pasando por Comayagua supieron de las rivalidades entre los Mexicanos y los Taguacas. Los cándidos frailes pensaron, según escribe textualmente Vázquez “[...] que por aquel resquicio que se abría, sería más seguro el adelantamiento, porque siendo admitidos del uno de los bandos, solicitarían hacer amistades con los otros, y por este medio atraerlos, amansarlos y ganarlos para Dios”.<sup>22</sup>

En Comayagua se les juntaron el fraile Marcuellos que hablaba el náhuatl, el padre Vaides cura de Olancho, el capitán Alonso Daza que, además de ser “naguatlato” (intérprete), era conocedor de aquellos parajes, así como tres españoles más. Caminando por la Segovia se toparon con unos indios mexicanos que les salieron al paso ofreciéndoles “[...] la entrada a sus tierras con gran alegría por hablarles y entenderles (Marcuellos y Daza) en su idioma”. Ahí determinaron hacer “la entrada” bajando en canoas por el río Guayape, uno de los afluentes del Patuka, hasta llegar cerca de Guampao (Wampú). Una vez desembarcados, caminaron entre dobladas montañas, pasando los ríos en balsas fabricadas por los indios, hasta alcanzar ciertas chozas dispersas donde vivían los mexicanos.

<sup>21</sup> Vázquez, Francisco. p. 81.

<sup>22</sup> Vázquez, Francisco. p. 107. Las citas a continuación son tomadas de la *Crónica*, copiadas literalmente de las páginas comprendidas entre la 103 y 123.

Verdelete y sus compañeros fueron recibidos con alegría por aquella gente de habla náhuatl, “con música de caracoles y bailes a su usanza”. No obstante, observaron entre los espectadores algunos indios pintados de hollín, con orejas y nariz agujereadas, ostentando penachos de pluma y blandiendo agudas lanzas. Tal despliegue, según el capitán Daza, “[...] era indicio de doblez de ánimo, y como decir en su genio y modo de entenderse, que si no se les hubiese bien tener en su compañía a los Padres, los matarían y comerían en sus idolátricos banquetes”.

Desestimando aquella amenaza, pronto los frailes se dieron por entero a su labor. Erigieron una cruz y comenzaron a predicar, ganando la confianza de los indígenas, quienes convinieron en levantar una choza para iglesia y otra para alojar a los invitados.

En esa misión estuvieron los religiosos entre enero y mayo de 1610, compartiendo con los nativos el alimento cotidiano de pescados, plátanos, miel y maíz, además de las piezas de cacería que el capitán Daza cobraba con su *tum-tum* o escopeta, con el doble propósito de obtener especímenes para la cena y espantar a los indios sospechosos.

“Sólo sobresaltaba la quietud de los nuevos cristianos —continúa Vázquez en la narración— la enemiga de las naciones vecinas, especialmente de unos indomables indios que vivían como salvajes, llamados taguacas; los cuales aunque no habían salido a sus acostumbrados robos por miedo de los españoles, se iban ya atreviendo, y a la sorda hurtaban a los indios cristianos sus gallinas y animales domésticos, y aún a sus mismos hijos para comérselos asados o en chile, que no poco temor ponían a los convertidos; y aún un español llamado Bernardo Vives, con sencillez castellana solía decir, que no sentiría el que lo matasen, sino el que le comiesen en chile”.

Pronto las discordias entre los nuevos conversos se presentaron, obligando a los Padres a separar en barrios a los Mexicanos de los Lencas y de ciertos Taguacas. En la medida que aumentaba la rivalidad entre los grupos indígenas también crecían las deserciones, justificadas según los indios por la necesidad que tenían de atender sus heredades. Lencas y Taguacas se fueron ausentando de la reducción, seguidos por sus mujeres, lo cual hizo sospechar a los misioneros que alguna traición estaban fraguando.

En efecto, estos dos pueblos más otro grupo llamado Taupanes, cayeron una noche de sorpresa sobre la villa de los frailes, ahuyentando a gritos a los mexicanos. Luego prendieron fuego a la iglesia y demás chozas, pero sin atreverse atacar a los españoles, quienes pensaron había llegado su última hora. Los sublevados, con tizones en mano, incendiaron la reducción en medio de gran gritería. Llevaban los rostros tiznados y embijados, blandiendo lanzas en actitud amenazante.

En vista de la afrenta, salieron los religiosos con cruz en mano encarando a viva voz a los revoltosos y arrostrándoles su pecado. Ante la firmeza de aquellos varones se retiraron los alzados, anatemizados como “esclavos de Satanás, idólatras, hijos de perdición y secuaces del demonio”, según les endilgaron furiosos los predicadores. Huyeron en sus canoas por el río de Segovia y desaparecieron en un santiamén entre el bosque.

Por varios días intentaron los frailes rehacer vanamente su ministerio, buscando entre los parajes a las ovejas descarriadas. Únicamente encontraron a una india moribunda por quien supieron “[...] la causa del incendio, la pertinencia de los bárbaros, la cautela de los lencas, la poca firmeza de los taguacas, escape de los mexicanos y fuga de todos”.

Destruída la reducción, abandonada toda esperanza de atraer a los fugitivos, no quedaba otra opción que salir de aquellas montañas. Daza fabricó una balsa con la que pasaron al otro lado del río (Segovia?) y luego prosiguieron (por el Guayape?) remontando los raudales. Tras larga caminata salieron a tierra de cristianos, de donde pasaron a Comayagua. En agosto de 1610 Verdelete y Monteagudo estaban de vuelta en Guatemala.

### **Fray Esteban, Proto-Mártir de la Tologalpa**

La tercera entrada a la montaña la realizaron los dos frailes en el siguiente año. De Comayagua pasaron al valle de Olancho y en abril de 1611 bajaron por el Guayape y Patuka con el propósito de regresar al mismo lugar donde los Lencas y Taguacas habían dispersado a los Mexicanos y quemado la reducción. El capitán Daza se había quedado en Olancho reclutando 25 soldados para juntarse luego con los religiosos.

A los pocos días Verdelete y Monteagudo llegaron a los confines del territorio de los Lencas:

“[...] que parte de ellos estaba poblando entre cristianos, parte andaban apóstatas de la fe y parte permanecía en su barbarie —continúa Vázquez en su narración— porque es, ha sido y será esta nación de *lencas*, como veletas de viento, ya aquí, ya allí, al interés o al miedo, y sobre manera inconstantes, con los que hallaron en las primeras rancherías que corrían a plazas de cristianos cuando les convenía, y se hacían al monte cuando se les antojaba...”

Los Lencas se sometieron sin resistencia a la doctrina de los misioneros, atraídos por los regalos de collares, rosarios y otras baratijas que éstos les mostraron. De los conversos pensaban servirse los frailes para

atraer a los otros Lencas y a los Taguacas fugitivos que habían quemado el pueblo y desertado en el año anterior. Sin embargo, la prudencia les aconsejó no proseguir adelante sino esperar al capitán Daza. Este había bajado el Guayape en compañía de los soldados y se encontraba “[...] algo más arriba del río de la Segovia”, cuyas riberas habían alcanzado los frailes aparentemente.

Los Lencas dijeron a los Padres que los temidos Taguacas los esperaban en paz y ofrecían canoas para que cruzasen el río y navegasen hasta el sitio donde éstos se encontraban. Aunque ansiosos de reconciliarse con sus antiguos feligreses, los franciscanos decidieron esperar por Daza y la escolta. El capitán arribó pocos días después y discutió con los frailes los planes de reconciliación. Aquel día hubo un eclipse total de sol que duró casi tres horas. Vázquez comenta al respecto: “Los indios que con los Padres iban y los que con el capitán estaban, tuvieron a mal aguero y presagio fatal el suceso del eclipse y como desleales dieron aviso a los rebeldes de la montaña de todo, haciendo oficio de espías dobles”.

Dicho sea de paso que el eclipse total ocurrió el 10 de junio de 1611 a media tarde, acontecimiento tan raro que por lo general se repite sólo una vez cada 250 a 300 años para una misma localidad como promedio.<sup>23</sup> Los Sumus, (tribu a la que pertenecían los Taguacas), llaman al fenómeno *Ma-nawa-kaswe*, “[...] el jaguar se está comiendo al sol” y en el transcurso disparan flechas al cielo, encienden hogueras, hacen sonar tambores y alzan una gran gritería para alejar al supuesto felino causante de la oscuridad.<sup>24</sup>

El capitán Daza dispuso ir adelante para explorar el ánimo de los Taguacas y embarcándose con algunos soldados se internó en la montaña siguiendo río abajo. Llegó al territorio de los indios y aunque al principio los halló sumisos y cautelosos no tardaron éstos en rebelarse, produciéndose varias escaramuzas que obligaron a la tropa a mantenerlos alejados a punta de escopeta, “[...] no sin muerte de algunos soldados españoles que mataron los indios con varas arrojadas, que son de madera muy fuerte con las puntas envenenadas”, según comenta Vázquez.

Así pasaron varios meses sin que Daza consiguiera someter a los indomables indígenas, ni los frailes progresar en su reconquista espiritual. La situación más bien empeoró cuando en cierta ocasión dos de los soldados capturaron a un taguaca, cabecilla importante de los rebeldes. El

<sup>23</sup> Oppolzer. Theodor R.: *Canon of Eclipses*. Chart 134. Dover Publications, Inc. N.Y. 1962.

<sup>24</sup> Hurtado y Plaza refiere que estando con los indios de Yasica, al este de Matagalpa, en 1749, hubo un eclipse de luna y que los indios gritaban desaforadamente para ahuyentar al fenómeno. Véase también Eduard Conzemius: *Miskitos y Sumus*. p. 273., en relación a las creencias de Sumus y Misquitos sobre los eclipses.

renegado insultó y abofeteó a uno de sus captores, afrenta a la que éstos respondieron fijando la mano del indio a un árbol con una herradura y ocho clavos, donde siendo abandonado pereció el cautivo en tal suplicio. Así fue encontrado por su gente, que entonces decidió acabar de una vez con soldados y frailes.

Para llevar a cabo su plan enviaron los Taguacas a decir a los padres que los perdonaran por todas las ofensas y que estaban dispuestos a recibir el bautismo. Por tanto, invitaban a los dos frailes, al capitán y algunos soldados a pasar a sus tierra, “[...] pero no con arcabuces, porque no querían guerra sino paz y ser cristianos”.

Nuevamente Daza se ofreció para ir adelante, convenciendo a los religiosos que no se moviesen del lugar hasta tanto no les mandase una nota confirmando que lo podían hacer. Al tercer día de espera vieron los frailes arrimar siete u ocho canoas, en cada una dos indígenas: “Dijeron-



*Figura 29.- Antiguo mapa del istmo centroamericano, (finales del siglo XVII), mostrando la provincia Taguagalpa o Taguzgalpa, comprendida entre Trujillo y la desembocadura del río San Juan.*

le a los Padres que el capitán los llamaba, y pidiendo la carta o señal que había prometido respondieron que por haber tirado un mico, un soldado que llevó escopeta, sin voluntad del capitán, se habían amedrentado los indios, y que quedaba Daza componiéndolos”.

No obstante el desacuerdo entre algunos soldados que los escoltaban, los frailes, tentados por la pasión evangélica, decidieron aceptar la invitación de los Taguacas, montando en las canoas con el resto de la escolta. Después de navegar un buen trecho, dando la vuelta por una punta que sobresalía en el río, se encontraron de repente con una muchedumbre de indios pintarrajeados, con penachos de guerra, blandiendo amenazantes sus lanzas, en una de las cuales estaba engastada la cabeza ensangrentada del capitán Daza. El valeroso fray Esteban saltó a tierra, amonestando a los indios y ofreciéndoles la condenación eterna si no se arrepentían. Como respuesta, informa Vázquez:

“Irritáronse con ésto sañudamente los rebeldes indios y haciendo señales con unos pitos, y a un mismo tiempo, cargaron todos sobre el P. Fray Esteban, que imitando a su santo, esperó aquella impetuosa furia puesto de rodillas en tierra, orando a Dios que perdonase a sus homicidas. Dieron al P. Fray Esteban muchas heridas con macanas y le atravesaron una aguda lanza que cimbraron; y con un machete le cortaron por las sienes el casco de la cabeza; en cuyo acerbo tormento dió el alma a Dios su creador”.

Luego se arrojaron sobre fray Monteagudo, que no había desembarcado aún, dándole muerte al golpearlo con los remos, atravesando su cuerpo con lanzas de madero negro y escalpándole el cráneo con machete. Lo mismo hicieron con el resto de la escolta, salvo que dos soldados, forcejeando con los indios y disparando escopetas, pudieron zafarse de aquel difícil trance. Lograron escapar y huyendo por los montes llegaron al pueblo de Segovia—según lo aseguró después fray Fernando Espino—donde dieron cuenta de la tragedia y martirio de los franciscanos, suceso que aconteció el 16 de enero de 1612.

El relato no termina ahí, sin embargo. Cuando fray Fernando pasó de Guatemala a Olancho, medio siglo después, por invitación de los Lenecas, supo por boca de uno de los jefes indios el destino que tuvieron los restos de Verdelete y Monteagudo. Una vez consumado el martirio, los Taguacas celebraron un gran festín, como parece era su costumbre, sirviendo como único plato los brazos y piernas de los desventurados frailes, sazonados con salsa de chile. Utilizaron los cráneos—según comenta Vázquez— “[...] para beber en ellos como tazas o guacales sus malditas bebidas de chichas asquerosas y brindar al demonio en sus nefandos sacrificios y abominaciones”. Durante la fiesta los Taguacas danzaron vestidos con los atuendos litúrgicos de los frailes. Los cálices, patenas y vinajeras fueron partidos y distribuidos como amuletos, para colgarlos de ore-



jas y narices. Como castigo —termina Vázquez— los sacrílegos y salvajes “[...] murieron rebentados, ahogados y desbarrancados” como después se supo.

### Ubicación de la primera reducción del Xicaque

Antes de abandonar el interesante relato sobre los fallidos intentos de los primeros franciscanos en la cristianización de los indomables Taguacas, conviene ubicar el sitio de la primera reducción fundada por Verdelete y Monteagudo, así como el río donde los frailes fueron emboscados y martirizados. Las características geográficas del área que visitaron, las rutas que siguieron, así como algunas citas claves de la *Crónica* de Francisco Vázquez, arrojan ciertas evidencias para determinar el lugar.

En términos generales el territorio por donde incursionaron los frailes era también llamado El Xicaque. Más que el nombre de una tribu específica, el término en cuestión se refería a una concreta región habitada según la *Crónica* por tribus mexicanas, lencas y taguacas que hablaban diferentes lenguas y fueron organizadas por los frailes en distintos “barrios” dentro de la misma reducción. En ninguna parte de la narración se habla de los *Jicaques* como un grupo étnico definido, por lo que se debe entender que tal término tenía entonces una aplicación genérica para todas las tribus del área consideradas como infieles, inciviles o bárbaras. En tal sentido los *Jicaques* de la Taguzgalpa eran el equivalente a los Chontales de la Tologalpa, únicamente separados por el río Coco o Segovia.

Hablando de la Tologalpa, el cronista Vázquez informa que: “[...] la bañan por todas partes muchos arroyos y grandiosos ríos, el mayor de ellos es el de la Ciudad Vieja, llamado Ocroi, que juntándose con sesenta y tres arroyos y siete caudalosos ríos se hace muy memorable”.<sup>25</sup>

Conviene aclarar aquí que los nombres indígenas del río Coco son Yare (en matagalpa), Ohkro (en sumu) y Wanki (en misquito), que corresponden a su curso superior, medio e inferior respectivamente. *Ocroi* es probablemente la forma españolizada de Ohkro, tal como la escribió Vázquez a finales del siglo XVII, modificada posiblemente a Coco.<sup>26</sup>

<sup>25</sup> Los siete afluentes principales del río Coco son Jícaro, Pantasma, Cuá, Poteca, Bocay, Lakus y Was-puk. Ver Vázquez, Francisco. p. 78.

<sup>26</sup> Según Pablo Levy, el río recibe su actual nombre de un valle situado cerca de la confluencia del Jícaro, donde crecían algunos cocoteros, una explicación poco convincente. Por otra parte, Ohkro es el elefante (*Erythrina glauca*), árbol que crece abundante en las riberas pantanosas del río.

El río Coco, o Segovia de los españoles, era considerado como la división natural entre las dos grandes provincias: la Taguzgalpa hacia la presente Honduras y la Tologalpa hacia la actual Nicaragua. Fue en esta última provincia, o más precisamente en la ribera derecha del río, “[...] que según demarcación parece pertenecer al Obispado de Nicaragua —indica Vázquez— en la cual padecieron por la exaltación de la fe el año de 1612 el V.P. Fr. Esteban Verdelete y su compañero”.<sup>27</sup>

El territorio del Xicaque estaba ubicado posiblemente a la altura del curso medio de los actuales ríos Patuka y Coco, que en este sector corren casi paralelos, separados apenas por una distancia de 20 a 25 kilómetros. Entre ambos ríos se interponen los llamados Montes de Colón y Entre Ríos, donde son comunes las formaciones calizas y cavernas, semicultas entre la maraña de la selva. Este tipo de topografía cársica posiblemente servía de escondite a los indígenas, hasta donde les llegó la invitación de los religiosos, “[...] haciéndoles venir desde sus remotas cavernas y rincones al anzuelo de las cuentas, rosarios y cascabeles”, según anota Vázquez.

El cronista franciscano menciona que el río de Boca (Bocay) quedaba situado “[...] entre la Pantasma y el Xicaque”.<sup>28</sup> Tal demarcación sugiere que este último territorio estaba al oriente de dicho río, en un área donde el grupo dominante era Sumu-Taguaca, como hoy en día. Estos, a su vez, tenían por vecinos en el oeste a los Panamakas del Bocay y al este a los Usabanes o Wasabanes (Taupanés de Vázquez), que según Lehmann vivían en el Waspuk, otro importante tributario del río Coco del lado nicaragüense. Por el norte los Taguacas se extendían, (como hoy en día), hasta el río Patuka, con su principal asiento en Wampú (Guampao de Vázquez). Más allá estaba el territorio de los Payas que hablan una lengua distinta a la de los Sumos. En la *Crónica* los Payas no son mencionados como sujetos a la catequización de Verdelete, ni su idioma empleado para tal fin.

Al Xicaque se podía arribar bajando por el río Coco desde la Ciudad Vieja de Segovia, o desde la confluencia del Pantasma en época de verano. También se hacía desde los valles de Jamastrán y Olancho, siguiendo los ríos Guayambre o Guayape que al juntarse forman el Patuka. La navegación por este río, sin embargo, es de lo más azarosa, por la presencia de raudales y la violencia de la corriente cuando circula entre ciertos cuellos comprimidos por paredones, como el llamado “Portal de Infierno”.

<sup>27</sup> Vázquez, Francisco. p. 202.

<sup>28</sup> Vázquez, Francisco. p. 196.

Para mejor precisar el lugar donde los frailes fundaron la reducción, así como el río en cuya ribera fueron martirizados, habrá que partir del sitio donde hicieron la “entrada”. Según la *Crónica*, ésta se verificó por el río Guayape, (por extensión el Patuka), cerca de la confluencia del Guampao; en otras palabras, a la altura del meridiano 85° Oeste.<sup>29</sup>

Una vez dejado el río, los frailes marcharon por varios días entre la selva, posiblemente en dirección sur, porque de hacerlo en el rumbo contrario hubiesen contactado con los Payas y no con los Taguacas. Llegaron a la vega de otro gran río —obviamente el Coco o Segovia— en el sector comprendido entre Bocay y Lakus. La reducción debió haber estado sobre la ribera hondureña del Coco, puesto que en una ocasión los Lenecas ofrecieron canoas a los misioneros, “[...] para que pasasen el río, y que irían a las rancherías donde estaban dispersos los Taguacas”.<sup>30</sup>

De esa invitación se deduce que la reducción de Verdelete no quedaba en el río Guayape, por donde más bien el fraile esperaba el arribo de Daza y los soldados, “[...] algo más arriba del río de la Segovia”, al cual envió una carta consultándole sobre la conveniencia de cruzar “el río” en busca de los Taguacas. En respuesta el capitán propuso al fraile que lo esperase para discutir entre ambos lo que mejor conviniera. De esta relación se infiere obviamente que mientras Daza estaba todavía en el Guayape los frailes lo esperaban junto al río Segovia.<sup>31</sup>

Por otro lado, el territorio de los Taguacas quedaba situado aguas abajo de donde estaban los religiosos, probablemente por las confluencias del Lakus y del Umbra, sector donde el río Coco presenta sus más impresionantes raudales: Kiuras, Kamanán, Pistal Kitán, Kairasa y Tilba. Vivir junto a los principales ríos de la selva ha sido siempre el modo de los Sumus por razones de comunicación, escape, siembra en las vegas y sobre todo la pesca, siendo esta actividad muy productiva entre los raudales. Casi todos los afluentes del río en este sector tienen nombres sumus, no obstante que en los últimos cien años la expansión misquita río arriba fundó pueblos ribeños como Awasbila, Anris Tara, Siksa Yari y Raití.

Entre las evidencias históricas dadas por Vázquez o por Espino, que confirman una vez más al río Coco como la corriente en cuyas riberas estuvo fundada la reducción y donde fueron martirizados los franciscanos, se presentan las siguientes: en primer lugar la “entrada” inicial, guiada únicamente por indígenas, fue intentada por la Ciudad Vieja de Segovia.

<sup>29</sup> Vázquez, Francisco. p. 107.

<sup>30</sup> Vázquez, Francisco. p. 119.

<sup>31</sup> Vázquez, Francisco. p. 119-120.

Esta fue también la ruta originalmente seguida por los frailes durante la segunda partida, salvo que en esa ocasión indios de ascendencia mexicana les salieron al paso y convencieron para hacer la entrada por el Guayape, ahorrándoles así el tiempo que hubieran consumido de haber bajado el río Coco a partir de Ciudad Vieja. En realidad, la ruta más corta entre Comayagua y el Xicaque es por la vía de Olancho y el Guayape—Patuka.

En segundo lugar, una vez que los Taguacas decidieron poner fuego a la reducción se aliaron con los Taupanes. Es probable que ese nombre sea corrupción de Uabanes o Wasabanes, la tribu que según Lehmann habitaba en el vecino río Waspuk.<sup>32</sup>

Después del incendio los indígenas desaparecieron súbitamente y sin dejar traza, al extremo que los frailes pensaron que “[...] la fuga debió ser en canoas por el río de la Segovia”, es decir aguas abajo del sitio donde se presume estaba la reducción, como es lógico pensar, sin que los españoles intentasen perseguirlos “[...] por no arriesgarse al manifiesto peligro, río abajo, de muchos saltos que tenía aquel río, en partes donde venía muy profundo y encajonado”, según concluye Vázquez.<sup>33</sup>

Fray Fernando Espino, por su parte, afirma que los dos españoles que lograron escapar de la matanza perpetrada por los Taguacas arribaron al pueblo de la Nueva Segovia (hoy Ciudad Antigua), donde se habían trasladado el año anterior (1611) los habitantes de Ciudad Vieja:

“Esto contaron dos de los soldados que escaparon milagrosamente debaxo de una canoa, que vergaron con los indios que los llevaban, la volcaron, y se escaparon con una imagen de vulto de la Limpia Concepción de N. Señora, la cual tiene hoy un vecino de la Nueva Segovia llamado Ioan de Acebedo, adonde aportaron estos dos hombres y contaron lo sobredicho”.<sup>34</sup>

Si la trágica emboscada donde perecieron los frailes aconteció en el Guayape (Patuka), hubiera sido más fácil para los soldados sobrevivientes salir por ese río, (por donde entraron), hasta alcanzar las más cercanas poblaciones de Olancho o Jamastrán, en lugar de aparecer por la Nueva Segovia.

A manera de resumen, por las razones atrás expuestas, no cabe duda que el territorio Xicaque estaba ubicado más allá de Bocay, entre los ríos Patuka y Coco, y que el sitio preciso de la reducción quedaba junto a este último río. Como observación significativa y final se menciona que a cierta distancia aguas abajo de la confluencia del Lakus, donde el río Coco describe su más aguda vuelta, se encuentran unos raudales bauti-

<sup>32</sup> Lehmann W.: *Die Sprachen...* Vol I. p. 476.

<sup>33</sup> Vázquez, Francisco. p. 114.

<sup>34</sup> Espino, Fernando: (Bibliografía del Capítulo), p. 38.

zados por los Sumus como *Ispayol-i-kan*, que según el lingüista Lehmann significa literalmente: “donde mataron a los Españoles”.<sup>36</sup>

### Otras palmas para la Tologalpa

Pasaron unos diez años desde la muerte de Verdelete y Monteagudo antes que otros franciscanos reanudasen los intentos de convertir a los indios infieles de la Taguzgalpa y Tologalpa. Esta vez los protagonistas fueron Cristóbal Martínez de la Puerta, Juan de Vaena y Benito Martín. La historia, referida también por el cronista Francisco Vázquez, es como sigue:

En cierta ocasión, siendo muy joven, Cristóbal Martínez se embarcó en Trujillo, Honduras, con tal suerte que el navío, cogido por una tormenta, naufragó cerca del cabo Gracias a Dios. Los que lograron sobrevivir y alcanzar la costa fueron tomados prisioneros por los indígenas de la tribu de los Guabas. Con el tiempo los cautivos se mezclaron con las indígenas originando una nueva estirpe de mestizos. El joven Martínez aprendió la lengua nativa y tomó la decisión de hacerse religioso para sacar del paganismo a sus antiguos captores. Logró salir del área y fue a Guatemala. Allá fue admitido en el convento de los franciscanos, donde recibió el hábito en 1602.

Varios años pasaron antes que fray Cristóbal pudiera obtener licencia para marchar a la Taguzgalpa, como era su deseo. Una vez logrado el permiso, en 1617, se embarcó en Trujillo, pero sobrevino una tormenta que lanzó la nave contra unos arrecifes, entre unas islas donde la tripulación logró sobrevivir con agua de lluvia, pescados y tortugas marinas. Con los restos de la embarcación los naufragos construyeron una lancha. El fraile pidió al capitán que lo llevase al cabo Gracias a Dios, “[...] para entrar por allí a los indios *payas*, que eran los que él en otro tiempo había comunicado y juzgado dóciles, y capaces de recibir el Evangelio”, pero el capitán tratando de evitar nuevos riesgos puso proa hacia Trujillo.<sup>36</sup>

Poco después fray Cristóbal intentó otras salidas, incluyendo una en 1619 acompañado por otro franciscano, Juan de Vaena, luego de haber contemplado dos cometas brillantes en forma de palma, que el cronista Francisco Vázquez interpretara después como las palmas del martirio que les aguardaban en la Taguzgalpa.<sup>37</sup>

<sup>36</sup> Lehmann, W. Vol I. p. 476.

<sup>37</sup> Vázquez, Francisco. p. 140.

<sup>38</sup> En realidad no se trataba de dos cometas, sino de uno, visto antes y después del perihelio a finales de 1618 y principios de 1619. El astrónomo Longomontano afirma que la cauda se extendía 104° y era tan brillante que podía verse en pleno día.

Por fin, en febrero de 1622, lograron Martínez y Vaena embarcarse. Fueron dejados sanos y salvos en la playa del cabo Gracias a Dios —según Vázquez— en compañía de cuatro indígenas de la isla de Roatán que conocían el idioma de los Payas. Una vez en la costa besaron la tierra en acción de agradecimiento. Allí quedaron los religiosos descalzos, harapientos, en territorio desconocido y en una costa solitaria donde nadie podía socorrerlos.

Caminaron todo el día entre arenales y pantanos, cantando las letanías y haciendo penitencia con un flagelo. Al llegar la noche encendieron una fogata entre cuyos resplandores observaron sombras que los acechaban. El primer contacto con los indígenas, sin embargo, se produjo dos días después, cuando vino a ellos un grupo de gentes:

“[...] los hombres tiznados y desnudos, con sólo un caracol colgado de la parte delantera, con muchos collares de huesos de pescado, que como eran blancos sobresalían, y las mujeres pintadas de colorado, con un pañete que les tapaba la honestidad, muy adornadas de guirnaldas de flores, y ellos con penachos de plumas y muy largas lanzas”.<sup>22</sup>

Un anciano, que hacía de jefe, se aproximó a los frailes saludándoles con gesto de respeto y les reclamó por qué habían arribado tan tarde, pues según una visión que había tenido varios años atrás, (donde se le apareció un niño blanco y luminoso), dijo le fue anunciada la llegada de los frailes. Luego les invitó a pasar a sus asientos en el río Xarúa, donde los indígenas se sometieron gustosamente al bautismo, levantaron una iglesia y pusieron muchas cruces, dedicándose los frailes a la evangelización de los indios por entero. Al cabo de algunos meses la misión había progresado con la fundación de varios pueblos payas cristianizados a lo largo del río, unos siete en total, el último llamado Guampúm.

De vez en cuando arribaban barcos de Trujillo para suplir las módicas necesidades de los frailes, a los que se había agregado el hermano Benito Martín.

No obstante la buena acogida que los religiosos recibieron al principio, pronto comenzaron a notar que los indígenas eran inconstantes como nuevos conversos. Con frecuencia se ausentaban de las reducciones para internarse en la montaña, donde continuaban con sus acostumbradas prácticas salvajes y supersticiosas para desengaño de los frailes. Estos decidieron entonces levantar campo y marchar a otro lugar en busca de nuevos y más perseverantes discípulos.

Dejaron por tanto los franciscanos las reducciones que habían establecido entre Xarúa y Guampúm y en un barco se trasladaron 30 leguas hasta un lugar llamado las Anavacas. En este nuevo asiento esperaban

<sup>22</sup> Vázquez, Francisco. p. 158.

convertir aquellos Guabas mestizos, porque pensaron que siendo medio-españoles les sería más fácil atraerlos a la religión.

Ahí estuvieron, en efecto, los Padres catequizando por varios meses, convirtiendo a unos seis mil indígenas según Vázquez. Cada día salían de la montaña grupos en busca de los frailes. Estos por su parte se fueron internando hasta llegar al río Guampúm donde vivían unos indígenas llamados *Albatuinas*, (de estirpe sumu), que como sus congéneres los Taguacas eran muy temidos por las tribus vecinas. A pesar de las advertencias que les hicieran, los frailes se comunicaron con algunos Albatuinas y les propusieron se convirtiesen a la religión. Al respecto refiere Vázquez:

“[...] los *albatuinas* alegres y regocijados se volvieron y según sus ritos y ceremonias consultaron sus agoreros y brujos si les sería útil o no la entrada de los Padres en sus tierras. No faltaron en las juntas que hicieron algunos que viesen a bien la venida, aunque los más eran de contrario dictamen. Hicieron sus danzas y embriagueces, bailando el que hacía oficio de sacerdote sobre vivas ascuas, y bebiendo sangre humana, y de este maligno concilio salió determinado el que los Padres muriesen”.<sup>39</sup>

Luego, sin esperar la llegada de los frailes, los Albatuinas fueron por ellos y los capturaron, golpeándolos y escarneciéndolos, sin que ninguno de los Guabas conversos se atreviera a defenderlos. Como fray Cristóbal los amonestaba, le estacaron una lanza por detrás y así empalado, rotas las piernas y con una mano cortada, pereció en el suplicio. Vaena y Martín también sufrieron el martirio cruel. Los Guabas recogieron los despojos de los mártires y los enterraron en la sabana junto al río Guani. Era el mes de septiembre de 1623.

En el verano siguiente se supo en Trujillo la trágica noticia de la muerte de los franciscanos. El gobernador organizó entonces una partida punitiva, marchando al territorio de los Albatuinas, pero los indios se esfumaron entre la selva. Exhumados los restos de los tres frailes fueron trasladados a Trujillo, donde los sepultaron y veneraron como santas reliquias.

### ¿Dónde quedaban las Anavacas y el río Guani?

Aunque la *Crónica* menciona que los frailes Martínez y Vaena desembarcaron inicialmente en el cabo Gracias a Dios, la información no parece cierta, ya que los indígenas que primeramente aceptaron el cristianismo eran Payas y los nombres de las reducciones parecen corresponder a localidades situadas aguas arriba del río Paulaya, uno de los afluentes del río Negro o Tinto. Además, las cabeceras del Paulaya están cerca de las del río Wampú, tributario del Patuka, donde los frailes fun-

<sup>39</sup> Vázquez, Francisco. p. 168. El baile sobre las brasas lo siguieron practicando los hechiceros Sumus aún en el presente siglo, según se lee en Conzemius.

daron la postrera reducción. Estas observaciones sugieren que el primer desembarco se hizo más bien en el cabo Camarón, junto a la desembocadura del Tinto, el Xarúa aborigen.

Las Anavacas quedaban, según el mismo cronista, a 30 leguas de distancia sobre la costa, o sea más allá de la laguna de Caratasca, en dirección al verdadero cabo Gracias a Dios. Sus habitantes, los Guabas, (posible corrupción de Guayas o Guayaes), eran con seguridad los antecesores de los actuales Misquitos. Las Anavacas, (probable corrupción de Aua-Waikas, “la playa de los Waikas”), era el nombre que daban los pobladores de las islas de la Bahía —de donde eran oriundos los intérpretes de los frailes— al territorio inicialmente ocupado por dicha tribu.<sup>40</sup>

Por otra parte, Vázquez informa que los Albatuinas mataron a los franciscanos junto a un río, (también llamado Guampúm), que circulaba en medio de una amplia sabana, obviamente la gran planicie de pinos que se extiende al sur del río Coco. Los restos de los misioneros fueron recogidos y sepultados por los piadosos Guabas “[...] a orillas del río Guani, como ocho leguas poco más o menos la tierra adentro”, tal como lo confirmara el gobernador de Trujillo que arribó al cabo Gracias a Dios para castigar a los homicidas.<sup>41</sup> Guani, (hoy escrito Wani), es el nombre primitivo de la laguna costera de Bismuna y posiblemente también lo era de uno de los ríos que cruzan la sabana para desembocar en ella.

Confirmando la identidad de este escenario como el lugar del martirio de Martínez, Vaena y Martín se encuentra el testimonio recogido en el lugar, a finales del siglo XVII, por un traficante o pirata inglés que se firmaba M.W. Este refiere que los indígenas habían dado muerte a varios frailes y españoles, (posiblemente Guabas mestizos), cerca del cabo Gracias a Dios, a cuatro leguas al sur, en *Guana-sound*, lugar que coincide con la laguna de Wani o Bismuna. También menciona M.W. que los *Alboawinneys* eran una tribu muy temida, que tenía su asiento al sur del río Brangmann, el actual río Wawa.<sup>42</sup>

En conclusión, la historia referida por Vázquez y confirmada por M.W., demuestra que fueron frailes españoles los primeros en penetrar el territorio de los Guabas, alrededor de 1623, y no —como generalmente se cree— los colonos puritanos de Providencia o los piratas holandeses, franceses e ingleses que arrimaron al cabo Gracias a Dios poco después y rebautizaron a los indígenas como Miskitos.

<sup>40</sup> Ver ambos términos en el *Diccionario Miskito-Español y Español-Miskito*, de C.R. Heath y W.G. Marx. Papelería e Imprenta Calderón. Tegucigalpa, Honduras, 1961.

<sup>41</sup> Vázquez, Francisco. p. 170.

<sup>42</sup> M.W.: *The Mosquito Indian and his Golden River. A collection of Voyages and Travels*. 6. London: T. Osborne, 1752.



## El viaje de fray Fernando Espino

Pocos intentos, ninguno de ellos serio, fueron emprendidos en los siguientes cuarenta años para la conquista religiosa de la Taguzgalpa. En 1661 hordas de Payas y “Jicaques” asaltaron ciertos asentamientos fronterizos en los valles de Agalta, Olancho, Jamastrán y Jalapa. Uno de los afectados, Bartolomé de Escoto, logró atrapar a ciertos indígenas y los convenció que dejasen las montañas. Con ellos formó la reducción de Santa María del Guayambre.

Careciendo de cura que adoctrinase a los sometidos, marchó Escoto a Guatemala a solicitar apoyo de los franciscanos, encontrando eco en Fernando Espino, fraile retirado a los setenta años en el convento de Almolonga. Espino, natural de la Ciudad Vieja de Segovia, sabía la lengua “lenca”, (léase chontal–matagalpa), y había visitado la Tologalpa anteriormente en 1637.

No obstante su avanzada edad, cedió al ruego de tres indios que con Escoto viajaban y aceptó ir a la reducción a cristianizar a los sometidos. La extraña muerte de uno de los indígenas, quien tras haber recibido el bautismo cayó repentinamente enfermo gozando antes de fallecer de una extraña visión de buenaventuranza, terminó de convencer al religioso para emprender el largo viaje hacia aquella frontera de salvajes.

Fray Fernando abandonó el convento en mayo de 1667 y acompañado del predicador Pedro de Ovalle se encaminó a la Tologalpa, en los confines del Jicaque. Ahí encontró una familia de Paracas, “de la nación lenca”, cuando estaban a punto de sacrificar a una joven acusada de hechicera. No pudo el fraile—hablándoles en su propio idioma—disuadir a los indígenas de ejecutar la sentencia, teniendo que conformarse con bautizar y santolear a la muchacha. Los Paracas la mutilaron con furia y se escabulleron por el monte llevando la cabeza de la joven, quedándole a fray Fernando la tarea de dar cristiana sepultura al cuerpo trunco de la desventurada muchacha.<sup>43</sup>

Espino y Ovalle estuvieron unos dos años catequizando entre Segovia y Olancho. Fundaron la reducción de San Buenaventura en el valle de Jamastrán con indios sacados de Santa María. Estos vivían temerosos de los Taguacas que rondaban por las montañas vecinas y de otros indios del mismo pueblo que practicaban secretamente la hechicería y les comían los hijos.

Estando fray Fernando en cierta ocasión en Jalapa, convaleciendo de una enfermedad de la que fuera curado gracias a las artes herbolarias de

<sup>43</sup> Los Paracas vivían al sur del río Coco, cerca de Jinotega.

un cofrade, supo por boca de un indio anciano sobre una tradición que corría en el pueblo, la cual había escuchado en 1637 cuando estuvo la primera vez en ese lugar. Se refería a la misteriosa aparición de un misionero con sayal de franciscano “[...] al principio que conquistaron estas tierras”, es decir a mediados del siglo XVI. La inconsútil figura se desplazaba sobre las hierbas sin estrujarlas ni dejar rastro; por la noche dormía bajo un árbol de zapote en medio de llamas. No probaba más que unos pescaditos que los devotos indios le llevaban, los que a veces ni tocaba, sin que por ello aquel frugal alimento se pudriera. Después de seis meses de predicar entre Jalapa, Teotecacinte y Poteca se despidió de los indígenas, anunciándoles que con el tiempo vendría otro religioso vestido de la misma manera. Luego se internó en un pantanoso carrizal y desapareció para siempre.<sup>44</sup>

La más fascinante aventura de fray Fernando, sin embargo, tuvo lugar en la confluencia del Guayambre con el Guayape, donde arranca el río Patuka. Ahí estaban unos veinte indios en unos ranchos, bajo el mando de Apuís. Un día cuando el fraile decía misa, se le acercó aquél para preguntarle cuándo regresarían unos sus parientes que hacía tiempo viajaron en unas canoas hasta el mar del Norte. El fraile contestó sin titubeos: “hoy vendrán tus deudos”. Esperó impaciente Apuís el regreso de sus familiares y viendo caer la tarde increpó al fraile: “[...] paréceme que mentís vos, o miente aquel Dios”. Al poco rato aparecieron las canoas de los parientes, para alivio del franciscano y regocijo del indio.

Entre los recién llegados venía moribunda la hermana de Apuís. Volvióse el indio al fraile reclamándole: “Tu gente, la que venís a sacar, han hechizado a esta mi hermana, y me la matan; no me ha de quedar ninguna con vida; las tengo de ahorcar y matar a todas”. La hermana, en cambio, pedía resignada el agua del bautismo y agarrando a fray Fernando por el cingulo le decía: “No te has de ir hasta que me echés agua, pues es el camino para ir a donde están las estrellas; yo me hallo muy fatigada, no sea que me muera esta noche y vaya al lugar del fuego”.<sup>45</sup>

En la mañana siguiente se presentó Apuís. Venía desnudo en una canoa, untado de hollín y con lanza en la mano. Quería saber quién mataba a su hermana. Estaba dispuesto a invocar a sus dioses para saberlo, practicando una cierta ceremonia para la cual invitaba a los frailes. Al atardecer llegaron dos canoas a recoger a los religiosos. Fueron conducidos a una gran enramada, en medio de la cual ardía una hoguera. Apareció el indio vestido con corteza de árbol y coronado con una especie de

<sup>44</sup> Ver la obra de Fernando Espino, p 51–53 (Bibliografía), en donde se refiere el caso citado. El testimonio es también reproducido por Francisco Vázquez, p 90–92.

<sup>45</sup> Espino, Fernando. p. 26.

mitra. Comenzó a bailar alrededor de la fogata, bebiendo sangre de un calabacito mientras ejecutaba la danza. Invocó en su lengua a los dioses de la montaña, al tigre, al león, a los monos y a la culebra blanca: “Venid y deidme quién mata a mi hermana”. Luego caminó descalzo sobre las brasas y fingiendo desmayarse culpó a los indios que acompañaban al fraile como causantes de la muerte de su hermana.

Abandonaron los padres aquella escena pagana y fueron a asistir a la moribunda, que falleció aquella noche como cristiana. En la mañana siguiente la enterraron en una casa grande, en medio de la montaña, amortajado el cuerpo y como sepulcro una canoa volteada. Al cabo de dos horas regresó Apuís con sus “xicaques” en actitud de venganza. Traían unos mecates para ahorcar a los indios convertidos que acompañaban a los frailes. Intervino fray Fernando y después de prolongado forcejeo, hablándoles en su lengua y amenazando con el castigo divino, aplacó al dolido hermano, a su mujer y a otra hermana que ya habían puesto las manos sobre el fraile. Las mujeres se contuvieron cuando el religioso les pronosticó que morirían por haberse atrevido a tanto.

Calmados los ánimos, estuvieron los frailes ocho días entre los salvajes, catequizando y bautizando, regalándoles rosarios, cascabeles, peines y varias chucherías. De regreso a San Buenaventura supieron que la mujer y la hermana de Apuís habían muerto al poco tiempo, que el capitán indio había aceptado el hecho con mejor resignación y se había bautizado.

En febrero de 1669 regresó Espino a Guatemala, dejando a Ovalle a cargo de las reducciones. Escribió su *Relación* en 1674, muriendo dos años después casi octogenario.

### Misiones en la Pantasma

El valle de Pantasma es un anfiteatro natural, de unos 15 kilómetros de diámetro, situado entre Jinotega y el río Coco. Se trata posiblemente de una antiquísima caldera volcánica de la época Terciaria, o quizás una oquedad dejada por la caída de un aerolito algunos millones de años atrás; en fin, la más grande depresión geológica circular identificada en Nicaragua hasta la fecha. Por los altos paredones que confinan el valle bajan numerosas corrientes que se juntan abajo para formar el río Pantasma. Este se abre paso por una garganta en busca del río Coco, en el cual desemboca, no muy lejos de donde los españoles fundaron la vieja ciudad de Segovia.<sup>46</sup>

<sup>46</sup> Pantasma es un vocablo que según Lehmann significa “lugar fangoso” en misquito. Sin embargo, el nombre aparece en las crónicas españolas mucho antes del surgimiento y expansión de ese pueblo aguas arriba del río Coco. Lehmann reconoce, sin embargo, que Paracas y Pantasma hablaban el dialecto matagalpa.



*Figura 30.-  
Enhiestas mon-  
tañas, profundos  
cañones y torren-  
tosos ríos caracte-  
rizan a la antigua  
provincia de la  
Taguzgalpa.  
(Squier).*

El valle estaba poblado, a mediados del siglo XVII, por los Paraca, los Nanaica y los Pantasma, grupos emparentados con los “jicaques” y los “lencas”, que hablaban posiblemente el chontal-matagalpa. Estaban expuestos a las continuas depredaciones de los indios de montaña adentro, es decir Bocayes, Panamakas y Taguacas, pertenecientes a la tribu de los Sumus. En 1674, convencidos por los xicaques cristianizados, acudieron en busca de apoyo a los establecimientos españoles para defenderse de los contrarios. Con tal objeto enviaron una embajada a Guatemala, donde se entrevistaron con fray Fernando Espino, a la sazón Provincial, quien pocos años antes había organizado exitosamente las reducciones en los valles de Jamastrán y Olancho. En respuesta a la solicitud, fue destacado el joven franciscano Pedro de Lagares, previo permiso del obispo de León para misionar en tierras segovianas.

Llegado al pueblo de Nueva Segovia (La Antigua), Lagares fundó un hospicio e hizo entradas a los montes vecinos para sacar indígenas y convertirlos. Con los primeros de los conquistados montó una ermita y levantó ranchos en el valle de Culcalí (hoy Quilalí), en el sitio donde estuvo la Ciudad Vieja. Fue aún más lejos en su insistencia en el rescate de futuros conversos, internándose en los montes desconocidos de la Tologalpa, siguiéndole los pasos a los indios con más persistencia que un sabueso: “Ahora estoy citado para entrar a la montaña —escribía al Provincial— a los montaraces caribes, con treinta y cuatro días de término”.<sup>47</sup>

Esta vez centró su acción en el valle de Pantasma donde fundó con los indios bautizados los pueblos de San José y Anunciación de Pantasma, San José de Paraca y San Francisco de Nanaica, que tenían sus iglesias “[...] muy aseadas y decentes y aún mejores que las de algunos pueblos de cristianos antiguos, y sus casas de vivienda y calles en forma de pueblos, y con muy buen policía y respeto a sus alcaldes”.

No cejaba aquel misionero incansable en su labor un minuto, ni fallaba su infalible prédica. Su insistencia y celo llegaron a tal extremo que expuso varias veces la vida al internarse en aquellos parajes de gente hostil y salvaje. Sus mismos feligreses se quejaban de la disciplina:

“Si por la mañana los llamaba con la campana se hacían los sordos y era necesario andar en compañía del Jemestión (alguacil) de casa en casa, sufriendo de la iracundia de las indias (que son más enojosas que los hombres), oprobios y acciones desmesuradas, hasta arrojarle lodo por echarle”.

En una ocasión fue en busca de unos indios que habían desertado la fe y huían por los montes. Siguió sus rastros entre ríos, breñales y pantanos, que le rasgaron las rodillas, persiguiéndolos hasta el río Bocay. Al verse alcanzados, los fugitivos enviaron a sus mujeres y niños adelante y cogiendo sus lanzas y machetes dispusieron matar al fraile. Le sorprendieron arrodillado y tan absorto en sus oraciones que, desconcertados y perplejos, optaron por dejarle en paz, escurriéndose por la montaña a toda prisa.

De su santidad y poder místico se contaban muchas anécdotas. En una ocasión un indio rehusaba el bautismo por no separarse de una enorme serpiente que llevaba siempre consigo enroscada al cuello. Se mostraba el indio sordo a toda persuasión para que dejase a tan detestable compañera; pero tanto insistió fray Pedro —que veía en el reptil la viva imagen y soberbia del demonio— que al final convenció a su dueño para librarse de aquella alimaña y aceptar el sacramento. Fueron ambos a la

<sup>47</sup> Estas y las siguientes citas proceden de Francisco Vázquez. p. 203–213.

choza donde estaba agazapada la culebra. El fraile la exorcizó con fuertes palabras, ante cuyo mandato la sierpe se irguió desafiante, emitió un horrible silbido y luego escapó a los montes, “[...] que bien se echó de ver —comenta el cronista Vázquez— ser el demonio el que en ella se disfrababa”.

En una de sus tantas “cacerías de indios infieles” por las espesas montañas, la lluvia lo empapó durante tres días consecutivos, sin que encontrara albergue donde guarecerse. En consecuencia, contrajo la enfermedad que lo llevó a la muerte en el hospicio de Nueva Segovia, donde expiró en julio de 1679, después de cinco años de infatigable labor misionera en las montañas de Jinotega.

### Valor etnográfico de los relatos

La *Crónica* de Vázquez y la *Relación* de Espino arrojan evidencias históricas sobre los primeros contactos entre los españoles y las tribus selváticas del oriente de Honduras y norte de Nicaragua. Ricamente embellecidas con pasajes donde ambos franciscanos insisten en la veracidad de ciertas visiones o pronósticos como producto de la intervención divina, realzan el celo evangélico de los misioneros con la sensibilidad creyente de los convertidos. Ambas narraciones ofrecen además un valioso testimonio etnográfico sobre los pueblos bárbaros que vivían en las inhóspitas selvas de Taguzgalpa y Tologalpa en el siglo XVII.

Algunas de las costumbres observadas, especialmente aquellas practicadas por los indios Taguacas, (los modernos Twahkas, rama sobreviviente más numerosa de los Sumus), continuaron casi sin alteración hasta el presente siglo, según se infiere de las descripciones dejadas por Eduard Conzemius que trató con ellos alrededor de 1920.<sup>48</sup>

Llama la atención, en primer lugar, la vida nómada de las tribus de la vertiente caribe de Honduras y Nicaragua, que acostumbraban buscar caza y pesca donde éstas mejor se daban según la época del año; también se advierte la resistencia de los indígenas a formar pueblos permanentes o reducciones cuando aquellas actividades quedaban seriamente limitadas, siendo los indios, como realmente lo eran, pobres agricultores. Acostumbraba esta gente selvática a vivir un día acá y otro acullá; siendo sus viviendas simples chozas improvisadas, y según Vázquez, “[...] de poco artificio y fábrica pues cada casa contaba de cuatro palos y

<sup>48</sup> Más detalles sobre la vida y costumbres de los Sumus son presentados por Eduard Conzemius, (ver Bibliografía).

unas hojas que llamaban vijao que servían de cubierta”, considerando lo efímero de la estadía en un determinado lugar.<sup>49</sup>

Las “escapadas” que tanto inquietaron a los frailes no siempre obedecían al abandono y apostasía de la fe, a la cual fueron atraídos con regalos y baratijas por los cándidos franciscanos, sino a la necesidad de regresar al ambiente de selva en busca de los medios tradicionales de subsistencia.

El canibalismo que practicaban los Taguacas, del que fueron víctimas los primeros frailes, no era tampoco un simple antojo gastronómico, sino un rito de júbilo para celebrar la derrota del enemigo. La desaparición material de éste era parte de la liturgia aborígen, especialmente entre las tribus belicosas donde la rendición sólo concluía con la virtual desintegración del cuerpo del enemigo. Esta tradición era igualmente practicada por los aztecas, considerados en la cumbre de la civilización americana y también por aquellos sus descendientes que se habían establecido después de la conquista en las montañas de la Taguzgalpa.

La venganza de los Albatuinas en el río Guani es justificada por M.W., en vista de los reclamos y exigencias que los fanáticos frailes españoles impusieron a los indios convertidos, todo lo contrario de lo que el cronista Vázquez da a entender como conducta de los religiosos. No se trataba de suplantar una religión por otra, como sucedió con los indígenas de la región del Pacífico, donde los frailes derribaron templos e ídolos. Las tribus selváticas de Honduras y Nicaragua no observaban ninguna religión, no tenían templos, ni temían a nadie más que al trueno; sus prácticas eran más shamanísticas que dogmáticas. Como una paradoja, estos indígenas se mostraron muy cooperativos con los “malvados” piratas e inescrupulosos traficantes ingleses. Aún en el presente —como es el caso de los Misquitos— recuerdan con añoranza las antiguas alianzas que sus antecesores tuvieron con aquellos aventureros en los siglos pasados.

Por otra parte, la memoria que las tribus posiblemente guardaban sobre las crueldades y abusos cometidos por los conquistadores españoles en las regiones mineras de Olancho y Segovia, y las depredaciones que éstos practicaron durante las primeras entradas a las montañas de Jinotega y Matagalpa, debieron persistir por más de un siglo en las leyendas de los indios, con la rencorosa esperanza de una venganza futura. De esos enconados sentimientos se aprovecharon después los corsa-

<sup>49</sup> El vijao o bijagua (*Calathea sp.*), es la hoja con que los campesinos del centro de Nicaragua envuelven las cuajadas frescas.

rios y colonos ingleses para capitalizar el odio de los indígenas contra sus enemigos españoles en las siguientes décadas.

La vestimenta de los indígenas era ligera, por no decir ausente, en consideración al clima tórrido y húmedo de la selva. Apenas ocultaban los genitales con conchas o angosto paño, “[...] que cubrían escasamente la honestidad; más tratando de remediar primero las almas que los cuerpos, esperaban (los frailes) para mejor ocasión el enseñarles todo lo conveniente a la vida racional y cristiana”, según comentario de Vázquez. No por ello, sin embargo, dejaban de adornar el cuerpo con collares, pendientes de nariz y orejeras, utilizando cuentas de huesecillos, semillas, piedritas y dientes de animales, o los extraídos a sus víctimas. Acostumbraban pintarse con hollín o con achiote según el sexo. La observación sobre los Payas donde los hombres se tiznaban de negro y las mujeres se embijaban de rojo, todavía persistía en el presente siglo como distintivo de sexo entre los Misquitos visitados por Conzemius.

En lo referente al vestido con corteza de árboles —tal como Espino describió el atuendo ceremonial de Apuís— aquella era separada del tronco del tuno, remojada varias veces y secada para extraerle el mucílago; luego aporreada para estirar las fibras y convertirla en tela natural.<sup>50</sup> Entre otras industrias estaban la fabricación de armas arrojadizas para guerrear o cazar y la excavación de “pipantes”, alargados botes de una sola pieza, para movilizarse entre los ríos, sortear los raudales y exhibir los extraordinarios dotes que de navegantes tenían los indígenas.

Poca información arrojan las narraciones de los frailes sobre la vida social de los indígenas, salvo que eran monógamos, “[...] que en ésto era costumbre suyas no tener más que una mujer cada varón, no se les hizo dificultoso el que pasase aquel contrato natural a sacramento”.<sup>51</sup>

Entre las ceremonias religiosas más admiradas y respetadas por los indígenas estaba la danza que los encantadores sumus, médicos—brujos o Sukias, ejecutaban con pies descalzos sobre vivas brasas, tal como la presencié el fraile Espino, realizada por el capitán Apuís, junto al río Guayape. La mención de los espíritus de la montaña, por lo general animales feroces, que los Sukias invocaban durante la ceremonia, antes de “caer en trance”, ha subsistido hasta el presente siglo, tal como lo comprobó Conzemius. Este explorador asistió a una fiesta que conmemoraba un cierto aniversario luctuoso, (llamado *sau* por los Sumus y *sikro* por los Misquitos), donde se invocaba a los espíritus mientras los convidados ingerían un brebaje fermentado con saliva de yuca, masticada por

<sup>50</sup> El tunu es el árbol *Poulsenia armata*, de la misma familia del nispero y del caucho.

<sup>51</sup> Vázquez, Francisco. p. 109.



una vieja “chintana”, práctica asquerosa a la que también se refirió el cronista Vázquez.<sup>52</sup>

El entierro del difunto, amortajado, debajo de una canoa volcada —tal como se reportó en aquellos tiempos— ha subsistido también hasta el presente, así como la costumbre de depositar alimentos sobre la sepultura, para ser consumidos por el difunto en el más allá. Vázquez menciona al respecto las piñas, plátanos e iguanas que los devotos Guabas colocaron sobre la tumba de los frailes martirizados por los temibles Albatuinas.

No obstante los siglos transcurridos y los esfuerzos de religiosos de diversas denominaciones cristianas, emprendidos en la actualidad para la conversión de aquella gente, las prácticas ancestrales no han sido totalmente olvidadas.

### **Margil de Jesús y los brujos de Sébaco**

Entre las más interesantes andanzas de los misioneros franciscanos por tierras nicaragüenses en la época colonial cabe mencionar aquí los viajes de fray Antonio Margil de Jesús de la orden de los Recoletos.<sup>53</sup>

Este fraile andariego juntó su celo evangélico con una vida de humildad y privaciones, al extremo de haber sido considerado como un verdadero santo por quienes le conocieron y viéronle ejecutar acciones que consideraron como milagrosas. Las huellas de sus pies descalzos todavía persisten en la mente de los que han estudiado su obra y viajes por los caminos de América Central, México, Texas y Louisiana, regiones donde anduvo misionando durante 43 años.

Al igual que Esteban Verdelete, Margil era hijo de Valencia, habiendo tomado los hábitos en el mismo convento donde cien años antes consagró su vida al evangelio el primer mártir de la Tologalpa.

Margil vino a América cuando la piratería estaba en su apogeo. Su primera experiencia en el Nuevo Mundo fue la de socorrer a los moribundos del puerto de Veracruz, asaltado por el pirata Lorencillo. Después de un tiempo de misionar y predicar en Querétaro, Yucatán y Chiapas, partió hacia la América Central con su compañero Melchor López, haciendo el recorrido por caminos de fango, descalzos, con los pies lacerados y

<sup>52</sup> Conzemius, Eduard. p. 20. Ver también Francisco Vázquez, p. 114.

<sup>53</sup> Una buena biografía sobre fray Margil de Jesús es la presentada por Eduardo Enrique Ríos. (Ver Biografía).

hábitos rasgados. A menudo les seguían una muchedumbre ansiosa de escuchar la prédica de los dos frailes, o esperar de ellos algún milagro.

Estuvieron misionando de paso por Guatemala y El Salvador; en el camino de Choluteca escaparon de los piratas del grupo de Raveneau de Lussan en 1688. Pasaron por León y visitaron Granada, que todavía no se había repuesto del ataque combinado, la rapiña y el incendio de los corsarios ingleses y franceses. De ahí continuaron por Rivas hacia Nicoya, Esparta y Cartago, para terminar en las montañas de Talamanca, misionando entre indios salvajes por casi tres años.

Posteriormente predicaron en Verapaz y en la tierra de los Lacandones. Margil regresó a México y Melchor López se fue a Honduras con la intención de penetrar en la Tologalpa, pero la muerte le sorprendió en Danlí.

En un segundo viaje que Margil realizara a tierras centroamericanas con el fin de reforzar las misiones en Talamanca se detuvo en Granada, donde fundó el hospicio de Guadalupe en 1703. De regreso a León supo de las supercherías y prácticas paganas de los brujos de Sébaco y Matagalpa. Decidió ir al lugar para exorcizarlos y predicarles. Tomó el camino de Telica, rumbo a Sébaco, “[...] una ciudad colgada de un peñón”, (el pueblo viejo), donde le vieron arribar con los hábitos recogidos a la cintura, enlodado hasta la rodilla, con una calavera colgada del cíngulo y cantando el Alabado.

Sébaco era el país de las hechicerías y los encantamientos, famoso por sus pociones y venenos. Los indios que vivían en los alrededores del corregimiento español fingían inclinar la cabeza bajo el chorro bautismal, para luego correr al río y a escondidas lavarse el sacramento. Estaban muy imbuidos en las prácticas ancestrales y eran obedientes a sus brujos y agoreros.

Según fray Isidro Félix de Espinosa, primer biógrafo de Margil, quien tuvo acceso a las cartas que éste enviaba a la Audiencia de Guatemala, los indios de Sébaco solían visitar cada semana una cueva encantada, llamada Coyotepetl, donde degollaban a ocho personas entre grandes y chicos, ofrendando la sangre a los ídolos y luego devorando la carne de los sacrificados. Los brujos se vestían con piel de animales, invocando a las fieras en sus ceremonias ocultas. Veneraban especialmente a la serpiente enrollada y “[...] se mezclaban torpemente con los mismos demonios que se les aparecían en figura de brutos”.

Margil fue en busca de una pareja de viejos, que se hacían pasar como los padres del género humano. El fraile les quitó y desbarató todas las

raíces, polvos y piedras mágicas, quemando cuanta baratija obtuvo de la liturgia de aquellos hechiceros. El viejo se negó a mostrarle donde estaba la cueva secreta, pero el fraile adivinó que existía una laguna cerca donde solían reunirse los idólatras, a la cual se encaminó para exorcizarla y plantar tres cruces.

Leyendo estas descripciones, no cabe duda que los indios de Sébaco eran de ascendencia azteca, (al igual que los mercaderes mexicanos que solían pasar por el pueblo); así lo indican el nombre de la cueva secreta y el tipo de ceremonia en ella realizada. El culto a la serpiente es otro indicio. El nombre náhuatl de Sébaco, *Cihua-coatl*, “la Mujer-Serpiente”, importante deidad de los aztecas, parece corroborar la hipótesis. Según Félix de Espinosa los adivinos del pueblo echaban suerte usando unos frijoles rojos. Era el *patolli*, una especie de juego sagrado entre los aztecas, donde utilizaban las semillas rojas del elequeme, (*Erythrina sp.*).

La cueva de Coyotepetl es posiblemente la que hoy llaman Mocuana, situada en las mesetas al oeste del valle de Sébaco, donde según una tradición que se conserva hasta el presente habita una monstruosa y diabólica deidad, hija del amor desenfrenado entre un cacique indígena y una gran serpiente. En cuanto a la laguna donde solían esconderse los indígenas para celebrar sus ritos secretos, se trata sin lugar a dudas de Moyuá, situada en el extremo sur del valle. Entre sus aguas se yergue la isla Honda, donde todavía existen ciertos bloques de piedra labrada, ruinas de lo que parece haber sido un antiguo templo.

De Sébaco pasó Margil de Jesús a Matagalpa, Solingalpa y Molagüina, (estas dos últimas consideradas entonces como parcialidades de la primera); luego visitó Muymuy y Jinotega en compañía del corregidor de Sébaco y de otras personas concedoras de caminos, negándose el fraile en todo momento a seguir la ruta, salvo caminando.

Los indígenas de Matagalpa guardaban tres gusanos blancos, “que eran demonios”, alimentándolos con flores de espino. Los mantenían en unos vasos enterrados, que hacían aflorar con tres palmadas. En el camino de Jinotega los indios habían plantado cruces, “[...] que formaban manos en los remates de los brazos y en la cabeza como una carilla pintada”. Acostumbraban bañar a los muertos y pintarraजारlos para el viaje al otro mundo. Este era descrito como un gran potrero, visitado de vez en cuando por los brujos. Para este efecto el hechicero mayor tenía “una mulita de poco más de cuarta... y en ella iba a pasear por todo el mundo”.

En el anecdotario de este viaje a Nicaragua se mencionan tres acontecimientos tenidos como milagrosos por los fieles seguidores de Margil:

primero, la autocuración que se hizo el fraile al colocar una piedra en una profunda llaga que tenían en la planta del pie, cuando anduvo buscando la cueva de Coyotepetl; segundo, el haber restituido y sanado el dedo que un indio se había desgajado con un machete, tratando de cortar ramas para formar una cruz en la montaña de Jinotega y, por último, la curación que realizó en El Realejo, de un viajero casi moribundo al que administró agua muy fría, desconocida en aquel caluroso puerto, que “[...] le apagó la sed del cuerpo y del alma”, habiendo el enfermo reanudado su camino completamente curado al día siguiente.

En un tercer viaje que emprendió Margil en 1706 para visitar las misiones de Tlamanca, aconteció venir un gran aguacero en el camino de Diriomo. El fraile buscó amparo debajo de un árbol, invitando a otros viajeros hacer lo mismo. No obstante que llovió a cántaros, el árbol fue como el más impermeable de los paraguas: ninguna gota humedeció el vestido de los que se acogieron a su fronda. Durante ese viaje, se cuenta que entró en la celda del guardián del convento de León, estando la puerta cerrada. El sorprendido guardián le preguntó por dónde había ingresado, a lo que Margil respondió: “por donde Dios quiso y fue servido”.

La última parte de su vida la pasó fray Antonio Margil misionando en los desiertos de México. Viajó de Zacatecas a Monterrey, cruzó el río Bravo, pasó por Texas y llegó hasta los indios Natchitoches, cerca del Mississippi, que entonces era territorio dominado por los franceses. Murió Margil en la ciudad de México en 1726, a los 69 años de edad, y según se dijo, “con olor a santidad”.

La contribución de los frailes misioneros en la historia colonial de Nicaragua es poco conocida. Amerita una más exhaustiva investigación en archivos y documentos, por el importante rol que estos varones jugaron para abrir la fe y la geografía por territorios nunca antes explorados.

## CAPITULO XI

# Cronistas–aventureros en la Costa del Caribe

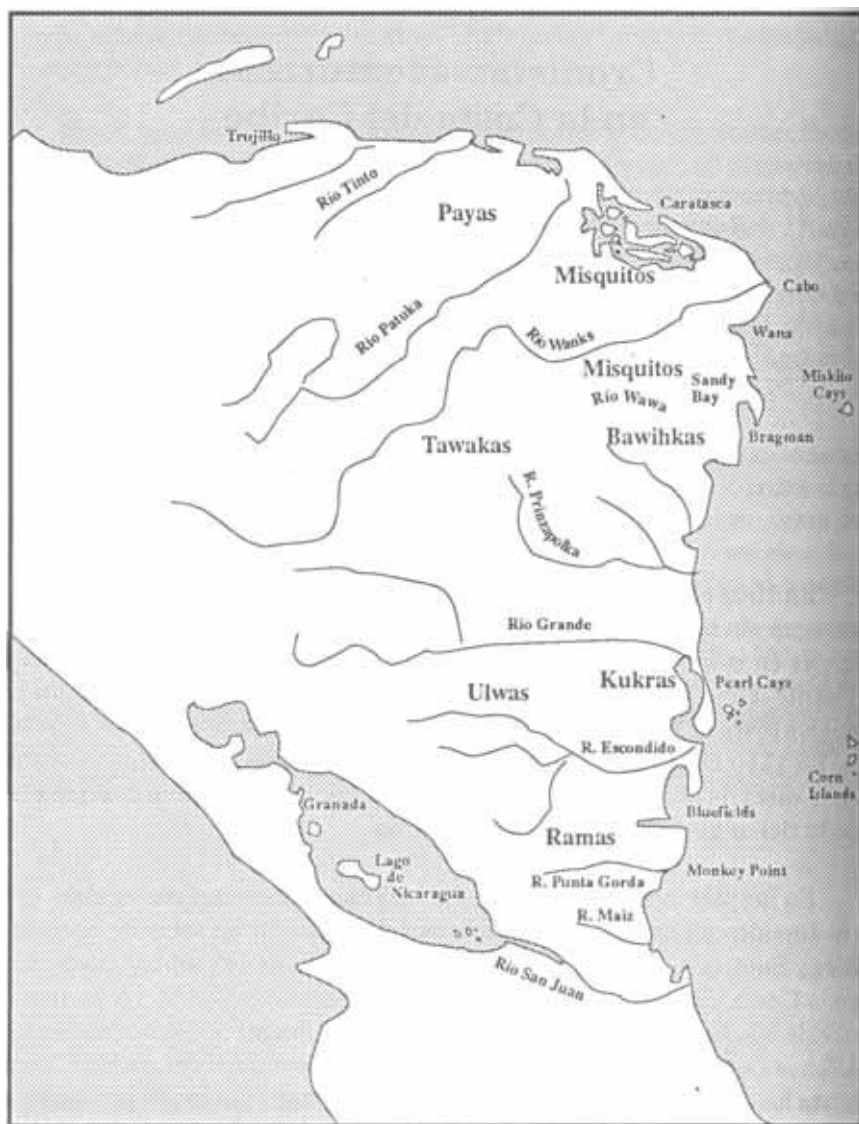
*—Reconocimientos y contactos iniciales de los aventureros en la Costa Atlántica de Nicaragua. —Surgimiento de los Misquitos y Zambos. —Las andanzas de los piratas Olonés, Esquemeling y Dampier; su importancia etnográfica. —La primitiva geografía de La Mosquitia escrita por un incógnito.*

En 1502 el Almirante Cristóbal Colón recorrió la costa caribe de Nicaragua sin haber bajado a tierra ni encontrado, aparentemente, habitantes en sus orillas. Seis años después los pilotos Juan Díaz de Solís y Vicente Yáñez Pinzón navegando en sentido contrario, recorrieron la misma costa en busca de un estrecho, sin que se conozcan detalles del viaje. En 1510 Diego de Nicuesa, viniendo de Veragua, se perdió y encalló en la costa de Nicaragua; tampoco en esta vez se obtuvo una descripción de la tierra aledaña ni de sus pobladores.

En las primeras décadas del siglo XVI los barcos que navegaban entre Jamaica y Panamá debieron haber descubierto las islas de San Andrés y Santa Catalina, (después llamada Providencia); ambas aparecen en la Carta Universal de 1527 atribuida a Fernando Colón. La costa caribe de Nicaragua parecía desolada en 1539, a juzgar por la narración de Alfonso Calero que la recorrió desde la desembocadura del río San Juan hasta los islotes de Monkey Point, sin mencionar pueblos ni pobladores a lo largo de esa sección del litoral. La posición de las islas del Maíz (Corn Islands), con el nombre español de Manglares —a las que Colón bautizó como Limonares— fue marcada por Cornelius Wytfliet en su mapa de

1597. Roncador, Quitasueño y San Milán, (isla del Cisne), aparecen con tales nombres en el mapa de Herrera de 1601.

Cuando los primeros ingleses arribaron a San Andrés y Santa Catalina, en 1629, encontraron las islas habitadas por piratas y contraban-



*Figura 31. Costa Mosquitia y principales grupos étnicos que la poblaban en los siglos recién pasados.*

distas holandeses. Entre los últimos estaba Abraham Blauvelt, quien había reconocido la costa caribe de Nicaragua y tenían un escondite en una laguna litoral que más tarde llevaría su nombre, (Bluefields, en inglés). Los ingleses comandados por el capitán Sussex Camock encontraron San Andrés como un lugar “[...] muy fértil y lleno de esperanzas” y reconocieron la posición estratégica de la isla que estaba —como dice James Parsons— “[...] en el corazón de las Indias y en la boca de los españoles”.<sup>1</sup>

Por recomendación de Camock un grupo de colonos ingleses arribaron a Santa Catalina en el barco *Seaflower*, en mayo de 1631, con el objeto de fundar un establecimiento puritano permanente. De ahí salió Camock, dos años después, para realizar el primer contacto conocido entre los ingleses y los indígenas que vivían en el cabo Gracias a Dios. Ancló en el archipiélago de los Tiburones, (actualmente llamados Cayos Misquitos), y fue a tierra firme en veleros para comerciar con los nativos. Lejos de ser una misión religiosa —no obstante las creencias de los puritanos— como la intentada por los frailes en la Taguzgalpa, era un viaje comercial: intercambiar granjerías inglesas por productos de la tierra firme, lo cual obviamente favorecía a ambas partes.

La ausencia de buenos fondeaderos a lo largo del litoral de Nicaragua, con barreras arenosas a la entrada de los ríos más caudalosos, definió desde entonces el futuro mercantil de la costa —según escribe Troy S. Floyd— ya que “[...] sería mas bien una región para liviano cabotage de goletas, chalupas y canoas y no para bergantines o fragatas, apropiadas para las tácticas ortodoxas de las acciones navales”.<sup>2</sup>

Blauvelt, por su parte, navegó hacia el sur con el objeto de hacer contacto con los indios Ramas que vivían más allá de la laguna que servía de refugio a su barco. De los indígenas obtuvo Carey y zarzaparrilla, siendo la raíz de esta planta muy apreciada en los mercados de Europa para la cura de ciertas enfermedades. Abraham Blauvelt todavía vivía en Cabo Gracias a Dios en 1663.<sup>3</sup>

Eduard Conzemius, citando al pirata—escritor Esquemeling, sostiene que el primer barco que ancló frente a Cabo Gracias era francés, aunque no cita fecha. Los franceses, según la versión, fueron muy bien reci-

<sup>1</sup> James Parsons: *San Andrés and Providencia, English-Speaking Islands in the Western Caribbean*. University of California Publications in Geography. Vol. 12. Nº1, p.5. UC Press, Berkeley-Los Angeles, 1956.

<sup>2</sup> Ver Floyd. p. 19.

<sup>3</sup> El capitán Blewfield —escrito como Bleevelt por Esquemeling y Blewfields por Dampier— tenía un barco de tres cañones y 50 hombres, según C.H. Haring (*The Buccaneers in the West Indies in the XVII Century. Appendix I*). Otra localidad llamada Bluefields existe en Jamaica.

bidos por los nativos, que a cambio de chucherías obsequiaron a los huéspedes con productos de sus plantíos, pescados, carne de tortuga verde y manatí. Conociendo la destreza de los indígenas con el arpón y la eficiencia con que capturaban a las tortugas, los franceses los invitaron a sus barcos; con el tiempo les enseñaron su idioma y mantuvieron cordiales relaciones con todos ellos. Algunos entre los piratas se establecieron en el Cabo, tomaron mujeres indígenas y fueron aceptados por los naturales. Después, los ingleses los imitaron y disputaron su amistad con los indios, con los que lograron cimentar una alianza que duró más de dos siglos.

Cuando una embarcación de bucaneros zarpaba sin provisiones —comenta Conzemius— ponía proa hacia los sitios donde estaba la tortuga verde, o anclaba en una bahía litoral en busca de manatíes. Bastaban entonces dos indígenas, en una pequeña canoa, para capturar suficiente pescado, manatí o tortuga y avituallar un barco de cien hombres. Por tal habilidad eran los indígenas muy bien recibidos a bordo y cada barco procedente de Jamaica, o de las otras islas controladas por ingleses o franceses, no zarpaba del Cabo sin antes llevar un par de nativos en sus correrías.<sup>4</sup>

Debido a la influencia de traficantes y corsarios, especialmente ingleses, los indígenas desarrollaron una actitud hostil hacia los españoles, impidiéndoles conquistar y colonizar el vasto territorio oriental de Nicaragua. En la segunda mitad del siglo XVII y durante el siglo siguiente, lanzaron excursiones de pillaje y hostigamiento contra los pueblos fronterizos colonizados por los españoles o sus descendientes.

Antes de continuar con los viajes y descripciones por el litoral caribe en el siglo XVII, conviene presentar una visión general de la geografía y etnología de la región.

### La margen del Caribe

Nicaragua despliega frente al mar Caribe unos 500 kilómetros de costa, sin considerar los entrantes y salientes que forman lagunas y penínsulas. El litoral corre de norte a sur, casi perpendicular a los vientos que llegan del mar cargados de humedad. Estos, al traspasar la costa, se resuelven en copiosas lluvias que imprimen a la región su más destacada característica meteorológica.

La llanura inmediata es baja y cenagosa, sembrada de lagunas costeras de aguas superficiales o deltas pantanosos, apenas separados del

<sup>4</sup> Ver Conzemius. p. 185.



mar por angostas barreras arenosas. La atraviesan ríos anchos y serpenteantes que desembocan en el océano echando sus aguas sobre peligrosas barras. En todo el despliegue costero no existen promontorios, salvo la terraza de *Bragman's Bluff* en Puerto Cabezas y la península rocosa de Monkey Point. El resto es costa nivelada, en proceso de acrecentamiento por la gran cantidad de sedimentos que los ríos acarrearán al mar y que olas, vientos y corrientes rechazan nuevamente en dirección a la playa.

El piso submarino o plataforma continental descendiendo mar adentro con leve inclinación y en tiempos de calma no presenta oleaje ni permite a la marea desarrollar amplias fluctuaciones de nivel. Está sembrado de numerosos bancos sumergidos, formaciones arrecifales e islotes. Estos últimos son llamados localmente *Cays*, (del inglés *Keys*), mal traducidos al español como "Cayos"; no obstante sobresalir fuera de la superficie del mar en todo tiempo. Existen también dos islas importantes cerca de la costa: Little and Great Corn Islands, 70 kilómetros mar adentro. Más allá están San Andrés y Providencia, a unos 180 Kms del litoral, las cuales son geográficamente nicaragüenses, con antecedentes históricos ingleses, políticamente retenidas por Colombia.

El más extenso archipiélago frente a la costa de Nicaragua lo constituyen los actualmente nombrados "cayos Miskitos", en realidad 76 islotes situados entre 15 y 70 Kms al este de Puerto Cabezas. Siguen en importancia los "cayos de Perlas", (que no son ni lo uno, ni poseen lo otro), formados por 30 islotes que distan unos diez kilómetros de la laguna homónima. Entre ambos archipiélagos figuran otros "cayos" menores, como los llamados Askill, King, Tyara y Man O'War, a distancias que varían entre 15 y 25 kilómetros de la costa. Algunos de los "cayos" son simples islotes rocosos que apenas sobresalen de la superficie del mar, otros contienen suelo arenoso donde crecen palmeras, o bien barro que sirve de asidero a los manglares. Islotes de rocas basálticas también se encuentran frente a Monkey Point, utilizados como sitios de anidación masiva por las aves marinas. Los "cayos" son visitados con frecuencia por barcos camaroneros y por pescadores de tortugas verdes, reptiles que abundan en los bancos submarinos alimentándose de algas.

Las dos islas de Corn Islands, (Islas del Maíz), están separadas entre sí por 14 kilómetros. La mayor mide unos 5 Kms de máxima longitud. En su centro se eleva paulatinamente una colina de 96 metros de altura, que estaba densamente cultivada con cocoteros antes de ser asolada por el huracán de 1988. Formaciones arrecifales rodean ambas islas y en las aguas circundantes se cría la langosta en abundancia.

Un conjunto de lagunas costeras se extiende desde el cabo Camarón (Honduras) hasta Bluefields. Las más importantes son Iban, Brus, Caratasca, Cabo, Wani (Bismuna), Dákura, Páhara, Karatá, Wounta, Perlas y Bluefields. La cadena de lagunas, separadas del mar por angostas barreras arenosas, forma en este sector el rasgo más notable de la costa del Caribe. Las lagunas son más bien empozamientos de los ríos en las desembocaduras que acometidas del mar. Conformarían excelentes puertos si no fuera por su escaso fondo, los continuos sedimentos que en ellas se almacenan y las barras arenosas que obstaculizan sus entradas. Tales condiciones no parecen detener, sin embargo, a los Misquitos que en frágiles canoas o “*dories*”, provistas de vela, las recorren en busca de peces (y antiguamente de manatíes), o salen mar afuera hacia los bancos sumergidos para coger tortugas verdes con sus redes.

Tierra adentro, más allá de los amplios pantanos que rodean las lagunas y deltas, se extiende una amplia llanura remojada por frecuentes lluvias, cubierta en su mayor extensión de espesos bosques tropicales o pluviselvas. A uno y otro lado del curso inferior del río Coco, sin embargo, se abre la Sabana Misquita, que se dilata en el lado hondureño por 140 kilómetros tierra adentro, (desde Caratasca hasta Awasbila), y en Nicaragua unos 110 Kms, de Puerto Cabezas a Leimus. El suelo de la sabana es grava de cuarzo, donde crece el pino caribe (*Pinus caribea*) en forma tan esparcida que el área simula ser más bien un extenso parque natural. Varios ríos circulan por ella, ribeteados por un monte de hoja ancha en las vegas, albergando una rica fauna que encuentra amparo y alimento en el sotobosque.

Los aluviales junto a los ríos de la vertiente del Caribe, por otra parte, son los únicos suelos fértiles apropiados para cultivos de subsistencia, condición que no se presenta en medio de la sabana ni en el interior de la selva. Esta limitación en la margen del Caribe ha obligado a sus habitantes a buscar alimentos en el mar, en las lagunas costeras o junto a los ríos, dejando la selva como un gran reservorio de flora y fauna para suplir específicas necesidades, o para llevar una vida nómada, entre la caza y la pesca, a la manera de los Sumus.<sup>5</sup>

## Surgimiento de los Misquitos

Tres son las tribus reconocidas en la actualidad como autóctonas de la Costa Atlántica de Nicaragua: Misquitos, Sumus y Ramas. Las dos primeras parecen estar emparentadas en lengua y costumbres. Algunos

<sup>5</sup>Una descripción más detallada de la geografía de la Costa Atlántica de Nicaragua se encuentra en la tesis de Jeffrey Radley. (Ver Bibliografía del Capítulo I).

etnógrafos consideran que los Misquitos eran antiguamente parte de los Bawihkas, uno de los varios grupos de la gran nación Sumu, tal como lo sugieren las analogías y leyendas. A partir del siglo XVII fueron modificados en lo genético y en la lengua, diferenciándose paulatinamente como un grupo distinto, luego de su mezcla y contacto con europeos y especialmente con los esclavos africanos, de cuya unión con las indígenas resultaron los Zambos.

Los Sumus que vivían en las selvas del interior, aguas arriba de los primeros raudales, fueron menos afectados por esa mezcla y contacto. Tampoco lo fueron los Ramas, de costumbres endogámicas y reservadas que vivían retirados en las lluviosas selvas del sureste de Nicaragua. Esta tribu parece estar más emparentada, al menos lingüísticamente, con los Guatusos y los antiguos Botos del norte de Costa Rica, cuyos dialectos han sido clasificados como pertenecientes al tronco chibcha. El aislamiento geográfico, además de las costumbres cerradas, han hecho de los Ramas un grupo en proceso de extinción, sobreviviendo el pequeño remanente de la población en Rama Cay, (Ramaquí), islote en el extremo sur de la laguna de Bluefields que sufrió considerable daño durante el huracán del 22 de octubre de 1988.<sup>6</sup>

Casi nada se sabe sobre la ubicación y costumbres de los Misquitos antes del contacto con los corsarios. Colón encontró un grupo de caníbales viviendo en las lagunas costeras de Honduras a los que bautizó como Orejones. El fraile Cristóbal Martínez —según se refirió en el capítulo precedente— trató de catequizar a los Guabas, gente que vivía entre Caratasca y Cabo Gracias a Dios alrededor de 1622, afirmando que eran mestizos por haberse mezclado unas décadas antes con un grupo de españoles naufragos. Sin embargo, no se conocen otras evidencias que permitan correlacionarlos con los habitantes de ese sector que pocos años después entraron en relación con traficantes y corsarios franceses e ingleses.

Una leyenda de los Sumus habla de su origen común con los Misquitos, a partir de un lugar situado en el río Patuka, según la recogió Conzemius. Otro relato hace memoria de una gran migración emprendida por ambos pueblos en el siglo X d.C., cuando fueron arrojados supuestamente de la región del Pacífico, hacia Chontales primero y a la vertiente caribe después. Una tercera historia menciona a un grupo familiar que emigró de la costa norte de Honduras a Sitawala, (laguna del Cabo Gracias), donde se estableció y luego dispersó aguas arriba del Wanks (río Coco) y por la costa hasta Sanibey (Sandy Bay).

---

<sup>6</sup> Ver Capítulo anterior.

Enigmática es también la denominación de “Mosquitos” (*Miskitos*, en inglés), aplicada originalmente a la tribu en documentos coloniales. Según la tercera historia arriba mencionada, el nombre procede de Mis-kut, patriarca legendario que condujo el éxodo del pueblo hasta el cabo Gracias. Por otra parte, difícil es aceptar el vocablo como derivado de *Dis-kitwrás-nani*, “los que no pueden ser desalojados” con que, de acuerdo al segundo relato, se autollamaron los Misquitos una vez que alcanzaron la costa del Caribe.<sup>7</sup>

En los documentos coloniales españoles del siglo XVIII se les menciona como Los Mosquitos, habitantes de la Costa de los Mosquitos, o simplemente Moscos. El corsario o traficante que se conoce únicamente por las siglas M.W. atribuye tal nombre a los piratas franceses. En su relato testimonial, publicado en 1699, menciona que cuando algunos de los bucaneros intentaron establecerse al sur del cabo Gracias, junto a la laguna de Wana (Waní), no lo pudieron hacer a causa de los insufribles mosquitos que infestaban los pantanos de los alrededores, llamando a esa sección litoral Costa de los Mosquitos desde entonces.

En los diarios inéditos de los capitanes piratas Butler (1639) y Jackson (1642) se citan Los Mosquitos como islas frente al cabo Gracias, visitadas por los colonos ingleses de Providencia para obtener tortugas.<sup>8</sup> El término como referido a los indígenas que vivían junto al cabo al tiempo de los primeros contactos con los europeos, sin embargo, no fue conocido en Europa sino hasta 1697, cuando el pirata–escritor William Dampier, (que había visitado el lugar 18 años antes), publicó en Londres el interesante libro donde refiere sus aventuras por esas costas.

Quizás los españoles del vecino puerto de Trujillo fueron los primeros europeos que en verdad entraron en contacto con los indígenas, según parece sugerirlo M.W., los que pagaron con su vida la intromisión. Este autor señala que alrededor de 1640 los indígenas habían dado muerte a cincuenta españoles y varios frailes que se habían fincado cerca de cabo Gracias a Dios. La hostilidad aumentó cuando los Misquitos asaltaron ciertas plantaciones de los españoles, robándoles los sirvientes para ofrecerlos como esclavos a los comerciantes de Jamaica, suceso que debió haber acontecido en la segunda mitad del siglo XVII. M.W. afirma que alrededor de 1675 los indígenas acompañaron a 150 bucaneros aguas arriba del Wanks (río Coco), para sorprender y asaltar el pueblo de Nueva Segovia, entonces Ciudad Antigua. Desde ese tiempo los ingle-

<sup>7</sup> Ver Jaime Incer: *Toponimias Indígenas de Nicaragua*. p. 33–34.

<sup>8</sup> Copia de los diarios de Butler y Jackson están reproducidos en la Colección de Manuscritos, The Library of Congress, Washington. D.C.

ses tuvieron en los Misquitos sus mejores aliados en contra de los españoles.

Es posible que la población llamada *Moskito* a principios del siglo XVII estuviese compuesta por unos cuantos centenares de habitantes antes del contacto inicial con los corsarios. Esquemeling, quien llegó al cabo Gracias en 1671, la estimaba entre 1500 y 1700, no obstante que Dampier señala que no pasaban de un centenar, (posiblemente contando solamente los que habitaban el poblado), cuando estuvo ahí ocho años después. Mezclados con los negros africanos la población se transformó y multiplicó rápidamente en los dos siglos siguientes.

### Aparecen los Zambos

La presencia de esclavos negros en la Costa de los Mosquitos se remonta posiblemente a los años que siguieron al primer contacto de los indígenas con los colonos puritanos de Providencia. En efecto, los negros fueron introducidos en esa isla en 1633, llevados para cortar madera. Cuatro años después igualaban en número a los blancos de Providencia, según Parsons; eran obtenidos en piratería contra los barcos españoles, o comprados a los corsarios holandeses.

En tiempos del capitán Camock el comercio con los indígenas se concentraba en la obtención de la fibra de una especie de pita o cabuya, (llamada *Silk Grass* por los ingleses), la extracción de zarzaparrilla, caña fistula, cera de abejas y la explotación del árbol de tinte.<sup>9</sup> El corte de la madera estaba a cargo de los negros, pues los indígenas rehuían otro trabajo que no fuera de cacería o pesca. El negocio del árbol de tinte se extendió principalmente por las islas de la Bahía (Honduras), hasta Belice, donde en 1638 laboraban unos 600 puritanos, 200 indígenas y 100 esclavos negros.<sup>10</sup>

En dicha época se inició el control inglés en la última costa mencionada, después conocida como British Honduras.

La verdadera integración de los Misquitos con los africanos tuvo lugar, sin embargo, a partir de 1642 cuando un barco portugués procedente de Guinea, (o de Zambia, según ciertos autores), fue amotinado por los

<sup>9</sup> *Silk Grass* es una bromelia del género *Aechmea*, que dio nombre a un islote vecino a Monkey Point. La zarzaparrilla (*Smilax*), Caña fistula (*Cassia fistula*) y el árbol de tinte (*Haematoxylon*) son comunes en la Costa Atlántica.

<sup>10</sup> Ver Parsons, citado en nota 1.

esclavos negros que traía.<sup>11</sup> La nave a la deriva terminó por encallar en una isla llamada *Moskito*, en la desembocadura del río Coco, donde los amotinados fueron capturados por los indígenas.<sup>12</sup>

Algunos entre los náufragos hicieron resistencia y escaparon a la selva. Los que se sometieron no tardaron en juntarse con mujeres indígenas, con las que procrearon la nueva raza de los Zambos, que se multiplicó rápidamente. La versión es confirmada por el testimonio de algunos piratas. Algo diferente es la historia que desde Granada ofreciera, en 1711, el obispo de Nicaragua Benito Garret y Arloví:

“En el año de mil seiscientos y cuarenta y uno se perdió un navío cargado de negros en la costa del mar del Norte... Recogióse la tercera parte de los negros y los demás se retiraron y guarnecieron entre las malezas de aquellas montañas, ocupadas de indios caribes, que celosos y recelosos de aquellos nuevos huéspedes les movieron guerra y por algunos años la tuvieron entre sí muy cruda; vencieron los negros con el tiempo a los caribes, retirándose éstos la montaña adentro, hacia las tierras de la Segovia y Chontales... Con las mujeres de los vencidos se fueron multiplicando los vencedores; y porque ya murieron aquellos primeros huéspedes se llaman hoy sus descendientes zambos por ser hijos de negros y de indias. Esta relación misma hace un negro llamado Juan Ramón que vive hoy en esta ciudad, cuya edad crecida se compadece bien con la memoria que afirma tener de esto mismo que narra”.<sup>13</sup>

Para correlacionar ambas versiones habrá que asumir que tanto los negros capturados por los nativos que vivían en la desembocadura del río Coco, como aquellos que se internaron selva adentro combatiendo a los “caribes” (posiblemente Sumus–Bawihkas), lograron conquistar a las indígenas para dar origen con ellas a la primera generación de Zambos. Los africanos prefirieron luego habitar junto a la costa, en lugar de radicarse en el interior selvático, salvo algunos que como Juan Ramón lograron establecerse entre los españoles.

Cuando los corsarios del siglo XVII describían a los Misquitos se referían indudablemente a los indígenas puros. Con el paso de las generaciones, cuando los rasgos africanos comenzaron a manifestarse con mayor fenotipo, el término Misquito cubría no solamente a los indios sino también a sus descendientes Zambos, criados por madres misquitas como Misquitos. Los documentos coloniales españoles del siglo XVIII y

<sup>11</sup> Conzemius (p. 50–51) ofrece varias versiones sobre el origen y destino del barco que llevó accidentalmente a los africanos a la Costa Mosquitia.

<sup>12</sup> En una nota al margen de la carta que el obispo de Nicaragua Garret y Arloví dirigiera al rey de España en 1711, se da a entender que la isla de los Mosquitos estaba en la desembocadura del río Coco: “[...] y aquel parage con la nominación de Isla de Mosquitos, no porque sea propiamente Isla de mar, sino porque para penetrar aquellos parages es necesario de envarcaciones cortas para atravesar los ríos y lagunas que intermedian entrar y salir a la costa del Mar del Norte a unos peñascos que hacen isleta”. (*Colección de Documentos Referentes a la Historia Colonial de Nicaragua*. Managua, 1921).

<sup>13</sup> Manuel M. Peralta: *Costa Rica y la Costa de los Mosquitos*. París, 1898. p. 57–58.

principios del XIX mencionan con frecuencia a los “Zambos–Mosquitos” como si se tratase de una sola nación.

Es casualmente con la infusión de la sangre africana que los Misquitos surgen como un pueblo distinto y aunque conservaron muchas de las antiguas costumbres que compartían con sus parientes los Sumus, llegaron con el tiempo a dominarlos y esclavizarlos, gracias a las armas de fuego que consiguieron de sus aliados ingleses. Aquellos amigables y escasos nativos que los corsarios encontraron viviendo primitiva y precariamente en cabo Gracias a Dios se tornaron, en los siguientes siglos, en una nación agresiva y expansionista, a la que tuvieron que sufrir tanto las tribus vecinas como los colonos españoles. Sus líderes, los reyes moscos, cambiaron el *mishla*, (aguardiente nativo), por el ron de Jamaica y en sus delirios alcohólicos aterrorizaron las costas de Honduras, Nicaragua, Costa Rica y Panamá con la complicidad de los ingleses.

### Los piratas–cronistas entre los Misquitos

Las referencias etnográficas sobre los habitantes de la costa caribe de Nicaragua en la segunda mitad del siglo XVII se deben principalmente a Esquemeling, Dampier y al incógnito M.W. Fueron sus observaciones y escritos los que llevaron el primer conocimiento de los habitantes de la Costa Mosquitia a los lectores europeos. Aparentemente estos cronistas gozaron durante su visita del apoyo y confianza de los indios con quienes traficaron, embarcando algunos de ellos y llevándolos en sus correrías.

El pirata John Esquemeling, de origen holandés, es conocido por su clásica obra *De Americaensche Zee–Rovers*, (*Los Piratas de América*), publicada en Amsterdam en 1678, de la cual resultaron varias ediciones en otros idiomas en el mismo año de la publicación, tal fue su éxito. Esquemeling narra su visita al cabo Gracias a Dios en 1671. También se refiere al tránsito que hiciera por las costas de América Central en aquellos años el temible corsario francés apodado “El Olonés”. Describe además el primer asalto que sufrió Granada en 1655 por el pirata Davis, acción que terminó con un siglo de prosperidad y solaz de la población, iniciando otro de sobresalto e inseguridad para los colonos de aquél, hasta entonces, inadvertido puerto.

William Dampier visitó Cabo Gracias a Dios en 1667. En su famosa obra *A New Voyage Round the World*, (*Nuevo Viaje Alrededor del Mundo*), ofrece información más detallada sobre las costumbres y habilidades de los Misquitos; también se refiere a una visita que hiciera a Corn

Island y a la laguna de Bluefields y cuenta la curiosa historia de un Misquito abandonado en la solitaria isla de Juan Fernández, frente a la costa de Chile. Finalmente menciona el asalto que llevaron a cabo los piratas ingleses en León y El Realejo en 1685, acciones en las cuales Dampier tuvo amplia participación y beneficio.

La más rica relación etnográfica de las postrimerías del siglo XVII se debe sin embargo, a la pluma de M.W., cuyas misteriosas iniciales rubrican el interesante relato que tituló: *The Mosquito Indian and his Golden River*, (*El Indio Mosquito y su Río de Oro*). Este autor recorrió la Costa Mosquitia y se internó aguas arriba del río Coco, hasta llegar a los primeros raudales, ofreciendo un testimonio vivencial de las incipientes villas misquitas y del trato con los indígenas durante el tiempo que estuvo con ellos. Su narración es más rica y posiblemente confiable que las de Esquemeling y Dampier, observadores de paso por aquella costa.

A diferencia de los dos autores anteriores, embarcados en actividades de piratería, M.W. parece haber sido un aventurero de otra calaña, quizá un traficante jamaquino que hizo prospecciones en el río Coco tratando de coleccionar unas curiosas lentejuelas doradas que la corriente arrastraba —pensando que eran partículas de oro— tema sobre el cual insiste en varias partes de su interesante relación. Para el tiempo de su vista a Cabo Gracias, en 1699, la piratería había sido proscrita por las autoridades inglesas de Jamaica, una razón más para pensar que el autor ocultó bajo las iniciales del nombre su verdadera identidad como antiguo pirata.

Otro pirata—escritor que estuvo un corto tiempo viviendo entre los Misquitos fue el bucanero parisino Raveneau de Lussan, cuyas aventuras se desarrollaron principalmente en la costa del Pacífico. En 1688 cruzó de un mar a otro, con su pandilla de forajidos, infundiendo temor en los pueblos de Cholulteca y Segovia por donde pasó. Luego bajó por el río Coco hasta Cabo Gracias a Dios. Su historia, sin embargo, se reserva para el siguiente capítulo.

### Un terrible pirata llamado El Olonés

Jean David Nau, un pirata francés apodado Francois L'Olonnais (*El Olonés*) era quizá el más temido entre los bucaneros por su sangre fría y trato despiadado con aquellos que caían en sus garras. Era tal su perversidad que otro pirata de su tiempo —Esquemeling— afirmaba que los españoles preferían morir peleando en alta mar, o ser hundidos con to-



do y barco, antes que caer en sus manos.<sup>14</sup> El historiador norteamericano Hubert H. Bancroft lo menciona como “[...] uno de éstos cuya natural ferocidad nos impide clasificarlo como de la raza humana”.<sup>15</sup>

El odio jurado que El Olonés sentía por los españoles, de los cuales parece fue esclavo en un tiempo, trascendía en su terrible imprecación: “Mato a Dios, los españoles me las pagarán”. En cierta ocasión, habiendo naufragado su barco en la costa de Campeche, la tripulación fue sorprendida por los españoles y casi exterminada por completo. El Olonés escapó mal herido, después de haberse confundido con los muertos y embadurnado con la sangre de los caídos, haciéndose pasar por una de las víctimas de la masacre. En una segunda expedición a la costa de Cuba logró capturar un barco con 10 cañones y noventa españoles, que habían sido enviados en su persecución, a los que mandó a decapitar uno tras otro sin miramientos.

En 1666 asaltó Maracaibo al mando de 650 bucaneros. Como los habitantes del puerto escapaban, tomó ciertos prisioneros y los hizo picadillo con su sable para obligar al resto de los cautivos a confesar donde estaban escondidos los tesoros de la ciudad. A continuación se dirigió al vecino pueblo de Gibraltar donde mató a 500 españoles que salieron a su encuentro e hizo prisioneros a otros tantos, entre mujeres y niños, dejándolos morir de hambre. Luego de haber prendido fuego al poblado, amenazó hacer lo mismo con Maracaibo exigiendo una elevada suma por su rescate.

La siguiente excursión la llevó a cabo en 1668 poniendo proa hacia Nicaragua, con la esperanza de asaltar Granada y León, que prometían ser un blanco tentador para sus rapiñas. A la altura del cabo Gracias a Dios, sin embargo, una tormenta empujó los barcos hacia la costa norte de Honduras. Imposibilitado para recobrar el derrotero y acicateados por el hambre El Olonés y sus bandidos se dedicaron a saltar a los indígenas del río Jagua (Aguán) y luego, dirigiéndose a Puerto Caballos, lo capturaron, saquearon y quemaron. El implacable pirata mandó descuartizar y arrancar la lengua a muchos prisioneros para forzarles confesiones. Luego pasó con 300 hombres a pie hasta San Pedro (de Sula). En el camino fue emboscado por los españoles, pero habiéndolos derrotado tomó varios prisioneros para interrogarlos acerca de otro camino que con mayor seguridad lo condujese al pueblo:

“Habiendo preguntado a todos y averiguado que no podían mostrale otro camino, El Olonés montó en cólera; sacó su cutacha y con ella abrió el pecho de uno de esos pobres es-

<sup>14</sup> Esquemeling lo menciona con el nombre de Francois L'Ollonais y es quien refiere las aventuras de este pirata.

<sup>15</sup> Ver Bancroft. Vol II. p. 456.

pañoles, y arrancándole el corazón con sus sacrílegas manos comenzó a morderlo y masticarlo con sus dientes diciendo al resto que también se los comería si no le indicaban otro camino".<sup>18</sup>

Después de haber escapado ileso de varias emboscadas, donde los piratas pelearon con tanta agresividad como para sembrar espanto entre los españoles, éstos pidieron la paz y ofrecieron rendir la ciudad si les daban un par de horas de ventaja. En el ínterin, los sitiados lograron evacuar sus más preciosas pertenencias. El Olonés entró a San Pedro y en venganza la puso en llamas.

En las siguientes semanas los piratas anduvieron merodeando la costa de Belice y Yucatán en busca de comida. Después de atacar un barco español que iba rumbo a Guatemala, sin haber obtenido el rescate que esperaban, parte de la ya famélica tripulación se amotinó. Tomó ciertos barcos desertando a su capitán y marchó hacia Veragua donde continuó con sus desmanes. El Olonés por su parte, con una embarcación maltrecha, se dirigió al cabo Gracias a Dios. En unas islas llamadas Las Perlas, que quedaban enfrente, zozobró. El pirata decidió dismantelar el barco y construir con sus restos una embarcación más pequeña para salir del lugar. Estando ahí encontraron unos indios salvajes que jamás se habían relacionado con los europeos, y según la versión de Esquemeling:

"Son altos y ligeros en el correr como los caballos. Agiles y resistentes para bucear, les ví sacar del fondo del mar un ancla de 600 libras con un mecate apoyado en una roca. No poseen armas más que las fabricadas de madera, sin punta de hierro, salvo las que llevan un diente de lagarto en el extremo. A diferencia de otros indios, no usan arcos ni flechas, siendo el arma común un tipo de lanzas de braza y media de largo. En estas islas existen muchos plantíos rodeados de bosques, donde colectan gran abundancia de frutas, tales como bananos, plátanos, piñas y muchas otras de las que permite el suelo. En estas plantaciones no hay casas habitadas como en otras partes de las Indias."

Esquemeling describe a los indígenas de esas islas como caníbales. Dos de los acompañantes de El Olonés se perdieron en el bosque donde fueron sorprendidos por los indios; uno de ellos escapó, pero el otro que era español cayó en manos de los salvajes. Una partida de piratas que fue después en su rescate sólo encontró los huesos sofamados del infortunado, así como una de las manos a la que le faltaban tres dedos. Los piratas siguieron en persecución de los indios, logrando capturar algunos hombres y mujeres, que fueron llevados al barco donde con obsequios se trató de ganar su confianza. Como los indios permanecieron mudos y atónitos, optaron los piratas por soltarlos. Después comprobaron que los salvajes habían desertado la isla, pues no volvieron a ver a ninguno en los alrededores.

<sup>18</sup> Esta cita y la siguiente fueron traducidas por el autor de la versión inglesa *The Buccaneers of America*. p. 103 y 113-114. (Ver Esquemeling en la Bibliografía del Capítulo).

Dicho sea a propósito de esta narración que aunque en ella se habla de unas islas vecinas al cabo Gracias a Dios, es dudoso que tales hayan sido los "cayos" Miskitos, o los que hoy llaman Perlas, donde las condiciones para cultivar son inexistentes, al igual que los bosques donde se escondieron los indios según el relato. Posiblemente el lugar del naufragio de El Olonés fue Corn Island donde las situaciones descritas eran posibles. Confirma tal sospecha la latitud estimada por Dampier para "las islas de Perlas", la cual coincide con la gran Corn Island. Este pirata-cronista también encontró indios salvajes habitando en ella, cuando desembarcó quince años después de la visita del bucanero francés.

Varias semanas pasaron El Olonés y sus piratas en la isla, sustentándose con frijoles que sembraron y algunas otras provisiones. Una vez terminada la lancha, cuya capacidad no fue suficiente para acomodar a toda la tripulación náufraga, el capitán decidió ir en busca de canoas al "río de Nicaragua" (*San Juan*), guiado por un indio de Campeche que conocía la entrada del río. Con la ayuda de las canoas, que esperaba capturar a la guarnición española acantonada en la desembocadura, El Olonés contaba para acomodar al resto de su tripulación. Embarcó con la mitad de los piratas rumbo a la boca del río, con tan mala suerte que los españoles le dieron batalla matando a casi todos sus compañeros.

El Olonés escapó, una vez más, con los maltrechos sobrevivientes y continuó costa abajo en busca de comida y de mejor suerte hasta alcanzar Veragua, donde habitaban unos indios salvajes temidos como "bravos".<sup>17</sup> Para entonces su declinante estrella ya estaba opacada. El capitán y casi toda la tripulación que le quedaba cayeron en manos de los salvajes, que los descuartizaron, echando brazos y piernas al fuego para comérselos. Tal fue el fin de aquel desalmado pirata, acaecida en septiembre de 1668. Al respecto del suceso comentaba Esquemeling lo siguiente: "Así acabó la vida y tuvo miserable muerte aquel diabólico villano, El Olonés, quien por sus grandes crímenes execrables, llenos de horror, y también responsable de tanta sangre inocente, fue muerto por crueles manos carniceras, tales como fueron las suyas en el devenir de su vida".<sup>18</sup>

En cuanto al resto de los piratas que quedó en las islas de Perlas, fue rescatado por un barco corsario que aconteció pasar por ahí. Juntos y reforzados decidieron remontar el río Wanks con la posible intención de atacar algún pueblo del interior de Nicaragua, pero no llevando provisio-

---

<sup>17</sup> Aunque Esquemeling ubica a los indios "bravos" en la costa del Darién, éstos habitaban realmente más al oeste, en las de Veragua, junto a la bahía de Bocas del Toro, tal como lo menciona Dampier. Este corsario los consideraba como bárbaros, enemigos de los españoles y responsables de la muerte de algunos piratas. (Ver Dampier. p. 35, mencionado en la Bibliografía).

<sup>18</sup> Ver Esquemeling; p. 116 de la edición inglesa citada en la Bibliografía.

nes, ni encontrando alimento por el río y montes vecinos —ya que los indígenas (Sumus) huyeron al verlos aproximar— padecieron de excesivas hambres y fatigas. Murieron algunos de ellos, otros sobrevivieron alimentándose con la suela de los zapatos o la vaina de los sables, deseando en todo momento —según comentario de Esquemeling— capturar algún indio para comerlo asado. Al final, los sobrevivientes abandonaron la empresa y regresaron al cabo Gracias a Dios donde encontraron socorro entre sus amigos Misquitos.

### La visita del pirata-barbero

John Esquemeling había servido bajo las órdenes del famoso corsario Henry Morgan como médico-barbero de la expedición comandada por éste para capturar Panamá. Una vez asaltada la ciudad, a principios de 1671, los bucaneros procedieron a repartirse el rico botín obtenido en aquella excursión de rapiña. Desde luego, Morgan y sus más allegados compinches se quedaron con lo máspreciado de la jugosa operación y, ante la protesta de los menos favorecidos en el repartimiento, optaron por escapar a hurtadillas llevándose los mejores barcos de la flota corsaria.

El resto de los piratas que quedaron en la boca del río Chagres tomó cada quien su rumbo, yendo Esquemeling con su grupo por la costa al oeste, hacia Bocas del Toro. Por un tiempo vagaron por el litoral en busca de comida, alimentándose con huevos de lagarto, carne de manatí y de tortuga, sin atreverse a internar en el bosque por temor de los indios “bravos”. Luego se dirigieron a la laguna de Bluefields con el objeto de carenar el barco, considerado el lugar como el refugio más seguro por toda la costa. Mientras reparaban la embarcación, algunos piratas se metieron en la selva en busca de comida, cazando puerco-espines de gran tamaño, monos y un ave parecida al faisán, (indudablemente pavones, *Crax rubra*). En este lugar llamó la atención de Esquemeling el instinto maternal de las monas que cargaban a sus críos en la espalda, “[...] al igual que lo hacen las negras”. Sobre el curioso comportamiento de los simios el pirata-escritor menciona lo siguiente:

“Cuando una persona pasa debajo de los árboles donde están los monos, éstos evadían el vientre y hacen llover sus excrementos sobre la cabeza y ropas del intruso. Si uno de los monos resulta herido de un disparo, los otros de su compañía acuden a auxiliarlo y poniendo la mano sobre la herida procuran detener la hemorragia. Otros toman musgos que crecen en los árboles para aplicarlos en la parte afectada, o bien mascan hierbas para usarlas como cataplasmas. Todo esto me causaba admiración, al observar tan extrañas acciones en esas criaturas irracionales, que sirven para testimoniar la fidelidad y el amor que sienten unos monos por otros”.<sup>18</sup>

<sup>18</sup> Esta y la siguiente cita son tomadas de Esquemeling, p. 230 y 233.

Mientras los corsarios estaban carenando el barco, algunas de las esclavas que se dedicaban a lavar ropa advirtieron la presencia de una tropa de indios salvajes. A sus gritos acudieron los piratas, armas en mano, encontrando a dos mujeres atravesadas por flechas. Las varas eran largas, gruesas como el dedo pulgar, tostadas al fuego y pulidas con pederal. Las puntas eran un gancho de madera; en el otro extremo portaban una cajita llena de guijarros que mantenía la dirección de la flecha; venían aquellos piedritas envueltas en hojas para que no sonaran durante la fugaz y silenciosa trayectoria en el aire.

No cabe duda que los indígenas que entonces vivían en las márgenes de la laguna de Bluefields eran Kukras, otro de los grupos sumus. Según Esquemeling era gente robusta, fuerte y veloz a la carrera. Escaparon tan fugazmente entre la enmarañada selva que los piratas no pudieron darles alcance, no quedando traza de ellos ni de sus canoas, que por lo general usaban para movilizarse por los ríos.

Temiendo el regreso de los indios, los piratas optaron por levar ancla y abandonaron la laguna.

### **Costumbres ancestrales de los Misquitos**

Pusieron los corsarios proa al cabo Gracias a Dios, donde fueron bien recibidos por los Misquitos:

“Cuando un pirata arriba allí, puede comprar a una indígena por el precio de un hacha o un cuchillo. La mujer queda con el pirata durante el tiempo que éste permanece en el lugar, sirviéndole y alimentándole, mientras él hace lo que le place, cazando, pescando o divirtiéndose, pero sin ofender a sus anfitriones... Siendo hábiles en el tiro de la jabalina, los indios resultan de mucha utilidad para suplir los barcos piratas cuando pescan tortugas y manitas (manatés), como los llaman los Españoles. Basta uno solo de estos indios para avituallar un barco de cien personas”.

Fue Esquemeling el primero en describir las costumbres de los Misquitos que vivían en el cabo Gracias a Dios. Los indígenas se gobernaban en comunidad, sin obedecer a un específico soberano, hasta que los ingleses les escogieron un “rey” para dar mayor representatividad al Protectorado que sobre ellos ejercieron después.

Contrariamente a lo sostenido por varios historiadores, Esquemeling refiere que los Misquitos utilizaban a los africanos como esclavos, (de aquellos que naufragaron en la costa unos 30 años atrás), lo cual les permitía llevar una vida de ocio. Se vestían con un sencillo pañalete fabricado de algodón, o de corteza de tuno, para ocultar las partes pudendas.

La única arma que utilizaban era una lanza con un colmillo de lagarto, posteriormente reemplazado por una hojuela de hierro engastada en la punta.

Los alimentos principales consistían en bananos, plátanos, piñas, yuca y batata, según el pirata-cronista, además de cangrejos y pescados que los indígenas “flechaban” en el mar.<sup>20</sup>

Los indígenas eran expertos en la preparación de cierta bebidas nutritivas, como la llamada *achioc*, elaborada con la semilla de una palma, majada y macerada en agua caliente. También preparaban otro brebaje con plátanos majados en agua, (a la manera del *guabul*), dejándolos fermentar en una calabaza por ocho días hasta producir una especie de vino. Este licor era muy apetecido y se ofrecía como bebida principal en las fiestas y convites.<sup>21</sup>

Describe también el mismo autor una de esas fiestas. Su desarrollo debió haber sido muy de los orígenes de la cultura misquita, pues los viajeros posteriores no se refieren a ella sino en su forma modificada. El anfitrión peina esmeradamente sus cabellos y se embija la cara. Sale a recibir a los invitados, acostándose frente a ellos, para ser levantado por éstos y conducido a la casa del festín, en cuya puerta los convidados se prostran; corresponde esta vez al dueño de la fiesta erguirlos y conducirlos al interior de la casa.

La fiesta que presenció Esquemeling parecía de carácter matrimonial. Entre cantos y bailes los invitados apuran la bebida embriagante; se producen lances de amor y caricias, clavándose algunos varones el miembro viril con dardos para impresionar a las hembras. Las jóvenes no podían casarse sin el consentimiento del padre. El pretendiente debía antes demostrar que era capaz de atender a las necesidades del futuro hogar, mediante el diestro manejo de los aparejos de caza y pesca. El matrimonio quedaba consumado cuando la pareja bebía de aquel brebaje ante la presencia de los padres de la novia. Otra versión un tanto diferente sobre los compromisos matrimoniales fue ofrecida por el incógnito escritor M.W. cuando estuvo en el mismo lugar treinta años después de la visita de Esquemeling.

Al morir un Misquito, según versión del pirata-barbero, es enterrado con sus armas y atavíos. La viuda deposita comida y bebida sobre la

<sup>20</sup> Los Sumus hasta el presente acostumbran pescar en los ríos con arco y flecha, mostrando tan buena puntería como los Misquitos cuando aseguran a las tortugas marinas con el arpón.

<sup>21</sup> Conzemius describe con detalle los diversos géneros de comidas y bebidas preparadas por los Misquitos. También se refiere con amplitud a sus costumbres sociales y ceremonias, citando algunas de las observadas inicialmente por los piratas.

tumba durante un año entero, que comprende 15 lunas. Al llegar el término del duelo, la mujer exhuma los restos del marido, raspando, lavando y poniendo a secar los huesos. Luego los guarda en una mochila, que lleva a todas partes durante el día y usa como almohada por la noche, hasta que transcurre otro año. Entonces cuelga el envoltorio en el horcón de su casa. Le es permitido volver a casarse una vez transcurridos y observados los dos años de duelo. La mujer que se casa con pirata queda obligada a servirlo como si el hombre fuese de la propia tribu. Los negros que vivían entre los indígenas, sin embargo, continuaron con las costumbres de su país de origen.

Aunque los Misquitos sabían que hay un Dios, no lo veneraban; vivían sin religión. Tampoco rendían culto al demonio, al que fingían desconocer.<sup>22</sup>

Manifestaban preocupación por las fuerzas incontenibles de la naturaleza y los espíritus de las montañas. La creencias y prácticas religiosas, si así pueden calificarse los ritos funerarios primitivos, no fueron cambiados sino hasta la segunda mitad del siglo XIX con el advenimiento de los misioneros cristianos. Los actuales hechiceros misquitos o *sukias*, sin embargo, siguen gozando de gran estimación entre los habitantes de la tribu. Eduard Conzemius —quien observó y resumió en forma compendiada las costumbres misquitas antes de 1920— encontró muchas similitudes con aquellas practicadas por los Sumus. Estos últimos, sin embargo, carecen de las expresiones que desde mediados del siglo XVII imprimieron los africanos a la cultura original misquita.

Los indígenas solían acompañar gustosamente a los piratas en sus correrías, yéndose con ellos a lejanas tierras y por varios años. De esos contactos resultó que varios indígenas aprendieron el inglés o el francés, y algunos piratas la lengua nativa del cabo Gracias a Dios.

Como dato curioso, Esquemeling afirma en su narración que los habitantes del cabo vivían en una isla de 30 leguas de circunferencia. Obviamente no se refería a la pequeña isla arenosa ubicada en medio de las dos bocas del río Coco en su salida al mar, sino probablemente a todo el sector comprendido entre el cabo Gracias, la barra de Sandy Bay y la tierra adentro, limitada por el río Coco al norte y el Ulang al sur. La “isla de los Moskitos” correspondía en su sentido más amplio al extenso delta del río, incluyendo los pantanos aledaños.

---

<sup>22</sup> Dampier y el pirata que se firmaba M.W., afirman por el contrario que los *sukias* o hechiceros solían invocar al diablo en sus artilugios.

Esquemeling y el resto de los piratas partieron luego hacia la isla de los Pinos (*Roatán*), no sin antes haber capturado con la ayuda de los indios algunos manatíes, cuya carne salada “[...] fue suficiente para saciar nuestra hambre y para suplir a nuestro barco en su navegación”.<sup>23</sup>

### William Dampier, el corsario–naturalista

Cuando Dampier visitó Cabo Gracias a Dios en 1679 tenía 27 años de edad, una aceptable educación y gran curiosidad por conocer el mundo. Su experiencia en el continente americano había sido como cortador de madera de tinte en la costa de Campeche y su viaje comercial al Cabo, según parece, no le produjeron las ganancias que esperaba. Así que, de regreso en Jamaica, se enganchó en una expedición que los capitanes piratas Coxon, Sawkins y Sharp estaban organizando, durante la cual satisfizo su espíritu aventurero, su curiosidad científica y obtuvo además algunos beneficios tangibles que tales correrías entonces prometían.<sup>24</sup>

En aquellos días la piratería era parte de la política de Inglaterra en el Caribe con el objeto de hostigar y retar al poder español en las aguas de sus posesiones. Participar en sus actos no sólo era un deber para los ingleses, sino una oportunidad para alcanzar fama y fortuna. Algunos piratas como Drake y Morgan obtuvieron títulos nobiliarios, otorgados por la corona inglesa en premio de sus hazañas. Cuando Inglaterra rectificó su política, proscribiendo la piratería a finales del siglo XVII, muchos latrocinios habían sido cometidos por sus súbditos y otros enemigos de España. Aunque los corsarios se esfumaron de la escena poco después, los asaltos y vandalismos continuaron afectando a las poblaciones del interior de la América Central en el siglo siguiente; esta vez con la interposita mano de colonos y traficantes ingleses que vivían en la Mosquitia y se valían de los aliados indígenas para justificar sus fechorías.

En nueve barcos los 477 hombres salieron de Jamaica para atacar Portobelo, en el istmo de Panamá. Cumplida la misión con éxito, una parte de los bucaneros apoyados por los indios del Darién cruzaron a pie el istmo. Una vez en las aguas del Pacífico dieron captura a varios barcos españoles con los cuales prosiguieron en sus aventuras. Luego de ciertas disensiones partió Dampier con sus compañeros hacia las costas de Suramérica, asaltando a su paso las ciudades de Guayaquil, Arica y La Se-

<sup>23</sup> Ver Esquemeling, p. 238.

<sup>24</sup> Esta famosa expedición donde tomaron parte varios capitanes piratas está ricamente documentada por autores–testigos como Dampier y Basil Ringose, cuya narrativa Esquemeling incorporó en su libro. Interesante información sobre la piratería en ambas costas del istmo la ofrece Hubert H. Bancroft en su *History of Central America*. Vol.II.



rena, hasta llegar a la isla de Juan Fernández, frente a la costa de Chile.

Nuevas diferencias se presentaron entre los capitanes y tripulación, surgidas sobre discusiones del rumbo mejor a seguir. No existiendo contrato formal entre los unos y los otros, los piratas se juntaban y separaban voluntariamente según su propio parecer y conveniencia. Dampier regresó con algunos compañeros a Panamá, volvió a cruzar el istmo y de nuevo en aguas del Caribe visitó Corn Island y la laguna de Bluefields. Enfiló después hacia Virginia, donde descansó y disfrutó de su botín luego de tres años de continuas aventuras en ambos mares.

En una segunda expedición, organizada en 1683, Dampier viajó por el Atlántico bajo el mando de otros capitanes piratas, dando la vuelta al continente por el estrecho de Magallanes. A su paso por la isla Juan Fernández rescataron a un Misquito que había quedado desamparado en aquella isla durante el primer viaje. Luego pusieron proa al norte, pasando por las islas Galápagos y Coco hasta topar con la península de Nicoya. Habiendo fallado el plan de asaltar Ria Lexa (El Realejo), fueron al golfo de Fonseca para carenar los barcos.

Sabedores que la flota española se dirigía a Panamá con el oro y la plata del Perú, merodearon los corsarios por un tiempo en aquellas aguas, juntándose con otros piratas para capturar el codiciado botín. No obstante los diez barcos y el casi millar de aventureros que se congregaron para la ocasión, no lograron sorprender a la flota esquiva. Una parte de los piratas enrumbó entonces hacia al norte, entre ellos Dampier. Esta vez (1685) lograron sorprender a El Realejo, avanzando, asaltando y quemando la ciudad de León, para luego escapar por las costas de Guatemala y México.

Los piratas decidieron a continuación atravesar el océano Pacífico rumbo a las islas de Guam y Filipinas. Navegaron en seguida por Indonesia, las costas de la India y Madagascar. La circunvalación del globo quedó completada cuando doblaron el cabo Buena Esperanza, subiendo de nuevo por el Atlántico para regresar a Inglaterra en 1691.

Los doce años que Dampier empleó recorriendo costas y mares los aprovechó para anotar curiosas observaciones en su diario, con descripciones de extraños animales y plantas raras desconocidos entonces en Europa. También contiene indicaciones sobre corrientes y vientos y el relato de sus experiencias con la gente que poblaba las islas y costas visitadas. Todo esto, acompañado por la narración de la propia aventura, sirvió de argumento para escribir su libro popular *A New Voyage Round the*

*World*, que salió a luz en Londres en 1697. Además del título, el autor presenta a manera de explicación en los lugares que visitó, “[...] sus Suelos, Ríos, Puertos, Plantas, Frutas, Animales y Habitantes; sus Costumbres, Religión, Gobierno, Comercio, etc.”<sup>25</sup>

Antes que “pirata”, William Dampier fue un inteligente observador. Su oficio de piloto, o a lo sumo de asistente de navegación, lo introdujo al conocimiento de corrientes y vientos y, cuando estaba en tierra, de etnógrafo y naturalista, si no actuaba de mediador en los motines y disputas entre sus revoltosos compinches. Cuando más tarde se le confiaron dos expediciones científicas, su calidad de capitán de barco no fue suficiente para contener las sediciones de algunos subalternos pendencieros. Si bien se benefició con lo compartido en las rapiñas de los piratas, Dampier prefería la pluma al ron, la observación a las riñas con las que los bucaneros comúnmente disputábanse el botín. Uno de sus biógrafos, Sir Albert Gray, escribía de él lo siguiente:

“Su tiempo entero, cuando no era robado por los asaltos o las pendencias de sus turbulentos asociados, lo dedicaba a la acuciosa observación de vientos y mareas, geografía, plantas y animales. En realidad era como un estudiante empujado por la novedad, la fococidad y el arrastre de un bucanero. En mejores tiempos, y con una buena educación científica, su posición tras una vuelta al mundo pudiera haber sido como la de Darwin en el *Beagle*”.<sup>26</sup>

### Visita a Corn Island y la laguna de Bluefields

A finales de mayo de 1681 el grupo de piratas con quienes estaba Dampier había regresado a las aguas del Caribe después de cruzar el istmo de Panamá. Eran unos 400 entre ingleses, franceses y holandeses al mando de ocho capitanes. De las islas de San Blas navegaron hacia San Andrés con el propósito de fabricar en esta isla varias canoas que les darían más movilidad en la prosecución de los asaltos. Tenían en la mira la ciudad de Cartago, a la que esperaban sorprender ascendiendo por el río Carpintero (Pacuare). Pero en el transcurso del viaje la flota se dispersó, salvo tres barcos que arribaron a San Andrés. Después de permanecer en la isla por unos diez días, sin encontrar comida, decidió el capitán Wright, (bajo cuyas órdenes estaba Dampier), buscar la tierra firme orientando la tartana en que viajaban hacia la costa de Nicaragua: “[...] dirigimos nuestro curso a unas islas que quedan cerca de tierra firme, llamadas por los corsarios Corn Islands, con la esperanza de encontrar maíz

<sup>25</sup> Del libro de Dampier se han incluido en este Capítulo sus aventuras en la costa caribe de Nicaragua, reservando la parte correspondiente a sus andanzas por el Pacífico para el siguiente.

<sup>26</sup> Ver la Introducción de la edición del libro de Dampier, (Bibliografía, 1968), escrita por Sir Albert Gray, p. XLI.

en ellas. Considero que estas islas son las mismas conocidas por lo general como Pearl Islands, que se localizan en los mapas en la Latitud 12° 10' Norte".<sup>27</sup>

Desembarcaron en una de ellas —posiblemente Great Corn Island— la que encontraron deshabitada porque los indios desnudos que en ella vivían, según Dampier, escapaban cada vez que veían acercarse un barco, pues los piratas no sólo los despojaban de comida sino también los capturaban para venderlos como esclavos en Jamaica.

Los habitantes de Corn Island —explica Dampier— eran gente de mediana estatura, piernas fuertes, piel cobriza, pelo negro, cara redonda con ojos pequeños y oscuros, cejas espesas; la frente angosta, la nariz corta, gruesa y aplastada, los labios llenos y el mentón corrido. Perforaban el labio inferior siendo niños, insertando una clavija en el agujero hasta que llegaban a la adolescencia; entonces colgaban del labio un adorno o pendiente de carey.

Los indios de estas islas también traían horadadas las orejas, con los lóbulos distendidos para insertar en ellos un disco de madera del tamaño de una moneda "de cinco chelines".<sup>28</sup> Las mujeres ataban fuertes ligas de algodón entre el tobillo y la pantorrilla, que nunca se quitaban, construyendo los músculos hacia arriba sobre los diminutos pies, un toque de elegancia tal como lo interpreta Conzemius. Este autor sostiene que los primitivos pobladores de Corn Island eran indios *Kukras*.

No habiendo encontrado provisiones en Corn Island fueron los corsarios a la desembocadura del río Bluefields (Escondido), con el objeto de carenar la tartana. El río desembocaba en el mar a través de una laguna lateral, resultando un sitio ideal para esconderse.<sup>29</sup>

La barra a la entrada era honda, o al menos permitía sin dificultad el paso de embarcaciones no mayores de 70 toneladas según Dampier. El nombre de Bluefields, de acuerdo con el mismo autor, derivaba del "*Capitán Blewfield*, un famoso corsario que vivía en la isla Providencia antes de la captura de Jamaica".<sup>30</sup>

Los piratas vieron bajar una canoa por el río, la cual interceptaron sin encontrar a nadie en ella, aunque descubrieron algunos lugares don-

<sup>27</sup> Dampier, p. 31.

<sup>28</sup> Los lóbulos de las orejas perforados, para insertar en ellos discos de madera, fueron observados por Fernando Colón en 1502 entre los salvajes que vivían al oeste de cabo Gracias a Dios.

<sup>29</sup> El nombre de Escondido dado en la actualidad al río de Bluefields obedece posiblemente a su venta-ja como "sitio de escondite" desde el tiempo de los piratas. El nombre misquito del río: Yukuakalaya o Yukukaikalaya, significa exactamente lo mismo.

<sup>30</sup> Dampier, p. 32.

de se habían ocultado indios al acecho. La canoa había sido fabricada sin la ayuda de implementos metálicos, por lo que dedujeron que los indígenas no tenían comercio con los españoles ni con otros indios.

En la laguna de Bluefields abundaba el manatí, un mamífero acuático grande del orden de los Sirénidos. Se alimenta de plantas sumergidas y flotantes que crecen en las desembocaduras de los ríos. Localmente se le conoce como *Sea-Cow* (Vaca Marina) desde los tiempos de los piratas. El animal fue descrito por Dampier como del tamaño de un caballo, “[...] la trompa como de vaca, provista de gruesos labios”, ojos y oídos diminutos, cuello corto y grueso, cuerpo rechoncho, provisto de un par de aletas y una cola aplanada. Su peso fue estimado en unas 1200 libras; su alimento hierbas acuáticas a orilla de los ríos y lagunas, ya que el manatí no se aventura mar adentro. La carne la juzgó como delicada, por lo blanca y dulce. Los corsarios preferían los cachorros, a los que preparaban en barbacoa, así como las lonjas de la panza de los adultos. También aprovechaban el cuero, que cortaban en cintas para atar los remos a la borda de las canoas y para látigos.<sup>31</sup>

La captura del manatí exigía especial destreza informa Dampier. Los Misquitos se aproximan al animal en su pequeña canoa impulsada por palas en lugar de remos. La bestia tiene excelente oído; el golpe de los remos en el agua la ahuyentaría. Para capturarlo, uno de los indígenas se arrodilla en la proa del bote blandiendo una especie de arpón de ocho pies de longitud, tan grueso como el brazo. El arma, de punta afilada, lleva en su otro extremo una carrucha de *bobwood*, (balsa, una madera flotante), en la cual va enrollado un cordel que también se fija a la punta del arpón. Al dar con el cuerpo del animal la punta y carrucha se desprenden del fuste que los conecta, el cordel se extiende y la carrucha flotante indica los movimientos de la presa. El manatí herido trata de escapar, pero al final se cansa permitiendo a los Misquitos acercarse para asentarle un golpe mortal en la cabeza. La pieza cobrada es luego arrastrada hacia la costa. En agua somera se le introduce en la canoa, inclinando ésta sobre el cuerpo flotante de la víctima. Dampier comenta que no obstante lo endeble de la canoa, es capaz de soportar el peso de dos manatíes de 600 libras cada uno, en tan precario equilibrio que tres ingleses no se atreverían a embarcarse solos en ella.

Los Misquitos lanzan también el arpón para asegurar tortugas mar adentro, teniendo la punta del arma una cabeza triangular lo suficien-

<sup>31</sup> Debido a la intensa cacería en el pasado y a las alteraciones en su habitat, el manatí fue desapareciendo de las lagunas costeras del caribe nicaragüense. A finales del siglo pasado el naturalista sueco Carl Bovalius capturó un espécimen en la desembocadura del río San Juan. La presencia de algunos pocos animales en las lagunas al norte de Puerto Cabezas era afirmada como factible alrededor de 1970.

te dura para perforar el caparazón de los reptiles. La certera puntería de los indios les valió el título de *strickers* (golpeadores) con que los piratas los apodaron.

De Bluefields se dirigieron los corsarios a Bocas del Toro, o laguna de Chiriquí, donde se reunieron con otros piratas y cazaron abundantes tortugas.

### Los Misquitos observados por Dampier

William Dampier elogiaba la destreza de los Misquitos cuando disparaban la lanza, la fisga y el arpón, arte que aprendían a ejercitar desde la infancia. También practicaban movimientos elusivos con el cuerpo, evitando ser blanco de las armas arrojadas, logrando con un palo abatir las flechas que a propósito les lanzaban durante las prácticas de entrenamiento. Por su gran habilidad en la pesca, los piratas gustaban enganchar Misquitos a bordo, o carenar embarcaciones cerca de las aguas donde abundaban los peces, cuya captura confiaban a los indígenas. Iguales destrezas exhibían cuando aprendieron a disparar mosquetes, según refiere el autor: “Cuando vienen con los piratas aprenden a usar armas de fuego y prueban tener muy buena puntería; en la lucha se conducen con coraje y no parecen decaer ni retroceder”.<sup>32</sup>

Dampier menciona que los indígenas se comportaban como muy civilizados y gentiles con los ingleses. No simpatizaban mucho con los franceses y detestaban a los españoles. Los primeros les permitían subir a los barcos, invitándoles en sus viajes, para regresarlos al lugar de origen en cualquier embarcación que viajase en esa dirección. En aquellos tiempos los indígenas no tenían forma alguna de gobierno, pero reconocían al rey de Inglaterra como soberano. Aprendieron inglés y respetaban al gobernador de Jamaica como a uno de los grandes príncipes del mundo. Mientras permanecían con los ingleses gustaban vestir a la usanza europea, pero una vez regresados a su tierra simplemente ataban a la cintura una tela que les caía hasta las rodillas para reanudar sus quehaceres habituales.

Los Misquitos —según observara Dampier— eran altos, bien conformados, delgados, vigorosos, fuertes, obligados, rápidos en caminar, cenefios, de pelo negro y largo, de mirada fija y rostro cobrizo. Constituían unas pocas familias o nación, no mayor de cien hombres, que en aquel tiempo habitaban cerca del cabo Gracias a Dios. Sobre sus creencias el cronista-corsario informa lo siguiente:

<sup>32</sup> Esta cita y la siguiente son de Dampier. p 16.

"Nunca pude notar en ellos ninguna religión, ceremonias o supersticiones, estando más bien dispuestos a imitarnos en cualquier acto que nos observaran practicar. A lo único que parecen temer es al diablo, al cual llaman *Wallesaw* (*Gualasá*) que a menudo se les aparece, especialmente a los sacerdotes (*sukias*) que lo invocan para cosas urgentes, estando vedada su visión y palabra al resto de la gente".

En relación al matrimonio, los Misquitos eran monógamos y la pareja vivía junta hasta que la muerte la separaba. Al principio, el marido escoge un terreno para hacer la plantación, puesto que la tierra sobra por doquier. La huerta es tan pequeña que la pareja no puede vivir sólo de sus productos. Una vez sembrado el terreno, el marido lo deja en manos de su mujer para dedicarse a pescar, su pasatiempo favorito, prefiriendo en todo caso asentarse junto al mar o en las orillas de un río. Trae a casa pescado, tortuga o manatí y no regresa al agua sino hasta consumir la pieza por entero. En efecto, cuando el hambre empieza a arañarle el estómago, toma su canoa y sale al mar, o se interna en el bosque en busca de jabalíes, venados o cualquier tipo de carne de montería. No retorna con las manos vacías.

La cosecha consiste por lo general en 20 ó 30 cepas de plátano, una cama de batatas, un arbusto de chile indio y una mancha de piñas. Estas frutas hacen las delicias de los Misquitos que las fermentan para elaborar chicha, muy estimada entre ellos, para ser escanciada en convites y comilonas.

Preparan la chicha en una pequeña canoa e invitan a sus amigos. Durante el convite el anfitrión suele enderezar malos entendidos, desagrar al algún vecino o tratar de cualquier otro asunto. Sin embargo, las disputas aparecen al calor de los tragos; las mujeres tienen que esconder las armas para evitar que el ágape degenera en batalla campal.

Conviene anotar, finalmente, que al tiempo de los primeros contactos con los corsarios, los Misquitos no acostumbraban a llamarse por nombre. Tanto Dampier, como el incógnito M.W., afirman que a finales del siglo XVII los indígenas tenían por nombres aquéllos que recibían de los piratas. A cada uno de los aventureros que solía arribar a la costa le requerían su gracia; si al indígena le parecía algún nombre en especial, lo adoptaba como suyo. Era su costumbre —según Conzemius— no mencionar el nombre de una persona difunta, pues tal acción se consideraba como tabú. Con la misma facilidad con que adoptaban un nombre se lo quitaban, para llamarse con otro que mejor les pareciera. Conzemius informa al respecto lo siguiente:

"La serie de palabras de relación que utilizan los miembros de una familia miskita para llamarse entre sí, sin usar nombres propios, es bastante complicada, la cual puede ser reemplazada por una serie entera cuando ocurre una muerte en la familia. Marido y

mujer se llaman entre sí *mayi*, "mi consorte". Antes de nacer el primer hijo el esposo llama *kika* a su compañera, es decir "niña"; mientras ella le responde *wahma*, "joven". Después de nacido el primogénito los esposos se llaman recíprocamente *luhpi yapti*, "mamá de mi niño", y *luhpi aisa*, "papá de mi niño". *Mahma* o *masa* es el hijo o el hermano; *kika* o *misis*, la hija o la hermana. Los viejos eran llamados simplemente: *dama* el abuelo y *kuka* la abuela. Emplear sus nombres personales, hablando con ellos, se consideraba como un gran irrespeto".<sup>33</sup>

Dampier afirma al respecto que los Miskitos tenían como gran favor el ser bautizados con el nombre de algún pirata, de esos que arrimaban de vez en cuando a sus playas. No concebían estar sin nombre cuando andaban con los corsarios, diciendo de sí mismos que eran unos pobres diablos si no escogían uno con que presentarse.

### El Misquito abandonado en una isla remota

Como una anécdota final, señala Dampier la notable capacidad que exhiben los Misquitos para sobrevivir en ambientes extraños. Se refería específicamente a uno de estos indígenas que, en 1681, quedó abandonado en la solitaria isla de Juan Fernández, cuando el barco pirata que tripulaba tuvo que dejar el sitio precipitadamente a la vista de una nave de la armada española. El Misquito se las arregló para sobrevivir en aquel lugar remoto, alimentándose de focas y cabras silvestres. Agotadas las municiones de su mosquete, tomó el cuchillo y ablandándolo al fuego escarbó algunas melladuras en el filo para poder aserrar el cañón del arma. Así obtuvo virutas, las que fundió en puntas de lanza, flechas, anzuelos y arpones, tal como lo había visto hacer entre los ingleses, pues en su tierra no se conocían la fragua ni el yunque. De este modo ingenioso pudo seguir cazando y pescando, sobrevivir durante tres años como náufra-go en la isla, antes de ser rescatado por otro barco inglés donde viajaba Dampier.

Durante su exilio involuntario el Misquito, (que fue bautizado como Will por los piratas), había construido casa, muebles y fabricado ropa con el cuero de las cabras silvestres que cazaba. Cuando apareció el barco salvador, el indígena con su aguda vista reconoció desde lejos a sus amigos ingleses de otro tiempo, a los cuales recibió con una gustosa cena de car-britos horneados.

El primero en saltar a tierra fue casualmente otro Misquito llama-do Robinson, quien fue al encuentro de su paisano abandonado. Inter-cambiaron saludos a la manera misquita: cada uno en su turno acostán-dose a los pies del otro, para ser por éste incorporado, como si tratasen

<sup>33</sup> Conzemius. p. 221.

de observar el más estricto de los protocolos, para después abrazarse fraternalmente.

Dicho sea de paso que otra experiencia similar vivió después en la misma isla el náufrago escocés Alexander Selkir, cuyo relato —al igual que la aventura de Will— sirvió de argumento a Daniel Defoe para escribir la mundialmente conocida novela de Robinson Crusoe.<sup>34</sup>

### En los dominios del Rey Mosco

Tanto John Esquemeling como William Dampier fueron visitantes ocasionales de la Costa Mosquitia. Sus observaciones sobre la vida y costumbres de los indígenas, en la segunda mitad del siglo XVII, tienen su propio valor por lo novedosas y pioneras. Existe, sin embargo, una extensa y completa relación del área y sus habitantes —la primera geografía de la Costa— producto de lo que parece haber sido una más prolongada convivencia con los indígenas y la exploración más detenida de su territorio, tanto a lo largo del litoral como aguas arriba del río Coco. Su autor es casi anónimo, pues ocultó su verdadera identidad al firmar su escrito usando solamente las iniciales M.W.

La narración, titulada por este desconocido observador: *The Mosquito Indian and his Golden River*, explica a manera de subtítulo que se trata de “una Descripción Familiar del Reino Mosquito en América, con un Verdadero Relato de las Extrañas Costumbres, Formas de Vida, Adivinaciones, Religión, Festines, Guerras, Casamientos, Entierros, etc., de esa Gente Pagana; junto con una Descripción de los Productos de su País”. Tanto la visita al territorio, como el escrito, fueron realizados en el año de 1699.<sup>35</sup>

Inicia M.W. su narración ubicando “el país Mosqueto” en la costa más oriental de Honduras, “en el Istmo de Sur América, o Peruana”. Con la misma inexactitud, las distancias y fechas presentadas no parecen ser muy acuciosas, no obstante que es cuidadoso en citar nombres de lugares y de personajes, lo cual confiesa lo hizo en beneficio de los futuros viajeros que pudieran necesitar de la asistencia indígena.

<sup>34</sup> La anécdota del misquito abandonado en la isla Juan Fernández fue presentada por Dampier en su libro, (Capítulo IV). Ringose —quien se encontraba en la isla con la flota inglesa donde viajaba Dampier— anota en su diario que el 12 de enero de 1681 un misquito llamado William quedó inadvertidamente desamparado en Juan Fernández cuando los piratas escaparon de la isla. (Ver Esquemeling, p. 399).

<sup>35</sup> Una completa traducción (de Luciano Cuadra) sobre la relación de M.W. se encuentra en la revista *Nicaráuoc*. Octubre de 1982. Ministerio de Cultura. Managua, Nicaragua.



Describe este cronista la Costa Mosquitia como de 285 millas de extensión, comprendida desde el cabo Camarón hasta un lugar situado 19 leguas al sur del río *Bragman* (actualmente *Wawa*), donde daba comienzo el territorio de otros indios salvajes, enemigos de los Misquitos, llamados *Alboawinneys*, (*Albagüinas*), obviamente Sumus que vivían en el delta del Prinzapolka.<sup>36</sup>

En dirección contraria, en Brewes Bouge (laguna de Bruss) y montañas vecinas al Patuka, estaban otras dos naciones igualmente enemigas de aquéllos, (Payas y Jicaques), que también vivían de la caza y la pesca. La enemistad con las tribus vecinas fue consecuencia de las incursiones que los Misquitos realizaban periódicamente a sus territorios, imponiéndose con las armas que obtenían de sus amigos los ingleses, a quienes dotaban en cambio de una cuota de cautivos para ser vendidos como esclavos en Jamaica, además de exigir tributo a las tribus sometidas por la fuerza.

En el tiempo de la visita de M.W. la Mosquitia estaba escasamente habitada; los asentamientos indígenas eran más bien unas pocas chozas dispersas a lo largo del litoral, junto a las lagunas y en las riberas del río Coco, llamado Wanks por los Misquitos. En la parte costera que hoy corresponde a Honduras —o sea desde el río Tinto (Black River), hasta el cabo Gracias a Dios— predominaban los Zambos. Eran éstos híbridos de sangre india y negra, que erróneamente M.W. denomina como "*Mulat-toes*", los cuales estaban establecidos en cinco comunidades que sumaban unos 350 habitantes en total.

Al sur del cabo la población era principalmente misquita, o sea de indígenas autóctonos, que con ciertos esclavos de las regiones vecinas vivían en diez comunidades, totalizando unos 1,500 habitantes. Algunos de estos grupos estaban localizados tierra adentro, entre las lagunas y la gran sabana de pinares hacia el oeste. M.W. contó unos siete establecimientos de Zambos y Misquitos a lo largo del Wanks, estimando en 310 la población para sólo cuatro de ellos. Estas cifras parecen indicar que para finales del siglo XVII la Mosquitia tendría aproximadamente unos 2,200 habitantes, es decir unos 500 más de lo estimado por Esquemeling treinta años antes, aunque este pirata no visitó los asentamientos del río Wanks.

Las comunidades obedecían a un jefe o cabeza de familia, especialmente en los establecimientos más pequeños. El nombre del jefe había

<sup>36</sup> Estos indios vivían aguas arriba del río Coco según la narración de Raveneau de Lussan. Son los mismos "albatuinas" que mataron a Cristóbal Martínez y sus cofrades franciscanos en 1623. Según parece el término era genéricamente aplicado a todos los Sumus que vivían al sur del río Coco en ese entonces.

sido adoptado de algún pirata de éstos que solían pasar por la costa. Por tanto existían cabecillas con nombres tales como William, Le Rouch, Bremin, Gaugh, Pickaree, Kitt, Garret, Glover, Patrick, etc. Una buena parte de los Misquitos vivía en Sandy Bay, (hoy Nina Yeri), un poblado de 12 chozas principales y 400 habitantes, comandados por los “capitanes” Frank, Kitt, Morgan, Antonio y Labrin. Todos ellos reconocían y obedecían al “rey”, King Jeremy, que tenía su “palacio”, (una casona pajiza sin paredes), a tres leguas en el interior de la sabana.

La “corte” de Jeremías la formaban dos esposas viejas, su hijo y tres hijas, de las cuales dos eran muy hermosas, según comenta M. W., “si no se repara en sus caras de nuez moscada y su andar patisambo”. El príncipe, de unos 30 años, también tenía dos esposas, una concubina y tres hijos; se consideraba como *sukia* o curandero. Vivían también en la corte otros varones, niños y esclavos, que servían a la familia real. El “monarca” es descrito de la siguiente manera:

“Este rey *Mosquito* parece tener unos 60 años; su piel es café oscura con algo de amarillo; los hombros un tanto caídos, lo que en cierto modo rebaja su estatura de seis pies. Tiene una mirada torva y sostenida; los ojos grandes y penetrantes, muy hundidos en los pómulos, y una boca redonda y muy ancha. El pelo negro le cae hasta los hombros; su aspecto es algo terrible, con una voz gruñona como de oso”.

No obstante la figura poco atractiva del soberano, M.W. lo encontró afable en su trato y muy bien dispuesto para con sus huéspedes.

Cabe mencionar acá que la familia real misquita se originó cuando los puritanos establecidos en la isla Providencia trataron de entablar amistad con los indígenas del cabo Gracias a Dios. Enviaron al hijo del cabecilla indio a educarse en Inglaterra, quedando un oficial inglés de rehén como garantía del regreso del joven. Este fue “coronado” en Londres y regresó a la Mosquitia para reponer a su padre ya difunto. Recibió del soberano inglés, a manera de corona, un sombrero de pluma y un recado escrito donde se le pedía atender a cualquier súbdito inglés que sucediera pasar por sus playas, proveyéndole de plátanos, pescado y tortuga. Este primer rey mosco fue conocido como Oldman I, el padre de Jeremías.

Jeremías, por su parte, fue “coronado” en Jamaica por el duque de Albemarle, gobernador de la isla. Cuenta el historiador Bancroft, (no sin cierta ironía), que antes de concluir la ceremonia el asustado “rey” corrió a encaramarse en una palmera, donde fue invitado por el duque a descender para poder proseguir con el protocolo de la entronización.<sup>37</sup>

<sup>37</sup> Según el naturalista inglés Hans Sloane, que visitó Jamaica en esa época, el indio se subió al cocotero para tener una visión “a ojo de pájaro” de la isla, tratando de comprobar una explicación que le dieron sobre la geografía de la misma.

### El "reinado" de Jeremías abarcó de 1687 a 1719.

Entre los Misquitos también vivían algunos ingleses; dos de ellos formaron parte de una expedición de bucaneros que al mando del capitán Wright había ascendido por el río Wanks y asaltado el pueblo de Nueva Segovia allá por 1675. Después se quedaron a vivir cerca del río Bragman, renunciando volver a Jamaica por temor de ser juzgados como corsarios, cuando la piratería fue proscrita en la isla. Estaba también con ellos el viejo Nicholas, que tenía entonces 103 años de edad. Este era un fugitivo de la justicia, por haber matado en su juventud a un hombre en Saint Kitts, (San Cristóbal). En una canoa se echó al mar y los vientos lo empujaron desde las Antillas Menores hasta la Costa Mosquitia, habiendo sobrevivido milagrosamente tras un trayecto de más de 2,300 kilómetros de mar abierto. No obstante su avanzada edad, era capaz de cargar un venado por 20 ó 30 millas, "[...] lo cual dice mucho de la salubridad del país y de la plenitud de sus alimentos", termina el comentario de M.W.

A finales del siglo XVII los Misquitos estaban en franca expansión y hacían frecuentes incursiones a los territorios de los Albaguínas y aún más al sur hasta el río Carpenter, (río Pacuare en la actual Costa Rica), donde los españoles tenían extensas plantaciones de cacao.

En sus asaltos los Misquitos capturaban a otros indígenas, matando a los varones y a las viejas, dejando a las mujeres y los jóvenes para venderlos como esclavos a los comerciantes jamaquinos. A los españoles que caían en sus manos los mataban o los reducían a la calidad de sirvientes, puesto que los ingleses no se atrevían a comprarlos por ser cristianos. Los colonos de Jamaica preferían indios infieles, por cuya posesión entregaban a los Misquitos armas, vestidos y ron. Estos en cambio proveían a los ingleses de cacao, vainilla, carey, espermaceti, plata, etc., que conseguían en otros territorios valiéndose de la rapiña y colectando tributos por imposición.

En el interior del país, más allá de las lagunas y pantanos costeros, se abría una extensa sabana de pinos que M.W. describe como una planicie desolada, pues el terreno no permitía cultivos y estaba achicharrado por el sol. Por la misma causa, se encontraba despoblada. No existía en ella más vida que algunas fieras tras el rastro de los venados. Lagartijas y escorpiones se escondían entre la áspera grama. La única ave que M.W. observó en la sabana fue "[...] una gallinácea grande como lora, del tamaño de un ganso emplumado", (posiblemente pava o chachalaca), que al anochecer buscaba las ramas de los pinos para escapar de los monos. Estos animales, junto con otra fauna más variada, habitaban en los bos-

ques junto a las riberas de los ríos que cruzaban la sabana, entre ellos el *Boccho-Stinko* (Ulang), el *Housey* (Hueso o Likus) y los afluentes de la banda norte de *Bragman* (Wawa), donde abundaba la caza.

### Explorando el río Wanks

El río Coco, Wanks de los Misquitos, Gran Río de Oro de M.W., desemboca en el cabo Gracias a Dios. En realidad, el cabo no es sino la acometida más avanzada del delta sobre el mar Caribe. En aquel tiempo la desembocadura tenía unas 150 brazas de ancho, por tres o cuatro de profundidad. El río se remontaba con poco desnivel internándose por 100 leguas aguas arriba, para tornarse más angosto y menos profundo, especialmente en la región de los raudales. M.W. comenta al respecto: “[...] tiene sus cabeceras en algunas montañas del lado del Mar del Sur y luego corre a través de una gran planicie hacia el país *Mosquito* midiendo por lo menos unas 600 millas, que no llegan a 300 en línea recta”.<sup>38</sup>

En la propia desembocadura existían entonces dos islas, separadas entre sí “por un tiro de mosquete”. Eran visitadas en el verano por los Misquitos que acudían a pescar con lanza y arpón. Una barra de cuatro o cinco pies de profundidad obstaculizaba la entrada por el canal norte, siendo el doble de ancha y profunda en la salida del sur. Por esa razón resultaba mejor atracar en *Guana Sound* (Laguna de Bismuna), situada a cuatro leguas al sur de la desembocadura, y aunque tenía una salida estrecha era navegable en pequeñas embarcaciones.

Dos leguas aguas arriba de la boca del Wanks, sobre la ribera izquierda, (subiendo), se encontraba “el puerto de estos Indios”, (la población de El Cabo), bajo el mando de un zambo autollamado Capitán Kitt. Del otro lado del río vivía el negro Garret, uno de los sobrevivientes del naufragio de los esclavos africanos hacía entonces 60 años. Con ellos habitaban Zambos y algunos Misquitos que tenían a Kitt como jefe supremo.

Las riberas del río no estaban pobladas por las siguientes 20 leguas aguas arriba. La corriente formaba varias curvas, (entre los actuales sitios de Living Creek y Andres). Al final vivía otro zambo, Patrick, hermano de Kitt, con 30 personas más. En toda esa sección el río corría entre grandes árboles, arbustos y cañas ásperas, “[...] en forma tan intrincada que es imposible pasar entre ellos, a menos que los viajeros lleven largos cuchillos o machetes para abrirse paso en ciertos trechos, como a menu-

<sup>38</sup> El río Coco es el más largo de la América Central, con una longitud de 685 Kms o 430 millas; su ondulante curso circula por la parte más ancha del istmo.

do hice en compañía de los Indios cuando íbamos a cazar jabalíes”, escribe M.W. En la época de lluvias esos bosques riparios se inundaban, formando ciénagas y marjales que volvían aún más intransitables las riberas del río.

Llamaba la atención al viajero el infinito número de partículas lustrosas, a manera de lentejuelas doradas, que la corriente arrastraba y depositaba en las vueltas del río principalmente. Estas partículas hacían sospechar la existencia de ricos “placeres” de oro en las montañas del interior, donde el río tenía sus fuentes. Se trataba posiblemente de algunas micas exfoliadas que los ríos cabeceros erosionan de las serranías esquistosas de Segovia, donde se les conoce con el nombre de “*margasa*”. Los actuales buscadores de oro o “*güirises*”, que lavan oro en las playas arenosas de Guigüilí, aguas arriba del río, simplemente descartan estas engañosas partículas.

Un poco más adelante desaparecieron los bosques riberos y el río se internaba en la gran sabana. M.W. encontró unas siete chozas donde vivía el viejo Glover, padre de Kitt y de Patrick, quien tenía a su cargo unos 50 hombres, incluyendo algunos indígenas. La última comunidad se encontraba a unas 18 ó 20 leguas aguas arriba, “donde la misma sabana grande llega hasta la ribera sur del río”, obviamente al final de la misma, (en el actual sitio de Leimus). Vivían en ese lugar unos ocho varones, con sus mujeres y niños, al mando del hermano del rey Jeremías, en un sitio tan remoto y de forma tan oscura, “que nunca se ha encontrado con alguien que le dé nombre”. Era viudo de una esclava albagüina, habiendo tomado como nueva esposa a la cuñada, como parece era la costumbre entre los Misquitos a la muerte de la cónyuge.

Subiendo el río por otras 45 leguas M.W. llegó a la desembocadura de un importante afluente, (*Waspuk*, sin lugar a dudas), en cuyas márgenes habitaban unos indios de cabeza aplastada. Estos eran Sumus, que los Misquitos apodaban *Laltantas*, “cabezas chatas”, por la costumbre que observaban de deformar el cráneo a los infantes para mejor lucirlo, ya que tener cabeza redonda era considerado por los Sumus como una ridiculez, por ser la forma de la cabeza en los monos. La operación consistía en amarrar dos tablillas y una piedra a la cabeza del recién nacido para deprimir el cráneo cuando está en proceso de endurecimiento.

Los indios del Waspuk andaban completamente desnudos; tenían el color de los otros indígenas, aunque algunos mostraban el cutis como los europeos para sorpresa de M.W. Debe recordarse al respecto que ciertos piratas ingleses habían ascendido por el río en dos ocasiones anteriores cuando fueron al asalto de Nueva Segovia, y que otra partida de aventu-

beros recorrió sus aguas diez años antes que M.W., bajando en sentido contrario, los cuales probablemente se mezclaron de paso con las nativas del lugar.

Estos indígenas, (a los que Walter Lehmann llama Wasabanes), vivían tan aislados de la “civilización” que bastaba un disparo de mosquete para que emprendiesen la carrera, espantados por la detonación. Además del susto, creían que el humo que salía del cañón era un espíritu maligno. Llevaban suspendida en el cuello una ristra de conchas y dientes que extraían de los cautivos y otros abalorios que compraban a los Misquitos. Aunque éstos eran sus acérrimos enemigos, celebraban un convenio con ellos: juntarse una vez al año en cierta isla del río para intercambiar comercio. Una vez acabado el trueque renovaban su antigua enemistad, asaltando los unos a los otros.

No obstante los peligros de aquel territorio poco explorado, M.W. prosiguió aguas arriba del Wanks en busca de oro:

“Las lentejuelas doradas son muy abundantes por todo este curso, aumentando río arriba y apareciendo de mayor tamaño, lo que demuestra que se parten en el arrastre. Se las encuentra en todos los remolinos de las riberas, en las vueltas donde forman pequeños montones, dando a la arena la apariencia de estar cubierta por plaquitas de oro moldeado, muy curiosamente bruñidas y colocadas convenientemente, tal como las ví a diario en agosto y septiembre de 1699”.

En esta parte el río circulaba en medio de frondosos bosques, salvo por ciertos parches pantanosos que de vez en cuando aparecían en la margen norte, que por esta razón estaba deshabitada. Unas 20 leguas más adelante se llegaba a los primeros raudales (*Tilba y Kairasa*), donde las rocas emergentes volvían azarosa la navegación, aún para los pipantes contruidos sin quilla para sortearlos. M.W. describe los rápidos como si fuesen verdaderas cascadas de gran peligro:

“[...] no existen esperanzas de salvamento aún nadando, en caso que la canoa se volcara en temporada de lluvias, debido a la violenta caída de la corriente que forma remolinos, marmitas, vorágines y cosas parecidas... La multitud de estas cataratas, que dejan caer el agua como en gradas, hace que el individuo las estime como pequeñas y de caída suave, lo cual ha tentado a algunos viajeros a ir en pos de su destrucción cuando osaron pasarlas en bote”.

Junto a los raudales vivían otros *Alboawinneys* y los *Oldwaves*, (Albagüinas y Ulwas), según M.W. El primer nombre era aplicado a todos los indígenas Sumus, enemigos de los Misquitos. Estos últimos organizaban incursiones a remotos parajes para raptar las mujeres e hijos de aquéllos, acción que realizaban de sorpresa y al amparo de la noche. La respuesta de los Albagüinas no se hacía esperar: atacaban a los Misqui-

tos para tomar sus mujeres como esposas y sacrificar hombres y niños a la barbacoa. “Esta comida la estiman como la más exquisita, afirmando que *la venganza es dulce*”, comentaba al respecto M.W. Al tormento de ir a la parrilla, los Oldwaves agregaban otro de no menor dolor: la extracción de uñas y dientes a los que iban a sacrificar para lucirlos como trofeos alrededor del cuello.

M.W. no pasó más arriba de los temibles raudales, especulando a menudo sobre la procedencia de las misteriosas lentejuelas doradas.

Cuando Nueva Segovia fue asaltada por los capitanes Wright y Lane, éstos colectaron las partículas, que llevaron a examinar a Jamaica con gran novedad. Un indígena que los piratas habían capturado en el asalto y que desde entonces vivía con el hermano del rey mosco ejerciendo el oficio de sukia, afirmaba que las partículas procedían de las montañas de Segovia donde el Wanks tenía sus fuentes. M.W., por su parte, pensaba que las lentejuelas se originaban en un lugar al norte de tales montañas, porque su presencia había sido denunciada en los ríos que desembocan cerca del cabo Camarón, incluyendo el Patuka.

El aventurero concluye el viaje informando que desde los raudales hasta su desembocadura el Wanks presentaba 230 vueltas en un lapso de 321 millas, no obstante que en línea recta no medía las 50 leguas.

### Otras observaciones sobre los Misquitos

Los indígenas visitados por M.W. en las postrimerías del siglo XVII eran de mediana estatura, con brazos y piernas fuertes por el ejercicio constante de la cacería y la pesca. Al contrario de los Sumus, no presentaban ninguna deformidad cefálica provocada. El color de la piel era amarillo oscuro o café, tendiendo al negro entre los zambos. El cabello de los indios era lacio, a diferencia del pelo “murruco” de los que tenían mezcla de sangre africana.

Por lo general andaban desnudos, a excepción de un taparrabo o *purpoy* de algodón, tejido por las mujeres o fabricado con la corteza del tuno. Los indios se adornaban con plumas para las fiestas, atando cintas de algodón alrededor de muñecas y tobillos. Colgaban del cuello pectorales, fabricados con láminas martilladas de monedas españolas, con espalderas de carrizos de hueso ataviados con plumas. El resto del cuerpo, en especial la cara, venía pintado de negro con hollín de pino en los varones y rojo achiote en las mujeres. Los adornos faciales consistían en pequeñas placas o conchas colgadas de la barbilla mediante un gancho que



*Figura 32.- Un entierro misquito, utilizando la canoa —principal posesión del difunto— como su propio ataúd. (Squier).*



*Figura 33.- Misquitos calentando el caparazón de la tortuga aksbil para extraer carey. (Squier).*



perforaba el labio inferior. El tabique nasal también estaba horadado para insertar un hueso o carrizo. Otros adornos similares colgaban de ambas orejas. La vestimenta de las mujeres era una simple enagua hecha de tuno que caían a la rodilla, con los pechos al descubierto.

Vale recordar que la forma de pintar el cuerpo entre los Misquitos y Sumus con hollín o achiote, así como el hábito de suspender pendientes en labios, nariz y orejas, fueron anteriormente observados entre los nativos de la costa norte de Honduras por fray Cristóbal Martínez cuando misionó en esa región alrededor de 1623 y por Dampier entre los indios de Corn Island sesenta años más tarde, revelando cierta similitud en la ornamentación personal de las tribus litorales del Caribe centroamericano.

Las habitaciones de los Misquitos eran chozas muy encumbradas, abiertas por todos lados, sostenidas por horcones que remataban en una armazón de cañas cubierta con manojos de hojas atadas, que por cierto no eran tan impermeables. Este tipo de vivienda parecía muy conveniente en aquel clima cálido y sofocante donde no se goza de brisa, salvo si se está en plena sabana o en la costa del mar.

Los indígenas vivían en clanes o grupos familiares, tal como lo observara M.W. en los asentamientos que visitó. Entre los pobladores reinaba perfecta igualdad. Nadie estaba obligado a pagar tributo, tampoco a cobrar por servicio. Los terrenos en los alrededores de la villa eran comunales. Aunque la plantación era propiedad familiar, los productos podían ser voluntariamente compartidos. No existía una jerarquía propiamente dicha, salvo obediencia cuando el capitán o el rey les ordenaba venir en su defensa o para combatir a los Albagüinas. Por lo demás, los Misquitos eran muy individualistas en sus actividades rutinarias, ya sea cazando, pescando o fabricando sus *dories*, unas canoas excavadas de un solo tronco y provistas de quilla y vela para navegar en las lagunas o mar afuera.<sup>39</sup>

La vida del Misquito transcurría sin mucha novedad. Pescaba o cazaba por la mañana, llevando las piezas cobradas para que la mujer las cocinara. Por el resto del día se echaba en la hamaca y no hacía otra labor sino hasta que la vianda se agotaba y el hambre lo obligaba a volver a la cacería o la pesca. En ocasiones especiales dejaba su oscilante reposo para asistir a una fiesta, conferenciar con el *sukia*, acudir con sus armas para atacar a los Albagüinas, o asaltar los establecimientos españoles.

<sup>39</sup> Los Misquitos usan el pipante —llamado *kuring* por los Sumus— para navegar en los ríos; a diferencia del *dori*, no tiene quilla.

Las fiestas, o más bien orgías, representaban para el Misquito ceremonias de gran importancia a las que gustaba atender. El anfitrión y su familia las celebran reuniendo numerosas frutas que majan, maceran y fermentan para preparar diversas bebidas embriagantes. Una de ellas era la nombrada *musshelaw* o *mishla*, que se elaboraba con plátanos maduros o bananos cocidos, majados en un cuesco de agua y luego dejada fermentar en grandes calabazas. Con la fruta de la palma aceitera, machacada en un mortero de madera, preparaban otra bebida considerada como la más nutritiva. También producían chicha de piña, la cual era tan fuerte que se bebía en pequeños y espaciados sorbos.

El día convenido para la fiesta se presentaban los invitados y sin mediar saludos con el anfitrión se sentaban en el suelo sobre petates y pedían la bebida de la ocasión, para luego hablar o discutir en torno al motivo de la invitación. A estas “bebederas” asistían los amigos, vecinos, capitanes y hasta el propio rey Jeremías. También la atendía el *sukia*, que en tales circunstancias invocaba al diablo, llamado *Wallasoe*, haciendo creer a los convidados que aquél acudía a conferenciar con él. El hechicero dramatizaba el encuentro con el demonio. Caía “en trance”, hablaba en forma ininteligible y hasta espumaba por la boca, ante la admiración de los presentes. Pasada la revelación, el *sukia* pronunciaba un oráculo frente a la delirante audiencia, aconsejando acerca de la conveniencia o futilidad de tal o cual empresa, viaje o expedición proyectados. M.W. asistió a una de esas ceremonias, en casa de Patrick, tratando el asunto con gran escepticismo si no como ridiculez.

El *sukia* ejercía gran influencia sobre los Misquitos. Como “doctor” a él se acudía en casos graves. Cuenta M.W. que aquel esclavo que el capitán Wright trajo de Nueva Segovia se ganó la confianza de los indígenas haciéndose pasar por *sukia*. Con frecuencia rezaba en latín el Padre Nuestro y el Ave María e invocaba a todo el santoral católico, según lo había aprendido de los españoles. Sin responsabilidad de su parte acudía donde el enfermo; lo acostaba en su regazo y se cubría con una manta. Canturreaba alguna tonada y profería voces extrañas. Luego succionaba la piel del paciente, “para sacarle la enfermedad” y le mandaba una dieta reconfortante de carne de tortuga verde, cuidando siempre de adelantar diagnóstico sobre si el enfermo sanaría o moriría.

Los Misquitos, aunque supersticiosos ante los fenómenos naturales, no practicaban ninguna religión al tiempo de la visita de M.W. No tenían templos, ídolos ni liturgias especiales. No obstante, creían en la inmortalidad del alma y en que una vez muertos, el espíritu se iba al otro mundo —un mundo inglés— donde no tenía que vérselas con Albagüinas ni con españoles, los cuales seguramente iban al infierno si tal lugar exis-

tía. Tampoco veneraban dioses, pero aceptaban al dios de los europeos como el Gran Rey del otro mundo, incapaz de castigar a los pobres indios, “[...] ya que ellos no le hacían ningún daño”. Consideraban, sin embargo, al sol como asistente en el paso al más allá, el cual —según creían— se ausentaba de noche para visitar a los otros indios que habían partido de este mundo.

Observaban estos indios una actitud especial ante la muerte. El difunto era enterrado en su propia casa, junto con sus hachuelas, lanzas y arpones, además de bebidas y alimentos para su viaje al más allá. Partían su canoa en dos, para que sirviera de ataúd. Si no dejaba viuda, hijos o parentela cercana, se procedía a destruir su plantación, para que “nadie le robe al muerto”. La viuda e hijas solteras lloraban al esposo y padre por tres días sin probar bocado. Si nadie acudía a socorrerlas, brindándoles alojamiento y comida, no les quedaba más remedio que ahorcarse en el primer árbol que encontraban, lo cual rara vez sucedía, según M.W., porque siempre se presentaba algún pariente que miraba por ellas, o les devolvía el status que perdieron al quedar viudas o desamparadas.

El matrimonio era indisoluble entre los Misquitos. Para que quedara enteramente consumado la pareja necesitaba pasar por ciertas pruebas. El enamorado toma a su compañera y la lleva a vivir con él, sin esperar que los padres de la novia den la aprobación. Pasan así amancebados por uno o dos años y hasta pueden tener un hijo. En el ínterin el pretendiente observa si ella es sumisa, sabe cocinar, tener y criar al hijo. También era importante ganar su amor y asegurarse que no va a escapar con otro. Convencido al final de las virtudes de la novia, el Misquito acude entonces a solicitar su mano ante los futuros suegros, previa presentación de un regalo. Obtenido el consentimiento, el matrimonio queda definitivamente sellado, celebrándose una gran fiesta. Una vez casados la esposa no ve como infidelidad el deseo de su marido de tener otra esposa o amante, siempre que pueda mantener a ambas. Ella también tiene el derecho, en caso que su marido se ausente por largo tiempo, de buscarse otro compañero que viva con ella y la mantenga, sin que su legítimo esposo le reclame cuando regresa.

### **La producción en el territorio misquito**

Concluye la interesante crónica de M.W. con la enumeración de una serie de árboles frutales, productos vegetales y la gran variedad de fauna que existía en las aguas y bosques de la Mosquitia. De todo ello sacaban provecho los indígenas, en tal forma como para despreciar la crian-

za o domesticación de algunas especies, incluyendo las introducidas por los europeos, animales que mantenían en sus chozas más por motivo de novedad que de necesidad.

Aunque la gran sabana de pinos pareció desolada a los ojos del cronista–aventurero, los ríos que la cruzaban y los bosques riparios que crecían en las vegas concentraban una amplia diversidad de animales y plantas, ofreciendo alimentación complementaria a la población misquitita de ese entonces. La constancia del clima —según observara M.W.— fomentaba el continuo desarrollo de la vegetación, con una variedad de plantas y árboles que brotaban, florecían y daban fruto a lo largo del año, sin estaciones específicas que retardaran la fenología. La única excepción la constituía la producción de frutos que, según el mismo observador, no se daban tan prestos cuando soplaban los “nortes” fríos.

Los Misquitos cultivaban bananos y plátanos, probablemente introducidos por los europeos, si bien los últimos parece existían en la Costa Mosquitia y en las regiones húmedas aledañas antes del contacto con los extranjeros. Carl O. Sauer, quien realizó un estudio sobre las plantas cultivadas de Centro y Suramérica hace la observación que el plátano era un bastimento consumido más por los indígenas que por los europeos y tenía diversos nombres nativos. Las variedades americanas diferían un tanto de las del Viejo Mundo y se encontraban ampliamente regadas en las regiones tropicales del nuevo continente a mediados del siglo XVI como un cultivo nativo y alimento común en la dieta indígena.<sup>40</sup>

M.W. observó “chagüites” plantados por los Misquitos a cierta distancia de sus chozas. Entre su fronda los indios buscaban escondite cuando eran asaltados por sus enemigos. Cultivaban además la piña, la papaya y el *mammo* (mamey, *Mammea americana*), una fruta dulce muy alimenticia para ser llevada en los viajes. La *saffadilla*, sapotillo, o nispero como lo llamaron los españoles, (*Achras sapota*), de pulpa amarilla, era tan placentera al paladar que según M.W. podía tener buen mercado en Europa. Lo mismo pensaba de un cierto “ciruelo” cuyo delicado olor se percibía a media milla de distancia y era muy apetecido por los saínos que recogían los frutos maduros del suelo. Posiblemente se refería al jocote–jobo (*Spondias lutea*).

Otro árbol descrito por M.W. como grande, creciendo junto a los ríos, era el llamado *locust–tree*, que produce unas vainas colgantes en cuyo in-

<sup>40</sup> Ver Carl O. Sauer: “Cultivated Plants of South and Central America”. Bulletin 143. *Handbook of South American Indians*. Vol. 6. p. 487–543. Smithsonian Institution. Washington, D.C. 1950. Otra interesante versión sobre los cultivos de las tribus del Caribe nicaragüense es presentada por Linda A. Newson: *Indian Survival in Colonial Nicaragua*. p. 65–73. University of Oklahoma Press. Norman. 1987.

terior, rodeando las semillas, se encuentra una pelusa delicada, “tan dulce como la miel, que se deshace en la boca”, una forma apetitosa de describir la guaba (una especie de *Inga*). También menciona el mismo autor un árbol espinoso que da frutos, grandes como castañas, en racimos; tienen cáscara negra con una semilla adentro: es el coyol (*Acrocomia vini-fera*). Otra palmera era la llamada *cabbage-tree*, el palmito, cuya médula cocida la consideraban los Misquitos como “carne vegetal muy buena”, que a M.W. la supo como espárragos enmantecados.

Junto a las lagunas existían buenos árboles de tinte: el *dye-wood*, (posiblemente *Haematoxylum campechianum*), de la variedad amarilla y morada. No obstante su buen precio en los mercados europeos los Misquitos eran demasiado perezosos para cortarlo. Otro producto muy buscado era la vainilla (*Smilax officinalis*), llamada *monelo-tree* por M.W. El fruto colgante de esta orquídea despide un aroma cuando está seco que daba olor especial al chocolate. Abundaba en las riberas del río Tinto y también en las del Wanks. Los Misquitos preferían robar cacao en las plantaciones de los españoles en lugar de cultivar el árbol.

M.W. observó caña de azúcar en la huerta del rey Jeremías, que crecía más alta que en Jamaica, pero los indígenas no sabían cómo obtener azúcar o ron de la planta. Generalmente los Misquitos sembraban batatas, ñames y yuca dulce como bastimentos esenciales. También cultivaban un poco de maíz, “el gran trigo indio”, con el único objeto de hacer chicha.

En las playas arenosas crecían los icacos y cocoteros. La presencia de estos últimos, mencionados por M.W., constituye la primera referencia del árbol como creciendo en la costa caribe de Nicaragua. La mayoría de los entendidos sostiene que el cocotero, (si bien se daba en la costa del Pacífico americano), no existía, o no había sido plantado, en la costa caribe, al menos antes del siglo XVII. La incorporación del fruto a la dieta misquita parece ser un evento más reciente.

Con inexhaustiva cacería en un ambiente de sabanas y selvas, abundante pesca en ríos, pantanos y mar el Miskito, ingenuo pero ingenioso, llevaba una vida laxa y llena de candor social en medio de un paraíso tropical. Transcurría, en efecto, su existencia placentera y confiada al borde del mar Caribe, su Mediterráneo abierto, o junto al río Wanks su Niño proveedor.



*Figura 34.- Rutas de invasión y cruce del istmo emprendidas por piratas ingleses y franceses en 1688 y 1689.*

## CAPITULO XII

# Los bucaneros invaden Nicaragua

*—Corsarios lacustres y fluviales. —Sorpresas por el lago de Nicaragua. —Asaltos a Granada y León por la costa del Pacífico. —Versión de los piratas. —La travesía transistmica de los bucaneros.*

Las correrías de los piratas por las costas del istmo centroamericano se iniciaron en las últimas décadas del siglo XVI. El temor a ser invadidas se apoderó de las poblaciones españolas cuando el famoso corsario Francis Drake atacó el puerto de Nombre de Dios en Panamá en 1572, emboscó la caravana que traía oro y plata del Perú y anduvo merodeando por la costa de Cartagena. El comercio que se hacía desde Granada con fragatas que salían por el lago de Nicaragua y el río San Juan hacia los puertos del Caribe, y viceversa, se vio entonces seriamente amenazado.

En 1578 regresó Drake y dando la vuelta al continente por el cabo de Hornos fue el primer inglés que navegó con su barco en el océano Pacífico, capturando la flota del tesoro español que se dirigía a Panamá. La noticia de su presencia motivó la fortificación del puerto de El Realejo, pero el pirata continuó su viaje hasta California buscando un pasaje hacia el Atlántico. Al no encontrarlo, cruzó el Pacífico por entero y regresó a Inglaterra después de tres años de circunvalar el globo. Por esa hazaña fue nombrado Caballero por la reina Isabel, quien le encomendó otros viajes a las posesiones de América con el fin de hostigar a la rival España.

En 1586 Drake regresó al mar Caribe y capturó la ciudad de Santo Domingo, así como el puerto de Cartagena, habiendo obtenido cuantio-

so rescate por ambos. Una cuarta expedición fue organizada por Drake en 1595 con la intención de asaltar Panamá. La expedición resultó en fracaso al ser rechazada por los españoles. Las autoridades en Nicaragua, informadas del movimiento de los ingleses, reforzaron la guarnición en la boca del río San Juan, aunque la previsión resultó innecesaria porque un ataque de disentería acabó con la vida del celebrado Sir Francis a la entrada de la bahía de Portobelo.

Con la destrucción de la gran Armada Española por los navíos ingleses en 1588 el poderío naval de España se desvaneció, favoreciendo el surgimiento de Inglaterra como una potencia naval. Ello facilitó también a otras naciones europeas como Francia y Holanda y a pequeñas partidas de aventureros navegar impunemente en aguas de las colonias de España, disputar las posesiones de esta nación en América y apoderarse virtualmente de ciertas islas en el Caribe donde el control español era escaso o inexistente. De estas islas hicieron los aventureros, traficantes y contrabandistas un cuartel y trampolín para asaltar los puertos españoles en la tierra firme, dando motivo en el siguiente siglo a la expansión de la piratería.

En efecto, en las primeras décadas del siglo XVII los ingleses establecieron colonias en las Antillas Menores y en las islas de Tortuga, Providencia y Roatán, de donde pasaron a establecerse en el continente. También los franceses y holandeses incursionaron por la costa caribe de América Central; los primeros ya tenían experiencia con asaltos a Trujillo y Puerto Caballos, lo cual obligó después a enviar la mercancía al puerto lacustre de Granada y sacarla furtivamente por el río San Juan.

El crecimiento de la piratería no sólo fue instigado por las potencias enemigas de España, sino también por su misma política mercantil que negaba a barcos de otras naciones comerciar en los puertos de las colonias e, incluso, prohibir a éstas negociar entre sí los productos extraídos de sus propias tierras. Tales medidas más bien estimularon el contrabando, llevado a cabo por arrojados extranjeros que a riesgo de ser sorprendidos por las autoridades españoles encontraron siempre la forma para satisfacer su lucro, en algunos casos repeliendo por la fuerza los intentos de sus perseguidores, o dándoles batalla en sus propios puertos. La rivalidad de las naciones europeas encontró en estos inescrupulosos empresarios, contrabandistas y aventureros los mejores aliados para disputar sobre las aguas del Caribe los derechos de España como descubridora y colonizadora del Nuevo Continente. Traficantes ingleses, franceses y holandeses supieron como burlar las restrictivas ordenanzas de la corona española, navegando entre islas y costas donde el control hispánico era débil o inexistente.



## Surgimiento de los bucaneros

Los llamados *Bucaneros* por los ingleses o *Filibusteros* por los franceses, fueron aquellos piratas que tuvieron audaz surgimiento en la segunda mitad del siglo XVII con sus correrías lanzadas desde las islas de Tortuga, Providencia y en especial Jamaica, capturada por los ingleses en 1655.

Los piratas eran una rara mezcla de matarifes, contrabandistas, convictos y aventureros procedentes de varias naciones europeas. No obstante el arrojo, la intrepidez y fuerte carácter de estos hombres, la mayoría carecían de inteligencia o poseían una escasa educación. El afán de lucro, unido a su falta de escrúpulos, hacían de ellos sujetos inadaptados, incapaces de acatar las leyes de una sociedad organizada. A veces se encontraba entre los mismos gente de mejor educación, como lo fueron Esquemeling, Dampier y De Lussan, conocidos posteriormente por haber escrito sus aventuras como corsarios.

Fue William Dampier, casualmente, el primero en emplear el término de “bucaneros”, antiguamente aplicado a ciertos individuos que a principios del siglo XVII vivían en las remotas partes de la isla de Santo Domingo dedicados a la captura de ganado cimarrón. Mataban las reses, salaban la carne y curtían los cueros para venderlos a los barcos que traficaban en las inmediaciones. Preparaban la carne en una especie de barbacoa o *boucan*, nombre que los nativos daban también al lugar donde se ahumaba la vianda. De ahí resultó que *boucanier* fue un vocablo equivalente a “curador de carne”.

Llevaban estos matarifes una vida semisalvaje entre hordas de animales montaraces, vistiendo con sus cueros curtidos, provistos de cuchillos y machetes para domeñarlos. Su principal negocio consistía en el contrabando con los barcos que pasaban por la costa norte de la isla. Tenían al frente la isla Tortuga, donde corrían a refugiarse cuando los españoles los perseguían. No tardaron en participar en excursiones vandálicas contra los barcos y puertos enemigos, que después de todo resultaron en mayor beneficio que salar y ahumar carne de res.<sup>1</sup>

La actividad de los bucaneros, que al principio fue una iniciativa propia y de circunstancia, atrajo también el interés de buscadores de fortuna provistos de audacia y valor. Pronto se organizaron flotillas de aventureros de toda ralea bajo el comando de uno o varios líderes o capitanes corsarios. Surcaban por las aguas del Caribe al acecho de las ricas pre-

---

<sup>1</sup> Ver Haring, Cap. II.

sas que constituyeran las flotas mercantiles españolas. Estas circulaban entre los puertos de Santo Domingo, Cartagena, Portobelo, Veracruz y La Habana, engrosadas por barcos procedentes de puertos menores como Granada, Trujillo y Puerto Caballos.

Después de la captura de Jamaica las autoridades inglesas impartieron comisiones, con sentido de empresa productiva, a los corsarios que salían de la isla en plan de asalto contra las embarcaciones y posesiones españolas. Después las correrías se extendieron al Pacífico, ya sea dando la vuelta por el cabo de Hornos o cruzando el territorio de Panamá con el apoyo de los indígenas del istmo. Los piratas eran expertos en abandonar un barco para posesionarse de otro que mejor les sirviera, o en dejar a un capitán para ponerse a las órdenes de otro que llevaba diferente rumbo.

Nicaragua fue un blanco codiciado por varias razones: tenía en frente a la isla de Providencia, que si bien fue tomada por los españoles en 1641, la recuperaron los piratas en 1666; poseía sobre el Caribe lagunas costeras donde los bucaneros podían esconder o carenar sus embarcaciones. Por otra parte, los ingleses habían ganado la amistad y el apoyo de los Misquitos y sabían que los pueblos españoles eran vulnerables si sorprendidos por el lago de Nicaragua y el río San Juan, en especial la ciudad de Granada cuya riqueza había sido descubierta y elogiada pocos años antes por el fraile apóstata Thomas Gage.<sup>2</sup>

La primera invasión de los aventureros al interior de Nicaragua tuvo lugar, sin embargo, por la vía del río Coco, según la describe James Burney en su *Historia de los Bucaneros de América* publicada en Londres en 1816:

“Cerca del año 1654 una gran partida de Bucaneros Franceses e Ingleses se juntaron para expedicionar en el Continente. Subieron por un río de la Costa Mosquito, a corta distancia al sur del Cabo Gracias a Dios, en canoas, y después de luchar casi un mes contra la fuerte corriente y raudales, dejaron sus canoas y marcharon al pueblo de Nueva Segovia, al que saquearon y luego regresaron por el río”.<sup>3</sup>

La época más triste para los españoles y criollos que vivían en Nicaragua fue la comprendida entre 1665 y 1688, cuando las principales poblaciones fueron asaltadas, parcialmente quemadas y sus habitantes tomados prisioneros o exigidos a pagar rescate. Nunca se imaginaron los descendientes de los conquistadores que todos aquellos abusos execrables que algunos de sus antepasados cometieron contra la población na-

<sup>2</sup> Ver Capítulo IX de la presente obra.

<sup>3</sup> Ver Burney. p. 53.

tiva en el siglo anterior, iban también a ser sufridos por ellos a manos de otros forajidos igualmente crueles.

El historiador nicaragüense José Dolores Gámez, escribe:

“Resístese la mente a concebir la horrorosa existencia de nuestros antepasados durante el siglo XVII si nos figuramos por un momento todo lo que sufriríamos si llegara un día en que nos viésemos sorprendidos por una chusma feroz, hedionda a pólvora y aguardiente, que después de incendiar nuestros hogares, de robarnos hasta el vestido que lleváramos puesto, arrebataren a nuestras madres, a nuestras esposas, a nuestras hijas, a nuestras hermanas, las violasen y escarneciesen a nuestra vista; y riendo de su llanto, haciendo irrisión de su desnudez, las alejaran de nuestro lado para siempre, poniendo de por medio mares lejanos, convertidas por el derecho de conquista, en degradadas esclavas”.<sup>4</sup>

Cuando en 1667 y 1670 España y Londres hicieron las paces, suscribiendo los Tratados de Madrid, Inglaterra prometió retirar su apoyo a la piratería a condición que España permitiese el arribo de buques ingleses en necesidad a ciertos puertos de sus colonias y reconociera, además, el derecho de Inglaterra de poseer ciertas islas y tierras ocupadas en el continente por súbditos británicos. Estas incluían las colonias de Norteamérica, Jamaica y algunas islas en las Antillas Menores. En los Tratados, sin embargo, no se mencionaron Belice ni la Costa de la Mosquitia donde los ingleses se habían establecido algún tiempo atrás.

No obstante los acuerdos firmados entre ambas potencias, los piratas continuaron ignorando compromisos. Morgan asaltó y quemó Panamá en 1671 y fue premiado por su hazaña con el cargo de vicegobernador de Jamaica. En los quince años siguientes otros bucaneros continuaron asaltando puertos y pueblos en el istmo centroamericano con no menos rapacidad e indulgencia. Cuando Inglaterra logró contener desde Jamaica aquellos forajidos, desalentando y desvaneciendo la piratería para siempre, Nicaragua había quedado postrada, mientras la colonia inglesa de la Mosquitia reservaba para el siguiente siglo una nueva forma de rapiña: la piratería fluvial hacia el interior del país.

### Los bucaneros capturan Granada

En 1664 fue nombrado gobernador de Jamaica Thomas Modyford con la instrucción, entre otras cosas, de frenar la actividad de los piratas y mejorar las relaciones con las colonias españolas al contorno del Caribe. Los bucaneros ingleses, con algunos compinches franceses, se retiraron a su refugio en la isla Tortuga, sumando en total unos 1,500 a 2,000 que se movilizaron en 15 barcos.

<sup>4</sup> Ver Gámez. p. 225.

La entereza del nuevo gobernador no duró mucho, antes bien fue en busca de los piratas para atacar Curazao cuando Inglaterra entró en guerra con Holanda. Las relaciones con las colonias españolas tampoco mejoraron, debido a las autoridades hispánicas que nunca quisieron reconocer la ocupación inglesa de Jamaica.

Pronto Modyford se encontró otorgando comisiones a los corsarios para llenar sus propios bolsillos. En enero de 1665 dio licencia a tres bucaneros, John Morris, un tal Jackman y el entonces novel Henry Morgan, (que contaba a la sazón 30 años de edad), para asaltar establecimientos españoles. Con unos cien hombres marcharon los corsarios a la costa de Campeche, donde capturaron una villa junto al río Tabasco. Luego enrumbaron al golfo de Honduras, cargaron agua y leña en Roatán y asaltaron el puerto de Trujillo. De ahí pasaron a la Costa de la Mosquitia, donde recogieron a veinte zambo—misquitos y varias canoas. Anclaron en Monkey Point y con la ayuda y transporte facilitados por los indígenas entraron por el río San Juan. Las canoas y remeros de la Costa Mosquitia fueron vitales para remontar la corriente, cuyos raudales—realizados por los terremotos de 1648, 1651 y 1663— no podían ser superados por la flota pirata.

Según el testimonio de Morris, los lugares por donde avanzaron eran un verdadero paraíso, con aire fresco y saludable. La orilla del lago de Nicaragua estaba cubierta de verdes pastos, amplias sabanas y multitud de ganado, con montañas azules al fondo: una clara descripción de la costa de Chontales.

Escondiéndose en el día entre las islas—según comenta Haring en su libro sobre los bucaneros— y remando todas las noches, desembarcaron a la quinta cerca de Granada. Marcharon sin ser advertidos a la plaza central de la ciudad; se apoderaron e inutilizaron 18 cañones que estaban allí, capturando las municiones. Luego tomaron y encerraron en la parroquia a 300 pobladores. Robaron por 16 horas y después soltaron a los prisioneros, tomando la precaución de agujerear los barcos que estaban en el lago antes de regresar a la costa del mar.

“El pueblo era grande y placentero, con siete iglesias, además de algunos colegios y monasterios, siendo de piedra la mayoría de los edificios. Unos mil indios se rebelaron contra la crueldad y opresión de los Españoles y habrían masacrado a los prisioneros, especialmente a los religiosos, de no haberles dicho los Ingleses su intención de no retener lo conquistado”.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> En Haring, p. 138. La declaración de Morris sobre la toma de Granada fue dada en Spanish Town el 20 de septiembre de 1665, tal como consta en el *Calendar of State Papers, Colonial Series, America and West Indies*, V. London, 1880.

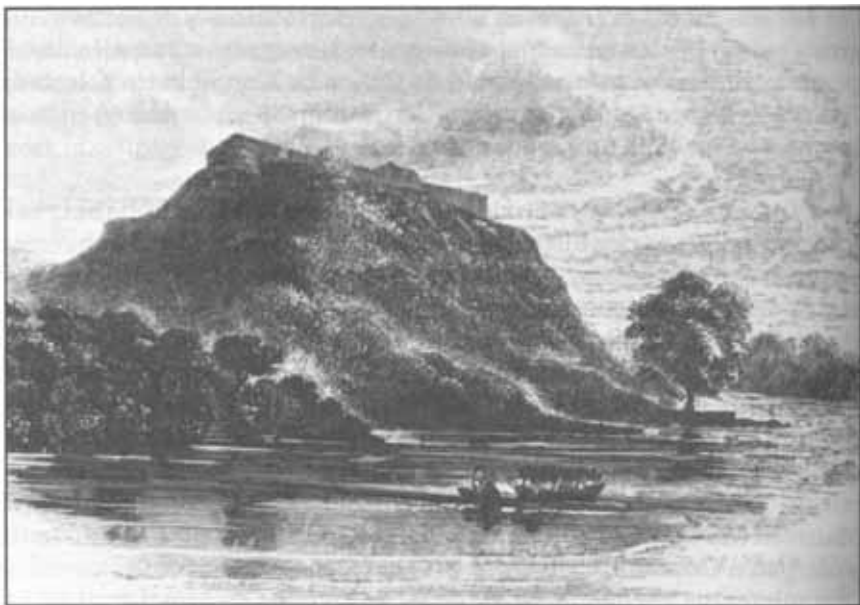
Los asaltantes se retiraron llevándose cierto número de esclavos negros y seis mil pesos en moneda y en bruto. De regreso a Jamaica divulgaron la riqueza y vulnerabilidad de Granada. Con el botín colectado Henry Morgan gozó de mejor estimación, compró una plantación en la isla y hasta consiguió una esposa.

El ataque a Granada ocurrió el 30 de junio de 1665. La fecha es igualmente señalada por los historiadores nicaragüenses Ayón y Gámez como el día en que otro pirata, Juan David (John Davis) asaltó la ciudad. Davis, de origen jamaiquino, es mencionado por Esquemeling en su libro, pero sin dar la fecha en que efectuó el asalto al puerto lacustre. Posiblemente se refería a otro de los cabecillas de grupo de Morris y Morgan a quien el autor atribuyó el éxito de la invasión bucanera. Quizás se trate de dos eventos diferentes a juzgar por la versión un tanto distinta ofrecida por Esquemeling. En efecto, este autor ubica la acción de Davis al mismo tiempo que merodeaba por la costa del Caribe el famoso pirata Mansvelt (Edward Mansfield), al año siguiente de la excursión de Morris y Morgan a Granada.

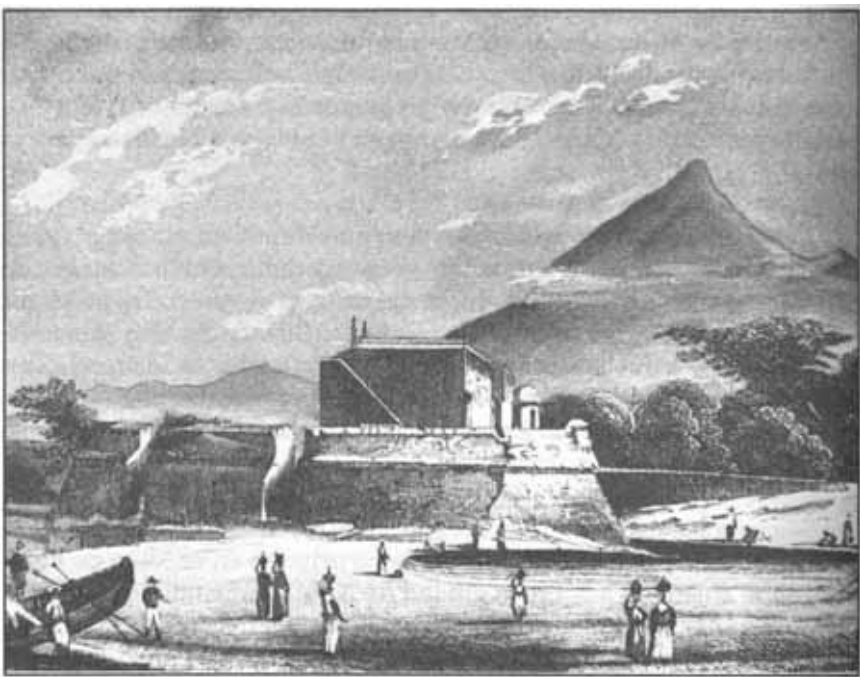
La noticia del asalto a Granada se conoció en Jamaica en Agosto de 1665 cuando Morris, Jackman y Morgan arribaron con el botín a Port Royal. El gobernador Modyford reconoció a Nicaragua como un nuevo campo para lanzar incursiones, así como la necesidad de recuperar la isla Providencia, que desde hacía un cuarto de siglo había caído en manos de los españoles. Para llevar a cabo ambas empresas comisionó al viejo y experimentado pirata Mansfield, quien a su vez eligió a Morgan como su vice-almirante.

Aunque los autores ingleses afirman que Mansfield atacó Providencia primero, pasó luego a Granada y luego procedió contra Cartago, las crónicas españolas permiten deducir otro itinerario, que excluye a Mansfield como el segundo asaltante de Granada. Citan más bien como responsable de esta nueva acción a John Davis, lo cual coincide con la versión de Esquemeling. Davis —según el historiador costarricense Ricardo Fernández Guardia— era uno de los tres lugartenientes de la armada de Mansfield.

Según la versión española, la expedición comandada por Mansfield, de unos ochocientos hombres, desembarcó primero en la costa de Veragua con el objeto de asaltar la ciudad de Natá. Habiendo fracasado el plan, siguió por el litoral de Costa Rica y el 8 de abril de 1666 cayeron los corsarios sobre el pueblo de Matina. De allí marchó una partida de 636 piratas tierra adentro con la intención de sorprender a Cartago, mientras el resto quedaba con Davis y los barcos en Bocas del Toro. No obs-



*Figura 35.- La fortaleza de La Inmaculada erigida en 1675 sobre una colina junto al río San Juan para detener el avance de los bucaneros al interior del país. (Squier).*



*Figura 36.- Un fortín protegía la costa de Granada. Al fondo el volcán Mombacho. (Squier).*

tante haber capturado la villa de Turrialba los bucaneros no pasaron más allá, pues fueron emboscados y derrotados por los españoles. Escasos de alimento, Mansfield y su gavilla abandonaron Costa Rica el 23 de abril.<sup>6</sup>

El ataque y recuperación de la isla Providencia fueron ejecutados por Mansfield un mes después. Subsiste la sospecha de si el segundo asalto a Granada tuvo lugar en el ínterin.

Esquemeling informa al respecto que John Davis estaba escondido en la bahía de Bocas del Toro, aguardando el paso de algunas fragatas españolas que supuestamente comerciaban entre Cartagena y Granada. Impaciente por la espera, resolvió marchar directamente al asalto de la última población. Arribó a las bocas del San Juan y escogiendo 80 hombres remontó el río en tres canoas. Remaron de noche para no ser advertidos hasta alcanzar el puerto, donde mataron al centinela haciéndose pasar por pescadores y respondiendo el alto en español. Luego, al filo de la medianoche, se dirigieron a las tres o cuatro casas más importantes y llamando a la puerta sorprendieron a sus dormidos moradores, saqueándoles moneda y plata. Pasaron luego a las iglesias, robando los vasos sagrados y profanando los templos.<sup>7</sup>

En la madrugada fueron descubiertos los piratas, entre los gritos y lamentaciones de los sorprendidos granadinos que se juntaron para repeler a los intrusos. Estos corrieron a las canoas con todo el botín robado, ahuyentando a tiros a los que se habían congregado en la playa. Luego tomaron rumbo a la isla de Ometepe, (lo cual no es mencionado por Esquemeling), llevando a varios prisioneros que consiguieron su libertad a cambio de una dotación de carne de res que los piratas necesitaban para el retorno a Jamaica.<sup>8</sup>

El botín asegurado fue de unas cuatro mil piezas de ocho, en monedas, joyas y gran cantidad de plata que sumaba 46 mil piezas más. Juan de Salinas, gobernador de la provincia, al informar sobre el sorpresivo asalto escribió lo siguiente:

“El pirata David dijo a unos de mis oficiales que estimaba en lo que vale una botija de vino el tesoro que llevaba, en comparación de haber conocido esta plaza, la laguna, sus

<sup>6</sup> Véanse las obras de León Fernández, *Documentos para la Historia de Costa Rica*. Vol V. p. 362; y de Ricardo Fernández Guardia, *Historia del descubrimiento y conquista de Costa Rica*, donde se relata la invasión de Mansfield a dicho país.

<sup>7</sup> Ver Esquemeling, p. 77-78.

<sup>8</sup> El asalto a Granada, al que se refiere el Documento A3.11. Legajo 2319. Expediente 34254. Folio 73 del Archivo General de Centroamérica, fechado en julio de 1666, menciona 130 ingleses que entraron en canoas y lanchas por el río San Juan, saquearon la ciudad y se llevaron algunos prisioneros por los que pidieron rescate, dando libertad a los indios.

isletas y la isla de Ometepe, y que había de hacer todo esfuerzo para fomentar con Jamaica y Portugal le diesen gente para ocupar estos puertos, de donde se prometía con mucha facilidad, establecer una comunicación con el mar del Sur".<sup>9</sup>

Por esta sorpresiva y audaz hazaña John Davis adquirió gran reputación en Jamaica y según Esquemeling fue nombrado almirante de seis o siete barcos piratas, con los que realizó asaltos por las costas de Cuba y Florida, habiendo capturado en esa península el fuerte y la ciudad de San Agustín.

Como consecuencia de la invasión de los bucaneros, el gobernador Salinas mandó a levantar ciertas fortificaciones en la desembocadura del río San Juan y construir una guarnición, o más bien empalizada, a la que bautizó como San Carlos de Austria, en la confluencia del río Pocosal, desde entonces nombrado como río San Carlos.

Estas defensas, sin embargo, no fueron óbice para que los piratas Lubborough, Prince, Harrison con 170 corsarios más, guiados por el indio Juan Gallardo, (apodado "*Gallardillo*"), ascendieran por el río en 1670. Los defensores de San Carlos rindieron el fuerte sin disparar un solo tiro. Algunos historiadores lo atribuyen a la traición de su castellano, otros a la excesiva confianza de éste por haber enviado una canoa de antemano para avisar a Granada sobre el ataque inminente. Pero los piratas actuaron rápido: fueron tras la canoa y remando a mayor velocidad le dieron alcance después de tres días. El camino a la ciudad quedó así despejado para el asalto. Sin embargo, esta vez la acción se llevó a cabo sin mucho provecho para los invasores, quienes obtuvieron no más de veinte libras cada uno en concepto de rescates. Decepcionados, pusieron fuego a los principales edificios de la ciudad y se retiraron llevando cautivos a varios hombres y mujeres.<sup>10</sup>

Una vez de regreso a Jamaica los capitanes fueron reprobados por el gobernador Modyford, por haber actuado sin su comisión, pero luego los envió a engrosar la flota de Henry Morgan que en esos días se preparaba para asaltar Panamá.

La triste suerte de Granada conmovió al fin al Capitán General de la Real Audiencia, Francisco de Escobedo. Nunca antes un Capitán Ge-

<sup>9</sup> Ver Valenzuela, p. 58–59, cuya obra es una compendiada e interesante selección de las aventuras de los piratas por Centroamérica. También las *Notas Geográficas* de Pablo Lévy, p. 32–33, edición del Banco de América, Managua, 1976.

<sup>10</sup> La toma de Granada por el grupo conducido por Gallardillo es mencionada por varios autores tales como Lévy (p. 33); Gámez (p. 216); Haring (p. 162) y Floyd (p. 33). La versión original aparece en la "*Relación de la Laguna de Nicaragua y Río San Juan por el Gobernador Joseph Lacayo, León, 1745*", reproducida en la *Colección de Documentos para la Historia de Costa Rica*. Vol. IX.



neral había abandonado Guatemala para reconocer sus posesiones. Escobedo arribó a Granada y fue personalmente a escoger un sitio, junto al río San Juan, donde levantar una guarnición permanente. En 1675 quedó terminada la Fortaleza de la Inmaculada Concepción, (la más grande fortificación colonial en la América Central, antes de levantarse la de Omoa), erigida sobre una empinada colina rocosa, frente a los impasables raudales desde entonces llamados de El Castillo, y defendida por catorce cañones.<sup>11</sup>

La ruta de invasión por el río San Juan quedó así sellada, previniendo el avance de futuras incursiones bucaneras e inaugurando a su vez un siglo de paz, moho y herrumbre para aquella fortaleza inexpugnable. En realidad, pasaron unos noventa años más antes que sus cañones volvieran a retumbar, accionados por la mano de una joven heroína: Rafaela Herrera.

### Otra vez William Dampier

Aunque la nueva fortaleza impidió el avance de los piratas hacia el lago de Nicaragua, no cerró todas las rutas al interior del país. El 12 de mayo de 1676 una partida de corsarios remontó por 80 leguas el río Coco, con el auxilio de indios Misquitos y Jicaques, para saquear Nueva Segovia (Ciudad Antigua), poniendo fuego a la iglesia.<sup>12</sup> La acción que estuvo al mando del capitán Wright acompañado por 150 piratas, entre ingleses y franceses, es también mencionada por el incógnito M.W. quien afirma que después de consumada, algunos de los asaltantes se quedaron a vivir con los Misquitos de Cabo Gracias a Dios. El obispo Morel de Santa Cruz señala el suceso como acontecido en el año de 1665, quizá confundiendo con la incursión de 1654 realizada al mismo lugar, según la crónica de Burney.

Otra puerta abierta al vandalismo de los piratas era la costa del Pacífico, a cuyo largo había navegado el famoso Drake en el siglo anterior y por donde, en junio de 1684, merodeaba una cierta flotilla de corsarios, entre los que se encontraba de nuevo William Dampier.

En este segundo viaje, emprendido por el bucanero—escritor, los piratas habían dado la vuelta por el cabo de Hornos, pasando por las islas de Juan Fernández y Galápagos. Por esas aguas capturaron un barco es-

<sup>11</sup> Ver Troy S. Floyd, (p. 34), y el escrito de Roberto Trigueros, "Las defensas del Rto San Juan" en el *Anuario de Estudios Americanos*. Tomo II, p. 413, 1954.

<sup>12</sup> Ver la "Carta del Gobernador de Costa Rica Juan Francisco Sáenz a SM, Diciembre 25, 1676", en *Documentos para la Historia de Costa Rica*. Vol. V. p. 363.

pañol y entre los prisioneros estaba un indígena de El Realejo, quien ofreció conducirlos a dicho puerto, al que describió como un lugar de mucha riqueza y de poco resguardo.

Enderezaron los piratas su rumbo hacia la costa de América Central, pasando por El Coco, pequeña y solitaria isla de 2,400 hectáreas de extensión, exótica y selvática, situada a unos 600 Kms. al sur de Costa Rica, donde se aprovisionaron de agua.<sup>13</sup>

Más adelante llegaron a la vista de los acantilados del cabo Blanco, península de Nicoya, donde murió el capitán John Cook, jefe de la expedición; fue necesario arrimar a la costa para enterrarlo. Ahí los piratas sorprendieron a unos indígenas que les informaron sobre extensas haciendas de ganado en los alrededores. Fueron algunos corsarios en busca de las reses, que no lograron arrear porque lo impidieron cincuenta españoles armados. Perseguidos hasta la costa fueron forzados los invasores a escalar un peñón, donde hubieran perecido con la marea creciente de no ser rescatados a tiempo por los otros piratas en un bote. Lo único que lograron llevar a bordo fue una madera preciosa que según la descripción de Dampier parece corresponder al madroño, muy apropiado para fabricar lanzas y remos.

Se nombró como nuevo capitán al holandés Edward Davis; luego los barcos pusieron proa hacia El Realejo. El viento soplaba fuerte y después de tres días de navegación, el 23 de julio, anclaron frente a la bahía que da acceso al puerto, en cuyo horizonte se erguía como un faro el volcán San Cristóbal en estado de erupción:

Dampier escribe:

"Ria Lexa es la más destacada tierra en toda esta Costa, pues tiene un alto atalaya de montaña humeante, llamada por los españoles Volcán Viejo. Basta cambiar el rumbo hacia el noreste, con la montaña al frente, para encontrar la entrada del puerto. Los barcos deben aprovechar la brisa marina para poder entrar. El volcán se reconoce fácilmente porque no existe otro tan alto en los alrededores, ni de forma parecida en toda la Costa; además, en el día está humeando y por la noche flamea; se puede ver a más de veinte leguas mar adentro".<sup>14</sup>

La entrada de la bahía estaba guardada por una isla rasa (El Cardón), dejando dos canales a uno y otro lado, siendo el occidental el más ancho y seguro para ingresar a ella. La bahía, según Dampier, era tan es-

<sup>13</sup> La isla del Coco era el "paradero" de los piratas, donde se supone enterraban sus tesoros. Fue descubierta en los primeros años de la conquista por los barcos que traficaban la ruta entre El Realejo y Perú; es mencionada por vez primera por el cronista Fernández de Oviedo.

<sup>14</sup> Las incursiones de Dampier por la costa del Pacífico de Nicaragua en 1684 y 1685, además de las citas traducidas, pueden consultarse en los capítulos V y VIII de su conocido libro.

paciosa como para albergar unos doscientos veleros. El pueblo estaba situado a dos leguas tierra adentro, comunicado con la bahía por dos esteros que podían ser remontados en bote.

Tomaron los piratas las canoas, pero sus movimientos fueron advertidos por los vigías. Aunque algunos de éstos cayeron en manos de los corsarios, otro escapó, cabalgando con rapidez para poner en alerta al pueblo. Descubiertos en sus planes los invasores optaron por retirarse, aplazando el asalto para mejor ocasión.

Fueron los corsarios al golfo de Amapala (Fonseca) para carenar los navíos, pasando entre las dos montañas que Dampier nombra Casivina y San Miguel (Cosigüina y Conchagua), que como pilares de Hércules guardan la entrada del golfo. Encontraron dos islas, Meanguera y Amapala (El Tigre), habitada por indígenas que no hablaban más lengua que la nativa (posiblemente potón o ulúa). Llamó la atención del escritor la ornamentación de las iglesias y el color moreno de sus imágenes. Los indios sembraban maíz y criaban gallinas; también cultivaban jocotes.

Cogieron de rehén al cura que atendía a los isleños y por su intermedio lograron la colaboración de éstos en la consecución de alimentos y en la reparación de las embarcaciones. Al terminar la carena dieron libertad al religioso y regalaron a los indios un barco medio lleno de harina que habían capturado de paso. A continuación los corsarios se separaron; unos fueron con el capitán Eaton; Dampier prefirió quedarse con Davis. Abandonaron el golfo el 3 de septiembre, después de un mes de permanencia en las islas.

### Asalto a la ciudad de León

Por un tiempo los piratas navegaron por la costa de Ecuador, habiendo fallado en el intento de atacar Guayaquil. Luego se dirigieron a la bahía de Panamá; capturaron el correo de España y se enteraron que el tesoro procedente del Perú iba a ser embarcado rumbo a Panamá con destino a Portobelo. Semejante ocasión no podía ser desperdiciada. Los corsarios estuvieron maniobrando por las islas de Perlas en espera de tan tentadora presa. Ahí vinieron a juntarse otros capitanes, sumando el total de la flota corsaria 960 hombres y diez barcos piratas, entre ellos 300 franceses al mando del capitán Francois Grognet.

A finales de mayo de 1685 hizo su aparición la flota española. Consistía en 14 barcos, con más de 1500 tripulantes. Cayó la noche cuando se intercambiaron los primeros cañonazos. Los españoles recurrieron

entonces a una estratagema: apagaron el farol de la nave almirante como señal de anclaje. Luego encendieron otro fanal en una nave menor que enrumbó mar adentro. Los piratas persiguieron la luz, pensando que se trataba del barco del tesoro que escapaba alejándose de la costa. Al amanecer la flota española entraba salva a la bahía de Panamá y los bucaneros estaban lejos, cogidos en el ardid y con los vientos en contra.

Después de aquel fiasco acordaron algunos corsarios dirigirse a León y capturar la ciudad. Dedicaron cierto tiempo para construir canoas a fin de penetrar por los angostos esteros de la bahía de El Realejo. El 8 de agosto reconocieron el Volcán del Viejo y pusieron proa hacia la entrada de la bahía.

La expedición contaba esta vez con 640 hombres bajo el mando de los capitanes Davis, Swan, Townley y Knight. Botaron anclas mar afuera y 520 piratas en 31 canoas remaron en dirección a la costa. Por la tarde el viento recio y el oleaje encrespado, más un chubasco que se desató, casi las hizo zozobrar. Repitieron el intento al siguiente día y aunque sufrieron de nuevo las impertinencias del tiempo, lograron entrar a la bahía sigilosamente al anoecer. Aprovecharon la oscuridad para internarse por un estero, (luego llamado Doña Paula), y al amanecer escondidos entre manglares avanzaron aguas adentro.<sup>15</sup>

El ruido de los remos atrajo la atención de los vigilantes españoles, que emprendieron carrera para llevar la alarma a León, distante unas 6 leguas. Unos 470 piratas desembarcaron a toda prisa y yendo tras los vigías corrieron rumbo a la ciudad.

Después de fatigosa jornada los bucaneros llegaron a León en la tarde del 11 de agosto. El primero en entrar a la población fue Townley, quien con ochenta forajidos resistió y desbandó la arremetida de una caballería de gente joven y de indígenas de Subtiava que le salieron al paso. Los otros piratas fueron arribando en sucesión. Pasaron juntos a la plaza, defendida heroicamente por el alcalde con sólo sesenta soldados, pues la mayoría de los habitantes, incluyendo el obispo, huyó aterrorizada hacia los montes a la primera noticia de la aproximación de los corsarios.<sup>16</sup>

La ciudad se rindió a los invasores sin más resistencia, quedando expuesta al saqueo de los vencedores. Estos pidieron un fabuloso rescate,

---

<sup>15</sup> El estero Doña Paula lleva ese nombre en memoria de la suegra del gobernador, que al conocer el avance de los piratas salió por las calles de León con un tambor, dando la alarma a la población.

<sup>16</sup> El obispo Juan de Rojas logró llegar a Metapa, (hoy Ciudad Darío), donde murió poco después de la apurada fuga.

equivalente a 300,000 piezas de a ocho y suficiente comida para sustentar a mil hombres durante cuatro meses, demandas imposibles de satisfacer por los leoneses. Mientras tanto el expolio de la ciudad se inició, “[...] sin quedar ornamento ni alaja, escriptorios, quadros, camas, ropa ni vestidos; quedando los vecinos por esta razón sin más abrigo que el que tenían puesto, ni más caudal; y con el desconsuelo que se deja considerar de tan lastimosos suzesos”, reza una crónica local refiriéndose al infausto acontecimiento.

Tres días después, en vista que las demandas no fueron satisfechas por los vecinos, los piratas pusieron fuego a la ciudad y se encaminaron a El Realejo, deseosos de repetir la hazaña. Como única consolación para los afligidos leoneses, hicieron un prisionero inglés, que resultó ser arquitecto, el cual ayudó a reconstruir los principales edificios de la población saqueada y quemada.

Dampier, con otros 59 corsarios, se había quedado en el estero al cuidado de las canoas; pero es de sospechar que más tarde marchó a León a reclamar su botín, por la acuciosa descripción que hizo del camino y de la población. En efecto, menciona en su libro al territorio leonés como plano y arbolado, con muchas plantaciones de azúcar; el vado de un hermoso río (Quetzalaguaque) a tres leguas de la población, única corriente que

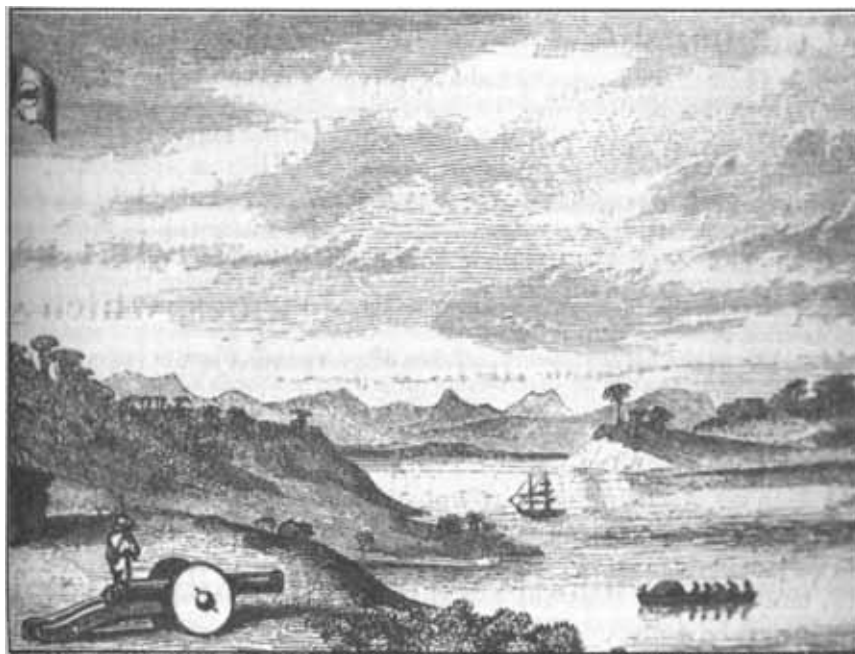


Figura 37.- Entrada a la Bahía de El Realejo. (Squier).



*Figura 38.- La ciudad de León a mediados del siglo XIX, con el volcán de El Viejo (hoy San Cristóbal) atalayando en el horizonte. (Squier).*

encontró hasta llegar a un pueblo indígena, (obviamente Subtiava), situado dos millas antes de la ciudad. Desde ahí pudo contemplar el volcán de León (Telica), que lanzaba con frecuencia bocanadas de fuego y humo, visibles desde el mar. La descripción de la ciudad, según su pluma, es la siguiente:

“Las casas no son tan altas, pero si grandes y fuertes, dotadas de jardines; las paredes de piedra y los techos de tejas. Tiene tres iglesias y una Catedral, que es la sede episcopal en estas partes. Nuestro paisano, Mr. Gage, quien viajó por estos lados, la recomienda al mundo como el lugar más placentero en toda América. En realidad, si consideramos su posición, encontramos que es superior en salubridad y placer a la mayoría de lugares en América, pues el terreno es arenoso y absorbe toda la lluvia que cae y que aquí es frecuente. La rodean sabanas y le llegan las brisas de todas partes, lo cual la vuelve muy placentera. No es un lugar de activo comercio y por lo tanto no abunda en moneda. Su riqueza consiste en pastos, ganado y plantaciones de azúcar. También se hacen mecates de cabuya, aunque en la ciudad no se observan tales manufacturas”.

Una vez que los piratas pusieron a salvo el botín capturado en León, guardándolo en los barcos, enfilaron hacia la bahía y usando nuevamente las canoas penetraron por el estero de El Realejo. En una de las caletas tenían los españoles una empalizada y guarnición para cortarles el paso, pero bastaron unos cuantos tiros para que los defensores desertaran el retén dejando la vía abierta hacia el puerto, que Dampier descri-

be del modo siguiente: “Es un pueblo grande con tres iglesias y un hospicio con un bellissimo jardín; tiene además muchas casas hermosas, separadas entre sí por patios. Pero es un lugar insalubre, muy necesitado del hospital, pues está asentado tan cerca de los esteros y pantanos que con frecuencia se sienten sus nocivas emanaciones”.

Los piratas encontraron las casas vacías y como único botín 500 sacos de harina, algunos mecates y alquitrán. En los jardines los hambrientos aventureros saquearon las guayabas, piñas, melones y pitahayas. Dampier, como buen naturalista, hace una detallada descripción del guayabo y del cacto, anotando como una curiosidad que bastaba comer 15 ó 20 pitahayas para que la orina “se convirtiera en sangre”.

Los corsarios permanecieron una semana en El Realejo, buscando comida entre las plantaciones de azúcar y haciendas de los alrededores, teniendo que darse por satisfechos con 150 vacas que un caballero de León había pagado como rescate. Antes de embarcarse, el 24 de agosto, dejaron el puerto incendiado.

Luego de repartido el botín, la flota corsaria se dividió, yéndose una parte hacia el sur. Dampier, abandonando a su viejo capitán Davis, fue con la partida de Swan, (que se proponía recorrer las costas de México y luego cruzar el Pacífico rumbo a las Filipinas), interesado más por conocer nuevos territorios que en obtener ganancias pirateando.

Durante la estadía en El Realejo los asaltantes contrajeron tifoidea, especialmente aquellos del grupo de Davis, donde la enfermedad se cebó en 130 casos, mortal para muchos, al extremo que la tripulación se vio forzada a buscar amparo en las islas del golfo de Fonseca. Dampier atribuyó la epidemia a la malignidad de las aguas de El Realejo, donde según su opinión “[...] las casas y enseres pudieron estar infectados, pasándose la enfermedad a nosotros”.

Pero aún no se había cerrado el trágico capítulo de los asaltos a las poblaciones de Nicaragua cuando los corsarios franceses entraron en la escena.

### **El caballero parisino Raveneau de Lussan**

Las andanzas de los corsarios franceses por la costa del Pacífico de la América Central fueron dadas a conocer por el pirata Raveneau de Lussan, oriundo de París, en su libro *Journal du Voyage fait a la Mer du Sud, avec les filibustiers de l’Amerique*, publicado en Francia en 1698.

A finales del siglo XVII Francia jugaba un papel incómodo entre las potencias rivales de España e Inglaterra. Algunos franceses en las Antillas pasaron de traficantes y contrabandistas a piratas, asaltando los barcos de España y sus posesiones. Imitando a sus compinches ingleses cruzaron del Caribe al Pacífico, en 1679, para continuar en las lucrativas depredaciones de la piratería.

Un joven francés, Raveneau de Lussan, perseguido por sus acreedores, viajó a la isla de Santo Domingo, cuya parte occidental estaba en posesión de Francia. A finales de 1684 se juntó con otros 120 aventureros con el objeto de asaltar los barcos españoles que arrimaban a la isla. Después de cierto tiempo el grupo decidió probar suerte en la Mar del Sur. Marcharon los corsarios franceses a Panamá, para cruzar el istmo a pie, tal como lo habían hecho los ingleses en tiempos de Morgan con el apoyo de los amistosos indios del Darién.

Luego de mes y medio de azarosa caminata entre la selva, sufriendo toda clase de penalidades, los aventureros lograron alcanzar el Pacífico para engrosar la partida de los capitanes franceses Grognet y Lesquier, que junto con otros bucaneros ingleses, (entre los que se encontraba Dampier), estaban al acecho de la armada española que traía el oro del Perú. Habiendo fallado en el intento de robar el tesoro —tal como se refirió atrás— Grognet con sus 300 piratas franceses salió a recorrer las costas de Centro y Sur América, asaltando sucesivamente los puertos y pueblos de El Realejo, Guayaquil, Paita, Granada, El Viejo y Chinandega, consiguiendo amasar una considerable fortuna en sus tropelías.

Tal como usualmente sucedía en estos casos, los colonos españoles sentían tanto pánico ante la presencia de aquellos desalmados que bastaba una gavilla de corsarios, con audacia y arrojo, para poner en fuga a centenares de soldados y vecinos, dejando los pueblos indefensos a la rapiña de los aventureros. Si éstos no encontraban lo que esperaban, por haber escondido los pobladores el dinero y las joyas, simplemente procedían a tomar algunos rehenes pudientes, exigiéndoles rescate a cambio de sus vidas. Si las demandas no eran cumplidas, les cortaban la cabeza sin ningún miramiento. También solían prender fuego a la población cuando los habitantes no reunían cierta cantidad de valores, estimada por los piratas como precio de rescate por la ciudad.

Los piratas franceses eran tan temibles y feroces como los ingleses; de comportamiento bastante similar, salvo que se mostraban más gentiles —si así se puede llamar su complacencia— con las damas, al menos en el trato de las prisioneras. A este respecto, De Lussan se refiere a una bella y rica viuda que capturó en el asalto a Guayaquil, quien quedó pren-



dada del pirata y trató vanamente de convencerle para que dejara aquella vida tan arriesgada y la aceptara como esposa.

Otro rasgo diferente de los franceses era su catolicismo. Celebraban las victorias acudiendo a las iglesias de los pueblos asaltados para cantar un *Te Deum* en acción de gracias. Criticaban a los ingleses por los actos sacrílegos con que profanaban las formas, ornamentos y vasos sagrados de los templos, destruyendo las imágenes de los santos con sus sables. Los franceses se conformaban con los doblones de oro, plata, perlas y joyas que podían obtener en el saqueo o por rescate, botín muy conveniente para llevarlo consigo en sus viajes por mar o a través del continente.

El diario de Raveneau de Lussan está escrito en estilo de novela, con anécdotas e interesantes observaciones, no desprovisto de cierta ironía. Uno de sus críticos, Marguerite Eyer Wilbur, escribía al respecto: “El toque francés esencial, combinado con la mente analítica del Autor, el gozo del aventurero novel y la agilidad de la pluma de un acucioso observador, son los que dan a las páginas del *Journal* su valor duradero”.<sup>17</sup>

### Piratas franceses merodean por el Pacífico

Después de haber fracasado en la captura de la flota española en la bahía de Panamá los piratas se dispersaron. Grognet y su gente merodearon por los alrededores en busca de comida, asaltando algunas villas. Escogieron como refugio la isla de San Juan (Coiba), entre la península de Azuero y el golfo de Chiriquí. Ahí resolvieron ir al asalto de León, ignorando que los ingleses ya les habían tomado la delantera.

Después de una peligrosa travesía junto al litoral de Costa Rica y de sortear vientos contrarios, arribaron a la bahía de El Realejo el 22 de octubre de 1685, teniendo en el horizonte el altivo volcán que dos meses antes había señalado el camino a los piratas ingleses. El cráter todavía estaba humeante debido “a la mina de azufre” que lo coronaba, según el entender de Raveneau de Lussan.

Con el objeto de capturar alguna gente y obtener información sobre la costa que por primera vez visitaban, despacharon cuatro canoas con un centenar de piratas. Estos regresaron para informar a Grognet que los ingleses ya habían arrasado con el lugar, capturado León y quemado El Realejo. Tampoco existía posibilidad de atacar Granada, porque un catalán que andaba con los piratas desertó, escapó de la canoa y llevó la alarma a los vecinos de la ciudad.

<sup>17</sup> Ver Eyer Wilbur, p. 25.

No obstante las desalentadoras noticias, los piratas tenían gran necesidad de procurarse alimento. Desafiando el fuerte oleaje los barcos penetraron en la bahía y los bucaneros desembarcaron en El Realejo. El puerto estaba abandonado, con iglesias y casas parcialmente destruidas por la reciente incursión de los ingleses.

Los corsarios marcharon luego tierra adentro, siempre en busca de comida, habiendo robado algún ganado y vaciado un caldero de azúcar que encontraron en una de las plantaciones de la vecindad. Unos 150 piratas insistieron en ir por los despojos de León, avanzando hasta las rondas de la ciudad. Desistieron de sus planes cuando supieron que dos mil vecinos estaban emplazados en defensa de la población y que todos los objetos de valor que quedaban en ella habían sido puestos a buen resguardo. Regresaron al puerto, donde capturaron a un capitán de caballería por quien supieron del gran temor que cundía en los alrededores por la presencia de los bucaneros, fresca la memoria de la pasada visita de los ingleses. Al respecto escribe De Lussan:

*"De su información concluimos que nuestros enemigos mantenían una fuerte vigilancia cuando no había peligro, pero retiraban sus fuerzas cuando el enemigo se aproximaba. Esto nos indica el calibre de esos hombres. En efecto, si hubieran tenido nuestra determinación y energía, combinados con su numerosa tropa, nos hubieran ganado cada vez que hubiésemos intentado asaltarlos. Nuestra mejor salvaguardia dependió, como siempre, tanto de su cobardía como de nuestro arrojo".<sup>18</sup>*

Alentados por esta información decidieron asaltar Pueblo Viejo, (El Viejo), a tres leguas de distancia de El Realejo. Lo encontraron abandonado, pues días antes el cura había lanzado una anatema, convenciendo a los píos habitantes que la presencia de los piratas era un castigo de Dios. Unos 150 valientes pobladores sin embargo se habían atrincherado en la iglesia, pero no resistieron ni por media hora la embestida de los piratas. Escaparon uno tras otro por la puerta de la sacristía, dejando que los invasores saquearan el pueblo a su placer y se llevaran todo lo que pudieran, incluyendo muchos caballos y algunos prisioneros para pedir rescate, antes de retirarse a los barcos.

Estando surtos en el puerto, recibieron carta del Vicario de la provincia alegando el Tratado de Amistad entre Francia y España —que los piratas desconocían— y solicitando depusieran las armas a cambio de facilitarles paso y pasaje al Mar del Norte, pero los desconfiados corsarios rehusaron la propuesta temiendo una traición de los españoles. No obstante liberaron a unos 30 prisioneros y después de carenar el barco salieron rumbo a Panamá, a finales del mes de noviembre. Los españoles

<sup>18</sup> Esta y el resto de las citas son del libro De Lussan, tomadas de la traducción inglesa. Se indican a continuación, entre paréntesis, los lugares no nombrados o aquellos mal escritos en el narración original.

se sintieron tan felices que celebraron la partida de los corsarios despidiéndolos con fuegos artificiales.

Navegaron los aventureros hacia el sur, urgidos por el hambre, y aunque descubrieron numerosas bahías abrigadas donde podían desembarcar, el fuerte oleaje se los impedía, a causa de los vientos Papagayos que soplan entre Nicaragua y Costa Rica. De Lussan escribía al respecto:

“He observado una diferencia fundamental entre este océano y el Mar del Norte. No importa cuan violentos sean los vientos de este lado, tan pronto como cesan, el mar queda calmo como un espejo, mientras que en el último, aunque calmen los vientos por varios días, el mar sigue agitado como si el viento estuviera soplando. También encontré que las ráfagas de viento de sotavento (suroeste) son mucho más peligrosas en este mar que las de barlovento (noreste). En el Mar del Norte, sin embargo, un barco es generalmente perturbado sólo por aquellos que vienen de barlovento. Estos mares ofrecen todavía otra diferencia: el Mar del Sur es violento cerca de la costa, pero calmo mar adentro, mientras el Mar del Norte es a menudo muy agitado mar adentro, pero usualmente calmo cerca del litoral”.

Otra observación curiosa del pirata francés se refiere a la presencia de serpientes marinas (*Pelamys platurus*) en esta sección de la costa. Las describe como de dos pies de largo, manchadas, tan ponzoñosas y fatales que el piquete no conoce remedio que evite una muerte segura. Cuando el mar las arroja sobre la playa mueren al momento de tocar la arena, antes que el agua se retire, según lo anota De Lussan.

Los piratas volvieron a su escondite en la isla de San Juan después de una corta incursión por el golfo de Nicoya, de un asalto a la población de Esparta y de otro intento contra el pueblo de Chiriquí.

### Granada sorprendida nuevamente

En marzo de 1686 los bucaneros franceses partieron de su escondite enrumbando hacia el golfo de Nicoya. Ahí encontraron al capitán Townley, el cual, después del ataque a León, había subido hasta Acapulco y estaba de regreso. Grognet le propuso unir fuerzas para que pasasen a atacar Granada. El plan consistía en desembarcar en una playa solitaria sobre el Pacífico y encaminarse al objetivo propuesto sin ser advertidos.

Dejaron por tanto los barcos en Cabo Blanco, unos promontorios rocosos teñidos de guano, en el extremo de la península de Nicoya. Luego de abordar varias canoas, continuaron costearo hacia Nicaragua, impartiendo la instrucción que pasados seis días los barcos los siguieran y

anclaran allí donde vieran surtas las canoas. La intención era sorprender a Granada desde una dirección jamás intentada.

El 7 de abril saltaron a tierra 345 piratas, entre franceses e ingleses, y caminaron por dos días. No obstante las precauciones tomadas, fueron descubiertos por algunos pescadores que estaban en un río a 15 leguas de Granada. Estos corrieron a dar aviso a la ciudad y tras ellos los piratas pisándoles los talones. Pero los corsarios, cansados y hambrientos, renunciaron a la persecución; a una distancia de cuatro leguas de la ciudad pararon y asaltaron una plantación de azúcar, cerca de la cual se levantaba una iglesia muy bonita, según apreciaba De Lussan.

La ruta que los piratas hicieron por tierra es apenas adivinable. El obispo Morel de Santa Cruz, al escribir 70 años después del suceso, sostiene que el lugar de desembarco fue la ensenada de El Astillero en la desembocadura del río Escalante, a unas 10 leguas de Granada. No obstante, De Lussan estimó en 20 leguas la distancia recorrida entre aquel lugar y esta población, las que fueron cubiertas después de tres días y medio de caminata. Este dato parece confirmar que los bucaneros más bien arrimaron a la ensenada de Brito, situada al sureste de Astillero y que en el río Tola fueron descubiertos por los pescadores. La plantación de azúcar, cerca de la iglesia donde se detuvieron, estaba obviamente en Nandaime.

El 10 de abril por la mañana prosiguieron su caminata hacia Granada. Desde una colina próxima a la ciudad observaron dos barcos que se internaban en el lago de Nicaragua y en los que —según supieron después— huía cierta gente con sus más valiosas pertenencias. Se dirigían a una isla situada dos leguas al este, (probablemente Isla Grande frente al actual Puerto Díaz). Los piratas, sin barcos ni canoas, no podrían darles alcance.

Los invasores tuvieron noticias, por un prisionero que tomaron, que los granadinos estaban bien armados y atrincherados; que habían fortificado la ciudad desde que fueron prevenidos meses antes por aquel catalán desertor. También supieron que disponían de catorce cañones y que seis compañías de caballería habían sido destacadas para sorprenderlos por la retaguardia.

Tales advertencias, sin embargo, no amedrentaron a los bucaneros, que libraron su primer batalla saliendo avantes de una emboscada que los granadinos les tendieron a las puertas de la ciudad. Una partida de avanzada regresó con la noticia que existían tres fortalezas resguardando la población. Los piratas decidieron entonces entrar en bloque, arro-

jándose con bravura por la calle principal, burlando las fortificaciones y evadiendo los cañonazos que les disparaban. Corrieron bajo el amparo de los aleros, arrastrándose por los corredores y se echaban al suelo para dejar pasar las andanadas del enemigo. Pronto se fortificaron en la plazuela, (de Jalteva), donde resistieron por hora y media forzando a los pobladores a retirarse bajo una lluvia de granadas que les lanzaron en ofensiva. Los moradores corrieron a refugiarse a una iglesia y desde la torre lograron herir a varios de los invasores.

Los piratas avanzaron decididos a la plaza, capturando un fuerte "tan espacioso como para albergar a unos seis mil soldados", después de lo cual toda resistencia cesó. Pasaron luego a la parroquia donde cantaron un *Te Deum* por la victoria conseguida y luego robaron las principales casas, donde en lugar de mercaderías encontraron bastantes armas y municiones.

Enviaron los asaltantes a una prisionera a pedir rescate por la ciudad. Un sacerdote fue destacado como intermediario, quien subestimando la intención de los invasores, (por una mala información que diera un pirata cautivo), llegó a ofrecerles barcos para que se fuesen por el lago hacia la Mar del Norte.

La propuesta no pareció satisfacer a los bucaneros, que habían pasado riesgos, fatigas, penurias y hambres. Estaban decepcionados por el poco fruto que obtuvieron en Granada, la cual, comenta De Lussan sin empacho:

"[...] aunque graciosa y agradable como pareciera a los residentes, no valía ni un muelle a hombres que como nosotros, desprovistos de barcos, sin comida y continuamente asediados por innumerables enemigos, teníamos que estar en constante alerta y donde se hizo todo lo posible para evitar que pudiéramos ganarnos la vida".

En la crónica se presenta a Granada como una ciudad grande y espaciosa, dotada de magníficas iglesias y casas bien construidas. La parroquia estaba en una de las esquinas de la plaza mayor. Los alrededores carecían de agua, salvo la obtenida del lago. La rodeaban buenas plantaciones de azúcar, organizadas como villas.

Como los granadinos no respondieron a las demandas de los piratas y siendo la mayoría de los cautivos mujeres, los corsarios decidieron vengarse prendiendo fuego a la parroquia, donde profanaron la tumba de un obispo, luego de saquear las casas principales.

Morel de Santa Cruz informa al respecto que el ataque a Granada fue en 1685, confundiendo posiblemente el año con el que correspondió a la

toma de León por el grupo de Dampier. También señala que el templo incendiado fue el de San Francisco, junto con 18 casas principales, y que los invasores sólo tuvieron trece bajas.

El 15 de abril los piratas abandonaron la ciudad, llevando consigo dos cañones y cierta artillería capturada para abrirse paso hacia la costa, en cuya ruta esperaban encontrar resistencia.

### En busca de agua y comida

La retirada de Granada no fue tarea fácil. A un cuarto de legua 2500 españoles estaban al acecho de los corsarios, pero con los dos cañones que portaban éstos lograron despejar el camino. No obstante las repetidas emboscadas, los piratas supieron evadirlas o vencerlas. Uno de los prisioneros confesó que el tesorero de Granada había escondido en la pared de su casa un millón y medio “de piezas de a ocho”, que guardaba en reserva en caso de rescate de la ciudad. Los granadinos mantuvieron el secreto pensando que su ciudad nunca podía ser puesta a la prueba del fuego. Tardía fue también la revelación del cautivo, porque los piratas pensaron que si regresaban por el tesoro de la ciudad podían caer en una trampa.

Por todos lados salían partidas de españoles para asediar a los invasores. Obligados a desviarse del camino los piratas fueron a parar a Masaya. La marcha en aquel caluroso día de abril fue de las más extenuantes. La sed los atormentaba, pues no existían riachuelos corriendo entre ambas poblaciones. Uno de los bueyes que cargaban el cañón se ahogó entre la sed y el polvo del camino.

Arribaron a Masaya por la tarde. Esta era “[...] una villa muy placentera en la costa de una laguna”, pero el agua yacía al fondo de un precipicio y el descenso era tan abrupto “[...] que desde arriba un hombre parecía no más grande que un niño”. Los moradores habían evacuado el pueblo y volcado las tinajas para rendir a los invasores por la sed, pero los indígenas (de Monimbó) buscando como salvar la ciudad se aprestaron a auxiliar a los piratas, proveyéndolos de agua y alimentos. De Lusan escribe al respecto: “Estos indios son una raza misérrima que los Españoles tratan de oprimir y someterlos al más bajo nivel, aunque fingen que los tratan bondadosamente en un esfuerzo de ocultar su tiranía y crueldades, afrenta que aquéllos no olvidan... Indudablemente, si les diéramos armas y asistencia se librarían del yugo de sus opresores inmiscricordes, ya que son tres veces más que ellos”.

Al día siguiente, 17 de abril, salieron los corsarios de Masaya y tomaron rumbo a la costa en busca de los barcos, no sin antes haber dispersado una tropa comandada por el catalán desertor, recuperando en la operación 50 caballos. De Lussan no menciona la ruta del éxodo, salvo que pasaron por una pequeña villa situada a tres millas de Masaya, (probablemente Catarina), otra más adelante (Diriomo?), donde toda la población huyó; luego por una hacienda de ganado y la tercera noche pernoctaron en una estancia donde descansaron por varios días y se recuperaron. Después de robar comida en los alrededores, se embarcaron finalmente el 26 y pusieron proa hacia El Realejo donde esperaban encontrar más provisiones.<sup>19</sup>

Dos días después anclaron en la bahía. Desembarcaron y encaminaron por segunda vez a El Viejo, cuya población se dio a la fuga. En vista del gran calor que hacía, los piratas se echaron sobre la grama de la plaza en lugar de afanarse en la persecución. No obstante capturaron unos cien prisioneros, la mayoría mujeres, a las que retuvieron como rehenes mientras se dedicaban a buscar comida en la vecindad sin ser molestados. Así lograron apropiarse de muchos caballos, cuya carne no les resultó despreciable en aquel tiempo de hambruna. También obtuvieron seis calderos de azúcar en una de las plantaciones vecinas.

El 4 de mayo marcharon a Chinandega, (Ginandego, según escribe De Lussan), en represalia porque sus habitantes les habían tendido una celada en un zanjón. Los piratas vencieron sin dificultad a los 200 españoles, saquearon y quemaron el pueblo en venganza. Para entonces ya nada les interesaba más que obtener comida: una situación desesperada porque el corregidor de León había ordenado quemar los graneros para que no cayesen en manos de los invasores, contra los que envió además un refuerzo de ochocientos hombres en persecución.

En vista de tantas inconveniencias, los bucaneros optaron por retirarse y levar anclas, no sin antes haber carenado las embarcaciones en el astillero de El Realejo. Procedieron también a repartirse las ganancias, remunerando en forma especial a los que habían quedado inválidos durante la incursión por los pueblos de Nicaragua.<sup>20</sup>

<sup>19</sup> La información dada por el obispo Morel de Santa Cruz, que los piratas escaparon por Masachapa, es contradictoria con el hecho que los barcos fueron al rescate de éstos ahí donde los invasores habían dejado las canoas de desembarco.

<sup>20</sup> Los piratas tenían su propia "Tabla de Seguros por Invalidez": por la pérdida del brazo derecho, 600 piezas de ocho ó 6 esclavos; por el brazo izquierdo, o la pierna derecha, 500 piezas ó 5 esclavos; por la pierna izquierda, 400 piezas ó 4 esclavos. Por un ojo, o dedo de la mano, 100 piezas o un esclavo. A manera de comparación el salario de un carpintero o armador era de 150 piezas de ocho. El médico de a bordo con su cofre de medicamentos tenía un salario entre 200 y 250 piezas.

El 13 de mayo la partida de piratas se dividió: Townley con sus ingleses y 148 franceses, (entre lo que figuraba De Lussan), tomaron rumbo a Panamá. El resto de los franceses prefirieron seguir hacia el oeste con Grognet, siempre en demanda de comida. Los ingleses tuvieron suerte al respecto: en la bahía de Culebra (Nicoya) encontraron numerosas tortugas con las que se hartaron. Algunas de estas “paslamas”, (*Lepidochelys olivacea*), eran tan grandes que bastaba un espécimen —según De Lussan— para alimentar a 50 hombres por día.

### Ultimas depredaciones por el Pacífico

Townley y su gente anduvieron por un tiempo merodeando por las islas de la bahía de Panamá, con la esperanza de sorprender otro cargamento de oro y plata procedente del Perú. En uno de los asaltos perdió la vida este capitán, herido por las balas envenenadas de los españoles. El resto de la tripulación regresó entonces al golfo de Nicoya donde encontraron a Grognet, a cuya flota se incorporaron.

El viejo capitán francés, por su parte, había incursionado por el golfo de Fonseca, penetrado hasta Tegucigalpa en busca de minas de oro y visitado por tercera vez El Viejo por la vía del Estero Real, pero todo sin éxito. Viéndose nuevamente reforzado, pero con los barcos casi inútiles, propuso ir a la captura de embarcaciones al astillero de Guayaquil, puerto que además prometía un rico botín. Partieron pues los franceses e ingleses juntos hacia la costa de Suramérica, tomando la ruta de las islas Galápagos.

Con la misma osadía y coraje de siempre los bucaneros asaltaron y capturaron Guayaquil el 20 de abril de 1687, habiendo obtenido cuantioso botín y rescate. De todo ésto, sin embargo, no pudo gozar el capitán Grognet, pues murió a los pocos días de las heridas que recibió en el asalto. Así, al año de haber incursionado Nicaragua, ninguno de los dos capitanes responsables de aquellos asaltos, estaba con vida para disfrutar de sus rapiñas.

Ya era tiempo para el resto de la tripulación de regresar a Europa para gozar del botín obtenido durante los años de piratería. Aunque los franceses habían perdido a su capitán, se sentían satisfechos con las ganancias adquiridas en el asalto a Guayaquil. Pero carecían de buenos barcos para intentar el regreso por la larga ruta del cabo de Hornos. También descartaron el tránsito por Panamá, por estar aguas y costas bien resguardadas y porque los indios, sus antiguos guías y aliados, habían hecho las paces con los españoles. Sólo quedaba una solución: probar por



el golfo de Fonseca y atravesar a pie el istmo con la esperanza de alcanzar el cabo Gracias a Dios, ya que una vez en el Mar del Norte el resto sería fácil.

Dejaron los piratas Guayaquil, decididos a buscar la costa de El Realejo, pero los vientos los llevaron a las playas de El Salvador, habiendo confundido —según parece— el volcán San Miguel con el San Cristóbal. No tardaron, sin embargo, en encontrar la entrada del golfo, al que De Lussan describe de la siguiente manera:

*"La bahía de Mapalle (Amapala) es encantadora como pocas y está dotada de islas grandes, tan bellas como las de la bahía de Panamá. Antes estaban habitadas y todavía poseen villas placenteras que fueron abandonadas debido a los asaltos de los filibusteros (ingleses). El anclaje es excelente, pero expuesto a los elementos. Los chubascos son comunes y descienden tan violentamente de las montañas vecinas que son pocos los velámenes que pueden resistir estas tempestades".*

Mientras estaban en una de las islas supieron de una partida de franceses que navegaban en precarias condiciones en dirección al oeste, por lo que decidieron ir en su búsqueda y rescate. Recorrieron las costas de El Salvador y Guatemala y llegaron hasta Tehuantepec. Bajaron para asaltar la ciudad, la cual evacuaron sin esperar rescate a principios de septiembre. Continuaron en la búsqueda por la costa hasta llegar a Acapulco, sin haber encontrado a los paisanos. Entonces regresaron para intentar la travesía transistmica, arribando al golfo de Fonseca a mediados de diciembre.

El plan consistía en abandonar los barcos y quemarlos, alcanzar la costa de Choluteca en canoas, caminar 60 leguas en dirección a Segovia, buscar el río (Coco), construir balsas y bajar por la corriente hasta alcanzar el cabo Gracias a Dios, donde esperaban encontrar algún barco que los llevaría a Santo Domingo y eventualmente a Francia.

En el ínterin, un grupo de 18 piratas desembarcó y fue en busca de prisioneros para tomarlos como rehenes, usarlos de guías por la ruta planteada y conocer de antemano los peligros que tendrían que afrontar en su marcha a través del continente. Sorprendieron al pueblo de Choluteca cuyos pobladores, creyéndolos más numerosos, huyeron a los montes. Al regresar de su sorpresa arremetieron contra los piratas, entonces refugiados en la iglesia con algunos de los rehenes. Los aventureros lograron escapar con su acostumbrada audacia; regresaron con la información requerida a la isla del Tigre donde los aguardaba el resto.

No obstante la incertidumbre sobre la proyectada ruta de escape, los piratas tuvieron que aligerar el plan porque descubrieron varias embar-

caciones españolas que, mandadas en su búsqueda, entraban al golfo y porque también andaban escasos de provisiones. En efecto, el día de Navidad hundieron los barcos, excepto un galeón y una piragua que los llevarían a tierra firme en la costa de Choluteca.

Los bucaneros estaban dispuestos a realizar la travesía, casi odiseica, por territorio enemigo y desconocido, conviniendo antes de partir en las siguientes normas:

"[...] que cualquier hombre herido en los encuentros que iban a tener sería recompensado con mil piezas de ocho; que cualquier caballo capturado sería dividido entre la compañía para mutuo auxilio, dándolo con preferencia a los enfermos; que aquellos que perdieran su coraje siendo por ello heridos, no tendrían derecho a la remuneración y que se castigaría a todo aquel que fuera sorprendido robando, bebiendo o dando muestras de cobardía".

Cuando estaban en las últimas tareas de trasegar armas, el botín, los prisioneros, (a los que también llevaban como cargadores), apareció un barco español saludándoles con unos cuantos cañonazos. Esa misma noche, la última del año de 1687, salieron furtivamente de la isla del Tigre. Engañaron al enemigo con unos cuantos disparos de cañón, que activaron con una mecha dispuesta con antelación para encenderse a una hora determinada, haciendo creer a sus perseguidores que los piratas aún permanecían en la isla cuando en realidad remaban rumbo a la costa de Choluteca protegidos por la oscuridad de la noche.

### Por el camino de Segovia

Una vez en tierra firme los corsarios destacaron una partida con el objeto de robar caballos en las haciendas de los alrededores, habiendo recogido 68 bestias para transportar los haberes por la ruta transísmica. Al día siguiente, 2 de enero de 1688, iniciaron la marcha después de haber dicho sus oraciones "y encomendado a Dios". Iban 280 corsarios, más varios prisioneros que los guiaban. El viaje no fue fácil, pues además de subir y bajar por sucesivas serranías, atravesar ríos, aguantar hambres, etc., fueron asediados numerosas veces y emboscados por tropas españolas que intentaban cortarles el paso.

Los mismos piratas desconfiaban unos de otros, en especial de aquellos que habiendo jugado y perdido su fortuna eran capaces de robar o matar a sus compañeros para resarcirse a costa de los que todavía la conservaban. De Lussan había convertido sus ganancias en oro, perlas y joyas; en total 30,000 piezas de ocho, fáciles de cargar consigo pero, desconfiando de los piratas de manos vacías, optó por la siguiente cautela: "Tuve el buen sentido y la presencia de ánimo de juntarme con el grupo que me

pareció más sano y con el que mi vida corriera el menor de los peligros, lo cual resultó en mi salvación. Decidí repartir lo que poseía entre varios compañeros, en el entendido que al llegar a Santo Domingo me lo regresarían, dándoles en cambio una comisión”.

En los primeros días de la marcha los piratas pararon en ciertas haciendas en busca de comida, siendo rastreados desde Choluteca por una partida de españoles organizada en su persecución. Continuaron internándose en el país, remontando las mesetas (San Marcos de Colón); sufrieron una que otra emboscada aunque sin mucho éxito para sus perseguidores. El mayor problema que encaraban era la falta de sustento pues las autoridades locales habían ordenado hacer desaparecer toda comida sobre la ruta de Segovia, la cual corría por 40 leguas sobre un territorio muy difícil de caminar. Además, mandaron poner fuego a los pastos secos de las mesetas para sofocar con el humo a las bestias y retardar el avance de los invasores transeúntes. También les tendían celadas por delante, derribando árboles sobre el camino, esperándolos agazapados en los barrancos. La osadía de los piratas, o la cobardía de los perseguidores al no darles batalla frontal, hizo que aquéllos surgieran siempre avantes de todas las trampas que les tendieron.

En el séptimo día de la caminata llegaron los piratas a una plantación, (posiblemente Inalí, al este del actual puesto aduanero El Espino), donde quemaron la casa-hacienda para distraer a sus perseguidores y tomaron un prisionero, por boca del cual supieron que trescientos soldados habían sido despachados de Tegucigalpa para interceptarlos.

En ese mismo día, (8 de enero), pasaron cerca de un gran pueblo (probablemente Somoto), de donde salieron 300 vecinos en su persecución. Los movimientos fueron detectados por los piratas, por la manía de los perseguidores de tocar continuamente trompetas en alarde de intimidación, según comenta De Lussan: “Esto se parecía mucho a la música del palacio encantado de Psiquis, ejecutada por músicos invisibles, porque nosotros nos ocultamos en lugares tan cubiertos de pinos que era imposible observarlos”.

Esa noche durmieron en un cerro, (Quisuca, posiblemente), según disposición de pernoctar en las cumbres en lugar de los valles, por el temor de verse sorprendidos y rodeados del enemigo en la mañana siguiente. La montaña fría y la niebla eran tan espesas que imposibilitaban discernir objetos cercanos antes de la diez de la mañana.

Después de una escaramuza a mediodía, donde murieron dos piratas—a los que sepultaron fuera del camino para que los españoles no lle-

varan cuenta de las bajas— fueron en busca de comida a una villa cercana, (Totogalpa?), recogándose en la noche en las alturas (de Cuje), media legua adelante del poblado. Al siguiente día resistieron otra emboscada, quitando los caballos al enemigo. Buscaron comida en otra villa, (Mosonte?), pernoctando entre los montes vecinos.

El 11 de enero, cuando se aproximaban al pueblo de Segovia, (hoy Ciudad Antigua), desbarataron y dispersaron una emboscada que les tendieron los españoles. Entraron los piratas al pueblo sin encontrar resistencia, porque los vecinos habían huido a los bosques de pino que crecían en los cerros de los alrededores, haciendo disparos con pocos e ineficientes mosquetes. Los asaltantes no encontraron provisiones en el pueblo, ni nada de importancia que robar: “La ciudad está situada en una hondonada, rodeada por cerros que la circundan por completo. Las iglesias de mala construcción, pero la plaza era grande y bonita, al igual que las casas de los propietarios”.

Recapitulando sobre el trecho caminado hasta entonces —unas 40 leguas— comenta De Lussan que el camino era muy difícil y peligroso de transitar, con muchos cerros y angostos valles; la topografía tan quebrada que por cada legua plana existían seis de camino montañoso. El clima también presentaba contrastes: de día hacía calor en los llanos, en la noche el frío señoreaba en la cumbre de los cerros.

En el pueblo de Segovia tuvieron la suerte de capturar a un hombre que conocía la ruta que llevaba al río (Coco), distante unas 20 leguas al oriente. El 12 de enero se pusieron en marcha, subiendo y bajando por más serranías y limpiando de obstáculos y barricadas el camino por delante. Al atardecer del siguiente día escalaron un pináculo (cerro Jumuyca) desde donde observaron, a través de una angosta cañada, una gran cantidad de ganado que pastaba en las lomas de enfrente. La alegría por aquel descubrimiento, que prometía un reconfortante festín para los hambrientos piratas, se eclipsó por completo cuando comprobaron que se trataba de caballos ensillados. Mil quinientos jinetes estaban en aquella garganta en espera del paso de los corsarios, cortándoles el camino, atrincherados para lanzar sobre ellos un ataque masivo.

El lugar y la situación eran una verdadera encrucijada. No existía otro camino, ni más paso que éste, pues los alrededores eran montañas quebradas, tupidas de bosques, donde la caravana de los piratas difícilmente podría penetrar. Tampoco estaba la situación como para retroceder, por los trescientos españoles que desde el principio de la jornada venían pisándoles los talones, ni cabía razón para volver atrás.

De Lussan propuso la idea de circunvalar el cerro, (en cuyas laderas los españoles estaban atrincherados en espera del paso de los piratas por el camino al fondo de la garganta), y sorprender a las fuerzas enemigas por la retaguardia. Mientras tanto, un grupo quedaría a la entrada de la cañada disparando tiros para llamar la atención y engañar a los emboscadores.

Amparados por la oscuridad de la noche y la neblina de la mañana siguiente otro grupo dio vuelta al cerro, cayendo de sorpresa sobre una de las trincheras de la retaguardia. Sembró tal desconcierto entre los españoles que el terror se apoderó de todo el batallón, al extremo que los piratas se abalanzaron con tal denuedo y ferocidad que hicieron con aquellos pobres hombres una verdadera carnicería. En la confusión reinante pereció el capitán, (Beltrán de Figueroa), un viejo militar español que comandaba la tropa, quien había descartado un ataque por la retaguardia pensando que los piratas no se atreverían a semejante audacia, “ni que fueran diablos”. Tampoco reparó en el consejo del gobernador que le había advertido no confiarse de los bucaneros, [...] “porque estos demonios hacen trucos a los que no estamos acostumbrados”.<sup>21</sup>

Después de tan resonante victoria los piratas cantaron un *Te Deum*, agradeciendo a Dios haberlos sacado avantes del aprieto. Fueron después al rescate de la gente que había quedado a la entrada de la cañada al cuidado de pertenencias y prisioneros. Ahí mismo dieron batalla y derrotaron a los españoles que venían en su persecución desde el inicio de la travesía. Recogieron luego unos 900 caballos, amputando al resto de las bestias por el tendón de la pata para que nadie las usara en su persecución. Resumieron la marcha hacia el río, donde los equinos capturados fueron sacrificados para salar la carne y tener comida segura para la jornada fluvial.

Después de dieciseis días de camino, el 17 de enero, arribaron los piratas al tan esperado río Segovia, (en la confluencia del Jícaro), donde la corriente se torna navegable para canoas.

### Bajando el río en Pipantes

Una vez alcanzadas las riberas, los corsarios se dieron a la tarea de cortar árboles y construir *piperies* o pipantes. Los armaron con troncos de *mapou* (balsa), cortados en trozos, puestos en ringlera, sujetos con bejucos a la manera de jangada. Resultaron así unas plataformas flotan-

<sup>21</sup> La emboscada tuvo lugar en la cañada del río Guali o Almorzadero, sobre el camino de Susucayán y Quilalí. Archivo General de Centroamérica. A3.399.119.23. Guatemala.

tes que podían transportar a dos o tres personas estando de pie. Esta era la forma más práctica de navegar por la torrentosa corriente, sorteando raudales con el auxilio de pértigas o palancas, evitando dar contra las piedras que sobresalían en medio del cauce.

De Lussan escribe:

“El río tiene sus cabeceras en las montañas de Segovia y desemboca en la Mar del Norte por el cabo Gracias a Dios, después de deslizar su curso con terrible rapidez sobre un número infinito de rocas de gran tamaño, saltando por increíbles paredones y raudales, por lo menos un centenar, que se encuentran de trecho en trecho. Muchos de ellos no pueden ser recordados sino con horror, temidos como son por los más intrépidos, cuando el ruido del agua se escucha caer desde lo alto hacia torbellinos que meten miedo. De todos modos, la situación es tan formidable que solamente aquellos que han pasado por ahí pueden dar una idea precisa de sus peligros. Siendo yo uno de ellos, recordaré hasta el último de mis días los riesgos que experimentamos entonces”.

La fuerte corriente empujaba con gran ímpetu a los endebles “pipantes” haciéndolos girar sobre espumosos remolinos, donde el agua subía hasta mojar la cintura de los tripulantes, si no los lanzaba contra los troncos flotantes. Bajaban las improvisadas balsas en fila, a prudente distancia la una de la otra, de modo que si la de adelante zozobraba, la siguiente disponía de mayor espacio y tiempo para maniobrar sobre las tumultuosas aguas del río. Se procuraba evitar los raudales más peligrosos arrimando cada balsa a la ribera, donde desembarcaban los montados y la carga antes de llegar al salto. Uno de los hombres la dejaba ir, guiando su curso con un mecate, mientras el otro estaba abajo del raudal listo para capturarla, pues si el pipante escapaba los perdidosos tendrían que hacerse uno nuevo.

El único alimento que los piratas encontraron durante el accidentado viaje río abajo fue el plátano, cuyas cepas crecían en las vegas, posiblemente sembrado por los indios Sumus. Esta fruta evitó a los aventureros morir de hambre, ya que no podían cazar con la pólvora húmeda y la carne de caballo salada no servía después de dos días de remojada.

El río discurría en medio de una espesa selva tropical escasamente habitada por los Sumos: “[...] Pocos días después que iniciamos el descenso, encontramos las chozas de una tribu de indios llamados Albacuinias (Albagüinas), a los que perseguimos para quitarles la comida. Muchos otros viven internados, pero los que están en la ribera no comercian ni guerrean con los de la ribera opuesta”.

Como lo sospechara De Lussan, algunos piratas malvados, que tomaron la delantera, se escondieron entre las rocas en espera de los que venían detrás, para asaltarlos. Así asesinaron a cinco ingleses, de quienes

se sabía llevaban mucho botín. Los culpables escaparon a la selva y nunca se volvió a saber de ellos. Posiblemente los indios dieron cuenta de ellos.

El 20 de febrero, después de un mes de navegación, llegaron al término de los raudales, (en *Awasbila* –Santa Isabel), la parte donde el río se torna espacioso y profundo. Allí se habían acumulado gran cantidad de troncos flotantes y cañas de bambú contra los que embistieron las balsas, ahogándose algunos piratas. Más adelante el río se abría cada vez más amplio y bello, con la corriente sosegada. La visión hizo revivir los ánimos de los maltratados sobrevivientes.

Una vez reunidos en aguas mansas, los piratas construyeron largas canoas de balsa, árbol que crecía abundante sobre las riberas. El primero de marzo un contingente de 120 hombres se embarcó en cuatro canoas, ansiosos de alcanzar cuanto antes el Mar del Norte, seguido poco después por otros tantos. Habían recorrido lo más peligroso del trayecto fluvial sin el auxilio de guías, casi por instinto de sobrevivencia. Algunos todavía albergaban temor de que el río fuera a parar, después de todo los trabajos, al Mar del Sur, de donde habían partido los piratas sorteando tantos peligros. La completa travesía, de mar a mar, costó la vida a unos veinte, entre emboscados, ahogados y asesinados, de toda aquella caterva de aventureros.

Los primeros en alcanzar el cabo Gracias a Dios fueron los ingleses, quienes no se entretuvieron en fabricar canoas, sino que continuaron río abajo en los pipantes. De nada sirvió tanto apuro, porque un barco inglés que zarpaba para Jamaica les cobraba a cada uno más de seis mil libras esterlinas como pasaje anticipado, cantidad que no estaban en condición de reunir. Otros aventureros, habiendo perdido las ganancias en el río, o por haberlas jugado, optaron por quedarse a vivir entre los Misquitos. Unos piratas ingleses que tampoco pudieron embarcarse, pues no tenían el salvoconducto que el gobernador de aquella isla otorgaba por comisión, pidieron a los franceses que los llevaran a la isla de Santo Domingo. El grupo de éstos arribó a cabo Gracias el 9 de marzo, después de transcurridos más de dos meses de ardua jornada, mitad terrestre, mitad acuática, y de atravesar el istmo por su parte más ancha.

### Observaciones sobre los Zambo–Misquitos

Raveneau de Lussan y la partida de corsarios franceses estuvieron unos cuantos días en Cabo Gracias a Dios, a la espera de un barco que los transportase a Petit Goaves en Santo Domingo, cansados de andar me-

tidos en el sucio pero jugoso negocio de la piratería. Durante la breve estadía en el Cabo, aprovechó De Lussan para observar ciertos hábitos y costumbres de sus habitantes.

Los moradores de Cabo Gracias a Dios eran un buen número de negros y mulatos de ambos sexos, cuya población había crecido a saltos, desde que un barco —español según su versión— procedente de Guinea había encallado cerca de la costa, suceso que también fue dado a conocer por otros cronistas de aquel tiempo. Los sobrevivientes que lograron nadar hasta la playa fueron recogidos, según la misma versión, por indios-mestizos (posibles hijos de piratas y misquitas), quienes los acogieron dándoles terrenos para que sembrasen y levantasen chozas en las riberas del río, a unas cinco leguas aguas arriba.

En ese lugar sobrevivieron los náufragos cultivando maíz, banano y yuca según la costumbre que aprendieron de los indígenas. Estos también les enseñaron cómo preparar una bebida nutritiva, llamada *hoon*, a partir de la fruta de cierta palmera cuya descripción —dada también por De Lussan— parece corresponder a la palma de aceite. Es probable que el brebaje haya sido el mismo al que se refería Esquemeling con el nombre de *achioc*.

Escribe De Lussan que todos los mulatos (léase Zambos) eran de aceptable estatura; no usaban más ropa que la exigida por el pudor, para lo cual la naturaleza les había provisto de un árbol llamado “palmito bastardo”, de cuya corteza separada en tiras hacían ropas y cobijas. Sin embargo, algunos de los mulatos vestían a la europea, con ropa traída por los ingleses de Jamaica.

De Lussan comenta:

“Esta gente es la más arrojada del mundo para meterse en el mar, siendo sin disputa los más diestros pescadores. Van mar adentro en pequeñas canoas que un marinero corriente no se atrevería a abordar. En ellas permanecen tres o cuatro días por lo menos, imperturbables a pesar del tiempo, como si fueran parte de la canoa. Una vez que han avisado un pez, no importando la profundidad donde nada, no fallan en capturarlo, tan grande es su habilidad”.

Los Misquitos prestaban asistencia a los piratas con frecuencia y abordaban los barcos corsarios para luchar juntos, bajo promesa de participar en el botín obtenido, palabra que debía ser fielmente respetada porque si se les engañaba una vez nunca volverían a confiar en los bucaneros. Esta actitud, según observara De Lussan, es propia de todos los indígenas de esos climas, que no responden si no les cumplen con lo prometido.



Hablando sobre los auténticos aborígenes de la costa, el pirata escritor señala que vivían a 10 ó 12 leguas al sur de Cabo Gracias a Dios, en los lugares llamados Sambey y Sanibey (Sandy Bay):

"Son extremadamente perezosos, plantando y cultivando poco. Prefieren descansar en sus hamacas, un tipo de cama que se columpia suspendida en sus tiendas o chozas, mientras las mujeres hacen el trabajo del hogar. Únicamente toman sus botes cuando los agobia el hambre y se van de pesca, en la cual son especialmente diestros. Si la captura es grande, preparan una fiesta y no regresan al trabajo hasta que vuelven a sentir hambre".

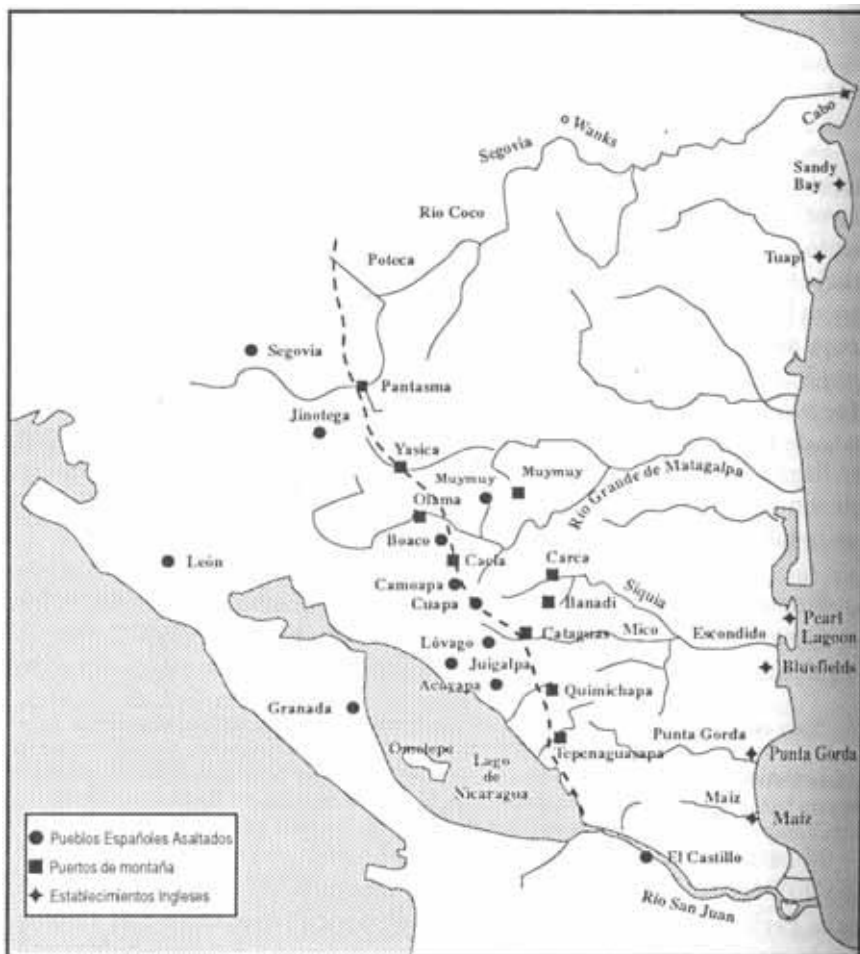
Según De Lussan los indígenas vestían tan escasamente como los mulatos del Cabo. Pocos entre ellos tienen hábitos sedentarios, siendo la mayoría nómadas y vagabundos que caminan por el litoral. Cuando el viento arremete con lluvia se protegen usando como paraguas la hoja del árbol de guacamaya (posiblemente quequisque). Si les coge el sueño, buscan un hueco en la playa en el cual se acurrucan cubriendo el cuerpo con arena para librarse de los mosquitos que con frecuencia cunden en el aire. También se protegen de unos diminutos jejenes que no se ven pero se sufren, porque atacan tan aguda y cruelmente que sus piquetes son como de fuego. El cuerpo atormentado por estos bichos invisibles queda tan llagado como el de los leprosos. Los piratas se vieron obligados a dormir con toda la ropa que traían puesta para defenderse de los insectos que revoloteaban y perturbaban el sueño.

Siempre que los indígenas emprenden un viaje, no importando la distancia a recorrer, llevan consigo a sus mujeres, hijos y animales domésticos, según lo advierte De Lussan:

"Esta es una costumbre que he observado entre todos los indios del continente americano y mientras estos que menciono viven tan salvajes como los otros, son en cierto modo más tratables debido a su relación con los ingleses, cuyo principal objeto es ganárselos para hacerse los amos del país, donde ya tienen cierto número de asentamientos".

El 14 de marzo de 1688 Raveneau de Lussan y el resto de sus inquietos paisanos abordaron un barco inglés. Luego de recoger agua en las islas de Perlas (Corn Island) dieron la vuelta por Providencia, enrumbando a la costa de Cuba, donde supieron que España y Francia habían firmado la paz. De allí prosiguieron a la isla de Santo Domingo.

De Lussan continuó para Francia, país al que nunca esperó volver después de tan peligrosas aventuras, ni mucho menos gozar en su patria de la comodidad y fama que su botín y libro le concedieron.



*Figura 39.- Frontera invadida por ingleses, misquitos y zambos, y pueblos asaltados durante el siglo XVIII.*

## CAPITULO XIII

### Incendio en la frontera

*—La ocupación inglesa de la Costa Mosquitia. —Los caribes bravos del Río Grande. —Penetraciones fluviales y asaltos por los puertos de montaña. —Estado de las defensas. —Sitios a la fortaleza del río San Juan. —Observaciones de un coronel inglés.*

La historia de Nicaragua en el siglo XVIII se caracterizó principalmente por las acciones de hostigamiento que los colonos ingleses asentados en la costa del Caribe realizaron en contra de los pueblos españoles del interior del país. Estas hostilidades se llevaban a cabo remontando hasta sus cabeceras los ríos principales que drenan hacia el litoral, para caer de sorpresa sobre los indefensos asentamientos que entonces marcaban la frontera del dominio español.

En sus actos vandálicos los ingleses contaban con la guía y el apoyo de los Zambo-Misquitos y Sumus o, como los llaman las crónicas de la época, los Mosquitos y Caribes. Los indígenas mostraban notable pericia para remontar los ríos raudalosos en frágiles canoas, (*pipantes o kurines*, en las respectivas lenguas), hasta alcanzar sus fuentes en las serranías de Segovia, Matagalpa y Chontales, regiones donde las poblaciones españolas quedaban expuestas a sorpresivas embestidas por ser fronteras con la selva.

Los invasores eran diestros en el manejo de las armas, tanto las arrojadizas, de confección nativa, como las de fuego que obtenían a través del comercio con los ingleses. Gracias a estas últimas, los Zambo-Misquitos lograron controlar unos mil kilómetros de costa sobre el

desde el río Tinto hasta Bocas del Toro, sin contar las expediciones vandálicas hacia el interior de Honduras, Nicaragua y Costa Rica. En la primera parte del siglo habían sometido a varias tribus selváticas, como los Jicaques, Payas, Tawakas, Ulwas, Ramas, Suerres y Talamancas, tomándoles esclavos o exigiendo tributos para mantener el comercio con los traficantes ingleses de Jamaica. De éste modo, las invasiones eran motivadas por causas económicas y políticas para el beneficio de los Zambo-Misquitos y de sus instigadores.

Los ingleses que arribaron a la costa con la idea inicial de cortar árboles tintorios y obtener productos como la vainilla y zázaparrilla, resucitaron las viejas alianzas de los piratas con los nativos. A mediados del siglo XVIII inventaron una “monarquía” afro-indígena, acogida a la protección inglesa, con directa supervisión y apoyo desde Jamaica. Así lograron mantener supuestos derechos sobre la costa caribe de Centroamérica, aprovechando sus nexos e influencias con una de tantas sociedades tribales costeras, la que nunca antes había sido expansionista ni se regía por una sola cabeza.

Los colonos españoles que vivían en la frontera selvática eran muy vulnerables a los ataques relámpagos de los Zambo-Misquitos. No poseían un resguardo militar que los defendiera, tampoco suficientes armas, salvo viejos y oxidados mosquetes. El corregidor y su guarnición militar estaban a varios días de camino para acudir al socorro oportuno de los pueblos asaltados; el Capitán General de Guatemala entretenido en ejecutar órdenes reales y rendir informes, y Su Majestad empeñada siempre en conflictos con las otras naciones de Europa.

A mediados del siglo varios frailes recoletos fueron destacados a los pueblos fronterizos en el vano intento de convencer y contener a las tribus selváticas que habitaban en las montañas centrales de Nicaragua. Los indígenas cristianizados por los misioneros, (calificados como “caribes mansos”), sentían también un miedo cerval ante la presencia de los invasores Zambo-Misquitos y de los “caribes bravos”, quienes por lo general los tomaban cautivos para venderlos en el mercado de esclavos de Jamaica.

La complicidad inglesa en estas incursiones revistió tres aspectos: en la primera década del siglo las invasiones a tierra adentro parecen haber sido animadas por el afán de lucro, realizadas por pequeñas partidas de contrabandistas que vivían en cabo Gracias a Dios. Estos solían remontar el río Coco hasta Segovia, o el Patuka hasta Olancho. A mediados del siglo España e Inglaterra estaban en guerra; un superintendente inglés, radicado cerca de la desembocadura del río Tinto, controlaba

a los Zambo–Misquitos; los asaltos obedecían más a razones políticas que comerciales. Alrededor de 1780 las incursiones dejaron de ser simples aventuras, para transformarse en un intento naval, planificado por el almirantazgo inglés, para apoderarse de la ruta que conducía al lago de Nicaragua y a las principales poblaciones españolas, dentro del ambicioso proyecto de adueñarse del país para cortar en tajo el extenso dominio continental de España en América.

Los archivos coloniales contienen muchos documentos concernientes a estos inquietantes asaltos e invasiones. En realidad, no existe acción o narración de importancia durante el siglo XVIII que no esté ligada a este turbulento período de la historia centroamericana. No se encuentran más descripciones geográficas que las relacionadas con el reconocimiento de las posesiones de los invasores o sus rutas de ingreso, así como los planes para controlarlos o exterminarlos, según se infiere de las cartas de los gobernadores, obispos y corregidores.

### Breve recuento de la ocupación inglesa

Con la captura de Jamaica en 1655 se inicia la penetración formal de Inglaterra en las aguas del Caribe. La recuperación de la isla Providencia por los bucaneros, once años después, facilitó el ataque a las posesiones españolas de tierra firme, usando como vía de acceso el río San Juan; también permitió a los ingleses establecer alianza con los Misquitos, asentarse en sus villas y dirigir un activo comercio y contrabando por toda la longitud del litoral centroamericano.

Los intereses políticos de Inglaterra también quedaron favorecidos con aquella alianza, especialmente después que el primer “rey mosco” fuera solemnemente entronizado por las autoridades de Jamaica en 1687. Los ingleses montaron la pantomima de un Reino Mosquito, creando un gobierno jerárquico que los indígenas no acostumbraban tener. El nuevo “rey” levantó su rancho o “palacio”, en las vecindades de Sandy Bay. También fue nombrado un “gobernador” en Tuapí, un “almirante” en Pearl Lagoon, dando título de “generales” a otros prominentes Zambos y Misquitos. Estos no conocían más forma de gobierno que la de una comunidad democrática, si es que así se puede calificar la cooperación tribal para la subsistencia básica entre ciertos grupos familiares que vivían al margen del Caribe practicando una incipiente agricultura, la caza y la pesca.

La fidelidad de estos líderes de nuevo cuño, que gustaban de aparatosa fastuosidad a la *English-fashion*, era premiada con vestidos y uni-

formes ostentosos, armas de fuego, espadones, machetes, cacerolas y las infaltables botellas de ron.

A partir de 1740, con el nombramiento del primer superintendente inglés en el río Tinto, la alianza quedó oficializada, dando paso a la creación del protectorado inglés en la Costa de la Mosquitia y al suministro de armas para que los Zambo–Misquitos “hiciesen prevalecer sus derechos”. Los afro–indios se transformaron así en un pueblo belicoso que no sólo avasalló a las tribus vecinas, sino que retó el poder hispano de tierra adentro.

Además de los objetivos político–militares, los ingleses aprovecharon la alianza para montar un activo comercio y contrabando a lo largo de la costa, desde Yucatán hasta Panamá, explotando al mismo tiempo las maderas de tinte, la resina del pino, la vaina y raíces de la vainilla y zarzaparrilla, la semilla del cacao y la concha del carey, sin contar el comercio de los esclavos capturados durante las incursiones de los Zambo–Misquitos a las poblaciones y plantaciones de los españoles. Otros productos eran obtenidos por el trueque con los indígenas de la selva y hasta por contrabando con ciertos españoles que suplían a los ingleses con ganado, cacao, añil, plata, etc., al extremo de estimular a éstos para subir por los ríos en busca de los contrabandistas que vivían al margen de las leyes españolas. Hablando de los ingleses asentados en la costa, Troy S. Floyd menciona un caso al respecto:

“Antes de 1750 los colonos de la Costa subieron por el río Wanks para permutar oro y tabaco con los mulatos de El Júcaro y Jalapa; remontaron el río Bluefields para conseguir ganado del corregidor de Matagalpa, entre otros, y aún el río San Juan para comprar cacao a los comandantes del Fuerte de la Inmaculada”.<sup>1</sup>

Los principales establecimientos ingleses estaban ubicados en el río Tinto, Cabo Gracias a Dios, Laguna de Perlas, Bluefields y en las desembocaduras de los ríos Punta Gorda y Maíz. A mediados del siglo XVIII existía en ellos una población de 1500 ingleses, apoyados por unos 5000 Misquitos, Zambos y esclavos negros. Los establecimientos eran por lo general un conjunto disperso de chozas pajizas, montadas en zancos, salvo las residencias de los amos británicos, como la de William Pitt en el río Tinto, o la de Robert Hodgson en Bluefields. Estos personajes contaban además con flotillas para comerciar con Jamaica, las colonias de Norteamérica y hasta con Londres. Ejercían notable influencia entre los Zambos y los Misquitos.

Aunque las crónicas españolas parecen no hacer distinción entre éstos y aquéllos, conviene recordar que los Zambos eran mezcla de indíge-

<sup>1</sup> Ver Floyd, p. 63.

nas con africanos, mientras en los otros preveleía la sangre india. Los Zambos eran más numerosos en la costa hondureña, los Misquitos en la nicaragüense.

El Rey Mosco era por lo general un Zambo, o un Mulato, cuya autoridad ejercía comúnmente desde Sandy Bay, o desde el Cabo cuando la temporada de la tortuga marina así lo requería. También tenía casa aguas arriba del Wanks y su castelgandolfo tierra adentro, en Maniwatla. El segundo al mando era el “gobernador” de Tuapí, (cerca de donde hoy es Puerto Cabezas), por lo general un indio misquito cuya autoridad —supeditada a la del Rey— se ejercía por el resto de la costa de Nicaragua, rumbo sur, hasta Bocas del Toro. La supremacía de los Zambos sobre los Misquitos se remontaba al tiempo cuando unos náufragos africanos se asentaron en el Cabo, (alrededor de 1640), tomaron las mujeres de los indígenas y se multiplicaron rápidamente.

En sus incursiones de hostigamiento los Zambo-Misquitos y los “caribes” actuaban con impunidad, comandados por unos cuantos ingleses de los que comerciaban en la costa. Los pueblos españoles fronterizos no ofrecían mucha resistencia ante las invasiones, sorprendidos sin armas, como por lo general se encontraban. Confiaban en los frailes recoletos que trataban de convencer y convertir a los “caribes” o “montañeses”, para restar así fuerza al enemigo. Por otra parte, la Capitanía General de Guatemala nunca dispuso de una fuerza naval capaz de desalojar a los ingleses de la costa caribe, ni mucho menos para “exterminar” a los Zambo-Misquitos como ciertos planes parecían sugerir.

Aunque la fortaleza de La Inmaculada en el río San Juan cerró el paso a piratas e invasores por un siglo, esta vía era de todas la más codiciada, por conducir directamente al lago de Nicaragua y a las principales poblaciones españolas del interior. En 1762 los ingleses fallaron en su intento de capturar la fortaleza, hazaña que lograron dieciocho años más tarde cuando una nueva invasión, (donde participó el joven teniente Horace Nelson, celebrado después por su victoria en Trafalgar), consiguió apoderarse del fuerte. Los ingleses, sin embargo, no prosiguieron con el plan de adueñarse de Nicaragua porque la malaria y la disentería diezmaron notablemente la salud de la tropa invasora, obligándola a desalojar las posiciones conquistadas.

Inglaterra firmó la paz con España en 1786 y convino en desalojar la Costa Mosquitia. Unos 500 ingleses y sus 900 esclavos salieron para Jamaica y Belice; el resto, unos 200 colonos rehusaron dejar la Costa y nunca reconocieron la soberanía hispánica sobre el territorio. Por otra parte, las autoridades españolas mostraron poco interés o competencia pa-

ra ejercer un control real sobre el litoral. Por el contrario, la declinación de España bajo Napoleón y la independencia de los países de América Central animó a los ingleses de Jamaica a renovar su amistad y alianza con los Zambo-Misquitos, fincándose otra vez en la Costa. Esta nueva situación prevaleció hasta 1860 cuando Inglaterra, bajo la presión de los Estados Unidos, renunció definitivamente a ejercer el protectorado, quedando los Misquitos reducidos a una especie de Reserva Indígena nominal. En 1894 el gobierno de Nicaragua, bajo José Santos Zelaya, anexó la Reserva al resto del país, terminando de una vez por todas con las pretensiones de éstos para constituir una nación aparte.

### Un obispo de armas tomar

El primer esfuerzo que se conoce para contener las invasiones procedentes del litoral del Caribe hacia el interior del país se debe a la iniciativa del enérgico catalán, fray Benito Garret y Arloví, obispo de Nicaragua. En 1711 el prelado envió cartas al rey de España donde le informaba que había armado en Granada una goleta, tres piraguas y 125 hombres para asaltar el establecimiento inglés de Punta Gorda, (hoy Monkey Point), que representaba una amenaza por estar cerca de las bocas del San Juan, río por el cual había intentado penetrar el enemigo en tres ocasiones en lo que iba del siglo.

Esperaba también el obispo la autorización y el apoyo real para montar toda una armada a fin de “exterminar” a los Mosquitos, Zambos y demás aliados de los ingleses. Una vez terminada la operación, proyectaba utilizar esa fuerza para arrancar las piedras del fondo del río, despejar el cauce y rehabilitar el antiguo comercio entre Granada y Portobello, interrumpido desde el siglo anterior por la presencia de los piratas y la ocurrencia de terremotos en el San Juan.

La pequeña flota del obispo, armada posiblemente con las limosnas de los feligreses, salió de Granada rumbo a Punta Gorda, pero a la vista del enemigo se acobardó, desistiendo de su propósito. Por otra parte, la Guerra de Sucesión por el trono español hizo que la iniciativa del prelado no tuviera eco, sino hasta después, cuando Garret y Arloví ya había sido removido de la silla episcopal debido a las continuas usurpaciones que hacía de la autoridad civil, con cuyos representantes se mantuvo siempre en pugna.

El único triunfo de los españoles tuvo lugar en 1724, cuando lograron derrotar a 22 canoas armadas de Misquitos que se habían apoderado de la desembocadura del San Juan. A pesar del éxito, la Capitanía Ge-



neral nunca pudo montar el equipo naval necesario para resguardar la costa caribe de América Central, derrotar a los Zambo–Misquitos y su flota de piraguas y desalojar a los ingleses del oriente de Honduras y Nicaragua.

La gobernación de la provincia tampoco reforzó la vigilancia en el río Coco, por donde ascendió a principios del siglo una partida de ingleses, Zambos y Misquitos para caer sobre el pueblo de Nueva Segovia (Ciudad Antigua), siguiendo la misma ruta fluvial de otras incursiones emprendidas por los piratas en el siglo anterior.

Apelando a los sentimientos católicos del Rey, el obispo Garret y Arloví le escribía:

“Siendo estos bárbaros enemigos declarados de la ley de Dios y execrables a sus divinos ojos por los cautiverios que ejecutan, por las honras que aún en las mujeres más nobles de esta tierra vilipendian, por las vidas de los niños inocentes que cada día quitan, y por los altares que siempre que pueden profanan, no librándose el mismo Señor sacramentado de sus infemas manos, (tiernísimo objeto de los católicos sentimientos de Vuestra Majestad), pues en años pasados le arrojaron al suelo en las provincias de Honduras y tierras de las Segovias, sirviendo sus copones al brindis y brebajes de su infernal rabia, deben los obispos y todos los eclesiásticos oponerse a estos bárbaros orgullos, convirtiendo los báculos en espadas y el oro y plata en monedas...”<sup>2</sup>

En otra carta, escrita poco después, el obispo ofrece una somera descripción de los asentamientos enemigos, según versiones que obtuvo de cautivos que habían logrado escapar de las manos de los Zambo–Misquitos: en los asentamientos vivían algunos ingleses que les proveían de fusiles, balas y pólvora a cambio de productos nativos y de esclavos tomados a las tribus sojuzgadas. Los hombres eran destinados al mercado de Jamaica y se servían de las mujeres como sirvientas o amantes. Aparentemente los ingleses no se sentían con la autoridad moral de vender españoles cautivos, por cuanto eran cristianos, pero los sometían a duros trabajos y tormentos según las noticias que circulaban en la época.

Los Misquitos y demás indígenas que los acompañaban en sus correrías fueron descritos por el obispo como peleadores de gran valor y arrojo; algunos usaban escopetas recortadas y balas perforadas, otros utilizaban flechas envenenadas. La fuerza y certeza con que dirigían sus lanzas fue comprobada cuando una de las armas quedó firmemente empuñada en una canoa que navegaba cerca de la costa de Chontales, “[...] tirada con mucha distancia y tan metida adentro”, que causó admiración entre los granadinos que la vieron arrimar al puerto.

<sup>2</sup>*Informe de D. Fray Benito Garret y Arloví, obispo de Nicaragua sobre los Mosquitos y el modo de reducirlos*. En Peralta, p 43–63.

### Sobre las maneras de los Misquitos el obispo señala:

"Andan en cueros, navegan en piraguas, éntranse por las montañas, y forman cayuques y canoas, pasan los ríos y por ellos como impensados ratos amanecen unas veces en Olancho, Trujillo y tierras de las Segovias, otras en las tierras de los Chontales, otras en el valle de Matina, provincia de Costa Rica, y otras por muchos y varios ríos se entran y pasean la laguna".

También refiere Garret y Arloví algunas "entradas" que Misquitos y "caribes" llevaron a cabo en las haciendas de Chontales, en 1710, donde además de hurtar ganado se llevaron a varias familias, incluyendo algunas damas que fueron bien tratadas para luego convertirlas en amantes. Una de las cautivas dio a luz un niño en la montaña, y "[...] le vio la madre mortal destrozo de los pies de un bárbaro puestos en su tierno pescuezo, cuya inocente vida la conservara con su leche la más cruda fiera..", termina el comentario del obispo.

### La crónica de una mulata

Interesante es el testimonio de otra cautiva, una mulata capturada por los Jicaques cerca de Nueva Segovia, quienes la llevaron por el río Coco para venderla luego a unos Misquitos que vivían junto a la laguna de Caratasca. Cuenta la mulata que en su viaje por el río no encontró poblados de importancia, sino hasta alcanzar la costa, donde los Zambo-Misquitos vivían en comunidades dispersas, al acecho y vigilancia para no ser sorprendidos. Aunque carecían de fortificaciones, todos acudían a la voz que el enemigo se acercaba. También se mostraban ansiosos cuando arribaban barcos de Jamaica, los que ocasionalmente anclaban frente a la costa en busca de productos y esclavos. Como los ingleses no la quisieron comprar, por haberse declarado mujer cristiana, los indígenas la mantuvieron en servidumbre por diez años.

Cansada la mulata de los malos tratos que le propinaban y ante la pretensión del amo misquito de casarse con ella, fraguó la fuga por el río Coco, en compañía de otro cautivo originario de Bocas del Toro. Con un machete que logró robar, éste fabricó un arco con tres flechas para asegurar la caza que les sirvió de alimento durante el escape; además contaron con algunos plátanos que crecían junto al río.

Caminaron vega arriba los fugitivos, siguiendo la corriente hasta que llegaron al pueblo de Nueva Segovia: "[...] habiendo andado mucho tiempo en el viaje; que cuando salieron estaban floreciendo los árboles que llaman eliquemes, que según el tiempo que florecen por el mes de febrero; que según la cuenta tardó en el viaje de ocho a nueve meses".

La declaración de la mulata permitió a las autoridades españolas formarse un mejor cuadro de las rutas, movimientos y establecimientos enemigos en la costa caribe. Cada población estaba al mando de un “capitán”, por lo general un Zambo que portaba una vara como símbolo de autoridad. Aparentemente en ese tiempo no habían ingleses entre ellos, salvo algunos que arribaban ocasionalmente desde la isla de Jamaica para comerciar. Las poblaciones alrededor de Caratasca no tenían fortificaciones. Las casas eran de madera, techadas y cercadas con hojas de palma.

Preguntada sobre las creencias religiosas de sus captores, la mujer respondió “[...] que no alcanzó que tuviesen Dios ni ídolos, que sólo llegó a entender creían en sus sueños y abuzos de pájaros, y que a la declarante le quitaron unas cruces que tenía en el cuello y se las quemaron”.<sup>3</sup>

Otro informe enviado al rey por Ambrosio Santaella y Melgarejo, oidor de la Audiencia de Guatemala, en 1715, señala que Zambos y Misquitos sumaban entre cinco y seis mil personas, que vivían en comunidades dispersas a lo largo de las costas de Honduras y Nicaragua, cada una integrada por diez o doce familias. Refiere además que los Misquitos eran expertos en el manejo de flechas, lanzas y espigardas, realizando sus correrías y asaltos al amparo de la noche.

Al igual que el obispo de Nicaragua, el oidor Santaella sugería que se montara una armada desde Granada, en cuya costa habían buenas maderas para la construcción de las embarcaciones de guerra. Al mismo tiempo pretendía que varias partidas fueran despachadas de Segovia y Chontales, bajando los ríos en canoas entoldadas, a prueba de flechas, con el auxilio de los Jicaques de Nueva Segovia y los Parrastras (léase Sumus) de Chontales, quienes en ese tiempo eran también víctimas de las depredaciones misquitas. Los primeros concentrarían sus fuerzas en Quilambis (*Kilambé*) y los otros bajarían por el río May (*Matz*) para sorprender a las poblaciones enemigas por retaguardia.

Para alimentar a la tropa, el oidor proponía avituallarla de lo siguiente:

“[...] los víveres para la manutención y ración de los de tierra han de ser totopostes, que son tortillas de maíz, queso, frijoles y sal; carne muy poca, por la presta corrupción que recibe del temperamento de la montaña...supliéndose con los muchos peces y tortugas que abundan en el río Paraca y Pantasma y en sus orillas, animales terrestres comestibles y platanares”.<sup>4</sup>

<sup>3</sup>Relación de una cautividad entre los Mosquitos”. En Peralta, p. 87-93.

<sup>4</sup>El Licenciado D Ambrosio Santaella y Melgarejo, oidor de la Audiencia de Guatemala, sobre el cumplimiento de la real cédula de 30 de abril de 1714, acerca del exterminio de los mosquitos”. En Peralta, p. 75-87.

No obstante el interés de la corona española y los planes del oidor, la expedición de “exterminio” nunca se llevó a efecto, ni por tierra ni por agua.

### Reanudación de las hostilidades

La relativa tranquilidad que se gozó en la provincia por los siguientes años se vio interrumpida en 1739 cuando España e Inglaterra volvieron a confrontarse con motivo de la guerra conocida como *Jenkins'Ear*. Para acentuar las divergencias, el gobernador de Jamaica nombró a Robert Hodgson como superintendente de la Costa Mosquitia, quien una vez llegado al río Tinto tomó posesión de la Costa en nombre del monarca británico, arengó a los Zambos en una ceremonia donde abundaron las salvas de cañón y el aguardiente. Poco después los ingleses reforzaron sus posiciones militares utilizando como base la isla de Roatán.

Desde luego, los Zambo–Misquitos se unieron a los actos de hostigamiento comandados por los ingleses. Una banda de Zambos subió por el río Coco y atacó Nueva Segovia en 1741; a ésta siguió otra de 150 Misquitos y Zambos que cayeron de sorpresa sobre el pueblo de Jinotega en 1743, llevándose 40 mujeres capturadas con sus niños. Los trescientos hombres armados que salieron en persecución de los asaltantes terminaron por acobardarse y regresaron al pueblo resignados a perder a los cautivos.

Muymuy y Lóvago no se escaparon de los vándalos en 1747, como también Boaco y Camoapa en 1749, Cuapa en 1750, Lóvago, Lovigüisca y Acoyapa en 1756; nuevamente Lóvago y Lovigüisca en 1762, Camoapa en 1767 y por último Juigalpa, Lóvago y Lovigüisca en 1782. Algunos de estos pueblos tuvieron que reubicarse, alejándose de “la montaña” hacia lugares que ofrecieran mayor seguridad a los moradores.

A mediados del siglo XVIII los Zambos y Misquitos se habían multiplicado; contaban además con el apoyo de los Sumus que no disponían de armas de fuego pero eran muy certeros en el disparo de flechas y lanzas.

Un informe de la época menciona como principales poblados misquitos, o “rancherías”, los siguientes: Agualtara (en el río Grande de Matagalpa), Tuncla (Tungla en el Prinzapolka), Gualpasigsa (*Walpasixa*), Guagua (*Wawa*), Suinta (*Tuaptí*), Saniagua (*Sanawala*), Cavalara (*Arasbila*), Aguiatara (*Punta Gorda de Awaltara*), Norrosvilla, Taulavera, Dacora (*Dákura*), Suculinia, Olguita (*Akiwita*, donde comenzaban las chozas de los Zambos), Casaca y Aguasdacora (*Awás Dákura*). También

estaban: Ginadacora (*Sandy Bay*) donde residía el rey mosco, Caulalara, Guanee (*Wantí* o *Bismuna*) y Culquiquanquil (*Cabo Gracias*). Sobre la costa de Honduras continuaban además las poblaciones de Sanee, Tansancanas, Cruta, Cauquera, Suinta, Catastíu, Cutuca y Gualpasioga.<sup>5</sup>

Existían además otras poblaciones en las orillas de ciertos ríos, donde los indígenas disponían de canoas y armas, listas para salir en son de pillaje y hostigamiento. Algunos ingleses se habían asentado en la desembocadura de los ríos Punta Gorda y Maíz, en la parte sur, constituyendo una permanente amenaza a la navegación por el río San Juan. Se dedicaban al rico negocio del carey, cuya tortuga anidaba en el arco de playa arenosa de ese sector litoral. Posiblemente obtenían la ayuda de “una nación nombrada los Votos”, según un informe, que fueron después conocidos como Ramas.

Las incursiones tierra adentro se llevaban a cabo remontando los caudalosos ríos de la vertiente caribe de Honduras, Nicaragua y Costa Rica, únicas vías de penetración entre selvas cerradas e intrincadas. En Nicaragua, los Caribes (Sumus) que vivían en ese hábitat suplían a los invasores con los alimentos que cultivaban en las vegas (yuca y plátano principalmente), además de la pesca y la caza que abundaba en la región. El aporte de los Sumus era muy apreciado, tanto como fuerza guerrera como por sus conocimientos sobre las plantas medicinales. Como guías eran excelentes, pues conocían aquellas boscosas montañas como la palma de sus manos. El obispo Morel de Santa Cruz escribía en 1752 al respecto:

“Los caribes tiran por los lugares de más difícil acceso; y como prácticos del país se escapan por donde quieren; si algunos o algunas caen en el lazo (de los misioneros) y se bautizan, cuando menos se piensa huyen y son los peores enemigos, porque saben las entradas y salidas de la tierra y lo indefenso de nuestros pueblos...”<sup>6</sup>

### Rutas de invasión y puertos de montaña

Tres eran las principales vías fluviales que utilizaban los invasores para atacar a los pueblos fronterizos: los ríos Coco, Grande de Matagalpa y Escondido.

El Coco, Segovia o Wanks era la ruta más larga, remontable por 500 kilómetros en pipantes. Había sido reconocido y utilizado por los piratas en el siglo anterior, desde Cabo Gracias a Dios hasta Nueva Segovia.

<sup>5</sup>“Noticias sobre los Mosquitos y medios de exterminarlos, por el capitán general de Guatemala D. Pedro de Rivera”. Noviembre 1742. Ver Peralta. p. 120.

<sup>6</sup>“Relación del Obispo Morel de Santa Cruz en su visita a Nicaragua y Costa Rica”. Revista Conservadora, No. 82. Julio 1967. p. 27.

*Pantasma* era su “puerto de montaña” cabecero, hasta donde los autoridades españolas ejercían cierta jurisdicción y vigilancia. Estas eran burdadas por los indígenas las más de las veces, porque capturaban a los vi-gías que atalayaban en los cerros vecinos, o simplemente caían de sorpresa sobre los pueblos españoles al filo de la madrugada.

La penetración por el río Coco, remontado varias veces en la primera década del siglo XVIII, demandaba unos 50 días debido a los numerosos raudales y cuellos angostos donde la corriente se vuelve torrentosa y peligrosa.

El río Grande, llamado *Awastara* por los Misquitos, facilitaba la penetración de los ingleses que vivían en Bluefields y en la laguna de Perlas, ofreciendo dos rutas alternas: subir por el afluente Tuma hasta el “puerto” de Yasica que daba acceso a Jinotega y Matagalpa, aunque su curso era escabroso por los numerosos raudales y encajonamientos; o bien, continuar por la corriente principal, (llamada río de Metapa por los españoles), hasta el “puerto” de *Olama* o *Santa Rosa*. El recorrido por cualquiera de ambas alternativas era de unos 300 kilómetros y el tiempo empleado para remontarlas de unas tres a cuatro semanas. Uno de los afluentes menores (río Sáis) seguía en dirección a *Muymuy* (Viejo), y otro (Murra) conducía al “puerto” de *Cacla* que daba acceso a los pueblos de Camoapa y Boaco (Viejos).

El río Escondido ofrecía alternativas más convenientes para los colonos de Bluefields. A través de su afluente principal Sikia se llegaba hasta el “puerto” de *Carca*, (una vez utilizado para asaltar las haciendas de Cuapa), así como también al de *Cangrejal* o *Balnadiso* (Banadí, cerca del actual Santo Domingo de Chontales). Otro de sus afluentes remontables era el río Mico, en cuya boca se encontraba la población de Urrasguán, (Uruswás, nombre sumu de donde derivó su nombre español el río). Esta corriente podía superarse en canoas hasta el “puerto” de *Cataguas*, (aguas abajo de donde hoy es San Pedro de Lóvago), permitiendo el asalto sobre los pueblos de Lóvago, Lovigüisca, Acoyapa y Juigalpa. La distancia desde Bluefields era de unos 200 kilómetros, superables en cuestión de dos o tres semanas.<sup>7</sup>

De menor importancia era el “puerto” de *Arrancabarba* o *Quimichapa*, sobre el río Oyate, el cual lleva sus aguas en sentido contrario, hacia el lago de Nicaragua. Esta vía fue utilizada por los Misquitos en 1710 pa-

<sup>7</sup> Referencias a estos “puertos” aparecen en un informe del Corregidor de Sébaco y Chontales al Capitán General de Guatemala, en 1756. Ver Colección de Documentos HCN. p. 157-178. En el Archivo General de Centroamérica en Guatemala se encuentra un plano manuscrito de los puertos de Chontales elaborado en 1778: Documento A 2.3. Expediente 232. Legajo 41.

ra asaltar las haciendas de ganado de Chontales. Un poco más al sur, también con dirección al lago, corre el río Tepenaguasapa, cuyas cabecezas colindan con las del Punta Gorda, donde estaba asentado el último establecimiento inglés. Por este río aparecieron los Misquitos en cierta ocasión y llegaron a la costa lacustre de Chontales, obviando el paso por el San Juan y burlando la guarnición de la fortaleza de La Inmaculada. El incidente alarmó a los granadinos que veían el lago ya en poder de los ingleses.

### Misiones de los Recoletos en la frontera

Como consecuencia de la reanudación de los ataques a los pueblos fronterizos en 1743, fueron enviados a las áreas de conflicto algunos franciscanos de la orden de los Recoletos, cuya principal misión era la de convertir a los indios infieles. Los frailes fundaron reducciones en Matagalpa y Chontales, convenciendo a unos 700 “caribes mansos” a que dejaran la montaña y se estableciesen junto a las poblaciones del Corregimiento. Para 1749 funcionaban las reducciones de San Ramón y Yásica cerca de Matagalpa, Santa Cruz de Saraguasca junto al río Olama y la Purísima Concepción en Boaco (Viejo). En esta última residía el Padre Presidente fray Antonio Cáceres. Además de la doctrina los conversos aprendieron a labrar la tierra, a criar ganado y a hilar y tejer el algodón.

La labor de los religiosos no evitaba, sin embargo, la continua desertión de los indígenas recién conquistados a la fe católica y a la obediencia española. Después de todo, los nuevos cristianos eran los primeros en ser capturados durante las incursiones de los Zambo–Misquitos para venderlos como esclavos en Jamaica.

En 1747 los invasores asaltaron Muymuy Viejo y Lóvago. En represalia un escuadrón militar se internó en la montaña capturando a unos cien “caribes bravos” que fueron remitidos a la prisión de Granada. Algunos lograron escapar y fueron en busca de los Zambo–Misquitos con los que unieron fuerzas para asaltar varios pueblos, lo que en efecto llevaron a cabo cayendo sucesivamente sobre Muymuy, Boaco, Camoapa y Lóvago.

El ataque al pueblo de Boaco, ocurrido el 22 de diciembre de 1749, es uno de los mejores documentados. Según fray Blas Hurtado y Plaza, (quien había visitado el lugar pocos días antes), el pueblo y la reducción fueron sitiados por “[...] el enemigo zambo con armas de fuego y el caribe con flechas y lanzas”. Al amanecer cayeron sobre la desprevenida población; saquearon la iglesia, despojándola de su platería y ornamentos,

desvistiendo las imágenes y tirándolas por el suelo. Mataron de un escopetazo a quemarropa al Padre Presidente, quien había fundado una misión con 200 indios conquistados. En la refriega murieron trece españoles y fueron capturados ochenta indígenas. A continuación cayeron sobre el vecino pueblo de Camoapa, al que encontraron abandonado y saquearon, pues los pobladores corrieron a refugiarse en otro pueblo, Comalapa. Los sobrevivientes del asalto de Boaco huyeron hacia Teustepe y no regresaron al pueblo por temor a futuras invasiones; antes bien, fundaron en 1763 el nuevo Boaco a cinco leguas del sitio asaltado.<sup>8</sup>

El año anterior un “caribe” llamado Yarrince o Yarrinsen había atacado la misión de Guadalupe de Apompuá, cerca de Juigalpa. Seis años después se apersonó en la misma misión con un grupo de 47 indios entre varones, mujeres y muchachos, en actitud sumisa. Prestó luego gran servicio a los españoles por haber frenado a sus congéneres, atrapado y encadenado a Pangil, un indio obeso y gigante responsable del asalto de Camoapa en 1767.<sup>9</sup>

Yarrince fue bautizado en León en 1769 por el obispo Tristán, recibiendo el nombre de Carlos Matías en honor al rey y a su padrino el Capitán General Matías de Gálvez. Su conversión fue importante para atraer hacia la fidelidad española a muchos de sus congéneres que salieron de la montaña a poblar pacíficamente las regiones de Boaco y Matagalpa. Fue condecorado, obsequiado y ascendido al rango de Capitán-Gobernador de los Indios Caribes. Se estableció en Boaco, con posesión de tierras y ganado en Olama. Sin embargo, su lealtad fue puesta en duda poco después; en consecuencia fue arrestado bajo sospecha de traición y remitido a Guatemala donde murió en prisión.

Los caribes se desbandaron y juraron vengar la muerte de su jefe. Se aliaron de nuevo con los Zambos y Misquitos para lanzar en 1782 su último ataque contra los pueblos de Lóvago, Lovigüisca y Juigalpa. La turba encabezada por el gobernador de Tuapí, el misquito Colville Breton, quemó Juigalpa, saqueó la iglesia y se llevó varios cautivos. Entre éstos figuraba una niña, María Manuela Rodríguez Mojica quien pocos años después, en su florida adolescencia, despertó la pasión amorosa de Breton, a quien atrajo a la religión católica. El romance dramatizó uno de los pocos acercamientos entre los españoles y los Misquitos, al tiempo que

<sup>8</sup> Ver *Memorial de mi Vida* por fray Blas Hurtado y Plaza. p. 69. Una publicación del FPCBA, Managua, 1977. Un documento de Archivo General de Centroamérica (A.3 16.2. Exp. 3870. Leg. 501), sobre los daños causado por la invasión, menciona en 105 el número de prisioneros y 10 muertos dentro del pueblo.

<sup>9</sup> Floyd, p. 124. Ver también la obra de Germán Romero Vargas: *Las Estructuras Sociales de Nicaragua en el siglo XVIII*. p. 62-70. Managua, 1988.



España e Inglaterra firmaban la paz, que obligó a esta última nación a desocupar la costa caribe de Nicaragua.

### Los Caribes bravos del Río Grande

La primera exploración del río Grande de Matagalpa, llamado *Kiwaska* o “río pedregoso” en lengua sumu, tuvo lugar en 1731. El objeto era reconocer el territorio de los indios “caribes” que habitaban más allá de los llanos de Olama. Además de los soldados e indios amigos, que actuaban como “chanes” o guías, formaba parte de la expedición fray Juan Zeledón, interesado en cristianizar a los indios de la montaña.

La expedición partió del pueblo de Matagalpa y llegó a los encuentros de los ríos Grande y Olama, lugar que en ese entonces marcaba el límite de la jurisdicción española ejercida por el corregidor del Partido de Sébaco y Chontales.

Una vez dejadas las cabalgaduras en la confluencia, el grupo continuó río abajo en canoas, en cuyas orillas encontraron extensos parches sembrados de plátanos y milpas, pero ninguna población. Las chozas estaban abandonadas, pero las evidencias de habitación reciente se revelaban al descubrir en su interior vasijas, arcos, flechas y hasta tumbas, que testimoniaban en cierto grado una activa ocupación, seguida por la fuga precipitada de sus moradores.

Después de algunos días de bajar por el torrentoso río que circulaba entre raudales y cañones, abriéndose paso en medio de imponentes selvas, llegaron los expedicionarios al río de Paguasca (Paiwas), donde las señas de ocupación eran más evidentes, a juzgar por los numerosos plantíos de maíz, frijol, plátano, tabaco y algodón observados. Los indios huían en sus cayucos o se escabullían por la selva, “como práctivos que eran de sus montañas”. Hicieron fracasar la expedición, obligándola a regresar a Matagalpa con la gente fatigada y enferma.<sup>10</sup>

Los asaltos posteriores que Zambos, Misquitos y Caribes realizaron a las poblaciones de Muymuy, Boaco y Camoapa utilizando el río como ruta de invasión y escape, motivaron al Capitán General, Alonso Arcos y Moreno, quien en 1757 ordenó al gobernador de Nicaragua, y en especial al corregidor del partido de Sébaco y Chontales, reconocer los asentamientos enemigos aguas abajo del río Grande de Matagalpa.

---

\* Archivo General de Centroamérica A.12.1.637.77.

El corregidor Matías de Oropesa organizó una expedición para explorar el río, aunque se ignora si participó personalmente en ella, (después fue acusado de realizar contrabando con los enemigos), o si la información la obtuvo de los que bajaron el río por su mandato, o por la infidencia de algunos contrabandistas ingleses que de vez en cuando salían a los “puertos” de la montaña tratando de negociar con los españoles.<sup>11</sup>

Oropesa detalla en su relato los sitios que jalonan el curso medio del río Grande, desde el valle de Olama hasta la vuelta de Tumarín, mencionando las curvas, raudales, afluentes, sitios de emboscada, etc. La gran mayoría de los nombres citados por el corregidor han caído en desuso y corresponden a lugares claramente sumus. El corregidor también menciona algunas subtribus que parecen haber sido parte del grupo Ulwas o Woolwas y de los Kukras. Estos últimos ocupaban el curso inferior del río Grande antes que los Misquitos los desalojaran, a principios del siglo XVIII, empujándolos tierra adentro, donde posiblemente se juntaron con los primeros.

Como era de esperar, la detallada relación de la exploración se interrumpió allí donde los expedicionarios detectaron la presencia de Zambos-Misquitos armados. El curso del río en adelante fue ignorado por los españoles; el informe establece equivocadamente que su desembocadura tenía lugar en una península localizada a grosso modo entre las fortalezas de San Juan y Omoa. Parece que ningún español tenía entonces una visión clara de las características del litoral ocupado por los Zambo-Misquitos.

La expedición de reconocimiento arrancó de Matagalpa, que distaba tan sólo cuatro leguas y media de la montaña y se iniciaba en Yasica. Allí existía una cierta reducción, según fray Blas Hurtado, formada con “indios mansos” que hablaban el *parrastra*, antiguo nombre dado al lenguaje de los Sumus. La relación del corregidor comenta al respecto:

“[...] el Puerto nombrado de Yasica, de donde sale el Río de este nombre, (hoy llamado El Tuma), el que internándose a la montaña camina por dentro de ella con muchas bueltas, a todos bientos hasta encontrarse con el río Grande de Mui-mui (Grande de Matagalpa) que es en la distancia de cincuenta leguas, las que son difícil detransitar por tierra por lo áspero de la Montaña y por el río dicho ay la misma dificultad por los muchos saltos y rraudales, pero lo transitan los Ingleses, zambos del Mosquito e Indios Carives...”<sup>12</sup>

<sup>11</sup> Varios testimonios levantados en 1756 por el corregidor de Sébaco y Chontales se refieren a ciertos ingleses que acompañados de algunos indígenas subieron el río Mico para establecer contrabando con los pueblos de Chontales. En esa ocasión ofrecieron ropa, pólvora y ron, pero los vecinos de Lóvago y Acayapa rechazaron las ofertas. Ver la Colección de Documentos HCN citada en la Bibliografía del Capítulo.

<sup>12</sup> “Descripción de la tierra, montañas, ríos y distancias que ocupan las Poblaciones de Carives, Zambos e Ingleses, hasta llegar a la Costa del mar”. Colección de Documentos HCN. p.185-193.

El corregidor también da a entender que habían muchas poblaciones “caribes” a lo largo del Tuma, cuyos habitantes sumaban unos tres mil; que hablaban la lengua parrastra; tenían amistad con los ingleses y Sambos, con los que se entendían en su idioma y que como éstos, odiaban mortalmente a los españoles.

Sin embargo, el viaje se desarrolló a lo largo del río Grande de Magalpa. Arrancó del “puerto” o “embarcadero” de Santa Rosa, cerca de la confluencia del Olama, lugar donde los botes españoles, o quizás los largos *kurines* de los indios mansos, podían encontrar su curso sorteando los primeros raudales río abajo.

Durante el reconocimiento fluvial los expedicionarios localizaron sitios habitados por diversos subgrupos de la tribu de los Sumus, con los cuales aparentemente no tuvieron contacto ni confrontamiento, posiblemente por la costumbre de los indios de esconderse en la montaña al detectar la aproximación de españoles armados. Entre los grupos mencionados figuran los *Buac*, en las inmediaciones del río Olama, “que son los Boacos que quedaron por convertir”. Esta gente—dicho sea de paso— salió al encuentro de fray Blas Hurtado, pocos años antes, pidiéndole fundase una reducción junto al Olama, río que no querían abandonar por la abundancia de peces, tortugas y los plátanos que crecían en las vegas. Eduard Conzemius menciona que esta subtribu era famosa en las artes de los encantamientos.

Más allá de la confluencia del Murra vivía otro grupo, los *Yalasan*, que nunca quisieron salir de la montaña para convertirse. Como los anteriores, éstos formaban parte posiblemente de la gran rama de los Ulwas y hablaban *parrastra*.

Un poco más abajo estaba la bocana de *Quisaurre* (*Kisaura*) donde el río Grande se encajona entre paredones propios para una emboscada, como parece haber sucedido anteriormente con un grupo de españoles según se deduce del informe. El cañón se abría más adelante frente a una notable “piedra grande, algo redonda y puntiaguda”, (conocida hoy como El Peñón), dejando correr el río hasta unas fuentes termales en el lugar llamado entonces (y actualmente) Platanar, donde los Yalasanos tenían sus cultivos.

Luego los expedicionarios pasaron por la desembocadura del *Pasguas* (*Paiwas*), “[...] cuyas cabeceras están en el Bolcán Musú”. La creencia que el cerro Musú era un volcán, (y ciertamente lo fue pero en época antiquísima), está muy generalizada aun entre la gente que hoy vive en sus alrededores. Hay quienes insisten que el cerro “retumba” y repi-

ten leyendas misteriosas acerca del imponente macizo. Tanto el cerro Musún como el Saslaya, situado 80 kilómetros más al norte, eran venerados por los Sumus como moradas de almas o de héroes míticos que figuran en sus leyendas y tradiciones orales, donde vive *Ulak*, el “abominable” hombre de la selva.

La expedición continuó internándose entre la espesura del bosque, donde el Río Grande describe una amplia vuelta entre los tributarios Paiwas y Malakawás: “desde aquí son tierras de Sumu; los más de estos caribes son Mulatos perfectos, algunos hay zambos retintos”. Es interesante señalar en esta observación la primera referencia al nombre “Sumu”, aplicado a un pequeño grupo de toda una tribu, así como también lo relacionado a cierta infusión de sangre negra entre la población del lugar. Unos quinientos *Caribes de Sumu* vivían junto al río llamado *Guanábana* —según el informe del corregidor— corriente conocida actualmente como Tipilma, nombre sumu con el mismo significado.

Unas leguas más adelante encontraron “[...] una casa zercada, como que biben Yngleses en ella, pero no se dejan ver”. El establecimiento representaba probablemente la penetración más occidental de los colonos británicos, a unos 200 kilómetros aguas arriba de la desembocadura del río Grande.

La parte que venía a continuación fue descrita como muy raudalosa, con vueltas e islas. Parece corresponder a la región de Copalar. Cerca de un río, (*Ubú*), vivía otro grupo de indios llamados *Ejibalnas*: “[...] esta nación es mui mala y enemiga de los Españoles, mui Guerreros y traidores”. Posiblemente corresponden a la subtribu de los *Yuskos* o *Yaoskas*, exterminados por los mismos Sumus que no soportaron sus crueldades y vicios. Más adelante estaban los *Culbanas*, unos doscientos caribes que vestían con ropa adquirida de los ingleses y poseían armas de fuego.

El llamado salto de *Alamna*, (salto de Tarica en los modernos mapas), situado un poco más abajo, es descrito como el peor de todos los impedimentos, así como otros dos grandes raudales, posiblemente los hoy llamados El Venado y Salto Grande. Luego de más vueltas y raudales la expedición llegó a la confluencia del río Grande con su tributario principal *Tomay* (Tuma), donde el río “prosigue mui ancho y hondo”, no del todo carente de raudales, hasta alcanzar el rápido de *Suluca*, (Sulatará), el primer accidente fluvial con un nombre misquito: “[...] hasta aquí llegan Piraguas y en adelante todo es río llano, ancho, hondo, siguiendo las Poblazones de los Zambos del Mosquito...”

El lugar mencionado —probablemente aguas abajo de la confluencia del Poncaya— marcó el límite alcanzado por la expedición del corregidor,

obviamente temerosa de proseguir río abajo por la presencia de Zambo-Misquitos armados.

Las curiosas costumbres de estos indios selváticos fueron observadas pocos años después por John Roach, un marinero inglés capturado y esclavizado por los Ulwas y Kukras, y cuyo interesante relato será presentado en capítulo posterior.

### Comentarios sobre el estado de las defensas

Con motivo de la guerra entre España e Inglaterra, iniciada en 1739, la corona española destacó al ingeniero Luis Díez Navarro a la Capitánía General de Guatemala con el fin de evaluar el estado de las defensas existentes en esa jurisdicción, a la vez que revisar las fortificaciones en aquellos sitios estratégicos donde podrían concurrir las fuerzas Zambo-Misquitas comandadas por ingleses.

Díez Navarro realizó su carrera militar en la campaña de Gibraltar y obtuvo experiencia en las obras de fortificación de Cádiz. Destacado a México por espacio de diez años, tuvo a cargo la tarea de planificar y erigir instalaciones militares, entre ellas la reconstrucción del fuerte de San Juan de Ulúa a la entrada de Veracruz. En 1743 pasó a Guatemala para inspeccionar la fortaleza de San Felipe en el Golfo Dulce, elegir el sitio para el fuerte de Omoa en la costa hondureña, restaurar el vetusto castillo de La Inmaculada en el río San Juan, así como el fuerte de Matina en Costa Rica, todos lugares expuestos a los frecuentes ataques de los Zambo-Misquitos. Incluyó en el reconocimiento una vista a los corregimientos fronterizos a la montaña, en Honduras y Nicaragua, donde pudo constatar el estado de indefección en que se encontraban los pueblos.

La inspección que Díez Navarro hiciera por las tierras centroamericanas fue reportada en su *"Descripción del Reino de Guatemala"*, donde dedica ocho capítulos, o más bien párrafos, a Nicaragua.<sup>13</sup>

En el capítulo 17 el ingeniero español refiere que la región habitada por los "Mosquitos" era de islotes y tierras anegadizas que se extendían desde el cabo Gracias a Dios hasta las bocas del San Juan. Da a entender que la amistad de los indígenas con los ingleses era más de conveniencia que de otra cosa, y que de estos últimos aquellos "no se fían porque como gente falsa tienen temor a todos". El interés económico de los

<sup>13</sup> *"Descripción del Reino de Guatemala por el Ingeniero Don Luis Díez Navarro, 1743"*. Colección de Documentos HCN. p 110-119 y 133-135. También reproducido en FPCBA: *Nicaragua en los Cronistas de Indias: Díez Navarro*. Serie 2. p. 245-257.

ingleses se centraba entonces en el corte de madera de tinte, la pesca de la tortuga Carey y la compra de esclavos para el mercado de Jamaica.

En la descripción de la costa caribe de Nicaragua, a la que nunca visitó, Díez menciona algunos establecimientos ingleses, salvo Bluefields que no existía entonces como tal. Da a entender equivocadamente que el río Grande de Matagalpa era afluente del Segovia, lo cual revela la pobreza de información geográfica que los españoles disponían acerca del territorio de los temidos Misquitos.

Por otra parte reconoció que las regiones de Matagalpa y Chontales eran “[...] el parage más expuesto, perseguido y saqueado de los enemigos por su inmediatez”; comenta que la situación se agravaba por la misma deslealtad de los indios cristianizados, especialmente los de Sébaco y Matagalpa. Estos se habían alzado catorce veces contra los corregidores españoles, sin que los castigos impuestos fueran suficiente reparo; más bien sirvieron para que los rebeldes se pasaran al bando de los indios bárbaros. Tal situación, según Díez, no parecía tener remedio hasta tanto no se expulsara a los enemigos de las tierras donde moraban, caso insoluble porque no sería fácil reubicar a los conquistados ni manera de poblar con españoles los vastos territorios que los enemigos de España ocupaban.

Insistía el ingeniero español en derrotar a los ingleses, zambos y misquitos, con el apoyo de los partidos de Comayagua, Tegucigalpa, Segovia y Matagalpa, que podían contribuir con 200 hombres armados cada uno y que juntos entrasen a la montaña bajo la guía de expertos. Convenía además reforzar la ofensiva enviando una tropa por mar para asaltar los establecimientos del enemigo en el cabo Camarón, río Tinto, Gracias a Dios y Punta Gorda.

Luego de rendir su informe, Díez Navarro se convenció de la importancia estratégica del río San Juan y del lago de Nicaragua. A principios de 1745 estaba nuevamente en Granada, eligiendo el sitio para edificar el presidio de La Pólvara. Consideraba que la defensa de la ciudad era indispensable, debido a su posición en el extremo occidental del lago y su comunicación por agua con el río San Juan.

Granada suplía de abastos a la fortaleza de La Inmaculada a través de 62 leguas de agua. En aquel entonces su sobrevivencia económica seguía dependiendo del comercio con Portobelo y Cartagena, llevado a cabo en barcazas y planas por la ruta del lago y del río. Tenía también acceso a las bahías de San Juan, Brito y Escalante, en el Pacífico, por donde se podían esperar invasiones sorpresivas, como las que realizaron los

piratas en el siglo anterior. Favorecía en cambio a Granada la circunstancia de estar rodeada de zanjones, (los “arroyos”), que facilitarían su defensa; contaba además con 800 vecinos españoles “y de Europa” para tal efecto.

De Granada partió Díez Navarro rumbo al río San Juan, reconociendo de paso las características del lago de Nicaragua. Ya para entonces se desvanecía la idea que aquel extenso piélago acuático era un mar en pequeño, con sus 50 por 40 leguas de dimensión y la profundidad no mayor de diez brazas: “[...] en medio de entrarle muchos ríos y no tener más desagüe que el mencionado (San Juan), jamás crese ni mengua: es de agua dulce, haze olas y borrascas como el mar y tiene varias islas que pueden ser pobladas, como lo es una de ellas llamada Ometep que tiene dos pueblos indios”.

Una vez en el río Díez Navarro se dedicó a restaurar y reforzar la fortaleza de La Inmaculada, siendo nombrado castellano, o jefe de la guarnición, a la muerte del comandante en funciones al tiempo de su inspección.

La fortaleza se levantaba sobre una colina de piedra viva difícil de minar. Estaba ubicada en un recodo del río San Juan, dominando los raudales. Díez la describe como de forma cuadrangular, con cuatro baluartes mal contruidos, las murallas bajas y la defensa inapropiada. El espacio disponible estaba ocupado por dormitorios y una capilla tan reducida que no cabían las 57 personas de la guarnición durante la misa dominical. La bodega, el hospital y la herrería eran chozas pajizas contruidas extramuros. La pólvora se guardaba en uno de los baluartes, húmeda y sin ventilación como para “pudrirse”.

Ningún foso rodeaba la fortificación salvo una trinchera angosta con estacas podridas que circundaba la colina. La mayor desventaja que el ingeniero español constató era otra colina a poca distancia hacia el sur, “[...] que domina el castillo y le sirve de padrasto”, donde el enemigo podía conquistar una posición favorable para atacar la fortaleza. El estado de ésta la definió el ingeniero como “de mala construcción y peores soldados”. Durante su castellanía realizó sustanciales mejoras para rehabilitar la instalación, pero sus recomendaciones adicionales dejaron de ser atendidas una vez que España e Inglaterra firmaron la paz en 1748.

Díez Navarro ofrece observaciones adicionales sobre los pueblos de la región. Visitó la Villa de Nicaragua (Rivas), cuyo auge dependía del cultivo del cacao y de la ganadería, actividad ésta que se extendía hasta Nicoya. La floreciente economía también se manifestaba en el incre-

mento de su población que de 900 con que contaba a principios del siglo XVIII se cuadruplicó en cien años. Junto a la Villa estaba el pueblo de Nicaragua de los Indios, (hoy San Jorge), con modesta economía basada en la fabricación de objetos de junco y palma y en la venta de cocos.

Díez también visitó Subtiava, cuya población indígena estaba separada por una calle de los vecinos españoles de León. En la costa del Pacífico se mantenían vigías al acecho del desembarco de cualquier fuerza invasora, además de un regimiento de mil indios de lanza y flecha para hacerle frente si se daba la ocasión. Los habitantes en El Realejo eran casi todos mulatos, con oficios de carpinteros, herreros y calafates, ocupados en la construcción de embarcaciones con las buenas maderas de los alrededores. En ese tiempo la actividad del puerto había decaído y la población española movida a El Viejo. El puerto de El Cardón ofrecía las mejores ventajas en todo el Reino de Guatemala, según la opinión del ingeniero español.

Después de dos años de permanecer en el río San Juan, Díez Navarro fue destacado a la defensa de Matina, que había caído en manos de los ingleses. Reemplazó también al fallecido gobernador de Costa Rica, cargo que mantuvo por tres años hasta que se firmó la paz indecisa entre las naciones beligerantes.

### Reconocimiento de ríos y costas

En 1745 corrían rumores de una invasión a Nicaragua por la vía del río San Juan. Por orden real José Antonio Lacayo Briones, gobernador de Nicaragua, fue nombrado también Comandante General de Armas. Lacayo se había distinguido por su voluntad férrea y firme apego a las leyes al sofocar las disensiones políticas internas alentadas por los mulatos. El nuevo comandante pasó a reconocer el río San Juan, la fortaleza junto al río, así como los afluentes que tributaban en ese sector por donde podía aparecer el enemigo de sorpresa.

El reconocimiento de la costa del lago y los ríos vecinos se presenta en la *“Relación de la laguna de Nicaragua y río San Juan”*, escrita por el gobernador y comandante en septiembre de 1745. Además de la información geográfica que logró reunir durante el viaje, Lacayo y Briones presentó algunas observaciones de carácter etnográfico y naturalistas de la región.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> La *Relación* de Lacayo Briones la presenta Manuel M. Peralta en su libro. p. 128-144. (Ver Bibliografía).



La *Relación* copia las dimensiones del lago estimadas por el ingeniero Díez Navarro, añadiendo que era un hermoso lago, sembrado de islas y con buena pesca. No transitaban barcos por sus aguas, salvo una lancha de 16 varas de quilla que con frecuencia suplía de vitualla a la fortaleza de La Inmaculada. Los rumores sobre la presencia de ingleses cerca de las bocas del San Juan había provocado la suspensión del comercio acuático entre Granada y Portobelo.

Lacayo describe el fuerte de La Inmaculada con las mismas características mencionadas por Díez Navarro, quien entonces estaba a cargo de la restauración de la fortaleza. El ingeniero español había construido una plataforma al pie del cerro y emplazado dos cañones en dirección al río, también mandó a excavar un foso a la entrada del fuerte con un puente levadizo. En los cuatro baluartes, (Santa Ana, Santa Bárbara, Santa Teresa y Santa Rosa), había instalado 14 cañones de 6 y 8 libras de calibre, además de falconetes, trabucos y pedreros. La guarnición fue aumentada a 89 contingentes y contaba con castellano, capellán, cirujano, alférez, condestable de artillería y sargento, cuatro cabos, 20 mosqueteros, 48 arcabuceros y 11 artilleros. El clima era tan húmedo y malsano que una cuarta parte de la guarnición se mantenía en el hospital normalmente. Once remeros eran los encargados de traer leña en sus botes y ocho molenderas hacían tortillas y tamales para el destacamento.

El comandante bajó por el río hasta la propia desembocadura, según se infiere de la *Relación*. Describe los principales tributarios del San Juan en el sentido ascendente de la corriente. Los ríos de la banda sur tienen sus cabeceras en la cordillera volcánica de Costa Rica, fuentes que Lacayo ignoraba pero que según él no presentaban ningún peligro. No era igual la seguridad en los ríos selváticos procedentes del norte, cuyos nacimientos no estaban lejos del río Maíz y Punta Gorda donde los ingleses tenían ciertos asentamientos.

De la *Relación* de Lacayo se deduce que a mediados del siglo XVIII ya se empleaban los nombres geográficos con que actualmente se conoce la mayor parte de los ríos de la cuenca lacustre-fluvial del San Juan. Los términos de origen sumu y rama aparecen junto a nombres españoles, incorporados posiblemente desde que Calero y Machuca exploraron el río doscientos años antes.

En la desembocadura del río Lacayo y Briones reconoció tres ramales: *el brazuelo de San Juan* (del Norte), de 12 leguas de largo, que comunicaba con varios esteros y lagunetas delicias, donde abundaba el manatí. En la playa arenosa frente al mar anidaba entonces la tortuga Carey, cuyo caparazón traslúcido era objeto de comercio entre los ingleses.

La barra al final del brazuelo no impedía la entrada de pequeñas embarcaciones. La salida, sin embargo, había que buscarla por el *ramal de Tauré*, usado por los barcos que se dirigían a Portobelo y Cartagena. Por este codiciado ramal merodeaban los ingleses, misquitos y zambos, atentos a caer sobre las presas mercantiles españolas. La mejor opción para navegar era, sin embargo, *el brazo de Colorado*, donde según la *Relación* podían entrar barcos y balandras grandes.

Entre los tributarios del San Juan reconoció Lacayo las desembocaduras de los siguientes: *Zarapiquí*, descrito como un gran río; *Robalo*, mejor conocido como caño San Francisco; *Pocosol*, bautizado como San Carlos por haber estado ahí la vieja fortificación asaltada por los piratas en 1670; *Machuca* y *Bartolo*. Casi opuesto a la fortaleza entraba otro río, (caño *La Juana*), frente a una isla grande a la vista del fuerte. Un poco más arriba, en una vuelta del río, se abría la desembocadura del *Santa Cruz*, motivo de la siguiente preocupación del comandante:

"[...] viene de la montaña y no se sabe donde tiene su cabecera, ni si inmediato a ella habrá otros ríos que desaguan en la costa del Mar del Norte, donde habitan los zambos mosquitos, que entonces es peligroso, porque por el pudieran introducirse a este de San Juan y cortar el castillo e impedirles los bastimentos".

Continuando aguas arriba Lacayo identificó el afluente *Pocosol* chiquito, considerado sin peligro por bajar de Costa Rica. Luego venía el gran río de *Los Sávalos*, que por salir de montaña adentro por la banda norte era vigilado con frecuencia, poniendo un guía en sus riberas cada vez que circulaban rumores de invasión.

Tres leguas más adelante estaba otro afluente, *Morellos*, (actualmente Palo de Arco); en sus vegas habitaban unos doscientos "caribes mansos" que entendían y medio hablaban la lengua castellana. Visitaban a menudo la fortaleza en sus canoas para vender plátanos y frutas y "aunque se han hecho varias diligencias para su reducción a nuestra santa fe no se ha podido conseguir", afirma el comandante. Esta aislada observación etnológica se refiere probablemente a los indios Melchora, un subgrupo de los Ramas colectivamente confundidos con los Sumus o "caribes bravos", sus vecinos del norte.

Un poco más arriba desembocaba otro río, que Lacayo llama *Mosquitos* y corresponde al actual Medio Queso. En la ribera opuesta y no muy distante desaguaba el río *Melchora*, tenido como peligroso por ignorarse sus fuentes. El último afluente, "inmediato a la boca de la laguna", era el río Frío, cuyas cabeceras se encuentran en las templadas alturas del volcán Tenorio; de sus pobladores —los temidos indios Guatusos— muy poco se conocía entonces.

Una vez alcanzado el lago de Nicaragua, Lacayo menciona de paso la inhóspita costa sur, que se abría como una amplia ensenada hacia la cual fluían numerosos riachuelos y esteros. En esa dirección tampoco existía peligro de invasión por ser territorio de impenetrables selvas hasta Orosí, que junto con los otros volcanes de la cordillera de Guanacaste —conocida entonces como *Montaña de Nicaragua*— marcaban el límite entre esta última provincia y la de Costa Rica.

Subiendo a lo largo de la costa lacustre de Chontales, el gobernador reconoció la boca de dos ríos cercanos llamados los *Morrillos*, (Consuelo y Camastro actualmente), donde vivían otros indios mansos del grupo anteriormente mencionado. Un poco más adelante estaba la desembocadura del río *Tule*, donde solía entrar el barco de bastimentos a cortar palos de Santa María que necesitaba para su arboladura. Aunque era hondo y remontable hasta cierta profundidad de la selva, se ignoraban sus fuentes. Igual sucedía con el siguiente río, *Teponaguzapa* (Tepenaguasapa), por donde saliera una partida de Zambo-Misquitos en 1708, habiendo capturado una canoa con siete tripulantes que navegaban junto a la costa lacustre rumbo a Granada. El incidente hizo sospechar a los españoles que el río tenía sus cabeceras cercanas a las del Punta Gorda, que siguiendo rumbo contrario salía al mar en el sitio poblado por ingleses.

Prosiguiendo seis leguas adelante, a lo largo de la costa chontaleña, se llega a la boca del *Ollate* (Oyate), considerado también como peligroso por bajar de la montaña. El río era el límite de la selva, porque la tierra en adelante estaba cubierta de pastos, utilizados por españoles para mantener hatos de ganado vacuno y caballar. Las fincas estaban en la jurisdicción de los primeros pueblos indígenas, (Acoyapa, Lóvago y Lovigüisca), y uno de ladinos (Juigalpa). La ganadería aprovechaba los suelos húmedos cercanos al lago y las haciendas se continuaban dando la vuelta por la costa hasta Granada, según menciona la *Relación*.

La vecindad de las haciendas chontaleñas a la montaña no dejaba de presentar cierto peligro, tal como Lacayo da a entender en su escrito:

“En ese partido de Chontales en el año de 1710 entró el enemigo zambo por dicha montaña del Norte por el hato que llaman aguas (Quimichapa) y robaron algunos hatos llevándose más de treinta personas entre hombres, niños y mujeres para venderlos en Jamaica en cambio de armas y municiones... para cuyo fin hacen y han hecho los robos de indios e indias en estos pueblos y en los de Matagalpa”.

Lacayo reconoció a continuación y en forma sucesiva las desembocaduras de otros ríos: *Poderoso* (Ojocuapa), *Mayale*, *Acoto*, *Malacatoia* y *Panaloya* (o Tipitapa). Por este último desaguaba la laguna entonces llamada de León, (hoy lago de Managua), que según Lacayo medía cien le-

guas de contorno y ocho de travesía. En sus márgenes existían haciendas de ganado que suplían de carne a los mercados de León y Granada.

A partir de la bocana de *Panaloya* la costa lacustre tuerce hacia el sur, en dirección a Granada. Frente a la ciudad estaban 200 islas pequeñas “[...] que forman puertos de canoas y barcos grandes con bastante abrigo de todos los vientos”, según relata Lacayo de Briones refiriéndose al archipiélago de Las Isletas. En el resto de la costa reconoció los ríos *Manares*, *Dorado* y *Ochomogo*. En la jurisdicción del pueblo Nicaragua (Rivas) desembocaban los ríos *Sapoá* y *Orosí*, con los cuales se completaba la circunvalación de la costa del Lago.

El reconocimiento fluvial y lacustre termina con una visita a la isla de *Ometepet* donde existían dos pueblos indios, (Moyogalpa y Astagalpa), vecindados con algunos españoles y mulatos que tenían haciendas de ganado y plantaciones de cacao. Los indígenas recibían doctrina de boca de los franciscanos.

El informe de Lacayo y Briones pasa revista finalmente a la costa del Pacífico, que por sus buenos abrigos y abundancia de maderas podía ser atractiva al afincamiento de los ingleses y Zambo-Misquitos, en caso de que éstos lograsen primero apoderarse del río y del lago. De ser posible tal acción —sostiene Lacayo— vendría a poner en peligro la seguridad de todos los puertos de la América española sobre el Pacífico. El gobernador y comandante de la provincia de Nicaragua concluye con la siguiente recomendación:

“[...] se hace preciso aplicarse con todo esmero y fuerzas a poner el castillo en la mejor defensa, fortificar esta ciudad de Granada como plaza de armas que es, para que de ella se socorra el castillo con prontitud cuando la necesidad lo pida, con las galeras, y con ellas defender el río, asolar y destruir los referidos mosquitos, impidiéndole los pillajes y tratos con Jamaica de donde se proveen de armas, municiones y capitanes que los valorizan y fomentan para las entradas y robos que por todas partes hacen de indios cristianos y caribes mansos para venderlos a dichos ingleses, quedándose con las mujeres para su aumento: que es cuanto alcanza mi cortedad con dilatada experiencia”.

Dicho sea de paso que las observaciones de Lacayo y Briones fueron apenas atendidas por la Capitanía General, que nunca estuvo en condiciones de presentar batalla a los invasores, como tampoco reforzar el estado de las defensas en forma efectiva. No obstante, la corona hizo llegar desde La Habana 800 rifles, 12 cañones y 100 soldados, apresto que resultó innecesario porque para 1748 España e Inglaterra habían convenido en celebrar la paz.

La fortaleza de La Inmaculada, donde había trabajado con tanto ahínco el ingeniero Díez Navarro, también suavizó su guarda por orden

del castellano que sucedió al ingeniero español en el mando. El nuevo jefe no sólo suspendió las obras emprendidas, sino puso su empeño en destruir lo restaurado hasta entonces, usando la estacada para hacer los "tajasos" y construir recámaras para los soldados casados.

El interés por la defensa del río San Juan volvió a surgir nuevamente en la siguiente fase de antagonismo anglo-hispánico, cuando el enemigo se presentó a las puertas de la fortaleza en 1762.<sup>15</sup>

### El episodio de Rafaela Herrera

Los doce años de relativa paz entre Inglaterra y España a partir de 1748 no trajeron necesariamente tranquilidad a Nicaragua, contra la cual persistió la enemistad de los Zambo-misquitos, incentivada por los intereses de los traficantes esclavistas de Jamaica y los colonos ingleses de la costa Caribe. Tal situación es confirmada por los varios asaltos que en ese mismo lapso sufrieron algunas poblaciones de frontera. Así que, cuando las rivalidades entre ambas naciones europeas se reanudaron, las acciones de hostigamiento se vieron más que justificadas.

En junio de 1762 un grupo de Zambo-Misquitos atacó las plantaciones de cacao en el valle de Matina. Al mes siguiente otra partida cayó sobre las poblaciones de Lóvago, Lovigüisca y la misión de Apompuá, cerca de Juigalpa, las que sufrieron incendio y saqueo, además de captura de algunos prisioneros españoles. Pocas semanas después una tropa de ingleses, zambos y misquitos se posesionó de las bocas del San Juan y marchó río arriba con la intención de tomarse la fortaleza de La Inmaculada. Para empeorar la situación el castellano a cargo de la guarnición, José Herrera Sotomayor, un militar de rango, había fallecido el 15 de julio y los soldados no pasaban de un centenar.

Sabedores los ingleses que la fortaleza estaba acéfala exigieron la rendición incondicional de la guarnición y la entrega de las llaves. El segundo en el mando, un sargento, estaba por acceder a la demanda cuando la hija del difunto, Rafaela Herrera, que apenas contaba 19 años, se opuso a la entrega de la fortificación. El historiador nicaragüense José Dolores Gámez describe la acción de la siguiente manera:

"Los ingleses entonces rompieron un fuego de escaramuza, creyendo que esto bastaría para lograr la rendición; pero la señorita Herrera, educada en ejercicios varoniles y co-

<sup>15</sup> Un interesante estudio sobre la fortaleza de La Inmaculada es el presentado por Roberto Trigueros Bada: "Las Defensas Estratégicas del Río San Juan de Nicaragua", en el *Anuario de Estudios Americanos*, XI (1954), p. 413-513. Sevilla, España.

nocedora del manejo de las armas, tomó ella misma el bota-fuego y disparó los primeros cañonazos, con tan feliz acierto, que del tercero logró matar al Comandante inglés y echar a pique una balandrita, de tres que tenía la flota".<sup>16</sup>

Esta inesperada respuesta aflojó los ánimos de la tropa invasora que se retrajo a posiciones de defensa. Al caer la noche Rafaela ordenó empapar unas sábanas con alcohol y echarlas al río sobre ramas flotantes, según comenta el mismo historiador. La corriente arrastró las piras en dirección a las embarcaciones de los enemigos, que asustados de ver aquel "fuego griego" optaron por retirarse. Al día siguiente los ingleses trataron de sitiar la fortaleza, con poco progreso y muchas bajas de su parte pues no contaban con cañones sino con mosquetes. Derrotados, decidieron levantar el sitio y retirarse a la desembocadura del San Juan, donde su presencia obstaculizó la salida del río por algún tiempo.<sup>17</sup>

Para suerte de los defensores de la fortaleza, España e Inglaterra acordaron la paz dos meses después. La Habana y Manila, que habían sido capturadas por los ingleses, fueron devueltas a España y ésta cedió la Florida a los británicos.

### Nuevo ataque a la fortaleza de la Inmaculada Concepción

Un segundo y más exitoso asalto a la fortaleza aconteció en abril de 1780, durante una nueva fase de beligerancia entre ambas naciones.

Desde la década anterior la posibilidad de apoderarse de la ruta de Nicaragua era objeto de serias consideraciones en Londres. Noticias llegadas desde Jamaica elogiaban la capacidad portuaria de San Juan del Norte, cuya bahía decían era capaz de contener "[...] de 10 a 15 barcos de guerra y más de mil veleros". Por otra parte, la pérdida de las colonias de Norteamérica —que se independizaron en 1776— obligó a los ingleses a buscar otras rutas y alternativas de comercio, en especial hacia el Pacífico, cuyas islas habían sido exploradas por el capitán James Cook. Nicaragua era la puerta más expedita hacia dicho océano, de modo que el control del tránsito a través de su territorio surgió como una idea vital para los planes expansionistas de Londres.

<sup>16</sup> Ver Gámez. p. 255–256.

<sup>17</sup> Rafaela era hija única del teniente coronel Don José de Herrera y Sotomayor y de Felipa Torreynosa. Había nacido en Cartagena cuando su padre se desempeñaba como castellano de la fortaleza en dicha puerto, cargo que abandonó en 1757 para hacerse cargo de la guarnición de El Castillo. Don José había testimoniado antes de morir: "*Rafaela es mi hija natural y pagado mis créditos ésta es mi única y universal heredera a puerta cerrada*". Más tarde la heroína, viuda de Pablo Mora, vivió en Granada y recibió unas tierras y pensión de 600 pesos en pago de sus merecimientos. (Archivo General de Centroamérica A1.29.2. Legajo 201. Expediente 1651).

Trataron los ingleses, en consecuencia, de adelantarse a la iniciativa de los españoles, quienes estaban considerando la apertura de una ruta acuática entre ambos océanos aprovechando para tal propósito el río San Juan, el lago de Nicaragua y el istmo de Rivas.

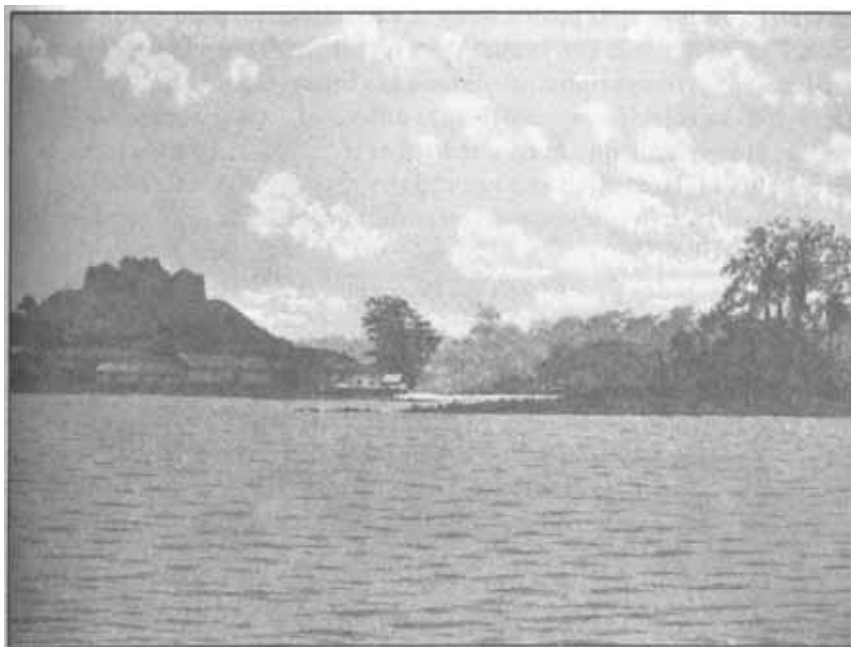
Sobre los propósitos ingleses Craig Dozier señala al respecto lo siguiente:

"Su principal objetivo, dirigido desde Jamaica por el gobernador, era capturar el fuerte de La Inmaculada Concepción, ganando así el control de la vía acuática del San Juan y Lago de Nicaragua, así como un sitio para un canal, cercenando a la América Central española, sueño de los líderes británicos que iba más allá de la colonización de la Costa Mosquitia. Se trataba de alcanzar un mayor objetivo: un golpe decisivo a la hegemonía hispánica en Centroamérica, no solamente a lo largo de su costa caribe sino también a través del Pacífico".<sup>14</sup>

Con la anuencia de Inglaterra, el gobernador de Jamaica procedió a montar la expedición donde participarían 1200 entre fuerzas regulares y marineros. Una vez frente a la costa de Nicaragua se les juntaron 400 Zambos y Misquitos, bajo el mando del rey mosco George, además de 80

---

<sup>14</sup> Dozier, p. 19.



*Figura 40.- El río San Juan, aguas abajo de El Castillo.  
(Menocal-Comisión Canalera).*

colonos aportados por el superintendente inglés en Bluefields. La dirección de la invasión fue confiada al capitán John Polson. En la desembarcadura del San Juan se hizo el trasbordo del armamento a la fragata *Hinchinbrook*, la única que pudo pasar la barra a la entrada de la bahía. La embarcación venía comandada por el entonces novato teniente Horace Nelson.<sup>19</sup>

El 28 de marzo de 1780 Polson comenzó a ascender por el río, tomando 600 de los suyos en 22 canoas largas. Diez días más tarde lograron los ingleses capturar al retén español de avanzada, unos 16 hombres acantonados en la isla Bartola, a trece kilómetros del fuerte. Era entonces castellano de la fortaleza Juan de Ayssa; sólo contaba con 270 hombres y una buena reserva de pólvora y munición, con la esperanza de sostener una defensa prolongada mientras llegaban los refuerzos de Granada. En esa ciudad estaba acantonado el Capitán General de Guatemala, Matías Gálvez, organizando la defensa de Nicaragua, que en realidad significaba la de todo el territorio bajo su jurisdicción.

Las primeras balas de cañón surcaron el aire el 11 de abril. La acción parecía indecisa una semana después. El fuerte erigido sobre una colina rocosa parecía inexpugnable, salvo que estaba expuesto a dos desventajas: el abastecimiento de agua que se hacía del río, donde los ingleses habían logrado ocupar posiciones y la existencia, un poco al sur de la fortaleza, de una colina que lo superaba en altura. Tanto Díez Navarro como Lacayo y Briones habían señalado esa inconveniencia. El gobernador Lacayo en su relación escrita 35 años antes advertía lo siguiente: “Un pináculo más grande que el en que está el castillo y le predomina a él y a su caballero (el torreón San Fernando), y dista como un tiro de fusil, que es padrasto bien pernicioso y arriesgado porque desde él se puede dar batería al castillo”.<sup>20</sup>

Nelson encaramó cuatro cañones en la colina dominante y el 14 de abril comenzó el bombardeo serio de la fortaleza, arrebatando la vida a 37 de los defensores. Los españoles contestaron al fuego y resistieron el sitio por dos semanas más, pero el 29 tuvieron que capitular pues nunca llegaron los esperados refuerzos y las tinajas de agua se encontraban vacías desde hacía dos días. Ayssa negoció una rendición con honores para los 220 ocupantes y sobrevivientes que habían defendido la fortaleza con heroísmo.

<sup>19</sup> Una isla cerca de la confluencia del Sarapiquí, antes llamada isla del Mico, lleva actualmente el nombre de Nelson. En ella ancló el *Hinchinbrook* para trasegar el armamento inglés a las canoas que continuarían río arriba.

<sup>20</sup> Ver la *Relación* de Lacayo Briones en Peralta. p. 135.



Los ingleses, sin embargo, no pudieron saborear la victoria. Las lluvias se iniciaron de inmediato trayendo mosquitos y peste al campamento y al mismo fuerte donde estuvieron hacinados los defensores. Uno tras otro los invasores cayeron víctimas de las enfermedades; el propio Nelson, atacado por la disentería, fue llevado casi moribundo a Jamaica.

Los refuerzos procedentes de esta isla tampoco les llegaban, mientras la peste dieztaba rápidamente la salud de la tropa invasora. Alimentos y medicinas se descomponían en aquel ambiente húmedo y caluroso. La mortandad entre los ingleses imponía su patética cuota diaria, de tal suerte que no quedaban manos ni fuerzas para enterrar a los que fallecían; simplemente los dejaban a la rapiña de los zopilotes o los echaban al río para pasto de los tiburones.

Los aliados Zambos y Misquitos, por otra parte, criticaban la disciplina que les impuso Polson. Disgustados por el poco beneficio que de la invasión sacaban, comenzaron a desertar a los ingleses. La justificación aparece en un comentario de Orlando Roberts, un comerciante inglés que aconteció pasar por ahí cuarenta años después de la acción:

“En Bracman vi una vez más a varios de los viejos indios que habían acompañado a Lord Nelson cuando éste bajó por el río San Juan. Todos estaban de acuerdo que en esa ocasión el viaje se había realizado en la época más inadecuada del año, y que se se había



*Figura 41.- La fortaleza de La Inmaculada en El Castillo, tal como lucía a finales del siglo pasado. (Menocal-Comisión Canalera).*

obligado a una disciplina y dieta que no les satisfizo; por lo tanto estuvieron muy descontentos y enfermos y la empresa tuvo que ser abandonada después de un éxito parcial".<sup>21</sup>

Los refuerzos españoles enviados desde Granada decidieron acantonarse en el puerto lacustre de San Carlos, parapetándose en una colina que dominaba la entrada del río. Allí levantaron una fortificación a toda prisa, para cortar al enemigo el acceso al lago. Para entonces Polson había sido relevado por Stephen Kemble, un coronel que hizo méritos entre las tropas inglesas combatiendo la revolución de los Estados Unidos de Norteamérica por su independencia.

Kemble encontró la fortaleza de La Inmaculada convertida más en hospital o cementerio que en instalación militar. Tomó de ella 250 soldados, en su mayoría enfermos o convalecientes, y se dirigió a San Carlos para proseguir con la conquista de Nicaragua. El 24 de julio con la lluvia cayendo a torrentes, la corriente del río contraria, los boteros indios desertando y la tropa de asalto ya reducida a 80 hombres, el coronel inglés vio perdidas las esperanzas de enfrentar a los 300 españoles acantonados en San Carlos bajo las órdenes del propio Capitán General Matías Gálvez.

En su retirada Kemble pasó recogiendo a unos 150 enfermos que sin ninguna posibilidad se mantenían reteniendo el fuerte de La Inmaculada y con ellos se marchó a Bluefields. El resto de la guarnición inglesa se mantuvo en la fortaleza hasta principios de 1781, cuando se ordenó la evacuación definitiva, dejando la instalación semidestruida y tan inutilizada que los españoles que después la ocuparon más bien pensaron en terminarla de demoler.

Cuando Kemble regresó a Jamaica, después de la fallida invasión a Nicaragua, hizo el siguiente comentario: "Nunca había sucedido tan completa ruina". Obviamente el coronel inglés no se estaba refiriendo al estado en que quedó la fortaleza.<sup>22</sup>

## Anotaciones sobre la ruta de invasión

Algunas observaciones sobre las características del río San Juan y de la costa de la Mosquitia fueron anotadas por Kemble en su diario y co-

<sup>21</sup> Orlando Roberts: *Narración de los Viajes y Excursiones en la Costa Oriental y en el interior de Centroamérica*, p. 138. FPCBA. Managua, 1978. Kemble menciona al respecto que el disgusto de los Miskitos obedeció más bien a que el capitán Polson no les permitió saquear la fortaleza ni disponer de los prisioneros a su antojo.

<sup>22</sup> La versión española de la toma de la fortaleza la presenta Gámez en su *Historia*. Dozier (p. 19-25) ofrece un buen resumen de la versión inglesa, así como también Floyd, p. 143-152.

responsendencia. Se refieren a la naturaleza del territorio invadido, descrito con la idea de estimular una futura colonización inglesa en el propio corazón de la América española.

No obstante las obligaciones que su rango le imponía para proseguir con la campaña militar en medio de insuperables dificultades, con un clima inhóspito, la epidemia que a diario restaba fuerzas y vidas a la tropa y la continua demanda de alimentos y municiones, Kemble mantuvo siempre un ojo abierto ante el escenario exuberante del río y reportaba cada detalle al gobernador de Jamaica.

El coronel no descuidó mandar partidas exploratorias por los afluentes del San Juan que aportaban agua del lado de Costa Rica, al igual que por el río Escondido, aunque con resultados poco alentadores. Obtuvo información adicional sobre el lago de Nicaragua, sus islas, el estado de fortificación de Granada y el acceso de esta ciudad a la costa del Pacífico, datos interesantes para la inteligencia del proyecto de invasión. Su diario, aunque escrito en forma escueta, estuvo abierto a toda clase de comentarios, tal como lee en el siguiente párrafo:

“Martes 25 de Abril: Despaché seis pipantes con provisiones para el Coronel Polson, bajo la orden del Capitán Thompson. La bahía de San Juan es buena, pero insalubre; la tierra baja y pantanosa, cubierta de Mangles alrededor. El lugar poco adaptado para fortificación, pero no hay otro sitio. Se cree que el ramal de Cartago (Canal de Tortuguero) llega hasta 15 millas del Pueblo del mismo nombre. Los Españoles, según se piensa, no esperaban que trajéramos una fuerza Regular y creían que la formaban sólo Indios Miskitos”.<sup>23</sup>

La exuberante vegetación a lo largo del río engañó a Kemble. Atribuía gran fertilidad al suelo de los alrededores como para alentar la futura colonización del territorio. Tenía la creencia que la agricultura plantada en el lugar era “tan buena que produciría cualquier artículo de vida en abundancia”, situación que juzgaba como mejor que la disponible en Jamaica. El clima, sin embargo, resultó no sólo inclemente sino hostil a todo intento de penetración. Una lluvia continua hinchaba la corriente del río; mantenía una permanente humedad que arruinaba municiones, medicinas y alimentos. No existían en las vegas áreas cultivadas de las cuales depender, salvo algunos escasos platanos sembrados en forma dispersa por las pocas familias de indios Ramas que vivían a orillas de los afluentes Sábalo y Santa Cruz.

La peor de todas las inconveniencias fue la peste de malaria y disentería, que drásticamente minó la salud de los ingleses, habiendo sufrido el propio Kemble de fiebres intermitentes que le hacían perder sus eje-

<sup>23</sup> Ver *The Kemble Papers: The Journal, 1780*. p 5-6.

cutorias con bastante frecuencia. Al final lo obligaron a evacuar el río y a retirarse con los sobrevivientes a Bluefields, donde los invasores terminaron de apurar toda la cicuta de la fracasada empresa.

En relación a las observaciones naturalistas, Kemble dedica algunos párrafos a la descripción de la fauna del lugar, más rica que la que conoció en Jamaica. Consideraba la pesca en la bahía de San Juan del Norte como excelente y abundante, llamando algunos de los especímenes con los nombres vernaculares ingleses, como el *Mullet*, *Stone Bass* y el *Jew-fish*. Menciona la tortuga marina como un buen recurso alimenticio en su estación. En los alrededores del puerto proliferaba abundante caza, tal como jabalíes, iguanas, patos, pavones, palomas, además de pájaros de bello plumaje. En varias ocasiones, cuando el abastecimiento deropa falló, se recurría a la cacería, llegando los ingleses hasta probar monos, cuya carne era de gran estima entre los Misquitos que los acompañaban.

Durante la estadía en Bluefields Kemble anotó en su diario lo siguiente:

“Desde que estoy aquí, dos Curiosidades han llegado a las manos del Doctor: una gran araña, de unas dos pulgadas y media, de gran fuerza, tomada en una de las chozas de los Caballeros; y una serpiente de ambos extremos iguales, pero sin boca ni ponzoña en la cola—Los Negros dicen que es venenosa— de dos pies de largo, color café, considerada una Tom Goss. Otra culebra reputada en este país como ponzoñosa es la llamada Poste de Barbero, color en banda y muy peligrosa. También se coge un venado pequeño, café claro, de carne muy sabrosa pero magra. Las pavas y pavones son buenos en Noviembre y Diciembre pero en Junio, Julio y Agosto pobres, secos, duros e insípidos. El pavón, especialmente, sólo sirve para sopa. Las Perdices son tan grandes como las Dung Hill Fowls y se encuentran de excelente sabor y carne oscura, y otras más grandes que la Perdíz del Norte, muy parecidas y especialmente sabrosas; las otras aves tienen en general un sabor indistinto. El Jabalí y sahño, especies de cerdo salvaje, son buena comida; el Manatí, pez que se alimenta de hierba, de unos 5 a 7 pies de largo, tiene la cola horizontal, es muy bueno, de color negro y piel gruesa. Las Zarcetas y Patos se cazan en las lagunas en grandes cantidades, excelentes en su clase”.<sup>24</sup>

Entre la fauna acuática Kemble menciona los peces roncadores, que llegaban al Castillo en gran número y eran muy buenos entre noviembre y diciembre, así como langostinos de cinco libras de peso. El roncador se cogía a la orilla del río con bayoneta calada en el extremo de un palo. El sábalo, un pez de cuatro a seis pies de longitud, no tenía buen sabor; el

<sup>24</sup> La cita corresponde al Journal de Kemble, Enero 26, 1781. La serpiente de extremos iguales era el anfibio *Caecilia* parecido a un gran gusano; el “poste de barbero”, obviamente una coral, *Micrurus sp.* El venado es el pequeño gamo rojo *Mazama*. El manatí, un mamífero del orden de los Sirenídeos, era entonces considerado como pez. El roncador es *Pomadasys grandis*. El sábalo real *Tarpon atlanticus*, junto con el tiburón de agua dulce y dos especies de peje-sierras, migra del mar Caribe al lago de Nicaragua y viceversa.

róbalo en cambio era excelente. Los lagartos y tiburones infectaban las aguas junto a la fortaleza.

Desde que M.W. realizara las primeras observaciones detalladas de la fauna de la Costa Atlántica de Nicaragua, un siglo antes, nadie como Kemble había ofrecido un cuadro tan apetitoso de la zoología de la región.

Además de la descripción geográfica de los lugares controlados por los invasores, Kembel anotó cierta información sobre la parte española que logró obtener de los prisioneros capturados, cuyo conocimiento era importante para el proyecto expansionista. Los interrogados, sin embargo, no eran tan duchos en materia de geografía de su país, pero en algo contribuyeron al casi total desconocimiento inglés de los secretos de los españoles. Los invasores supieron cuáles eran las principales poblaciones allende el lago de Nicaragua, su distancia a la costa del Pacífico, las vías de comunicación existentes y el estado de defensa de la provincia. También conocieron de senderos para mulas que cruzaban por las partes más montañosas, aunque en las planicies habían carruajes, (realmente carretas), que iban de un pueblo a otro. La alimentación de la provincia era a base de maíz, frijoles, arroz, carne de res y puerco. Sus exportaciones: añil, cacao y ganado, recibiendo en cambio de España diversos artículos manufacturados y harina de Guatemala, transportada a lomo de mula.

Unos indígenas capturados confesaron ser oriundos de Ometepe, donde servían como pilotos de navegación. Afirmaron que les tomaba dos días cubrir la distancia entre El Castillo y el lago y ocho más para alcanzar Granada, pasando de una isla a otra, donde por lo general pernoctaban. Unos mil indios vivían en Ometepe, especialmente en el pueblo (Altagracia); existía también en esta isla una población de mestizos (obviamente Moyogalpa) y un cura español. Kemble juzgó que los indios podían sublevarse contra los amos españoles —por cierto una idea que acariciaban los ingleses a su favor— disgustados como estaban por el pago de tributos. Los indígenas de Ometepe cultivaban maíz y plátanos y tenían al cuidado cierto ganado.

Otras preguntas les fueron hechas a los prisioneros en relación al clima del país, (que tanto fastidiara a los invasores), a la navegación y embarcaciones en el lago, sobre la posición y fortificación de Granada y otras cosas a las que los indios respondieron con franqueza. Vale decir que Kemble observó buen trato con los españoles y que tanto él como Polson frenaron las acciones de rapiña y castigo que los Zambos y Misquitos exigían para con los prisioneros.

## La Costa Mosquitia y sus recursos

Entre los documentos de Kemble se encuentra un “*Reporte sobre el País de La Mosquitia*”, territorio que entonces comprendía la franja litoral del Caribe, desde el cabo de Honduras al de Gracias a Dios (75 leguas), y desde este punto hasta la desembocadura del San Juan (90 leguas). No obstante, los Misquitos reclamaban que su jurisdicción llegaba hasta Bocas del Toro, por haber sometido a todas las tribus hacia el sur.

El *Reporte* presenta un inventario geográfico de sur a norte: A unas diez millas de la boca del San Juan se encontraba el río Indio, que entonces desaguaba directamente en el Caribe, (y no en la bahía de San Juan del Norte como actualmente lo hace). El Indio, al igual que los dos ríos siguientes, Maíz y Punta Gorda situados a 12 y 32 millas más al norte, son elogiados por Kemble por la fertilidad de sus riberas, junto a las cuales vivían ciertos nativos: “[...] una tribu de indios de lo mejor dispuestos, llamados Ramas, que estaban familiarizados con el Gran Lago, pero que por desgracia se habían dispersado hace pocos años, debido a la opresión de ciertos Ingleses malvados que se habían asentado entre ellos”.<sup>25</sup>

Los tres ríos mencionados eran navegables en pipantes, largas canoas de 44 pies de longitud por 4 de anchura, capaces de cargar con una tripulación de cuarenta personas. Kemble cita un afluente del Punta Gorda que también era navegable, (el Agua Zarca), pero erróneamente supone que se comunicaba con el San Juan, quizás porque las cabeceras de aquél no estaban lejos de las del río Sábalo, principal tributario del San Juan por la banda norte.

En las riberas del Punta Gorda abundaban —según el Reporte— animales como el jabalí, saíno, tapir, venado, mono—araña, conejos y numerosas aves de caza. En medio del bosque crecía abundante el cacao, cuya calidad Kemble comparaba con el que se vendía en Caracas.

La laguna de Bluefields, catorce leguas más adelante, era considerada como un buen puerto, donde podían entrar barcos hasta de 14 pies de calado. La laguna se extendía entre El Bluff, que podía ser fortificado a poco costo, y la desembocadura del Escondido, río llamado Bluefields por los ingleses. Esta corriente era navegable, (siguiendo por el tributario Mico), hasta las sabanas españolas del interior; su curso considerado como una vía probable para futuras invasiones. El Escondido había sido utilizado en un tiempo como ruta de contrabando, que realizaron ciertos colonos ingleses con una balsa de 30 toneladas. La laguna, de 25 millas

<sup>25</sup> Ver “*Report on the Mosquito Country, The Kemble Papers*”. p 419.

de circuito, estaba bien suplida del “pescado” manatí, de ostras y otros bivalvos. En los alrededores existía una red de corrientes con abundante agua que bajaba de las montañas del interior, cubiertas de bosques y ricas en animales de caza.

Treinta millas aguas arriba del río Escondido, (posiblemente entre los afluentes Kama y Mahogany), vivían unos 50 indios *Cookeras* (Kukras), de amigable disposición; algunos hablaban el inglés. Setenta millas más adentro habitaban los *Woolwas* (Ulwas), que como los anteriores formaban parte de los Sumus, extensa tribu esparcida por las cabecezas de todos los ríos de la vertiente caribe. Kemble mostró interés para ganar la confianza de uno de los jefes Ulwas, que en ese entonces apoyaba a los españoles porque los incorregibles Misquitos habían capturado y vendido a uno de sus parientes.

Las islas de *Corn* son mencionadas por Kemble en su diario. La isla grande era boscosa y tenía pocos residentes que llevaban una vida miserable. La otra isla estaba completamente deshabitada y cubierta de hierbas.

Unas diez leguas al norte de Bluefields se encuentra *Pearl Lagoon* cuya entrada, al sur, tenía de 8 a 10 pies de agua, superados por la goleta del inglés no obstante sus 30 toneladas de peso. Tres ríos vertían sus aguas en ella: *Coninwas* (Kurinwás), *Vavasian* (Wawashán) y *Sumoe* (Nari). Las aguas de la laguna abundaban en peces y del fondo se extraían las mejoras ostras.<sup>26</sup>

La ribera occidental de Pearl Lagoon era alta, la tierra fértil, abundante en animales y aves de cacería, pasión que parecía dominar a Kemble quien con insistencia repite sobre el tema en su Diario y Reporte. En la ribera se daba muy bien el arroz, hasta tres cosechas anuales según su opinión. En la selva crecía en abundancia el cacao, “[...] en resumen cualquier cosa que se plante se desarrolla ahí a perfección”, insistía en dar a conocer el coronel inglés.

Junto a los tres ríos atrás mencionados vivían ciertas tribus descritas como en la miseria, sin comunicación con nadie y en constante temor por las invasiones de los Misquitos. Posiblemente eran Kukras, que más tarde se internaron en la montaña y fusionaron con los Ulwas, sus vecinos del interior.

<sup>26</sup> Pearl Lagoon, la Laguna de Perlas no contiene ostras perlíferas, contrariamente a lo que su nombre podría suponer.

La posición de los “cayos” Perlas es dada por Kemble entre dos y seis millas aguas afuera de la laguna, la cual estaba apenas separada del mar por una angosta barrera arenosa. Entre los cayos podían anclar embarcaciones de cierto calado para capturar tortugas y moluscos. En un tiempo fueron habitados por ciertos indígenas colectores de perlas, actividad que terminó cuando los Misquitos capturaron y esclavizaron a los pobladores, de acuerdo con el *Reporte*.

Tres leguas al norte de la laguna desembocaba el Río Grande (de Magalpa), que tenía una barra alta y larga, insuperable salvo en buen tiempo. Sus riberas eran bajas, propias para el cultivo del arroz. Tierra adentro existían unos llanos (Makantaka), con buen pasto para la introducción del ganado vacuno y lanar, según estimaba Kemble, donde los pinos alcanzaban imponente tamaño. El venado vagaba por los llanos en grandes manadas. Las riberas del río parecían fértiles y propias para cultivar plátanos. Remontando la corriente en pipantes se podía llegar en pocos días hasta el establecimiento de los españoles.

Kemble menciona que trece leguas adelante estaba el río *Walpa Sexa* (Walpasiksa) que se junta con el *Princapulca* (Prinzapolka) en su desembocadura para formar entre ambos un intrincado delta. En las riberas crecían árboles de caoba.

Diez leguas más al norte desembocaba el *Wawa*. Como el río anterior se extendía 100 millas la tierra adentro, presentando en sus orillas árboles de caoba más altos, riberas más fértiles y bosques y fauna de mayor esplendor. Luego venía, 20 millas más allá, el río *Huson*, (Hueso, actualmente Likus), que en ese tiempo desembocaba en la laguna de Páhara y era navegable en pequeñas embarcaciones. El terreno de los alrededores, bajo y pantanoso, estaba sembrado de lagunetas; junto a una de ellas se encontraba la villa de Sandy Bay, entonces “capital” de la Mosquitia, donde tenía su corte el “rey”.

“El pueblo está situado placentemente en la ribera de la laguna que comunica con el mar por un canal de 150 pies de anchura, mandado a abrir por uno de los Reyes anteriores”.<sup>27</sup>

El sitio había sido escogido como sede del “reino” por tener frente a la costa litoral los “cayos” Misquitos, donde se cogían tortugas en abundancia, un plato muy estimado por los indígenas. La pesca de la tortuga verde (*Chelonia mydas*) se realizaba entre mayo y septiembre, posiblemente en conjunción con la época cuando la tortuga se congrega en grandes hordas para emigrar a las playas de Tortuguero, al sur de la boca del

<sup>27</sup> Ver el “*Report on the Mosquito Coast*”, p. 424.



San Juan, donde se lleva a cabo el desove. Sandy Bay no estaba exento de mosquitos; pasado septiembre cuando las grandes lluvias dejaban el sitio inundado, la población solía retirarse a los ríos y sabanas del interior.

Siete leguas más al norte estaba *Wana Sound*, (la laguna de Wani o Bismuna), descrita como extensa, con 9 ó 10 pies de agua sobre la barra. A las espaldas se extendía la gran sabana, de terreno suavemente ondulado, surcada por numerosas corrientes, hasta llegar a *Sackelong* (Saklin) junto al río Wanks. Kemble estimaba el pasto de la sabana como bueno para la crianza del ganado. El coronel fue el primero en señalar la presencia de aserríos, (en época tan temprana como 1780), establecidos para aprovechar los pinos sabaneros y suplir el mercado de Jamaica con madera.

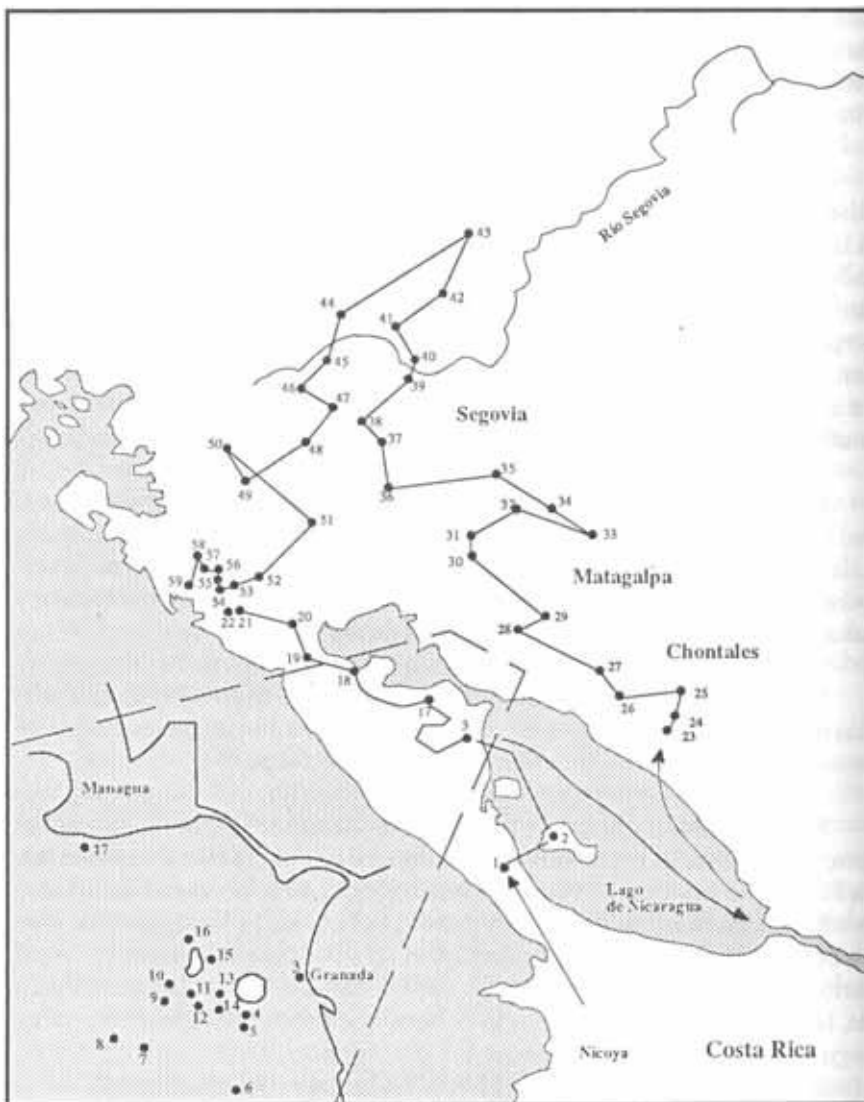
Finalmente, cinco leguas más allá, estaba la propia desembocadura del *Wanks*, formando un puerto abrigado de los vientos, con una barra de sólo 3 brazas y media de agua. El arroz y el cacao se cultivaban en las riberas, según Kemble, y los bosques producían además del pino blanco y amarillo, caoba, cedro y otras maderas duras.

Entre los otros recursos de la Costa Mosquitia se encontraban aquellos de los bancos y arrecifes de mar afuera; figurando un pescado rico en aceite, llamado *Nourse* por Kemble, y algunas focas.<sup>28</sup>

Stephen Kemble trató de persuadir a las autoridades de su nación que, no obstante el revés sufrido en la invasión del río San Juan, la Costa Mosquitia era rica en recursos naturales, donde las vegas de los ríos producían buenas cosechas y ofrecían oportunidades halagadoras. Fue su deseo justificar e impulsar una seria colonización futura en un territorio que a su juicio ofrecía grandes posibilidades de éxito. Después de todo, la sobrevivencia inglesa en la exhausta y recargada isla de Jamaica seguía dependiendo de los recursos procedentes de la costa caribe de Honduras y Nicaragua, gracias al infaltable apoyo de los amigos Zambos y Misquitos.

---

<sup>28</sup> La foca correspondía a la especie *Monachus tropicalis*, actualmente extinta.



- |                 |                  |                |                  |                   |
|-----------------|------------------|----------------|------------------|-------------------|
| 1. Rivas        | 13. Namotiva     | 25. Lovigüisca | 37. Condega      | 49. Villa Nueva   |
| 2. Ometepe      | 14. San Juan     | 26. Juigalpa   | 38. Palacagüina  | 50. Somotillo     |
| 3. Granada      | 15. Masaya       | 27. Comalapa   | 39. Comalteca    | 51. El Sauce      |
| 4. Diriá        | 16. Nindirí      | 28. Teustepe   | 40. Citelpaneca  | 52. Telica        |
| 5. Diriomo      | 17. Managua      | 29. Boaco      | 41. Segovia      | 53. Quezalguaque  |
| 6. Nandaime     | 18. Mateare      | 30. Metapa     | 42. El Jicaró    | 54. Posoltega     |
| 7. Jinotepe     | 19. Nagarote     | 31. Sébaco     | 43. Jalapa       | 55. Posolteguilla |
| 8. Diriamba     | 20. Pueblo Nuevo | 32. Matagalpa  | 44. Mozonte      | 56. Chichigalpa   |
| 9. Masatepe     | 21. León         | 33. Muymuy     | 45. Totogalpa    | 57. Chinandega    |
| 10. Jalata      | 22. Subtiava     | 34. San Ramón  | 46. Tepesomoto   | 58. El Viejo      |
| 11. Nandasmo    | 23. Acoyapa      | 35. Jinotega   | 47. Yalagüina    | 59. El Realejo    |
| 12. Niquinohomo | 24. Lóvago       | 36. Estelí     | 48. Pueblo Nuevo |                   |

Figura 42.- Itinerario del obispo Morel de Santa Cruz en 1752.